

En el marco de la desigualdad social, el propósito del presente libro es comprender la relación entre vulnerabilidad social y vida familiar; es decir, cómo un grupo de familias experimenta, significa y enfrenta la pobreza en la frontera, tomando como referencia la voz de mujeres jefas de familia y/o cónyuges, quienes exponen su trayectoria de vida familiar frente a situaciones de pobreza. Como categorías analíticas se considera: tipo de familia, composición de parentesco, estructura familiar y umbrales de pobreza.

Entendida la vulnerabilidad social como la exposición al riesgo, una limitada estructura de oportunidades y la capacidad de respuesta, se analiza el proceso para alcanzar el bienestar objetivo (fuentes de recursos, consumo, vivienda, educación y salud). De igual forma, se interpretan los significados, percepciones y sentimientos (satisfacción, ansiedad, angustia y esperanza), así como los conflictos y solidaridades en las relaciones intrafamiliares vinculados con la privación y la precariedad.

Este ejercicio académico permite dar cuenta del encadenamiento entre las causas estructurales de las desigualdades sociales que exponen a mayores riesgos a la población, pero, ante todo, permite comprender las acciones que las personas pobres emprenden y la forma en que perciben, experimentan y sienten las consecuencias de la pobreza.

Para las familias pobres las oportunidades en esta frontera tienen una doble cara; esto es, ser pobre en Tijuana representa tener mayores posibilidades de cubrir algunas necesidades básicas y de consumo familiar, pero no necesariamente lograr la calidad de vida. Tener, pero la mayoría de las veces desechos; acceder a servicios escasos y de mala calidad; en las fuentes de recursos, buscar, salir y encontrar, pero siempre a medias; es decir, trabajo formal inestable y mal remunerado; trabajo informal accesible, pero sin seguridad social y precarios ingresos. A su vez, significa tener siempre esperanza, planes, y ver hacia el futuro, aunque sea con inseguridad e incertidumbre. En conclusión, en el imaginario de Tijuana como una ciudad de oportunidades, es un lugar donde las familias pobres logran sobrevivir, pero son pocos los que salen de la pobreza; una frontera que mantiene a los pobres manteniéndolos pobres.



001370

ISBN: 978-607-607-431-2



9 786076 107431 2



Selección Anual para el Libro Universitario



Universidad Autónoma de Baja California
Mexicali, Baja California, MÉXICO



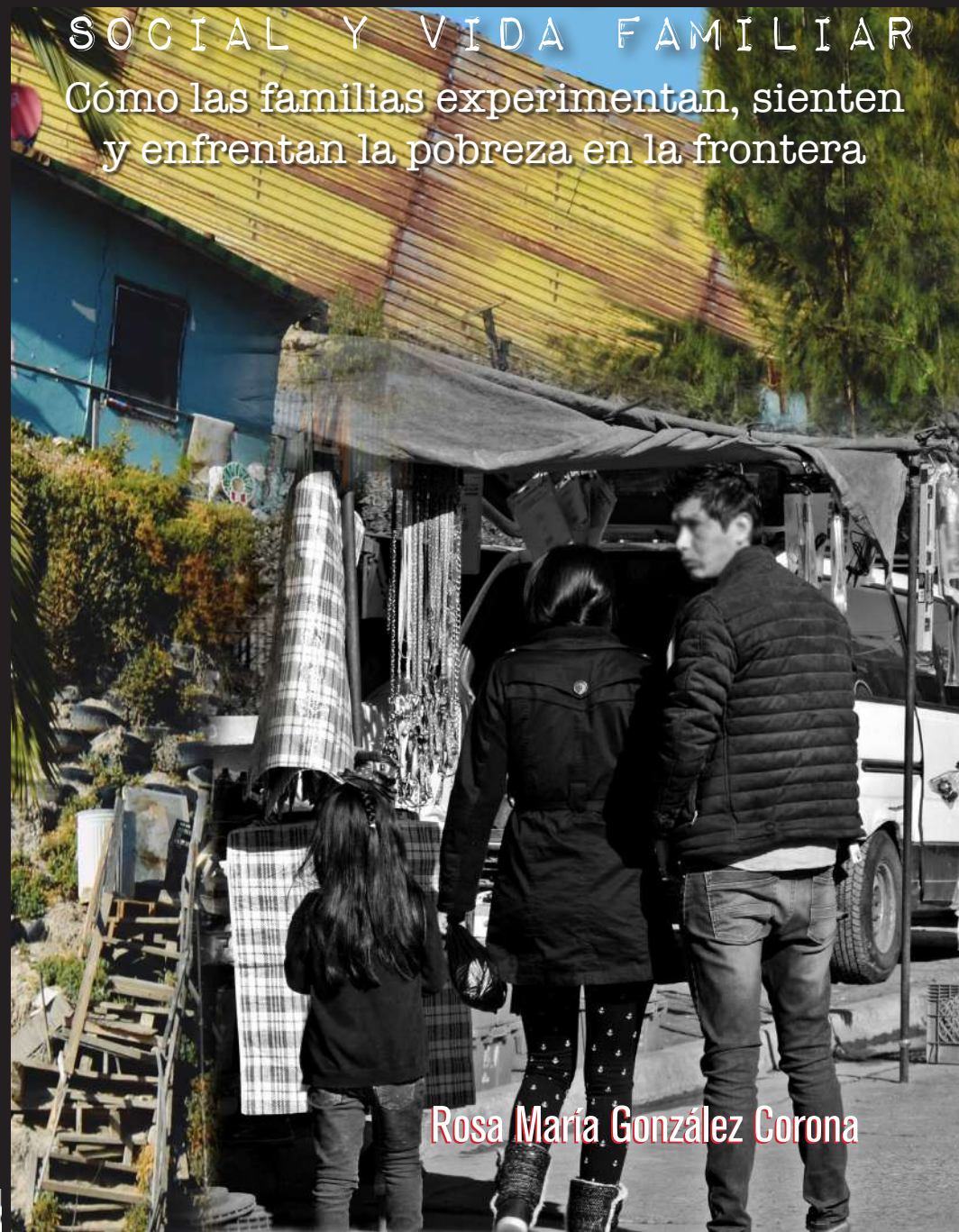
Rosa María González Corona

Vulnerabilidad social y vida familiar.
Cómo las familias experimentan, sienten y enfrentan la pobreza en la frontera



VULNERABILIDAD SOCIAL Y VIDA FAMILIAR

Cómo las familias experimentan, sienten
y enfrentan la pobreza en la frontera



Rosa María González Corona

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAJA CALIFORNIA





Universidad Autónoma de Baja California

Dr. Juan Manuel Ocegueda Hernández
Rector

Dr. Alfonso Vega López
Secretario general

Dra. Blanca Rosa García Rivera
Vicerrectora Campus Ensenada

Dr. Ángel Norzagaray Norzagaray
Vicerrector Campus Mexicali

Dra. María Eugenia Pérez Morales
Vicerrectora Campus Tijuana

Dr. Hugo Edgardo Méndez Fierros
Secretario de Rectoría e Imagen Institucional



Universidad Autónoma de Baja California





Esta investigación fue dictaminada por pares académicos.

González Corona, Rosa María

Vulnerabilidad social y vida familiar : cómo las familias experimentan, sienten y enfrentan la pobreza en la frontera / Rosa María González Corona. -- Mexicali, Baja California : Universidad Autónoma de Baja California, 2017.
359 p. ; 21 cm.

ISBN: 978-607-607-431-2

1. Tijuana (Baja California, México) -- Condiciones sociales.
2. Pobreza -- México -- Tijuana (Baja California). 3. Marginalidad social -- México --Tijuana (Baja California). I. Universidad Autónoma de Baja California. II. t. III. s.

HN120 .T52 G65 2017

©D.R. 2017 Rosa María González Corona

Las características de esta publicación son propiedad de la
Universidad Autónoma de Baja California.
Departamento de Editorial. Av. Reforma 1375.
Col. Nueva. C.P. 21100. Mexicali, Baja California, México.
Teléfono: (686) 552-1056.
Correo electrónico: editorial@uabc.edu.mx
www.uabc.mx

ISBN 978-607-607-431-2

Coordinación editorial: Laura Figueroa Lizárraga.
Diseño de portada: César Alonso Cervantes Vargas.
Formación: Laura Gabriela Blanco Curiel.
Edición: Mónica Vega Pérez.
Fotografías de portada y contraportada: Sughey Alejandra Moreno Luque
Montaje de fotografías: Iván Belmont Martínez



Rosa María González Corona

Vulnerabilidad social y vida familiar

Cómo las familias experimentan,
sienten y enfrentan la pobreza
en la frontera

Selección Anual para el Libro Universitario





INTRODUCCIÓN

La vulnerabilidad social se puede entender como la materialización de la desigualdad social; aunque la desigualdad y la pobreza son perspectivas teóricas diferentes, la pobreza tiene su origen, prevalencia y reproducción en la desigualdad en sus diferentes dimensiones (social, política, económica, cultural).

En el marco de la desigualdad, el propósito de esta obra es comprender desde la condición de vulnerabilidad social cómo las familias experimentan, sienten y enfrentan la pobreza en términos *objetivos* (empleo y fuentes de recursos, consumo, vivienda, educación y salud) y *subjetivos* (percepciones y sentimientos). Para ello, se parte de la construcción de cinco argumentos que se fueron conformando tanto en la revisión teórico-conceptual como en la experiencia profesional previa con grupos vulnerables.¹ *Prime-*

¹ El interés de estudiar este tema surge a raíz de mi formación profesional como trabajadora social. Previo a la revisión documental tuve evidencia empírica sobre familias en condición de pobreza. Mi trabajo exigía que interviniera directamente con poblaciones que deciden utilizar apoyos gubernamentales en instituciones de asistencia, bienestar y desarrollo social; también colaboré en organizaciones de la sociedad civil, en proyectos de promoción y educación social en comunidades pobres de Tijuana (Secretaría de Salud; Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia, DIF; Derechos Humanos, educación especial, centros comunitarios, etcétera).



ro, la pobreza es una de las manifestaciones más evidentes de un trasfondo contextual y filosófico mayor; por tal motivo, la pobreza no se puede estudiar como un fenómeno unidimensional; en este sentido, se propone revisar el papel de la desigualdad y la vulnerabilidad social en la configuración de la pobreza. *Segundo*, aunque se han tenido importantes avances en la medición de la pobreza, ésta subsiste tanto en términos de privación *objetiva* (precariedad en el empleo, en las fuentes de recursos, en la vivienda, en la educación y la salud), como en sus dimensiones *subjetivas* (significados: percepciones y sentimientos generados a raíz de experiencias frente a condiciones de vulnerabilidad social); situación que lleva a pensar en el siguiente argumento. *Tercero*, partiendo del supuesto de que lo sociocultural *no es la causa de la pobreza*, coexisten condiciones subjetivas que, por una parte, actúan como factores que profundizan y empeoran la condición de vulnerabilidad y, por otra, fomentan una constante «esperanza» de mejorar la calidad de vida. *Cuarto*, debido al intenso avance en el estudio de la vida familiar en situaciones de pobreza, se propone pensar a la familia como unidad de análisis y, a su vez, a las mujeres cónyuges y/o jefas de familia como mediadoras (informantes clave). Por último, Tijuana, en su condición de frontera es considerada como un polo de desarrollo y crecimiento económico, pero también como un lugar donde se tienen grandes grupos de población que viven en la pobreza en zonas marginales; este fenómeno ha sido escasamente estudiado en esta región fronteriza desde la perspectiva que esta obra propone.

Es indudable que en las últimas décadas se ha logrado un avance impresionante a nivel mundial en las dimensiones políticas, sociales, culturales y de crecimiento económico debido a la globalización. Sin embargo, éstos también se han tornado en indicios de



una creciente desigualdad. En una atmósfera de ganadores y perdedores (Mota, 2002:), de centros y periferias (Wallerstein, 1990), de nuevos riesgos de precariedad y desempleo, donde los ricos se vuelven más ricos y los pobres más pobres. A reserva de los logros alcanzados, los resultados han sido contrarios a lo propuesto por el neoliberalismo: un inusitado incremento de la polarización, situación sin precedentes. En el mismo orden de ideas, aquí se argumenta que la vulnerabilidad social materializa la desigualdad social. En palabras de Pizarro (2001, p. 7) «la vulnerabilidad social es el resultado de los impactos provocados por el patrón de desarrollo [desigual] vigente, pero también expresa la incapacidad de los grupos más débiles de la sociedad para enfrentarlos, neutralizarlos u obtener beneficios de ellos». En otras palabras, la vulnerabilidad social es la condición humana y social donde la privación expone a mayores riesgos a las personas, pero también significa una manera de afrontarla.

Ahora bien, es importante puntualizar que la vulnerabilidad social es más compleja que la privación material; en un sentido amplio, la desigualdad y la vulnerabilidad social sirven como un marco normativo para comprender las causas estructurales de la pobreza. El propósito de recurrir al concepto de la vulnerabilidad social es para «pensar en los procesos de degradación humana», esto es, la desigualdad social y la vulnerabilidad social son pensadas no como escalas de medición, sino como marcos normativos para comprender el proceso que experimentan las personas frente a condiciones de pobreza.

La mayoría de los autores que han trabajado el tema de la vulnerabilidad, coinciden en cuatro elementos que la conforman; a saber, 1) la exposición al riesgo; 2) la capacidad de respuesta; 3) los recursos/activos y las estrategias, y 4) la estructura de oportu-



nidades (Filgueira, 1999; Kaztman, 1999; Narayan, 2000; CEPAL, 2002; Pizarro, 2001; González de la Rocha, 2006; García y Oliveira, 2006).

La constante inseguridad, privación, incertidumbre, subordinación, precariedad y desprotección relacionados con la desigualdad social y la globalización exponen a mayores riesgos a los individuos y a las familias; estos procesos y acontecimientos de riesgo abren o cierran oportunidades, propician la acumulación de (des)ventajas. La capacidad de respuesta se refiere a los atributos individuales y familiares para movilizar recursos/activos. Por último, la exposición al riesgo también afecta la estructura de oportunidades; esto incluye tres niveles: el mercado, el Estado y la sociedad. A partir de las propuestas de estos autores, se retoma el concepto de vulnerabilidad social, ya que permite conocer cómo las familias experimentan la pobreza ante determinados riesgos provocados por la desigualdad social; a su vez, abre la posibilidad de estudiar cómo estas familias afrontan su condición de pobreza.

La aproximación al estudio de la subjetividad y los significados de las personas en situación de precariedad material,² muestran ciertas constantes en las percepciones, sentimientos y conductas que influyen en la manera en que las personas experimentan la pobreza.

El componente subjetivo de la pobreza ha sido poco estudiado; con excepción de algunos avances, no se ha profundizado en el estudio de los sentimientos que experimentan las personas pobres frente a su condición de precariedad. Es decir, es ne-

² «Cualquiera que haya realizado trabajo de campo con poblaciones pobres se enfrenta reiteradamente con el hecho de que la pobreza subsiste tanto en términos de privación objetiva, como en sus dimensiones subjetivas» (Feijoó, 1998, p. 78).



cesario conocer cómo los individuos y las familias significan su situación de pobreza. Los trabajos de Moya (1996) resultan útiles para sustentar conceptualmente la perspectiva que aquí se propone; de acuerdo con estos autores, la subjetividad se refiere al modo personal de pensar y sentir del sujeto; de ahí que el interés de esta investigación sea estudiar los significados que los individuos y las familias pobres asignan a su condición de pobreza; por una parte, a través de las percepciones (pensar), entendidas como un proceso selectivo y dinámico determinado por una situación dada (necesidades-pobreza), los antecedentes (experiencias de vida) y la personalidad (atributos individuales y familiares). Por otra parte, a través de los sentimientos, entendidos como los procesos afectivos que llevan a la acción (Herbert, 1992).

Por último, existe la necesidad de preguntarse sobre el impacto que tiene sobre las familias la persistente vulnerabilidad social; por tanto, esta obra se propone estudiar la vulnerabilidad social en la vida familiar en condiciones de pobreza. Esto es, conocer de qué manera la capacidad de respuesta, entendida como los atributos familiares e individuales, ayudan a movilizar recursos/activos para hacer frente a condiciones de precariedad material. Este ejercicio también lleva a documentar la forma en que las familias y las mujeres jefas de familia y/o cónyuges significan su experiencia de pobreza; es decir, cómo perciben y qué tan satisfechas están de su vivienda, su nivel educativo y su estado de salud; a su vez, se exploran los sentimientos que experimentan; entre ellos: su ansiedad, su angustia y sus esperanzas frente a su condición de vulnerabilidad. A la vez, se pretende comprender cómo la precariedad material puede afectar las relaciones intrafamiliares, específicamente las conyugales y las parentales.



La metodología cualitativa, además de permitir analizar las experiencias que viven las familias en el proceso de lograr el bienestar objetivo (empleo, ingresos, consumo, vivienda, educación y salud) también abre la posibilidad de comprender el bienestar subjetivo; esto es, los significados: percepción y sentimientos de los afectados ante su situación de pobreza. Es decir, se trata de recuperar las experiencias de la vida cotidiana de un grupo de familias ante situaciones de pobreza.

Este ejercicio metodológico permite dar cuenta del encadenamiento entre las causas estructurales de las desigualdades sociales que exponen a mayores riesgos a la población; pero, ante todo, permite comprender las acciones que las personas pobres emprenden, perciben y sienten. La propuesta metodológica se basó en una muestra no probabilística. Para la selección tanto de las familias como de las informantes clave por estudiar, se consideró pertinente rescatar la experiencia de trabajo comunitario de un grupo de promotoras comunitarias y trabajadoras sociales que vivían y/o laboraban en zonas pobres de la ciudad; ellas fueron las porteras para acercarse a cada una de las familias elegidas para el estudio. Para seleccionar a las familias a entrevistar se consideró la condición de pobreza-vulnerabilidad y el tipo de familia (residencia o interacción).

Para la recopilación de la información fue necesaria la utilización de tres tipos de técnicas: cuestionario, entrevista en profundidad y observación participante. El cuestionario tuvo como objetivo generar un primer acercamiento de las condiciones de pobreza de la familia; en este sentido, se estructuró con preguntas cerradas, lo cual permitió registrar información sociodemográfica del grupo familiar, y a la vez explorar datos relacionados con la vivienda, los ingresos y el consumo fami-



liar. La entrevista fue semiestructurada; de acuerdo con las categorías analíticas, se construyó una guía que orientó el objetivo de la entrevista, tratando de respetar la fluidez del diálogo. En cuanto a la observación participante, se llevó a cabo a través de visitas domiciliarias a las viviendas de las familias estudiadas y de trabajo voluntario.

Debido a las limitantes de incorporar a todos los miembros de cada una de las familias en las entrevistas, se desarrolló la estrategia de entrevistar a informantes clave; en todos los casos fueron mujeres, y en más de la mitad eran jefas de familia. Esta decisión, por una parte, sesgó la posibilidad de obtener información directa de las situaciones de pobreza y de la vulnerabilidad social que experimentaron cada una de las personas que integran la unidad familiar. Aun con esta limitante, se logró rescatar valiosa información tanto del grado de vulnerabilidad que experimentan las familias como de la subjetividad de las mujeres en el diario vivir y de las relaciones intrafamiliares frente a situaciones de pobreza.

ORGANIZACIÓN POR CAPÍTULOS

En el primer capítulo se rescatan algunos planteamientos teóricos y conceptuales desde diferentes disciplinas concernientes a los temas de la desigualdad social, la vulnerabilidad social y la pobreza, tanto en sus aspectos conceptuales como en el análisis de la dimensión subjetiva. En el segundo capítulo se revisan los antecedentes de los estudios de la desigualdad y la pobreza en Tijuana, además de datos estadísticos que dan cuenta de la vulnerabilidad social y la pobreza desde la posición oficial.



A partir del tercer capítulo se inicia el análisis y la interpretación de resultados; se caracteriza a las familias participantes en esta investigación. Cabe mencionar que el objeto de estudio no es la familia, sino la vida familiar en condiciones de vulnerabilidad social, tomando como unidad de análisis a la familia y a las mujeres (cónyuges o jefas de familia) como informantes clave.

Del capítulo cuatro al siete se analizan la condición de vulnerabilidad y las situaciones de pobreza que experimentan, significan y enfrentan las mujeres entrevistadas y sus familias en la búsqueda de una mejor calidad de vida (fuentes de recursos, consumo y precariedad familiar; vivienda; educación y salud). En el apartado de conclusiones se presenta cómo las familias experimentan, significan y enfrentan la pobreza frente a condiciones desiguales que prevalecen en esta frontera. Al final se aborda una serie de consideraciones metodológicas.



PREFACIO

Esta región fronteriza está experimentando una serie de cambios estructurales en sus dimensiones económicas, políticas y legislativas, provenientes tanto del ámbito internacional como del nacional, que afectan directamente el contexto local y generan una mayor intensidad de riesgos a los que está expuesta la población en general y en particular las familias en situación de pobreza en. Entre esos cambios se pueden destacar:

Las reformas estructurales promovidas por el gobierno federal y apoyadas por los organismos internacionales.

Específicamente, la reforma laboral que condiciona las prestaciones y los derechos laborales, desencadenando mayores niveles de precariedad laboral.

La caída del precio del petróleo, que repercute directamente en el recorte presupuestal del gasto social.

El incremento del IVA en la frontera, de 11 a 16 por ciento.

Las políticas centralistas del manejo del control del dólar en la frontera, que ha afectado directamente la economía local.



La depreciación del peso mexicano frente al dólar.

La inestabilidad política, el descrédito y la desconfianza hacia la clase política mexicana.

Debido a la violencia generalizada en el país, la prohibición a estudiantes y voluntariados norteamericanos de cruzar la frontera entre México y Estados Unidos para apoyar en programas como autoconstrucción de vivienda.

Reducción de los programas de apoyo de asistencia social provenientes de Estados Unidos.

Recrudescimiento de la política migratoria de Estados Unidos, que ha intensificado la devolución y deportación de mexicanos a las zonas fronterizas, disminuyendo la posibilidad de visualizar a ese país como un lugar donde trabajar.

Construcción de viviendas de interés social en la periferia de la ciudad, que son abandonadas por el alto costo de los traslados en el transporte público y por la lejanía de las fuentes de trabajo.

Condiciones orográficas y consecuencias del cambio climático que intensifican los riesgos ambientales y sociales.

Situaciones que dibujan un escenario de mayor inestabilidad y, por ende, precarización. El escenario de cambio en esta región fronteriza, más que condicionar los resultados de esta investigación, permite reforzar algunas hipótesis sobre las posibles consecuencias que experimentará la población vulnerable en condiciones de pobreza, que, en cierto sentido, percibía esta región como un espacio de oportunidades.



CAPÍTULO 1. DESIGUALDAD, VULNERABILIDAD SOCIAL Y POBREZA: RECONSTRUCCIÓN DEL DEBATE

Debido a la intensa desigualdad social que persiste en el mundo, una serie de pensadores contemporáneos ha intentado, por una parte, encontrar explicaciones convincentes y, por otra, asumir la responsabilidad de alzar la voz ante situaciones que califican como injustas. En este sentido, se rescatan algunas de las críticas, controversias y propuestas de un grupo de intelectuales que ha tenido un impacto internacional (Stiglitz, 2002; Castel, 2001; Wallerstein, 1990).

Stiglitz (2002), en una crítica al capitalismo y a la globalización, se detiene a evaluar los altos costos que han tenido que pagar los países que no han podido adaptarse con la misma velocidad a los cambios mundiales. Menciona como principal desventaja de la globalización para los países pobres el daño que ocasionan las políticas de apertura comercial. También como un punto relevante subraya la creciente brecha entre los que tienen y los que no tienen, «los que luchan por vivir con menos de un dólar al día».

Por su parte, Castel (2001) hace un análisis donde intenta explicar el agravamiento de la desigualdad. Parte de la idea de una



desigualdad donde los individuos y grupos ocupan posiciones inferiores o superiores comparables entre ellos, que se manifiesta, por ejemplo, en accesos diferentes a los ingresos, modos de vida, participación cultural, educación, ocio, etc. Para el autor, este contexto está desvaneciéndose; es decir, ese orden se está perdiendo: los ricos se vuelven más ricos y los pobres más pobres. Esta situación se explica por la desregulación de las nociones de trabajo estable; así, Castel (2001) argumenta que han aparecido dos nuevos riesgos: el de la precariedad y el del desempleo, manifiestos en grupos completos que se tornan más vulnerables.

Wallerstein (1990), alzando una protesta moral y política, identifica el origen de las desigualdades del sistema en la imposición de los intereses de un reducido grupo (centros) a expensas de otros (periferias). James P. Grant, ex director del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef, por sus siglas en inglés), se pronuncia en favor de evitar que el bienestar de los seres humanos se convierta en el holocausto de la producción y la economía.

Las familias y los hogares han sido utilizados como las principales unidades de análisis para medir el impacto de los cambios en la política económica; en este sentido, indicadores como los ingresos, la fuerza de trabajo, la movilización de recursos humanos en tiempos de crisis han sido pieza clave para comprender cómo la desigualdad afecta directamente la reproducción social y la cotidianidad en la vida familiar. Al hacer un exhaustivo análisis de la evolución en la desigualdad del ingreso familiar, Cortés (1996, 2003) encuentra una serie de inconsistencias que cuestionan el ingreso real de los hogares. Los argumentos de Cortés se refieren al incremento en el número de perceptores en la familia, en el número de horas en la jornada de trabajo y en el desplazamiento en el ciclo vital. El argumento del «esfuerzo



productivo de los hogares» en tiempos de crisis, es reforzado por investigaciones de campo efectuadas en diferentes regiones de México, desde varios enfoques (Cortés, 1996; González de la Rocha, 1986, 1999, 2006; Salles, 1997; Salles y Tuirán, 1999; Enríquez y Aldrete, 1999; García y Oliveira, 2006; Enríquez, 2008, entre otros).

DESIGUALDAD SOCIAL Y POBREZA

La pobreza es una de las expresiones más notorias en un trasfondo contextual y filosófico caracterizado por la persistente desigualdad. Por tal motivo, reconocer las características cambiantes de la desigualdad social ayuda a trazar fronteras en la definición conceptual de la pobreza (Titmuss, 1962, citado en Rein, 1969).

Para González Navarro (1985), «la esencia de la pobreza es la desigualdad». Los bagajes teóricos de la pobreza y de la desigualdad social muestran que son conceptos que, por la magnitud y problemática que envuelven, merecen cada uno independencia en su estudio. En este sentido, resulta pertinente subrayar que pobreza y desigualdad no son sinónimos; para fines de esta propuesta se considera relevante «rescatar el papel de la desigualdad en la configuración de la pobreza» (García, 1986; Sen, 1992; Di Tella, 2001; Pierre, 2000).

El agravamiento de las desigualdades se cristaliza en el incremento de la pobreza, en capas enteras de la población expuestas a mayores riesgos y restringidas oportunidades, situación que las ubica en mayores grados de vulnerabilidad. En este sentido, desde principios de la década de los noventa, Navarro (1993) calificó el fenómeno de la desigualdad extrema como la responsable



de la pobreza en determinados grupos vulnerables expuestos a mayores riesgos.³

VULNERABILIDAD SOCIAL Y POBREZA

Una serie de autores ha escrito sobre la vulnerabilidad social que ha caracterizado a América Latina, por lo menos en las últimas tres décadas.⁴ Para estos autores, existe una constante inseguridad, incertidumbre y desprotección en todos los ámbitos (económico, social, político, ambiental y cultural) relacionados directamente

³ «Si bien la pobreza se entiende en general como una situación de carencias (que puede llegar a niveles extremos), podemos identificar que en la actualidad se comprende como desigualdad extrema, la pérdida o falta de empleo, sin acceso (o con acceso restringido) a medios de vida, de salud, de educación. Pero no sólo estamos hablando de necesidades básicas insatisfechas, sino de una población que por su condición de vida queda excluida de la vida social, política y cultural. Esto significa no tener acceso al conocimiento de sus derechos ni al ejercicio de éstos; ser víctima de fraudes, de no participación civil y desaprovechamiento de oportunidades, entre otras cosas. También significa ser una población vulnerable y en constante peligro, pues muchas de las veces la prioridad es sobrevivir. Los riesgos se identifican en muerte prematura, alcoholismo, violencia, drogadicción, enfermedades, desintegración familiar, discriminación, prostitución y migración» (Navarro, 1993).

⁴ «[...] entre los riesgos y vulnerabilidad social identificados se encuentran: i) exposición a desastres ambientales (naturales, como los huracanes, y artificiales, como los derrames petroleros) asociados a su localización geográfica; ii) aislamiento o acceso complicado, que redundo en mayores costos de transporte; iii) base de recursos limitada; iv) estructura productiva poco diversificada y muy sensible a las oscilaciones internacionales de la demanda; v) insuficiente capacidad institucional, en particular en lo que se refiere a la disponibilidad de recursos humanos calificados; vi) costos elevados de infraestructura y provisión de servicios; vii) riesgos sociales vinculados a una escasa inversión en capital humano, alto desempleo, inseguridad social, delincuencia y drogas, migración y brechas socioeconómicas (ingresos) y culturales (religión y etnia) que debilitan la cohesión social» (Cepal, 2002, p. 16).



con la desigualdad social y con la globalización (Filgueira, 1999; Cepal, 2002; González de la Rocha, 2006; Arteaga, 2008; Eseverri, 2013; Vergara-Constela, 2013).

Para Arzate (2004), la privación, el riesgo y la subordinación se originan en la desigualdad social; los cuales son considerados como elementos clave para comprender la vulnerabilidad social. En este sentido, la vulnerabilidad social se configura en un complejo conjunto de temas; el autor parte de la condición de pobreza de los individuos e incorpora la agencia de los mismos. González de la Rocha (2006, p. 46) propone el enfoque de recursos/activos y la vulnerabilidad, a través del cual analiza los procesos de transformación que se han gestado por lo menos en tres esferas: la primera es la capacidad de respuesta de las familias pobres ante la exposición al riesgo; la segunda, el “portafolio” de recursos domésticos, y la tercera, las respuestas coyunturales en el ámbito externo.

Al intentar “operacionalizar” el concepto de vulnerabilidad social, Filgueira (1999) propone recuperar la agencia (capacidad de respuesta); esto es, cómo los atributos individuales contribuyen al logro del bienestar objetivo (material) y subjetivo (simbólico).

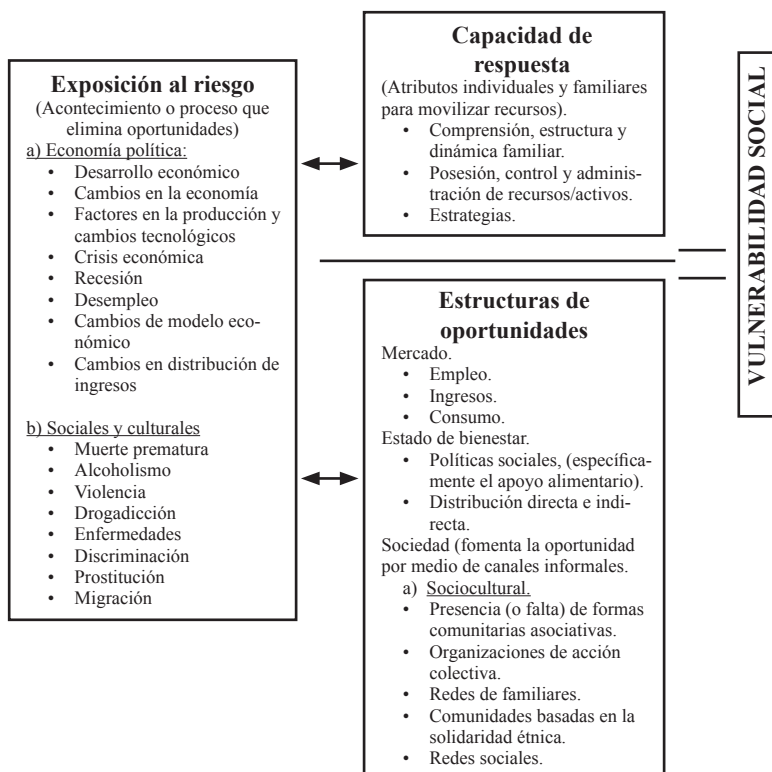
Aunque se coincide con Arzate (2004) en que al construir un índice de vulnerabilidad social se corre el riesgo de minimizar el proceso que viven las personas ante situaciones de pobreza, se considera necesario hacer un ejercicio heurístico para visualizar a través de un mapa conceptual la relación que se establece entre la capacidad de respuesta de los individuos para movilizar recursos/activos y la estructura de oportunidades. Este mapa conceptual permite analizar el bienestar tanto a nivel objetivo como subjetivo de los individuos y sus familias ante situaciones de pobreza. La propuesta que desarrolló Filgueira (1999) parece pertinente para este ejercicio.



En resumen, el cuadro 1 brinda un mapa conceptual para analizar el papel de la desigualdad y la vulnerabilidad social en la configuración de la pobreza; en sentido contrario, este mapa conceptual permite visualizar la movilización de recursos para lograr el bienestar en términos objetivos y subjetivos.

CUADRO 1. VULNERABILIDAD SOCIAL (MODELO ANALÍTICO).

Modelo analítico para analizar el papel de la desigualdad y la vulnerabilidad social en la configuración de la pobreza.



Fuente: elaboración propia con base en propuesta de coeficiente de vulnerabilidad de Filgueira (1999).



En la literatura sobre el concepto de vulnerabilidad social se hace alusión de manera regular al menos a cuatro elementos: la exposición al riesgo, la capacidad de respuesta, la estructura de oportunidades, y los recursos/activos y estrategias. *La exposición al riesgo* significa que, al volverse más complejas las sociedades, se incrementa el número y tipo de riesgos, originando un fenómeno conocido como “riesgos encadenados”, entendidos como la acumulación de (des)ventajas; éstas impactan especialmente en determinados grupos e individuos. Entre los más afectados se encuentran las familias en condiciones de pobreza, las mujeres solas y jefas de familia, los jóvenes, los niños y las personas de mayor edad. Estos grupos se caracterizan por la carencia de capital humano, precaria situación laboral y exclusión sociocultural, lo que los posiciona como grupos vulnerables ante crisis económicas, reformas estructurales, etcétera (Ferreira, Prennushi y Ravallion, 1999; Glewne y Hall, 1995, citados por CEPAL, 2000).

Ante la exposición al riesgo, cada familia en condición de pobreza tiene un margen de maniobra. En otras palabras, cada uno de estos grupos vulnerables teóricamente tiene cierta *capacidad de manejar o contrarrestar los efectos de los riesgos*. La *capacidad de respuesta* se refiere tanto a los recursos/activos y estrategias disponibles para enfrentar los riesgos, como a la *estructura de oportunidades* para acceder a dichos recursos. Se ha observado que las familias pobres tienen una débil capacidad de respuesta ante cambios económicos.

Para González de la Rocha (2006, p. 51) los recursos se convierten en activos en el momento en que las personas los utilizan para disminuir la vulnerabilidad y por tanto mejorar su bienestar. La concepción de recursos/activos distingue entre los recursos



tangibles (objetivos) e intangibles (subjettivos). Entre los activos objetivos y subjettivos a que recurren los pobres se encuentran: los de capital físico, como las tierras y los objetos materiales; los de capital humano, como la salud, la educación, la capacitación y el empleo; los de capital social, relacionados con las redes sociales y de parentesco; y, por último, los de índole ecológica, como el agua, la madera, y los árboles (Narayan, 2000, p. 49).⁵

Por último, la *estructura de oportunidades* se puede entender como una distribución de recursos/activos que facilitan el desarrollo de estrategias para lograr el bienestar social. La estructura de oportunidades no es estática: cambia con las transformaciones económicas, demográficas y políticas. En este sentido, las variables referentes al campo de las políticas sociales y económicas son determinantes para entender las estructuras de oportunidades en diferentes contextos. Filgueira (1999) establece algunas diferencias en cuanto a la condición laboral, la situación civil, la jefatura del hogar, el acceso a los servicios de seguridad social, la condición de género y la edad, que limitan el acceso o limitación a ciertas oportunidades. Como se muestra en el cuadro 1, la

⁵ «La clave de la vulnerabilidad quizá radica en la falta de un conjunto de activos de importancia fundamental, que expone a los individuos, los hogares y las comunidades a un riesgo mayor de caer en la pobreza. En otras palabras, cuanto mayor es el número y la variedad de los activos que poseen, menor es su vulnerabilidad, mientras que la tenencia de menos activos incrementa el riesgo de empobrecimiento [...] en vez de examinar los factores específicos que exponen a los individuos, los hogares y a las comunidades al riesgo de empobrecerse o de que se acentúe la pobreza, las políticas se han centrado en los niveles de consumo o de ingreso; el análisis de la vulnerabilidad, sin embargo, pone de manifiesto los aspectos de “indefensión, inseguridad y susceptibilidad a riesgos, traumas y estrés” [...] la vulnerabilidad siempre es producto de la conjunción de muchos factores [...]» (Narayan, 2000, p. 61).



estructura de oportunidades se clasifica en tres áreas. La primera se refiere al mercado, de ella se rescatan algunos elementos concernientes al trabajo, a los ingresos y al consumo. Así también, la estructura de oportunidades toma en cuenta las redes familiares de apoyo como una forma de acceder a oportunidades a través de canales informales.

CRITERIOS RECURRENTES PARA EL ESTUDIO DE LA POBREZA

No hay un acuerdo claro, convincente y unívoco sobre el concepto de pobreza; el escenario global está abierto a múltiples interpretaciones. La producción académica al respecto aporta valiosos intentos de sistematización; incluso se dispone de propuestas más acabadas, las cuales pretenden elaborar un estado de la cuestión. Un claro ejemplo de este esfuerzo es: la «genealogía teórica de los estudios de pobreza». Tepichín (1998) atribuye la autoría de las obras revisadas a las instituciones financieras internacionales, académicos y especialistas.

La visión actual del concepto de pobreza tiene sus orígenes en el pensamiento occidental del siglo XVIII. La connotación religiosa cristiana, que ostentaba la máxima autoridad, sustentando la condición de pobreza como una virtud para ascender al cielo, se entendía como una forma voluntaria de despojo de los bienes terrenales. Esta visión se enfrentó a un parte aguas en el siglo XVIII, cuando los modos de entender el mundo se transformaron; la ilustración marcó la reducción de la multiplicidad de significados de pobreza a una concepción elemental —la perspectiva económica, tendencia que persiste hasta la actualidad— (Di Tella, 2001).



En este sentido Himmelfarb (1984), en un estudio sobre la idea de pobreza en Inglaterra a principios de la industrialización, en un primer momento analizó las aportaciones de Adam Smith y Malthus. Posteriormente, confrontó los conceptos de pauperización *versus* pobreza, y rescató las ideologías del paternalismo y humanitarismo; al final, problematizó la politización y proletarización de la pobreza.

Desde entonces la concepción y el estudio de la pobreza han experimentado constantes modificaciones, según el contexto social, económico, político y cultural. En general, cuando se recurre a la consulta bibliográfica resulta indispensable establecer con qué paradigma se estudia la pobreza. Se coincide con González (1985) y Salles y Tuirán (1999) cuando subrayan la pertinencia de rescatar los avances teóricos, así como las dificultades y controversias en torno a su estudio y definición.

Debido a esto, el debate contemporáneo de la pobreza se enfoca en la mesa de discusión en seminarios, encuentros y foros internacionales, donde el interés principal gira en torno a sus manifestaciones y medición. En este sentido, habría que reflexionar: ¿cómo se concibe la pobreza? ¿Quién define qué es pobreza y qué es ser pobre? así como sus respectivas implicaciones, ¿cuáles son los contrastes y encuentros entre las definiciones que ofrecen diversas posturas? Si la mayoría de autores reconocen la multidimensionalidad de la pobreza, entonces ¿por qué la persistente hegemonía económica en su construcción?

Para dar respuesta a las anteriores interrogantes se requiere tomar en cuenta cuál es la forma de ver el mundo de quien estudia la pobreza. En otras palabras, hay que conocer el paradigma a través del cual se observa el fenómeno de la pobreza; esto conlleva estar al tanto del sistema de creencias que sustentan la pobreza,



basadas en una serie de suposiciones ontológicas, epistemológicas y metodológicas (Denzin y Lincoln, 1994). El estudio de la pobreza depende, por lo tanto, del marco ideológico, conceptual y metodológico a que se recurra. En los siguientes párrafos se pretende rescatar los aportes de diversos autores respecto al tema (véase el cuadro 2).

El trabajo de Julio Boltvinik resulta académicamente ilustrativo como guía analítica. Entrelazando pobreza y estratificación social, su propuesta inicial fue la medición de la pobreza desde la perspectiva del nivel de vida. Uno de sus primeros acercamientos conceptuales se resume en que «la pobreza es una de las situaciones en la cual el nivel de vida observado es menor que las normas mínimas». Su discusión se refuerza con definiciones generales de pobre y pobreza: «Pobre como necesitado, menesteroso y falto de lo necesario para vivir, o que lo tiene con mucha escasez». Pobreza como necesidad, estrechez, carencia de lo necesario para el sustento de la vida.

Para Boltvinik las necesidades humanas insatisfechas parecen ser el punto de referencia. Afirma que hay una universalidad del ser humano, y llega a la conclusión de que la globalización está universalizando las necesidades y los satisfactores humanos, tendencia que conduce a la hegemonía imperante. Incorpora la polémica de los umbrales de la pobreza y la controversia entre pobreza absoluta y relativa. En este sentido, hace una distinción entre métodos y medidas agregadas de medición. Por último, expone someramente la autoría *versus* representación en la construcción del concepto de pobreza. Para fines de esta investigación los criterios analíticos que se tomarán en cuenta son los que se subrayan en gris.



CUADRO 2. RESUMEN DE LOS CRITERIOS RECURRENTES EN EL ESTUDIO DE LA POBREZA.

Crterios	Alternativas	A qué se refiere
a. Paradigmas	Paradigma marxista Paradigma de la modernidad y marginalidad. Paradigma neoliberal.	Se refiere a los enfoques que sustentan teóricamente a la pobreza.
b. Acercamiento conceptual	Carencias materiales. Inhabilidad para potenciar capacidades. Subordinación social	Se refiere a la definición de pobreza propuesta por determinado autor, sustentada en su específica postura ideológica, teórica y metodológica.
c. Tipología	Absoluta Relativa	De acuerdo con el enfoque ideológico, establece la forma en que será operacionalizado el concepto de pobreza, esto es, traza las líneas de análisis y medición.
d. Acercamiento metodológico	Cualitativo Cuantitativo	De acuerdo con el enfoque filosófico, establece la naturaleza de las variables, indicadores, formas de recolección y análisis de la información que se considerarán para determinar la pobreza. (Por ejemplo, en la metodología cuantitativa pueden utilizarse el ingreso, gasto y consumo como indicadores del nivel de pobreza).
e. Categorías de análisis	Nivel de vida Calidad de vida Bienestar objetivo (necesidades básicas) Bienestar subjetivo (significados)	Indica los criterios de fondo que se tomarán en cuenta para identificar quién es pobre y cuál es su intensidad de pobreza.
f. Autoría versus representación	Organizaciones internacionales Estados nación AcadémicosOrganizaciones de la sociedad civil Autorrepresentación	Establece: quién define qué es pobreza, qué es ser pobre y; cuáles serían sus respectivas implicaciones.

Fuente: Elaboración propia con base en revisión de Tepichín, 1998.



PARADIGMAS

La pobreza y las formas en que se manifiesta contienen una diversidad de elementos, mismos que hacen más compleja su comprensión y por tanto su construcción. Para reconstruir sus antecedentes se ha recurrido a una serie de categorías analíticas: estratificación social, marginación, dependencia, informalidad, desigualdad, polarización, inequidad, exclusión y vulnerabilidad social, por mencionar algunas de las más sobresalientes. Aprovechando el corte académico en el análisis de la pobreza propuesto por López Paniagua (2003), la sistematización de los estudios de pobreza podría efectuarse a través de tres grandes paradigmas; a saber: el marxista, el de la marginalidad y el neoliberal.⁶

El *paradigma marxista*. En este primer bloque, López Paniagua (2003) identifica las ideologías que teorizan la pobreza desde la estratificación social y las clases sociales; por tanto, los pobres son identificados como la fuerza de trabajo que no puede emplearse, denominado ejército industrial de reserva. El sistema de clases se entiende como una categoría analítica que ayuda a ubicar a los individuos en posiciones jerárquicas. López centra su atención en nociones como explotación, conflicto y privilegio (Baber, 1964; Hall y otros, 1981; Poulantzas y otros, 1981; Stavenhagen, 1974).

⁶ Para Heidegger (2000/1927) hay un gran abismo entre el ser humano y las categorías de investigación; evidentemente, no es el propósito de este proyecto de investigación profundizar específicamente en el estudio de la pobreza desde un enfoque filosófico; sin embargo, resulta fundamental subrayar la necesidad de considerarlo como un problema ontológico. Cuestiona el papel limitado que la ciencia ha jugado en la construcción de conceptos... «La pregunta que interroga sólo saldrá a la luz cuando estén suficientemente acatados su función, su mira y sus motivos».



En el *paradigma de la modernidad y la marginalidad*, la modernización ubica a la pobreza como un momento transitorio, el cual se supera con beneficios desencadenantes del modelo económico modernizador, que hasta la fecha no ha mostrado dar frutos. En respuesta, la sociología norteamericana intenta comprender el fenómeno de la pobreza como una condición de marginación provocada por el desarrollo industrial y la urbanización (López Paniagua, 2003).

El concepto de *marginalidad*, desarrollado por Rostow (1971, citado en López Paniagua, 2003) y Huntington (1968, citado en López Paniagua, 2003), fue introducido en América Latina por los representantes de la Cepal. En esta corriente de pensamiento se percibía a los marginales fuera del sector moderno en los ámbitos psicológicos, culturales, económicos y ecológicos. Los pobres se ubicaban al margen de los centros de mando y poder. Esta corriente, sustentada por la escuela de Chicago a través de enfoques culturalistas, promovió la investigación de la segregación espacial, la condición de los barrios y los asentamientos humanos ubicados en las periferias de las ciudades. Mantuvieron constantes controversias sobre la marginación, situación que contribuyó al avance teórico (Arreola, 1974; Lomnitz, 1975; Nun, 2001).⁷

En cuanto al *paradigma neoliberal*, este es impulsado por las instituciones financieras internacionales e inscrito en el ámbito gubernamental. Con el espíritu de rescatar algunos elementos de

⁷ Los avances desde el paradigma de la marginalidad en los estudios sobre la pobreza en México profundizan en temas relacionados con la equidad, la cohesión social, el género, la familia, la ciudadanía, la diversidad y los derechos humanos. Por lo que algunas discusiones y acciones en los últimos años giran alrededor de la responsabilidad compartida para hacer frente a la pobreza (Aguilar y Medrano, 1999; Castillo, Patiño y Zermefio, 2001; González de la Rocha, 1999; Kusnir, 1997; Riquer, 1998; Salles y Tuirán, 1999; Talamantes, 1997; etcétera).



la modernización se intenta demostrar, a través de métodos cuantitativos, que la pobreza es un estado transitorio, el cual se resolverá mediante el derrame de los beneficios del mercado y su capacidad de autorregulación. Con esta premisa se hace frente a la problemática de la pobreza, atacando sus manifestaciones más elementales mediante políticas focalizadas.

ACERCAMIENTO CONCEPTUAL

Para algunos la palabra pobreza en sí misma se ha convertido en un obstáculo y ha sido complicado llegar a un acuerdo, debido a que envuelve connotaciones subjetivas (Wilber, 1975). Como en el caso de la desigualdad es difícil encontrar el origen del estudio y la concepción de pobreza.⁸ Podríamos, por tanto, considerar dos alternativas. La primera nos remontaría a la construcción etimológica del término,⁹ la segunda a su contenido. Para fines de esta investigación nos interesa la segunda.

Griffin (1984) establece tres tipos de acercamientos conceptuales. El primero y más elemental, se enfoca en la *carencia de ingresos*. El segundo subraya las *insuficientes estructuras de*

⁸ Se han desarrollado obras completas para estudiar los diversos acercamientos conceptuales de pobreza: entre los trabajos clásicos podemos recurrir a Oster, Lake y Gene (1978); Burton (1992); Townsend (1974); Sen (1992), y Boltvinik y Hernández (1999).

⁹ «Pobre, del lat. Pauper. Iris. Íd. 1a. Orígenes del Idioma (doc. de 1200, Oelschl.; Berceo, etc). Palabra de uso general en todas las épocas y común en todos los romances de Occidente; el castellano y el portugués. Pobre se ha mantenido fiel a la forma clásica Pauperem, con una sola terminación para el masculino y el femenino, mientras que todos los romances parten de la variable tardía PUPER-ERA - ERUM». (Gómez, 1988, p. 549).



oportunidad para acceder a bienes y servicios requeridos para potenciar las capacidades personales y comunales. El tercero, un constructo de *subordinación social*,¹⁰ argumenta que, debido a sus bajos ingresos, capacidades y estatus, las personas pobres se sienten humilladas y subestimadas. Para fines académicos resulta útil esta clasificación; reconociendo que los tres tipos coexisten en la complejidad de la problemática de la pobreza.

TIPOLOGÍA

En cuanto a la tipología de la pobreza, parecería haber un avance en los acuerdos. Identificamos dos grandes grupos de conceptos. Por una parte, se inscribe la postura absolutista y, por otra, la postura relativista. En definitiva, ambas son concluyentes al trazar sus propias líneas de análisis y medición de la pobreza.

La pobreza *absoluta* se centra en la limitación de las necesidades humanas, las cuales son las mismas en todo lugar y en todo momento (universales). La filosofía de esta construcción conceptual se sustenta en la dignidad humana. Paradójicamente, limitar a su mínima expresión la carencia de bienes materiales y culturales nulifica la condición de ser humano como tal. La posibilidad de operacionalizar el concepto de pobreza absoluta se identifica como una de las formas más viables para abordar la problemática de la pobreza (Salles, 1997a; Gendreau, 1998; Boltvinik y Hernández, 1999).

¹⁰ «Particularidades: a) representación histórica, dinámica e interactiva de la sociedad; b) múltiples relaciones que se tejen, destejen y entretejen en torno a las personas pobres que predicen, prolongan o evitan su situación de pobreza; c) encarar acciones preventivas; d) autorrepresentación; e) las relaciones sociales y las personas pobres se ubican en el centro de la sociedad; f) vigencia de ordenamientos sociales; g) abre la posibilidad a otros modelos de sociedad» (Vasilachis, 2003, p. 91).



En contraposición, la pobreza también ha sido definida en términos *relativos*, donde la satisfacción de necesidades está íntimamente relacionada con formas diferenciadas de desigualdad y estándares de vida determinadas por múltiples espacios y momentos. Parte de la subjetividad de los afectados y, como consecuencia, es determinante para la reorientación metodológica para el análisis de la pobreza (Gendreau, 1998; Runciman, 1966; Salles, 1997a; Townsend, 1974).

ACERCAMIENTO METODOLÓGICO

Como en toda investigación de las ciencias sociales, los estudios de la pobreza siguen acercamientos cualitativos y cuantitativos. En los *acercamientos cualitativos* sobre la pobreza ha sido fundamental captar los aspectos del bienestar que se consideran importantes desde la perspectiva de los pobres. Ofrecen la posibilidad de que sean las personas pobres quienes definan su condición de pobreza, logrando así rescatar sus complejas y heterogéneas prioridades.

El estudio de la pobreza en la investigación cualitativa también pretende interpretar los procesos e interacciones entre los ámbitos social, cultural, político y económico. De tal suerte, se incluye un rango más amplio de factores como: aislamiento, falta de poder, supervivencia, dignidad personal, seguridad, auto-respeto y propiedad de recursos. Con este fin se utilizan por lo general entrevistas interactivas abiertas y semiestructuradas. Por último, para el análisis de la información se apoya en la triangulación, utilizando simultáneamente varias fuentes de recolección de información e interpretación.



El *acercamiento cuantitativo* define la pobreza en relación con una medida. Por lo general recurre a los *indicadores de ingreso, gasto y consumo*, debido a que éstos tienen la facilidad de ser correlacionados con indicadores de bienestar —alfabetización, estado nutricional, vivienda, etcétera—. Amparado en el paradigma pospositivista, reconoce la existencia de una única realidad. Así, son considerados pobres todas las personas que se ubican en una condición que responde a una serie de indicadores, generalmente establecida por una entidad oficial. Los datos se basan en muestras probabilísticas que entregan información mediante instrumentos estructurados, formales y prediseñados.

En la metodología cuantitativa, el análisis de la información se efectúa a través de pruebas estadísticas. Existe una gran diversidad de modelos, mediante los cuales se realiza el análisis cuantitativo de la pobreza; en este sentido, antes de seleccionar alguno de ellos, es pertinente tomar en cuenta una serie de consideraciones.

CATEGORÍAS DE ANÁLISIS

Las categorías de análisis más recurrentes que encontramos en las concepciones de pobreza son: para los estudios cuantitativos, el nivel de vida; y para los estudios cualitativos, la calidad de vida. Indican los criterios de fondo que se toman en cuenta para identificar quién es pobre y cuál es su grado de pobreza. Este dilema trae implícito, además, determinar qué criterios habrá que considerar, y cómo acceder a ellos.

Con base en concepciones de pobreza absoluta, el nivel de vida se refiere a las condiciones que se expresan en estándares universales para la supervivencia y reproducción de la sociedad. Esta perspectiva generalmente la utilizan las instituciones financieras



internacionales, mismas que determinan los requerimientos mínimos expresados en variables cuantitativas (alimentación, vivienda, salud y educación). La ha utilizado ampliamente el sector público, para la generación de bases de datos estandarizadas, y por su utilidad en el diseño de políticas públicas. A la vez, las críticas y controversias son persistentes. Por una parte, se argumenta que ha pasado por alto las condiciones de vida expresadas en categorías no materiales; por otra, restringe las posibilidades de los grupos sociales para acceder a los satisfactores que ellos realmente buscan o necesitan (Boltvinik, 1990; Sen, 1998; Torres, 1990). En palabras de Palomar (1998), aun tener lo indispensable para vivir no garantiza el bienestar de una persona, un grupo o una sociedad.

El estudio de la *calidad de vida* se inicia en la década de los setenta. Integra la satisfacción de indicadores de bienestar objetivos y subjetivos; esto es, la satisfacción en diferentes áreas de la vida como la familia, el entorno, el desarrollo personal y la recreación. Además de darle importancia al indicador ingresos y a las posesiones materiales, analiza lo que se extrae de tales bienes y servicios, lo que se hace con ellos y cómo ese proceder enriquece a los seres humanos. Al ser el objetivo la vida de las personas, evalúa sus realizaciones; la producción y acumulación material son medios para solventarla (Bramston, 2002; Estes, 1993; Kajanoja, 2002; Nussbaum y Sen, 2004; Palomar, 1998).

El *bienestar* se puede conceptualizar desde diversas posturas teóricas, entre las cuales destacan la economía, la política, la sociología, la psicología y la filosofía.¹¹ En general se distinguen dos

¹¹ «Para los griegos resultaba primordial la consecución del bien ser y bien existir; incluso llegaron a considerarlo como elemento de justicia en cuanto ideal por lograr; además, tenía un contenido político en tanto pretendía establecer un equilibrio social [...]» (Torres y Delgadillo, 1990, p. 19).



enfoques que tienden a ser complementarios: bienestar objetivo y subjetivo, entendidos como «el acceso a tres patrimonios básicos: cultural, social y económico» (Palomar, 1998). El primero de ellos refiere a la satisfacción de necesidades materiales; en este sentido, el bienestar objetivo retoma la perspectiva del nivel de vida.

Amparándose en paradigmas neoliberales, el *bienestar objetivo* propone que la consolidación del capitalismo crea instrumentos para “dotar” a la sociedad de los recursos mínimos para cubrir sus necesidades básicas.

Las *necesidades humanas* se conciben como finitas, pocas y clasificables; no varían en el tiempo, ni en el espacio; por tanto, son absolutas. Este punto de referencia se ha analizado ampliamente y utilizado de manera empírica en la mayoría de los estudios sobre la pobreza. Las variaciones en su definición van desde la satisfacción de mínimos requerimientos biológicos, hasta el disfrute de necesidades de orden superior (Boltvinik y Hernández, 1999; Palomar, 1998; Salles, 1997; Sen, 1998). Para fines de este estudio se retomarán las concernientes al consumo, la alimentación, la vivienda, la educación y la salud.

Sen (1989, 1998) hizo una profunda crítica filosófica a la economía del bienestar clásico. Centra sus trabajos en el desarrollo de las potencialidades humanas, subrayando tres argumentaciones fundamentales: el trabajo va más allá de lo económico; la selección de preferencias no necesariamente tiene como meta el beneficio personal, que es el sesgo implícito a la concepción objetiva del bienestar; y, por último, el bienestar de los hogares no es un agregado de ingresos; por tanto, muchos elementos que producen bienestar no se pueden comprar (Sen, 1998; Torres y Delgadillo, 1990).

El *bienestar subjetivo* ha sido tema de investigación principalmente de la sociología y la antropología social. Recurre a las per-



cepciones de los afectados y utiliza variables referentes a niveles de satisfacción, deseo, felicidad, adaptación, logros, aspiraciones, sentimientos, etc. Intenta rescatar lo que se es, se hace, se tiene, se quiere y se cree. También considera las formas de relacionarse con el entorno y los demás. El bienestar subjetivo se ha estudiado a través de teorías de la representación, de la percepción, constructivista y del deseo (Andrews, 1976; Kajanoja, 2002; Nussbaum y Sen, 2004; Palomar, 1998; Scanlon, 2004). Debido a la relevancia del bienestar subjetivo para este libro, esta propuesta requirió el desarrollo de un apartado independiente de revisión teórica.

REPRESENTACIÓN VERSUS AUTORÍA

Debido a la discrecionalidad con que los pobres han sido identificados, medidos y caracterizados, es uno de los principales temas de interés de este libro. Las tendencias actuales insisten en considerar y contrastar tanto el punto de vista de los afectados como las visiones de los expertos en el área. Entre los “autores” que han trabajado en el tema y definido la pobreza, se encuentra personal contratado por organismos internacionales, Estados nacionales, centros académicos; en algunos casos también incluyen a pobres, como se verá más adelante. *En genealogía teórica de los estudios sobre pobreza*, Tepichín (1998) enumera a las instituciones financieras internacionales, a los Estados Nación y a los académicos y especialistas como los principales autores en la producción teórica y metodológica de la pobreza en América Latina.

En cuanto a los *organismos internacionales*, en su informe publicado en 1997, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, por sus siglas en inglés) introdujo el tema de la



pobreza humana para ampliar el concepto de pobreza más allá de la economía. Partiendo de que el empobrecimiento es multidimensional, establece que más que la falta de lo necesario para el bienestar material, la pobreza puede significar también denegación de las oportunidades y opciones más básicas del desarrollo humano. Si tener un nivel de vida decente es disfrutar de dignidad, autoestima, el respeto de otros y las cosas que la gente valora en la vida, la pobreza humana abarca más que la falta de ingreso. Por cuanto el ingreso no es la suma total de la privación humana (PNUD, 1997).

La revisión de la literatura tradicional denota la persistente ausencia de las *nociones de los pobres* sobre su propia experiencia. Los pobres no son quienes desarrollan las construcciones conceptuales. Debido a esta ausencia, en el campo de los estudios de la pobreza están surgiendo concepciones alternativas amparadas en la teoría de la representación y metodología participativa. El dar a los afectados la palabra y escuchar sus experiencias ha contribuido para complementar la concepción tradicional de pobreza. En tanto esta autorrepresentación facilita la problematización de su situación (Bhalla y Lapeyre, 1999; Feijoó, 1998; Gendreau, 1998; Narayan, 2000; Narayan et al, 2002; Vasilachis, 2003).

Vale retomar textualmente seis aspectos, a través de los cuales, Narayan (2000), en su estudio *La voz de los pobres: ¿Hay alguien que nos escuche?*, logra sintetizar las formas tan diversas en que los pobres interpretan su situación de pobreza:

- *Primero*, la pobreza consta de muchas dimensiones interconectadas. Aunque pocas veces la pobreza tiene que ver con la falta de una sola cosa, lo esencial es siempre el hambre y la falta de alimentos.
- *Segundo*, la pobreza tiene dimensiones psicológicas importantes como la impotencia, la falta de voz, la dependencia, la



vergüenza y la humillación. El mantenimiento de la identidad cultural y de las normas sociales de solidaridad ayuda a las personas pobres a seguir creyendo en su propia humanidad, a pesar de las condiciones inhumanas en que viven.

- *Tercero*, las personas pobres carecen de acceso a la infraestructura básica: carreteras (sobre todo en las zonas rurales), transporte y agua potable.
- *Cuarto*, si bien hay una necesidad generalizada de alfabetización, la escolarización se menciona poco o recibe reseñas dispares. Las personas pobres se dan cuenta de que la educación brinda una salida de la pobreza, pero solamente si mejoran las condiciones económicas en la sociedad en general y la calidad de la educación.
- *Quinto*, en casi todas partes se teme al mal estado de salud y a la enfermedad como fuentes de miseria. Ello se debe a los costos de la atención de la salud y también a los ingresos que se dejan de percibir durante las enfermedades.
- *Sexto*. Por último, los pobres pocas veces hablan de ingresos, pero se centran en cambio en la administración de los activos —físicos, humanos, sociales y ambientales— como manera de hacer frente a su vulnerabilidad. En muchos lugares, esta vulnerabilidad tiene una dimensión de género (Narayan et al, 2002, p. 5).

LA DIMENSIÓN SOCIOCULTURAL EN EL ESTUDIO DE LA POBREZA

La pobreza es consecuencia de múltiples factores relacionados entre sí. Estos se pueden clasificar en tres grandes dimensiones (socioeconómica, sociopolítica y sociocultural). De hecho, los estudios sobre pobreza versan en torno a tres grandes áreas: los



habituales estudios económicos,¹² y las propuestas políticas para hacerles frente.¹³

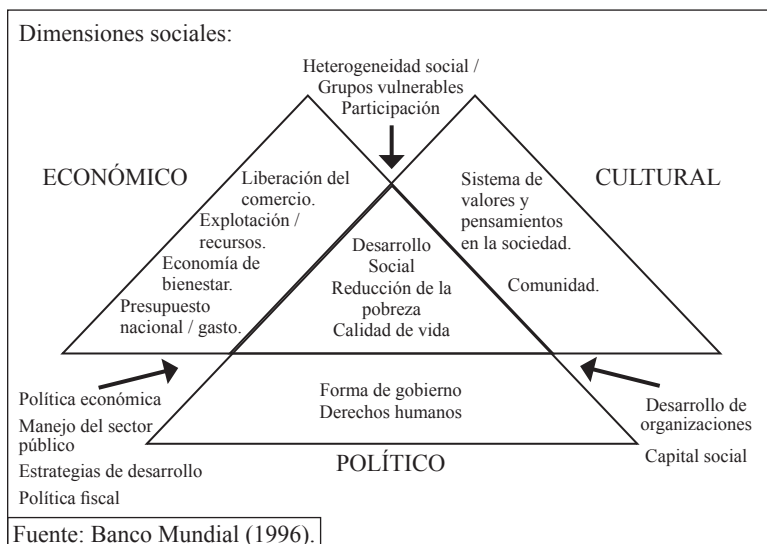
La *dimensión socioeconómica* se centra en examinar variables económicas. A nivel macroeconómico, se involucran temas relacionados con la liberación del comercio, la explotación de recursos, la economía de bienestar, el presupuesto nacional y los gastos. A nivel microeconómico se involucran aspectos como los ingresos y el consumo. La *dimensión sociopolítica* toma en cuenta variables no económicas, como la distribución de recursos y poder; se refiere a la sociedad civil, el respeto a los derechos humanos y al papel del Estado Nación. La *dimensión sociocultural*, que contempla preocupaciones relacionadas con los valores, hábitos, ideas e identidad cultural, se encuentra en interrelación con las otras dimensiones analíticas. Cuando tiene su punto de encuentro con la dimensión sociopolítica se estudian temas relativos al desarrollo de organizaciones civiles y capital social. En cambio, cuando existe intersección con la dimensión socioeconómica, aparecen factores inherentes a la heterogeneidad, grupos vulnerables y la participación (Neubert, 2000, pp. 7 y 8).

¹² Quizá sea una de las áreas teóricamente más explotadas. Entre los trabajos que destacan se pueden consultar las obras de Boltvinik (1984; 1994; Boltvinik y Hernández, 1999); Cortés y otros (2002); Boltvinik y Hernández (1999); Levy (2002); Soria (2000); Solana (2002), además de las aportaciones de las instituciones financieras internacionales, las cuales parecen trazar las líneas de investigación a seguir tanto en el aspecto económico como en el político (Mejía, 1998).

¹³ Sin duda, las dimensiones política y económica en el estudio de la pobreza se entrelazan, debido a que uno pretende conocer su magnitud y el segundo las formas de hacerle frente. Entre algunos de la abundante producción, se encuentran Campos (1995); Mejía (1998); Ordóñez (2002); Raczynski (1999); Román y Aguirre (1998); Solana (2002), y Valencia y Aguirre (1988).



CUADRO 3. DIMENSIONES SOCIALES DE LA POBREZA.



Fuente: Adaptado de Neubert, 2000, p. 9.

La dimensión sociocultural es uno de los referentes de la pobreza menos investigados. En lo que sigue se hace primero un recorrido por la concepción de la cultura de la pobreza. Segundo, se abordan los conceptos e indicadores relacionados con aspectos socioculturales que se emplean en este estudio, inherentes a la subjetividad de la pobreza.

Las discusiones actuales de la dimensión sociocultural de la pobreza versan sobre indicadores respecto a la identidad, dignidad, reconocimiento, pertenencia, emociones, capacidades y otras. A reserva de las respectivas variantes contextuales, se ha encontrado que la situación de pobreza presenta ciertas formas predecibles de comportamiento, relaciones sociales, valores y actitudes recurrentes —entre ellas, la impotencia, el atropello a la dignidad, el



aislamiento social, la resistencia, la inventiva, la solidaridad, la corrupción gubernamental y la desigualdad por razones de sexo— (Burton, 1992; Arraigada y Torres, 1998; Torres y Delgadillo, 1998; Feijoó, 1998; Bhalla y Lapyre, 1999; Palomar, 1998; Pérez y Torres, 1999; Salles y Tuirán, 1999; Narayan, 2000; Narayan et al, 2002; Vasilachis, 2003; Enríquez, 2005; López y Ordóñez, 2006).

El componente subjetivo de la pobreza ha sido mínimamente estudiado. Son pocas las investigaciones que explícitamente buscan estudiar los sentimientos que experimentan las personas frente a condiciones de pobreza. Algunos estudios han encontrado una relación directa entre condiciones precarias y disminución del bienestar subjetivo; sin embargo, en países desarrollados no han logrado fundamentar la correspondencia entre las condiciones materiales y el bienestar subjetivo. Esta correlación —condiciones materiales/significados— tiene que ver con el contexto donde se estudia; por ejemplo, en sociedades como la mexicana, caracterizada por altos niveles de desigualdad social y pobreza, con un precario sistema de protección social, donde además las personas dependen principalmente de su fuerza de trabajo, el hecho de que se afecte la estructura de oportunidades o la capacidad de las personas para acceder o movilizar recursos, no solamente mina su nivel de vida sino también su bienestar subjetivo (Palomar, 1998).

Se han efectuado profundos estudios de caso que dan cuenta de la forma en que las familias desarrollan estrategias para enfrentar la condición de pobreza, y/o se ha explorado la especificidad de la pobreza femenina; en este sentido, esta línea de investigación propone «ampliar la noción de necesidades y otorga un estatus relacional, simbólico y cultural, con énfasis en sus dimensiones subjetivas» (Salles y Tuirán, 1999, p. 439).

La subjetividad de la pobreza se ha estudiado a través de varias disciplinas, entre ellas la sociología, la psicología y la socio-



demografía. Esta última, mediante el estudio de la vida familiar profundiza en las representaciones de cada uno de los integrantes de la familia en sectores populares. Al respecto, Oliveira, Eternot y López (1999) proponen «profundizar en el conocimiento de las representaciones familiares mediante el estudio de valores, percepciones, deseos, expectativas, significados y sentimientos de hombres y mujeres».

Para Palomar (1998) el subjetivismo se refiere al modo personal de sentir y pensar del sujeto, analizado a través de la teoría de las representaciones; la cual se entiende como una de las propuestas teóricas para acercarse al estudio de las expectativas y aspiraciones que las personas viven a lo largo de su vida frente a su bienestar subjetivo.

La teoría de las representaciones sociales se comprende como la forma en que las personas hacen referencia a los objetos sociales, los clasifican, los explican y, además, los evalúan (Narayan et al, 2002). Evidentemente, un estudio profundo de las representaciones sociales de la vulnerabilidad social en la vida familiar sería una interesante línea de investigación.

Aquí se propone abordar los significados que las personas y familias asignan a su condición de pobreza a través de las percepciones. Éstas, además de ordenar la realidad, ponen mayor énfasis en las respuestas sociales. La percepción se considera un proceso selectivo y dinámico (ir más allá de la información obtenida). De acuerdo con Moya (1996, pp. 73-76), «este proceso selectivo está determinado por las necesidades, aprendizajes y por las características permanentes y temporales de los individuos». El campo de las percepciones se centra en dar voz a los pobres; esto es, que el propio actor reconstruya subjetivamente su condición de pobreza; reconocer las percepciones de las personas en su situación de vulnerabilidad social. El estudio de las percepciones de los pobres ayuda



a conocer sus acciones u omisiones en distintos niveles —sociales, económicos y políticos— en un contexto amplio, caracterizado por la desigualdad y la vulnerabilidad social. Y al final, abre la posibilidad de conocer otras visiones del mundo distintas a los modelos hegemónicos (Feijoó, 1998; Kajanoja, 2002; Vasilachis, 2003).

Para Ruvalcaba y Salles (2001, citado por López y Ordóñez, 2006, p. 247) las percepciones se remiten a tres elementos; a saber: el contexto social, las prácticas sociales y la experiencia vivida. Estas categorías analíticas ayudan a López y Ordóñez (2006) a estudiar las percepciones de las mujeres jefas de familia en condiciones similares de pobreza, pero con distintas experiencias y prácticas sociales; lo que permitió a los autores encontrar múltiples experiencias subjetivas de vivir la pobreza en la frontera. Finalmente, López recupera “las dimensiones de incertidumbre” propuestas por Castro (2000) a través de las cuales da cuenta de sensaciones relacionadas con lo imprevisible y lo inesperado, pero también con la precariedad e incapacidad.

Desde una perspectiva moral, Iguíñiz (1999) propone estudiar el protagonismo de los pobres, dando cuenta del sufrimiento que representa la lucha diaria por la supervivencia, tomando como base su esperanza personal y colectiva. La estrategia que sigue es analizar la narración de la vida familiar a través de la cual se logra conocer las motivaciones, los sentimientos y las aspiraciones y no sólo, ni principalmente, el deterioro económico.¹⁴

¹⁴ «Algunos de los factores de riesgo que se han asociado con el malestar emocional femenino en la actualidad son: las condiciones de desventaja socioeconómica; la edad de las mujeres; el nivel ocupacional; el número y la edad de los hijos (tener tres o más niños pequeños en casa); el estado civil (el matrimonio en mujeres es factor de riesgo, y en hombres es factor de protección); las situaciones de duelo; los fenómenos de violencia; la doble jornada de trabajo; la falta de apoyo de amigos o familiares (redes sociales y redes de apoyo emocional), y la falta de comunicación íntima y confidencial con una pareja». (Enríquez, 2005, p. 139.)



Poco se ha investigado acerca de la teoría de los *sentimientos*. En un amplio enfoque, los sentimientos, se entienden como la emoción que despiertan en algunas personas ciertas situaciones, y a su vez tiene implicaciones en el comportamiento (Herbert, 1992, p. 97). Los sentimientos se conciben como procesos afectivos personales; los sentimientos llevan a la acción; esto es, tienen capacidad de agencia, de acciones tanto en el mundo privado como en el público (Enríquez, 2005).

Los *sentimientos* son un campo todavía poco estudiado en el ámbito científico. Los trabajos iniciales se desarrollaron en la antropología, con temas alusivos al honor y la vergüenza. Posterior a la década de los ochenta, en el campo de la sociología se le ha dado mayor énfasis, debido a las fuertes críticas a la razón como fuente única de conocimiento. En el acervo teórico aún no se han trazado definitivamente la separación entre las emociones y los sentimientos; de hecho, algunos científicos describen las emociones como los sentimientos que experimenta la persona; en cambio, otros estudiosos consideran que las emociones son los cambios temporales que provocan los sentimientos. Para fines de esta investigación, los sentimientos son el afecto o comportamiento que genera en los individuos su percepción de una situación de pobreza y de vulnerabilidad social (Herbert, 1992; Baricat, 2000).

Los sentimientos son el resultado principalmente de tres elementos, a saber: una situación concreta, antecedentes y personalidad. En investigaciones empíricas se ha encontrado que la familia, el trabajo, la vivienda y el entorno son los principales predictores del bienestar subjetivo. En el mismo orden de ideas se han utilizado variables de tipo sociodemográfico para medir el bienestar subjetivo —recursos económicos, educación, edad, número de hijos, estado civil, etcétera— (Palomar, 1998).



Así, el bienestar se ha estudiado a través de los sentimientos, tomando como referencia los estados emocionales; positivos, relacionados con el apoyo social y el control interno; negativos, vinculados con el conflicto social, la ansiedad y la depresión (Palomar, 1998, p. 200). Kepler (1990) ha identificado en términos de poder y estatus dos sentimientos: la vergüenza y el orgullo. También se ha encontrado que las personas pobres experimentan sentimientos de humillación, angustia, desesperación, dolor, dignidad, falta de voz, etcétera (Narayan, 2000).

Enríquez (2005, 2008), encontró que las mujeres asociaban a su falta de recursos económicos una serie de sentimientos negativos; a saber: intranquilidad, preocupación, cansancio, miedo, enojo, desesperación, angustia, impotencia y desesperanza. De hecho, la autora reflexiona sobre la necesidad de estudiar la construcción social de la esperanza en el entorno urbano y desde sus múltiples frentes. En particular, las formas en que los pobres urbanos, hombres y mujeres de diferentes edades, imaginan, significan, representan y luchan por la esperanza.

Enríquez (2005) invita a seguir estudiando temas como la esperanza, la desesperanza, la incertidumbre, la inseguridad, el aislamiento y otras reacciones que parecen tener un fuerte impacto en el bienestar subjetivo de las personas, debido al reciente recrudecimiento de la pobreza en la sociedad moderna.

Al rescatar las aportaciones de estas investigaciones, se propone estudiar el bienestar subjetivo a través de los significados que los individuos y las familias atribuyen a su situación de pobreza; para lo cual se analiza la percepción (satisfacciones y logros) y los sentimientos (ansiedad, angustia, esperanza —logros y planes—) que se experimentan en la vida familiar ante *su grado de vulnerabilidad social*. En el siguiente apartado se introduce el tema de la



vida familiar y su condición de vulnerabilidad, relacionada directamente con la pobreza.

VULNERABILIDAD SOCIAL —POBREZA Y VIDA FAMILIAR—

En el siguiente apartado se revisa el tema de la vida familiar y su condición de vulnerabilidad relacionada directamente con la pobreza. La capacidad de respuesta de las familias frente a situaciones de pobreza; es decir, qué atributos individuales y familiares facilitan u obstaculizan la movilización de recursos tangibles e Intangibles al respecto.

ATRIBUTOS FAMILIARES

Los atributos de las familias, como su tamaño (número y promedio de miembros por vivienda), su composición y estructura (nuclear, extensa, compuesta, ciclo familiar), pueden determinar el nivel de vulnerabilidad social de una familia. La composición de parentesco como categoría analítica se fundamenta en la relación consanguínea, política y/o legal entre los integrantes del grupo familiar; a su vez, la composición de parentesco también se sustenta en una serie de tipologías relacionadas con la ascendencia, descendencia y co-lateralidad (Oliveira, Eternot y López, 1999).

La mayoría de autores coinciden en que la composición de parentesco puede ser: familias nucleares, familias extensas y familias compuestas. Investigaciones efectuadas en México han encontrado que la mayoría de los hogares están compuestos por



familias nucleares; sin embargo, durante las últimas décadas hay una tendencia al incremento de los hogares no nucleares.

Las familias nucleares se caracterizan por estar compuestas por uno o ambos progenitores y sus hijos, aunque no es la regla; generalmente todos viven bajo un mismo techo. Es importante señalar que sus integrantes pueden tener interacción con otros parientes no co-residentes. Las familias nucleares también han sido denominadas monoparentales, cuando en la misma vivienda vive sólo uno de los progenitores con sus hijos (Salles, 1996).

Las familias extensas están compuestas por parientes que viven bajo un mismo techo; además, tienen la particularidad de que, a partir de una familia de origen, se suman nuevas familias formadas por los hijos, o bien, por otros parientes (Christenson, García y Oliveira, 1989). Las familias compuestas parten de la base de una familia nuclear o de una familia extensa, pero se caracterizan por integrar la presencia de personas que no tienen ninguna relación de parentesco (Ariza y Oliveira, 2002a).

En los estudios de la vida familiar en situaciones de pobreza, se ha encontrado que persiste una serie de estrategias para responder a la carencia económica. En este sentido, se ha incrementado la presencia de arreglos familiares tales como: hogares unipersonales, de jefatura femenina, biparentales y extensos (García y Oliveira, 2006). De acuerdo con el contexto estudiado, estos arreglos familiares adoptan ciertas especificidades; así, Salles (1996) encontró un tipo particular de familia nuclear, a la cual nombró “familia nuclear aislada”. Su característica principal es que se presenta en las zonas fronterizas, como resultado de la movilidad migratoria con escasas o nulas redes familiares.

Para el análisis de la composición y estructura familiar también se ha propuesto recurrir a la categoría analítica del ciclo



doméstico, que permite estudiar las transiciones que se dan a lo largo del tiempo familiar ante situaciones de pobreza (Jelin y Feijoó, 1983; González de la Rocha, 1986; Barquet, 1997). Para entender mejor el ciclo doméstico es necesario recurrir a conceptos como el tiempo social, el tiempo familiar y el tiempo individual. En este sentido, el primero se refiere al contexto *macroestructural* (historia, estructura de oportunidades, patrones sociales, etcétera); por su parte, el tiempo familiar se refiere a las *transiciones en la composición* y estructura del grupo familiar (matrimonio, tener hijos, dejar el hogar); por último, en el tiempo individual se retoman las *transiciones biográficas* que vive cada persona (como lo biológico-social). La tarea del ciclo doméstico consiste en interconectar estos tres tiempos; así, establece una serie de etapas consecutivas —el ingreso al mundo del trabajo, el abandono del hogar familiar y la formación de un hogar independiente; el casamiento, el nacimiento de los hijos...— (Jelin y Feijoó, 1983, pp. 148-150; Ojeda, 1987).¹⁵

En este sentido, la intensidad de la vulnerabilidad social y las necesidades familiares se explican mediante el número de dependientes; la edad de los integrantes y el trabajo doméstico y extra doméstico; es decir, en la primera etapa del ciclo doméstico denominada “expansión” se incrementan los riesgos de presentar mayores niveles de pobreza, debido a que aumenta el número

¹⁵ [El ciclo doméstico como categoría analítica] «[...] tuvo su origen en la sociología rural de los años treinta con los trabajos de Glick (1947, 1957 y 1965) [...] Incluye las etapas de formación (matrimonio), expansión (nacimiento de los hijos), contracción (salidas de los hijos del hogar paterno) y disolución (con la muerte de alguno de los esposos) [...] Otros modelos definen las etapas del ciclo familiar, considerando también la edad del hijo mayor y del menor, como el de Duval (1975), quien identifica nueve etapas del ciclo familiar, y el de Hill (1964), más sofisticado, que incluye 24 etapas.» (Citados por Ojeda, 1987, p. 7.)



de dependientes y menos miembros participan en el mercado de trabajo. Podría considerarse que la etapa de consolidación es la menos vulnerable; mientras que en la etapa de dispersión se recrudece la crisis económica, debido a que se reduce el número de integrantes económicamente activos (sin seguridad social), en tanto que las necesidades se incrementan (por ejemplo, en el área de la salud) (Christenson, García y Oliveira, 1989).

Al pensar a la familia como una unidad dinámica en constante cambio, surge la interrogante sobre qué tan permanente puede ser recurrir a categorías analíticas como la composición de parentesco y el ciclo doméstico; en este sentido, González de la Rocha (1999) sugiere ser cautelosos, pues al recurrir a un análisis sincrónico de los elementos que ayudan a construir la composición de parentesco se observa que no son estáticos; mucho menos, las etapas del ciclo doméstico. Aquí es pertinente rescatar la profunda crítica que hacen al ciclo doméstico Ojeda (1987) y Oliveira, Eternot y López, (1999). Aunque reconocen la utilidad de esta propuesta analítica, argumentan que en sociedades como la mexicana es imposible pensar a la familia como una serie de etapas lineales, ante lo cual proponen la necesidad de hacer un análisis de los procesos y de las transiciones para controlar la superposición de las etapas y eventos familiares, debido a sus variaciones en el tiempo, orden y duración.

En conclusión, como señala González de la Rocha (2006, pp. 73-75), es necesario recurrir a un análisis longitudinal para comprender la naturaleza cambiante de las familias; de hecho, esa crítica ha sido superada al introducir la vertiente dinámica al ciclo doméstico. Esta propuesta ha permitido analizar las diferentes transiciones que se experimentan a lo largo del tiempo familiar.



DINÁMICA FAMILIAR

La dinámica familiar se entiende como las relaciones de convivencias asimétricas y jerarquías entre géneros y generaciones, a lo largo de los procesos de reproducción cotidiana. Entre las dimensiones que se han abordado para su estudio se encuentran la división del trabajo doméstico y extra doméstico, además de la estructura de poder y autoridad (conflictos y solidaridades, violencia doméstica y abandono del cónyuge varón). En este sentido, el análisis de la dinámica familiar se ha llevado a cabo mediante el desarrollo de estudios de caso en pequeñas muestras no estadísticas (García, 1998; Oliveira, 1998; Oliveira, Eternot y López, 1999; Ariza y Oliveira, 2002).

Es pertinente subrayar que la dinámica familiar no siempre afecta en forma positiva el bienestar de las personas; es decir, el acceso a recursos económicos no necesariamente implica mayor bienestar cuando prevalecen relaciones intrafamiliares conflictivas. También se ha encontrado que en la dinámica familiar existen elementos que contribuyen a empeorar la situación socioeconómica de la familia, en especial de las mujeres y los menores (García, 1998). En este sentido, el estudio de la dinámica familiar ha estado estrechamente vinculado con las relaciones de desigualdad entre los géneros.

RECAPITULACIÓN

En la revisión bibliográfica se encontró que, aunque la desigualdad social ha estado presente en todas las sociedades, se desconoce su origen. De hecho, se ha recurrido al funcionalismo y a la teoría crítica para entender su sentido e implicaciones. También



una serie de autores contemporáneos han denunciado la intensidad y las consecuencias de este fenómeno, atribuido a la globalización. Muchos consideran a América Latina una de las peores experiencias en materia de desigualdades sociales explicadas tanto en términos económicos como en factores culturales y políticos. El caso mexicano no es la excepción: datos estadísticos como el coeficiente de Gini, el índice de desarrollo humano, el índice de marginación y la medición de la pobreza revelan información fundamental para reforzar la teoría de la desigualdad extrema en nuestro país. Estos datos numéricos, a su vez, se han documentado a profundidad con investigaciones de campo, donde el hogar y la familia han sido fundamentales para comprender cómo ha afectado este fenómeno a la población. Por último, aunque se ha explicitado que desigualdad social y pobreza no son sinónimo, sí hay evidencias contundentes de que un contexto que se caracteriza por la desigualdad, reduce la estructura de oportunidades y, además, la población se expone a mayores riesgos, condición que la ubica en mayores grados de vulnerabilidad social.

En este sentido, la vulnerabilidad social se entiende como la materialización de la desigualdad social. Ambas representan el marco de referencia para comprender la configuración de la pobreza. La vulnerabilidad social como categoría analítica ayuda a comprender el proceso que experimentan los individuos y familias frente a acontecimientos riesgosos provocados por la desigualdad social; a su vez, ayuda a analizar la relación entre los atributos de los individuos y las familias para movilizar recursos y la estructura de oportunidades, la cual es tan rígida o permeable como las condiciones permitan. En este marco de referencia los individuos y las familias acumularán (des)ventajas para enfrentar su condición de pobreza.



Para acercarse al escenario de la pobreza se puede recurrir por lo menos a tres grandes aproximaciones; de acuerdo con Neubert (2000), la primera de ellas, la dimensión socioeconómica, conduce a examinar una serie de debates entre los que destaca la relación entre el crecimiento económico y la distribución desigual del ingreso como determinantes en la persistencia e intensidad de la pobreza. La segunda, la dimensión sociopolítica, plantea estudiar las formas de gobierno y los derechos humanos; entre ellos, las medidas que se han adoptado para hacer frente a la pobreza. En tercer lugar, la dimensión sociocultural propone profundizar en las condiciones, en el día a día, en los significados —entendidos como las percepciones y los sentimientos de los pobres— ante determinadas situaciones de pobreza; esto es, en la subjetividad de la pobreza. Aunque cada uno de los tres acercamientos —socioeconómico, sociopolítico y sociocultural— abre sus respectivas líneas de investigación, en este estudio nos interesa dar mayor énfasis a la dimensión sociocultural.

El estudio del bienestar subjetivo tiene que ver con las causas que se le atribuyen a la pobreza; esto es, qué factores no materiales afectan el grado de pobreza en la familia. Desde la década de los setenta, en los estudios de la familia en sectores populares han encontrado altos niveles de alcoholismo, violencia y conflictos en las relaciones intrafamiliares. Uno de los estudios pioneros fue el que elaboraron González de la Rocha, Escobar y Martínez (1990), donde parten del supuesto de que los conflictos son la otra cara de la moneda de las estrategias; en este sentido, documentan que los conflictos que se experimentan en las relaciones intrafamiliares están vinculados con condiciones de precariedad material.

Así también existen investigaciones que dan cuenta de los esfuerzos y las esperanzas que desarrollan los individuos y las fa-



ROSA MARÍA GONZÁLEZ CORONA

milias para enfrentar su condición de pobreza, y por tanto parecen contribuir a su bienestar subjetivo; por ejemplo, el orgullo y la satisfacción que siente una mujer después de años de haber trabajado y luchado por tener una vivienda; o por el hecho de que sus hijos tengan un mayor nivel de escolaridad que ella misma.



CAPÍTULO 2. ANTECEDENTES DE LOS ESTUDIOS DE POBREZA EN TIJUANA

En este capítulo se hace una breve reseña de los estudios que se han efectuado sobre la pobreza en la región fronteriza, además de la descripción del contexto sociodemográfico y de las condiciones de pobreza y vulnerabilidad social en Tijuana.

CONTEXTO Y CONDICIONES DE POBREZA EN TIJUANA¹⁶

Independientemente del cúmulo de investigaciones en los ámbitos nacional e internacional sobre la pobreza, son mínimos los intentos académicos que se han hecho para sistematizar el fenómeno de la pobreza en esta región fronteriza (De la Rosa, 1985; Hernández, 1990; Ruiz y Aceves, 2000; Alegría, 1994; Palomares, 1996;

¹⁶ Tijuana se fundó el 11 de Julio de 1889. Nació como un lugar de descanso y recreación. El rancho de la Tía Juana se transformó en un pueblito habitado por los empleados del hipódromo y del balneario, a raíz de la ley seca en Estados Unidos (1920-1933) (De la Rosa, 1985).



Gaxiola, 2002).¹⁷ Existen, por suerte, algunas investigaciones que aluden a temas paralelos a la pobreza, como son: la marginalidad y la desigualdad socioeconómica, la segregación espacial y la evaluación de las políticas sociales dirigidas a los pobres.

La ciudad de Tijuana, ubicada en la frontera norte de México, comparte una serie de características regionales ajenas al resto del país.¹⁸ Una de estas características se refiere al nivel de vida, el cual se encuentra generalmente por arriba del promedio nacional. Esta situación se ve reflejada en un mayor crecimiento socioeconómico y demográfico en la región fronteriza y específicamente en esta ciudad. De hecho, para el Estado mexicano, Tijuana representa un «amortiguador del éxodo» de los flujos de migrantes que no lograron alcanzar mejores niveles de vida en sus lugares de origen.¹⁹

Como común denominador, en los documentos que abordan el contexto de esta ciudad se encuentran, por un lado, temas relacionados con el crecimiento urbano acelerado, el alto ingreso *per cápita* y la distribución desigual del ingreso. Por otro lado, Tijuana, al ser

¹⁷ Además de los estudios ya mencionados, también destacan las investigaciones efectuadas en el Colegio de la Frontera Norte (El Colef); entre ellas, «Segregación espacial urbana», de Tito Alegría (1994); y la reciente publicación de Ordóñez y Reyes (2006), «los retos de la política social en la frontera norte de México», incluyendo una serie de tesis de maestría y doctorado.

¹⁸ «El programa de industrialización de la frontera se creó en 1965, con el fin de establecer maquiladoras a lo largo de la frontera con Estados Unidos, lo cual repercutió directamente en la vida económica de las ciudades fronterizas; debido a estas acciones, en la ciudad de Tijuana se incrementó significativamente el comercio, el turismo y algunas industrias, ocasionando una concentración poblacional en esos centros urbanos» (Hernández, 1990).

¹⁹ «Durante las últimas décadas, la frontera norte de México se ha caracterizado por un crecimiento demográfico relativamente mayor respecto al resto del país y por su importante contribución a la economía nacional [...]» (Ordóñez y Reyes, 2006, p. 30).



uno de los principales puertos de entrada a Estados Unidos, se identifica con temas como el narcotráfico, la migración, la maquila y la condición fronteriza. Esta última es indispensable para entender, junto con otros referentes, la vulnerabilidad social y la pobreza en Tijuana; en otras palabras, la pobreza se vive teniendo como punto de comparación no sólo los estándares nacionales, sino el nivel de vida del país vecino. En palabras de De la Rosa (1985), lo fronterizo modifica y determina de alguna manera a la marginalidad, destacando los contrastes en esta interacción, por una parte, el desarrollo industrial y de alta tecnología, y, por otro, el cruce fronterizo para laborar en el país vecino en sectores de baja cualificación.

La ciudad de Tijuana está ubicada en el estado de Baja California, México. Colinda hacia el norte con California, Estados Unidos de Norteamérica; al este con el municipio de Tecate; al sur con los municipios de Playas de Rosarito y Ensenada; y al oeste con el Océano Pacífico. El municipio tiene una extensión territorial de 1 229 km². Está constituido totalmente por sierras y valles pequeños, en los cuales se presenta una gran variedad de pendientes y corrientes hidrológicas, por lo que la mayor parte del terreno no es apta para ser habitada. Independientemente de estas observaciones, la ciudad se ha poblado en muchas zonas de alto riesgo, lo que trae como consecuencia graves problemas, entre los que destacan el riesgo de inundaciones y deslaves. Asimismo, hay importantes inconvenientes para una buena urbanización y para la satisfacción de la demanda de servicios como: terreno, vivienda, transporte público, agua, energía eléctrica, escuelas, servicios de salud y seguridad (Álvarez, 2005).²⁰

²⁰ «Las ciudades de la frontera del norte de México se caracterizan por su crecimiento dinámico, desordenado y pegado a la frontera, condicionando las ciudades a otras formas de crecimiento» (Álvarez, 2005, p. 7).



Los registros e indicadores oficiales de carácter sociodemográfico muestran un acelerado crecimiento poblacional de Tijuana. En este orden de ideas, a principios del siglo xx la ciudad tenía una población estimada en 242 habitantes. El primer incremento notable de la población ocurrió durante la década de los años veinte, con una tasa promedio de 23.3%, lo cual implicaba que la ciudad era habitada por 1 028 personas. Posteriormente, en la década de los cuarenta, aunque la tasa promedio había decrecido hasta 12.9%, ya la población era de 16 486 habitantes (López y Ordóñez, 2006).²¹ El INEGI (2010) estimó que en Tijuana habitaban 1 559 683 personas.

ANTECEDENTES DE ESTUDIOS DE DESIGUALDAD SOCIAL Y POBREZA EN LA REGIÓN

En 1985, De la Rosa publicó la investigación «Marginalidad en Tijuana». En contraste con los antecedentes históricos de la ciudad, de su crecimiento económico, su dinamismo, su actividad turística y, posteriormente, del insumo de mano de obra promovida por las maquiladoras transnacionales; en sus observaciones de campo comprobó que el «panorama de las colonias populares es

²¹ Hasta 1949 había alrededor de 20 000 habitantes; su crecimiento ocurrió durante la segunda guerra mundial y el programa bracero. Tomando como referencia todas las ciudades de México, en 1960 la ciudad de Tijuana ocupaba el lugar número 13; en 1979, pasó al número 7. Actualmente se considera una de las principales ciudades del país (De la Rosa, 1985). De acuerdo con Durand (2006, pp. 19-21), el programa Bracero tuvo su origen hacia finales de la segunda guerra mundial; entre 1942 y 1964, México y Estados Unidos firmaron un convenio binacional, el cual pretendía establecer un modelo migratorio que se caracterizaría por la legalidad, masculinidad, ruralidad y temporalidad, y a través del cual los gobiernos de ambos países tuvieron el control del manejo, selección, contratación y distribución de mano de obra. Para más información de este programa se puede consultar la obra en extenso de Durand (2006).



desolador»; predominaban unidades habitacionales de autoconstrucción con material de desechos y escasez de servicios públicos. Debido a ese contraste, según De la Rosa, aunque las tasas de desempleo se encontraban por debajo de la media nacional, el trabajo por lo general era eventual, inestable, con escasas prestaciones sociales y bajos salarios.

En otro estudio, Hernández (1990) afirmó que el problema de la desigualdad socioeconómica en asentamientos humanos irregulares en la ciudad de Tijuana se debía principalmente a «la incapacidad del mercado laboral de absorber “adecuadamente” el incremento poblacional, producto de los flujos migratorios que acuden a esta frontera en busca de un mínimo de bienestar al que no tienen acceso en sus lugares de origen; y que, en el lugar al que arriban, esa miseria se agudiza con nuevos matices».

A su vez, Ruiz y Aceves (2000) encabezaron la investigación denominada «Pobreza y desigualdad social en Tijuana», en la cual intentaron sistematizar datos económicos que ponían de relieve la pobreza y el deterioro social en Tijuana. Según sus conclusiones, la marginalidad se debía a: la excluyente dinámica macroeconómica vinculada directamente con la expansión demográfica, las políticas neoliberales y la integración al mercado global. En el mismo orden de ideas, estos autores afirmaron que la representación colectiva más común de esta ciudad era la de un lugar de oportunidades para muchas familias que huían de la pobreza de sus lugares de origen; en este sentido, identificaron a Tijuana como la «ciudad que ayuda a mitigar la pobreza». A la vez, argumentaron que las instituciones públicas enfrentaban un desfase entre sus recursos y la demanda social, «construyendo la imagen de una ciudad precaria, empobrecida o abandonada, al lado de los pequeños enclaves de riqueza y esplendor mercantil».



Para Ruiz y Aceves (2000), de acuerdo con los resultados de su investigación, la desigualdad social y la pobreza en Tijuana se relacionaban directamente con cuatro determinantes. El primer determinante daba cuenta del bajo nivel de calificación de la mano de obra, condición que se reflejaba claramente en el reducido nivel de ingresos de la población trabajadora. El segundo determinante se refería a la concentración del ingreso, donde se observó una distribución desigual. El tercer determinante evidenciaba la precariedad de la vivienda y de los servicios públicos. Y, por último, el cuarto determinante daba cuenta de la concentración de viviendas pobres en zonas de alto riesgo.

Por su parte, López y Ordóñez (2006) publicaron en su libro *Pobreza, familia y políticas de género* los resultados de un análisis del programa «Jefas de familia», puesto en marcha en 2003 en la ciudad de Tijuana. Resalta el interés de los investigadores por incorporar la voz de las mujeres jefas de familia para conocer el impacto que tuvo esta política gubernamental en su condición de pobreza familiar. Así también, el texto incorporó información censal y testimonios de representantes de organizaciones gubernamentales y no gubernamentales. Como conclusiones, los autores encontraron inconsistencias en el programa, debido a la transposición conceptual y la aplicación del mismo. También hallaron que las entrevistadas vivían la pobreza de manera diferente en comparación con la de su lugar de origen; ellas veían en esta ciudad más oportunidades y, por ende, percibían que su condición de pobreza era menos intensa que la que habían vivido en sus familias de origen. Por último, respecto a la equidad de género, no encontraron que el programa hubiera provocado cambios en la participación de los hombres en el trabajo doméstico.

En otro orden de ideas, no obstante la continua y acelerada producción de estudios sobre la pobreza en el país, los métodos que se



han utilizado hasta la fecha para medirla han sido fuertemente cuestionados y el caso del municipio de Tijuana no ha sido la excepción. Se pueden mencionar por lo menos cuatro críticas al respecto. En primer lugar, hasta el xii censo de población y vivienda, las fuentes de datos a nivel municipal no incluían registros estadísticamente representativos para hacer este tipo de cálculos. En segundo lugar, los métodos han tomado como referencia principalmente los ingresos para medir la pobreza, dejando de lado otros recursos no necesariamente monetarios. En tercer lugar, se ha partido del supuesto de que existe una distribución equitativa de los ingresos dentro los hogares, lo que nulifica los procesos de desigualdad que se dan hacia el interior de las familias. Finalmente, se les ha atribuido a las personas en el manejo de sus ingresos un alto nivel de racionalidad; sin embargo, las familias no necesariamente usan los recursos siguiendo una lógica que priorice las necesidades básicas. López y Ordóñez (2006), utilizando tanto la metodología oficial del gobierno mexicano como los datos publicados en el censo de 2000, por su representatividad municipal, demostraron que la intensidad de la pobreza en Tijuana era mayor a lo que oficialmente se había declarado.

Estos datos ponen en evidencia la precaria calidad de vida en Tijuana y demuestran que más de la tercera parte de los hogares en la ciudad se ubican por debajo de alguno de los tres umbrales de la pobreza, lo que representa casi 40% del total de la población. Estas condiciones socioeconómicas, caracterizadas por la persistente desigualdad social y la pobreza, son tierra fértil de situaciones riesgosas para quienes viven en mayores niveles de vulnerabilidad. Esta dinámica se manifiesta, por ejemplo, en las colonias populares de la ciudad, donde aún persiste la carencia de servicios públicos, infraestructura y equipamiento. Esta condición, a su vez, se traduce en una interminable lista de problemas relacionados con la tenen-



cia de la tierra, la vivienda, la violencia, la delincuencia, el uso de drogas y las malas condiciones de vida en general.²²

*CUADRO 4. SITUACIÓN DE LA POBREZA Y LA VULNERABILIDAD SOCIAL EN TIJUANA
RESPECTO A NIVEL NACIONAL Y ENTIDAD FEDERATIVA*

	México	Baja California	Tijuana
Población total*	112,590,130	3,173,198	1,603,955
Pobreza	46.26475519	32.06421408	32.77951305
Pobreza extrema	11.36428034	3.500254318	3.53723976
Pobreza moderada	34.90047455	28.56395841	29.24227333
Vulnerable por carencia social	28.75625491	39.28147554	40.12838745
No pobre y no vulnerable	19.2546919	22.57479727	21.06158829
Vulnerable por ingreso	5.724298209	6.07951358	6.030509949
Carencia por rezago educativo	20.64017868	17.13564675	17.16771393
Carencia por acceso a la salud	31.78160289	35.14939818	40.98891292
Carencia por acceso a seguridad social	60.71991391	54.8586946	55.85918
Carencia por calidad y espacios de la vivienda	15.20152079	10.18092788	10.39539746
Carencia por servicios básicos en la vivienda	22.97591362	7.087550162	2.396243079
Carencia por acceso a la alimentación	24.8591	16.6068742	15.94341762
Población con al menos una carencia	75.02101117	71.34568974	72.90790117
Población con al menos tres carencias	28.71742933	16.82252415	16.52307428
Población con ingreso inferior a la línea de bienestar	51.98905358	38.14372756	38.81002318
Población con ingreso inferior a la línea de bienestar mínimo	19.39590443	9.840671777	10.15212249

Fuente: estimaciones del Coneval con base en la muestra del Censo de Población y Vivienda 2010 y el MCS-ENIGH 2010.

Evidentemente, en la mayoría de los indicadores se muestran menores niveles de rezago respecto a la media nacional; de he-

²² «[...] en las ciudades los mayores problemas sociales se manifiestan en las colonias populares y en los cinturones de miseria, cuyos habitantes padecen serias penurias: ingresos insuficientes, viviendas inadecuadas, un entorno precario y acceso parcial o nulo a servicios de toda índole.» (Ordóñez y Reyes, 2006, p. 29.)



cho, en algunos indicadores el rezago es mínimo; por ejemplo, la carencia en servicios básicos de vivienda donde el promedio para Tijuana es de 2.4%, mientras que a nivel nacional es de 22.97 por ciento.²³ Sin embargo, la vulnerabilidad por carencia social²⁴ y, la carencia por acceso a la salud²⁵ presentan una diferencia de casi diez puntos porcentuales por arriba de la media nacional.

No obstante los valiosos avances que han contribuido a los resultados de las investigaciones mencionadas en este apartado, con excepción del libro *Pobreza, familia y políticas de género*, no se ha logrado sistematizar las dimensiones socioculturales. Se ha prestado poca atención, por ejemplo, a las estrategias que las familias adoptan para enfrentar la pobreza, la reconstitución de la división sexual del trabajo, la incorporación de otros miembros al mercado de trabajo local y estadounidense, y el reducido acceso a oportunidades y redes sociales y familiares (locales y estadounidenses). Estas condiciones sociales, económicas y demográficas han dado origen a una mayor cantidad y tipo de riesgos que imprimen características especiales a las familias pobres de Tijuana.

²³ Para la construcción de este indicador, el Coneval puso a consideración de la Conavi la inclusión de las siguientes variables: dotación y frecuencia de agua, disponibilidad de drenaje, disponibilidad de escusado, uso exclusivo del sanitario, admisión de agua en el sanitario, disponibilidad de electricidad, eliminación de basura y combustible utilizado para cocinar. La selección final de los indicadores y variables obedece a las recomendaciones de la Conavi (Coneval, 2015a, p. 2).

²⁴ Población que presenta una o más carencias sociales, pero cuyo ingreso es superior a la línea de bienestar (Coneval, 2015a, p. 5).

²⁵ El artículo Cuarto de la Constitución establece que toda la población mexicana tiene derecho a la protección de la salud. En términos de la Ley General de Salud (lgs), este derecho constitucional se refiere al derecho de todos los mexicanos a ser incorporados al Sistema de Protección Social en Salud (artículo 77 bis I de la lgs) (Coneval, 2015a, p. 2; SS, 2017).





CAPÍTULO 3.

VIDA FAMILIAR: CARACTERIZACIÓN DE LAS FAMILIAS PARTICIPANTES

A partir de este capítulo se inicia el análisis y la interpretación de las trayectorias de vida de un grupo de familias y su proceso de vulnerabilidad social en esta región fronteriza. Para comprender los impactos de la desigualdad y la vulnerabilidad social en la forma en que las familias experimentan, significan y enfrentan la pobreza, se presenta al grupo de familias y a sus respectivas informantes clave, haciendo una breve caracterización de su trayectoria de vida frente a condiciones de pobreza.

Hasta el momento se ha hecho una reseña de las desigualdades y la vulnerabilidad social en la conformación de la pobreza, destacando la importancia del enfoque sociocultural; es decir, aquí se argumenta que los cambios en las condiciones socioeconómicas, sociodemográficas y socioculturales han expuesto a mayores riesgos a los individuos y a las familias; además de afectar la organización, la estructura y la dinámica familiar (Salles, 1997; Alatorre, Langer, et al. (1994); Ariza y Oliveira, 2002, 2004; González de la Rocha, 2006). En este sentido, durante las últimas décadas la situación de pobreza de las familias se ha intensificado como resul-



tado de una reducción evidente en la estructura de oportunidades, de la permanente inseguridad y de la incertidumbre relacionadas con la persistente carencia económica y la precariedad laboral.

Se parte del supuesto de que la familia como “institución” es el puente entre los comportamientos y las necesidades de los individuos —participación en el mercado de trabajo, consumo, migración, etc.— y el nivel macroeconómico —estructura de oportunidades, riesgos y procesos sociales y económicos— (García, Muñoz y Oliveira, 1982; Barrig, 1993, p. 15; Barquet, 1997; Salles, 1997; Oliveira, Eternot y López, 1999, p. 225; García y Oliveira, 2006; González de la Rocha, 2006).

Para analizar la forma en que las familias han sido afectadas por estos cambios macroestructurales, y a su vez, conocer la capacidad de respuesta de los individuos y las familias, académicas expertas en el tema, tales como: García y Oliveira, 1990; Barquet, 1997, y González de la Rocha, 2006, entre otras, han propuesto estudiar a las unidades familiares en términos de su composición, estructura, tamaño, ciclo doméstico y dinámica. Vale rescatar una cita textual donde González de la Rocha subraya la pertinencia de estudiar a la familia como una unidad dinámica en constante cambio y evolución:

Hay algunas variables de crucial importancia que afectan la forma en la que los hogares reaccionan frente a los cambios económicos y sociales. Su composición y estructura, la etapa del ciclo doméstico y el número de generadores de ingresos a la economía del hogar puede tener una mayor significación en la cantidad y en el tipo de recursos disponibles y en el proceso de convertir estos recursos en activos reales para el bienestar. También necesitamos ver los hogares, no como unidades estáticas, sino como procesos muy di-



námicos que evolucionan y cambian con el tiempo (González de la Rocha, 2006, p. 81).

Con fines teóricos y metodológicos se han utilizado términos como familia, hogar y unidad doméstica para hacer referencia al grupo de personas que comparten un techo y un ingreso, independientemente de los lazos de consanguinidad. Aunque cada uno de estos conceptos tiene sus particularidades, comparten algunos puntos; con sus pertinentes aclaraciones, se han utilizado indistintamente en diversas investigaciones, en un «esfuerzo de simplificación» (Raczynski, 1987; Oliveira, Eternot y López, 1999, p. 211; Ariza y Oliveira, 2002; García y Oliveira, 2006; González de la Rocha, 2006).

González de la Rocha (1999a) y Gutmann (1999) subrayan la importancia de utilizar críticamente el concepto de familia, debido a que cada vez se vuelve más complejo, por una serie de factores sociodemográficos, socioeconómicos y socioculturales que le rodean. El hogar, en tanto unidad doméstica, se entiende como el espacio donde se organizan y estructuran relaciones sociales entre personas, independientemente de su parentesco; en resumen, la unidad doméstica tiene dos elementos clave, a saber: la *co-residencia* y la *reproducción cotidiana* (presupuesto común, servicios y actividades; consumo, actitudes, conductas y estrategias) (Jelin y Feijoó, 1983, p. 147; Oliveira y Salles, 1989, p. 14; De la Rocha, 2006; Ariza y Oliveira, 2004).

Así, el concepto de unidad doméstica se utiliza cuando el objetivo es profundizar en la vertiente socioestructural y económica de la reproducción cotidiana, «la manera en que se satisface el consumo, la distribución del gasto doméstico, las actitudes y conductas y/o estrategias adoptadas». Sin embargo, debido a la fuerte con-



notación económica que se le ha dado a este concepto ha recibido múltiples críticas (Ariza y Oliveira, 2002a; 2004).

El punto de encuentro entre los conceptos —unidad doméstica y familia— radica justamente en la reproducción cotidiana; sin embargo, en la familia es necesario considerar, además, las relaciones de parentesco, independientemente de la co-residencia. Enseguida se enumeran algunas aclaraciones en torno al concepto de familia: primera, las relaciones de parentesco implican un sistema de jerarquías, vínculos y reciprocidades (Ariza y Oliveira, 2002a). Segunda, las familias no necesariamente comparten una misma vivienda; esto implica que las redes familiares se extienden más allá de la co-residencia (Oliveira y Salles, 1989, p. 14; Quesnel y Lerner, 1989; García y Oliveira, 1994; Salles, 1996; Ariza y Oliveira, 2002a). Tercera, la familia tiene implicaciones ideológicas y morales, de ahí que facilite el análisis de aspectos como la percepción, los sentimientos y los conflictos (Ariza y Oliveira, 2002a).

Por último, Ariza y Oliveira (2002a) recomiendan recurrir al concepto de familia cuando, además de analizar los procesos de reproducción cotidiana, se requiere rescatar cómo se construyen los significados y los sentimientos en las relaciones intradomésticas.

Después de estas precisiones teóricas y metodológicas, a través de una breve reseña de las trayectorias de vida familiar, se introduce a cada una de las familias entrevistadas y a su respectiva informante clave;²⁶ cabe puntualizar que el análisis y la interpretación de la información se hace con mayor profundidad en los

²⁶ Véase en anexos la nota metodológica para una revisión más detallada de cómo se construyó la muestra.



siguientes capítulos. La intención de este apartado es ofrecer un panorama general de cada una de las familias.²⁷

Esta clasificación se hizo con dos criterios; el primero consistió en recuperar las percepciones de las entrevistadas acerca de su condición de pobreza (pobreza relativa). El segundo se refiere al análisis de la capacidad de respuesta de las familias para movilizar recursos/activos y estrategias frente a un acceso restringido a la estructura de oportunidades (empleo, ingresos, consumo, asistencia pública alimentaria y redes de apoyo familiar).

I. FAMILIA ESCALANTE:

La composición de parentesco de la familia Escalante es nuclear, está integrada por Josefina y dos de sus hijos: Epifanio, de 43 años, y Ulises, de 27. Josefina, nuestra informante clave, lleva la jefatura de la familia, es una mujer mayor, cansada, pero muy entusiasta, activa y platicadora. Originaria de Nayarit, nació en 1935. No fue a la escuela, aprendió a leer y escribir siendo adulta. Debido a su edad, dejó de tener un empleo remunerado, por lo que diariamente se ocupa en los quehaceres domésticos y en el cuidado de sus plantas. Josefina y su esposo se casaron y vivieron en Nayarit desde la década de los cincuenta, hasta mediados de los noventa. Juntos procrearon a 11 hijos. Del mayor no saben nada. De los hijos con quienes mantiene contacto, uno vive en Coahuila;

²⁷ Para hacer la caracterización de las familias me pareció muy adecuado retomar el estilo que utilizó Norma Ojeda en su libro *Género, Familia y conceptualización de la salud reproductiva en México* (1999); cabe aclarar que retomé específicamente la descripción que se hace de «algunos rasgos personales y familiares»; no así su propuesta metodológica.



dos en Nayarit; otros dos emigraron a Estados Unidos, y los cinco restantes viven en Tijuana, razón por la cual Josefina decidió emigrar a esta frontera aproximadamente en 1994, después de separarse de su esposo.

La familia Escalante sobrevive gracias a la ayuda gubernamental y al apoyo económico que aporta esporádicamente Ulises, quien trabaja como verificador del transporte público. Los recursos y activos a los que accede y moviliza la familia resultan insuficientes para cubrir los requerimientos mínimos de alimentación. Cuando Josefina llegó a Tijuana su principal meta era hacerse de un terreno y tener una casa propia para que no se complicara aún más su condición de pobreza. Logró alcanzar esta meta con apoyo de Ulises, quién construyó el cuarto donde actualmente viven, el cual se ubica en la colonia Mariano Matamoros.

2. *FAMILIA GARCÍA:*

La familia García es una familia nuclear. Está integrada por Severa y su hijo Juan José. Severa, nuestra informante clave, es la jefa de familia; una mujer muy platicadora, activa y preocupada por sus persistentes problemas económicos. Originaria de Sinaloa, al momento de la entrevista tenía 75 años. Nunca aprendió a leer ni a escribir. Con su esposo procreó tres hijos. Hace 12 años que enviudó, razón por la cual decidió emigrar a Tijuana, ya que dos de sus hijos viven aquí.

La entrevistada también acude a la ayuda institucional, donde mensualmente le otorgan una despensa. Severa comenta que para ella es indispensable la ayuda alimentaria que recibe de parte del gobierno (DIF municipal), porque sin ella sería difícil comer cada



día. Para cubrir sus necesidades básicas Severa ayuda a lavar platos y barrer las casas de sus vecinos. José Juan, el hijo que vive con ella, esporádicamente aporta algunos recursos al presupuesto familiar.

La vivienda, ubicada en la colonia Mariano Matamoros, sólo tiene un cuarto. La casa es de madera de desecho y el piso es de tierra, por lo que sufren frío y humedad durante la temporada invernal.

3. *FAMILIA PÉREZ:*

La familia Pérez tiene una composición de parentesco extensa; está integrada por cuatro miembros: María; su hijo Guillermo, quien nació en 1956; su hija Juana, nacida en 1960, y su nieto Francisco, nacido en 1985. María, nuestra informante clave, da la impresión de estar siempre agotada; sufre demencia senil e insiste en conversar sobre un reducido número de temas. Originaria de Guerrero, nació en 1935. Nunca fue a la escuela, ni tuvo la oportunidad de aprender a leer ni escribir. Llegó a la ciudad de Tijuana en el año 2000. María tiene 37 años de viuda, razón por la cual se hizo cargo de sus 11 hijos. Con excepción de los dos hijos que viven con ella, el resto de ellos tienen sus respectivas familias y residen en diferentes partes de México y Estados Unidos.

Debido a su edad, María no ha podido conseguir empleo; además, uno de sus hijos requiere atención permanente, pues está postrado en una cama, producto de un accidente automovilístico en el que sufrió fractura de cráneo. Francisco es el único que aporta recursos económicos al gasto familiar; sin embargo, sus ingresos no son suficientes para resolver todas las necesidades básicas, no logra cubrir los pagos relacionados con la salud, los medicamentos y alimentación especiales de Guillermo. Para solventar las



necesidades básicas de salud, María y su familia recurren al apoyo gubernamental para recibir atención médica.

Ubicada en la colonia Mariano Matamoros, la vivienda donde habita la familia Pérez fue construida por ellos mismos con madera de desecho. No cuentan con servicios públicos y el agua la compran por tambos. Aunque tienen estufa y tanque de gas para cocinar dentro de la casa, María y su hija acostumbran cocinar con leña en el patio para ahorrar el costo del gas. La electricidad la obtienen ilegalmente.

4. *FAMILIA SANTANA:*

Regina y Domingo son una pareja muy sencilla en su forma de vestir y expresarse —aunque fue ella quien aportó la mayor parte de la información—. Evidencian costumbres y un estilo de vida rural; el patio está lleno de plantas como hierbas para té, nopales y gallineros; son una familia nuclear en fase de dispersión; más que una jefatura masculina, parece más bien compartida, debido a que ambos asumen por igual los gastos, consumo y decisiones.

Regina nació en Jalisco en 1927; con excepción de su nombre, no sabe ni leer ni escribir. Domingo nació en Chihuahua en 1929; tampoco aprendió a leer ni escribir. Tanto Regina como Domingo eran viudos, ambos ya habían tenido una familia previa a su unión. Él llegó a la ciudad en la década de los 70, con su primera esposa y sus siete hijos; al momento de la entrevista, Domingo tenía casi dos años de haber enviudado. Por su parte, Regina procreó seis hijos con su primer esposo en Jalisco, donde residió hasta 1992, cuando emigró a la ciudad de Tijuana, con la intención de visitar a sus hijos por un corto tiempo. Debido a la muerte de su primer esposo y a



que cinco de sus hijos viven en esta ciudad, decidió quedarse aquí. Al momento de la entrevista tenía un año de casada con Domingo.

La familia Santana sobrevive gracias a la ayuda alimentaria gubernamental y a los recursos que obtiene a través del trabajo informal de ambos. La labor de Regina consiste en cubrir manzanas con dulce rojo de caramelo, para lo cual utiliza una hornilla de leña que construyó ella misma a partir de una vieja estufa que tiene en el patio delantero de la casa. Domingo recorre las calles de la colonia donde vive para vender las manzanas con caramelo; sin embargo, por la edad y las condiciones de salud de él, le es imposible caminar por mucho tiempo y distancia; asimismo, le es difícil cargar mucha mercancía y trabajar durante todos los días de la semana. En este sentido, los ingresos y recursos que logran son mínimos, y cada vez les resulta más difícil cubrir los gastos de alimentación, los servicios públicos y la salud. Su vivienda, ubicada en la colonia Tres de octubre, construida por los hijos y nietos de la señora Santana, fue hecha con material de madera de segunda mano. Varias de las paredes están incompletas, sobre todo en la parte posterior y en los techos, que tienen múltiples goteras.

5. *FAMILIA FERNÁNDEZ:*

La composición de parentesco de la familia Fernández es nuclear; está integrada por Sara, su esposo Rubén y seis hijos menores de edad; se encuentran en fase de dispersión. Sara, nuestra informante clave, es la jefa de familia, y representa más edad de la que tiene. Su apariencia personal denota descuido; su conversación es poco fluida y alterna momentos de pasividad con actitudes demandantes. Nació en la ciudad de Tijuana en 1966. No tiene registro de nacimiento,



a lo que atribuye no haber podido acceder a la educación formal y ser analfabeta. Al momento de la entrevista vivía en unión libre con Rubén. Él nació en el estado de Guanajuato en 1962; no terminó la primaria. En los casi 15 años que llevan compartiendo sus vidas, Sara y Rubén procrearon seis hijos. Ninguno de ellos tiene registro civil de nacimiento. Sara argumenta que no tiene recursos económicos para pagar al Hospital General de Tijuana para que le entreguen los comprobantes de alumbramiento. Por estas circunstancias, ninguno de sus hijos ha ingresado a la educación básica.

Sara Fernández cubre las necesidades mínimas de alimentación de la familia a través de la ayuda gubernamental, y con los ingresos y recursos que ella obtiene de manera eventual llevando a cabo labores domésticas con algunas vecinas. Rubén, al no contar con ninguna capacitación u oficio, ha laborado principalmente en trabajos informales, pero ha sido inconstante en su trabajo. En los últimos años, debido al consumo de alcohol y drogas (cristal), presenta una conducta muy agresiva, además de no aportar ningún recurso económico al gasto familiar.

La familia Fernández vive en la colonia Sánchez Taboada, en una casa prestada, aunque los dueños la obtuvieron a través de invasión. La vivienda tiene dos cuartos de autoconstrucción, con muros y techo de madera; el piso es de tierra; tiene letrina exterior. No disponen de servicios públicos (electricidad, agua potable, drenaje, pavimento).

6. *FAMILIA RAMÍREZ:*

La composición de parentesco de la familia Ramírez es nuclear. Está integrada por Martha y sus cuatro hijos, todos menores de



edad; se encuentran en la fase de dispersión. Martha, nuestra informante clave, es la jefa de familia; accedió sin ningún problema a la entrevista. Desde el primer momento habló mucho sobre sus preocupaciones, sus carencias, sus intentos por hacer algo para enfrentar su pobreza, y su persistente inconstancia e inestabilidad emocional. Originaria de Tijuana, nació en 1979 y cursó hasta el sexto grado de primaria. Cuando tenía 13 años se fugó con Marcos, su primera pareja. Él nació en Tijuana en 1969. Sólo cursó la primaria. Durante el tiempo que vivieron juntos, procrearon a cuatro hijos: Julián, José, César y Jéssica; el mayor tiene diez años y la más pequeña cuatro. Hacía un año que Martha y Marcos se habían separado.

Martha Ramírez vive cada día con la incertidumbre y la angustia de qué va a comer su familia y dónde dormirán el próximo mes. Al principio de su unión, Marcos trabajaba como cargador en la central de abastos y Martha en una fábrica; pero en los últimos años se agudizó el consumo de drogas por parte de él y dejó de contribuir al sustento familiar. Ella trabaja esporádicamente en el servicio doméstico, aunque también ha intentado cubrir sus necesidades económicas (y emocionales) con la colaboración, primero, de otra pareja, previo a su separación, y con otra pareja al momento de la última entrevista.

La familia Ramírez vivió originalmente en la colonia Reforma, donde Martha y Marcos invadieron un terreno en una zona de alto riesgo y construyeron un cuarto con madera y cartón de desecho. Sin embargo, después de la separación, Martha y sus hijos se han cambiado de casa en varias ocasiones. En consecuencia, hace tres años que los niños no van a la escuela; rondan por toda la colonia y su aspecto es descuidado; su ropa está gastada y sucia; su piel, maltratada por el sol, la tierra y la desnutrición.



Los vecinos los empiezan a etiquetar como “vagos”, y ellos cada vez parecen más “rebeldes”.

7. *FAMILIA OSUNA:*

La familia Osuna llegó a la ciudad de Tijuana en la década de los 80; su composición de parentesco es extensa; está integrada por Efraín e Inés y dos nietas de seis y nueve años. La pareja asumió la responsabilidad de cuidarlas y educarlas, debido a que fueron abandonadas por la madre de las niñas, hija de los entrevistados.

Inés y Efraín, nuestros informantes clave, estuvieron siempre presentes durante las entrevistas. Son sencillos y amables; sus conversaciones son muy amenas —aunque en todo momento es Inés quien relata la trayectoria familiar—. Originaria de Sinaloa, Inés nació en 1940. En su estado natal logró cursar hasta el tercer grado de primaria. Efraín nació en 1936 en Nayarit. No sabe leer ni escribir. Al momento de la entrevista, la pareja estaba a punto de cumplir 50 años de casados. Tienen cuatro hijos, todos casados y con familias propias.

Los gastos familiares son cubiertos con la pensión que recibe Efraín por su jubilación, y el apoyo económico que aporta esporádicamente el papá de las niñas; ingresos que destinan principalmente a los gastos escolares. Estos recursos son insuficientes para cubrir todos los servicios públicos y la alimentación. Tienen un convenio con la Comisión Estatal de Servicios Públicos para ponerse al corriente en el servicio del agua, e Inés recibe ayuda gubernamental (una despensa) mensualmente. Su vivienda, ubicada en la colonia El Pípila, fue construida con madera, cartón y material de desecho y en general está en malas condiciones.



Tiene un solo cuarto que mide poco más de 16 metros cuadrados. Los muebles son viejos y están muy desgastados; algunos de ellos improvisados con tablas y fierros viejos. Inés y Efraín externalizan que su principal preocupación es el cuidado y la educación de sus dos nietas; sin embargo, les resulta difícil atender las necesidades materiales que se van presentando y, por su edad, les es imposible obtener un empleo para traer más ingresos a la familia.

8. *FAMILIA ESPINOSA:*

La composición de parentesco de la familia Espinosa es extensa; está integrada por Margarita, su mamá y una hermana, se encuentran en fase de dispersión en el ciclo de vida doméstico. Margarita, la informante clave y jefa de familia, es una mujer inteligente, amena y se expresa bien en su conversación. Margarita nació en Jalisco en 1950; logró cursar hasta tercer grado de primaria. Migró a Tijuana en 1983, donde vivió en unión libre por 17 años con Cándido, quien estaba separado y había tenido cinco hijos de una unión anterior. Margarita y Cándido se conocieron cuando ambos laboraban en la central camionera de Tijuana. Hace aproximadamente cinco años se separaron de mutuo acuerdo, debido a que su relación conyugal era muy inestable emocional y económicamente.

Los ingresos y recursos únicamente provienen de Margarita; se destinan íntegramente al sustento familiar de dos viviendas. Una serie de acontecimientos han provocado el decaimiento de la condición económica de la familia Espinosa; Margarita ha experimentado dos indemnizaciones de trabajos formales. Estas situaciones han orillado a Margarita a vender dulces y algunos otros alimentos en el comercio informal, por lo que sus ingresos son inciertos. La



mayoría de las veces no alcanza a cubrir sus necesidades de alimentación y transporte, mucho menos puede seguir enviando remesas a su madre y hermana. Su vivienda, construida de ladrillo y cemento, se ubica en la colonia El Pípila; tiene un cuarto y cocina. El baño lo construyó recientemente, y aunque todavía no hay servicio de drenaje en su calle, sí cuenta con servicio de agua y electricidad.

9. *FAMILIA RÍOS:*

La composición de parentesco de la familia Ríos es nuclear; está integrada por Rosalinda y sus dos hijos menores: Carlos, de 14 años, y Lidia, de 12; sus dos hijas mayores se fueron a la Ciudad de México a vivir con su abuela materna, la familia se encuentra en la fase de expansión. Rosalinda, nuestra informante clave y jefa de familia, es una mujer abierta e inteligente. Originaria de la Ciudad de México, nació en 1960 y logró concluir la primaria. Vivió por algún tiempo en unión libre con el padre de sus cuatro hijos; nunca contrajeron matrimonio. Posteriormente, él conoció a otra persona, se casó y formó una nueva familia con ella.

La situación económica de la familia Ríos es crítica. Entre las estrategias de supervivencia que utiliza Rosalinda sobresale el trabajar ayudando a sus amigas, ya sea en una tienda de abarrotes o en un puesto en el mercado sobre ruedas. También su hijo adolescente le ayuda con la despensa; él trabajaba como empacador (“cerillo”) en un supermercado; sin embargo, por su edad ya no puede trabajar ahí, por lo que se va al mercado sobre ruedas. La preocupación constante de Rosalinda es que cada vez que se acercan las inscripciones escolares o algún gasto fuerte relacionado con la educación de sus hijos, le es difícil afrontarlos.



Durante mucho tiempo Rosalinda Ríos y su familia vivieron en un pequeño cuarto de madera, el cual se mojaba en tiempo de lluvias, hasta que un grupo de estadounidenses ofreció construirle una casa. La vivienda está ubicada en la colonia El Pípila, tiene dos cuartos de madera en muy buenas condiciones, pero aún no tiene servicios públicos.

10. FAMILIA BARRAZA:

La composición de parentesco de la familia Barraza es nuclear; está integrada por Adela, Aurelio (el jefe de familia) y 10 hijos; el mayor, de 17 años, y el menor, un recién nacido; se encuentran en la fase de expansión del ciclo doméstico. Adela, nuestra informante clave, es una mujer joven, reservada y decidida a que sus hijos rompan con el ciclo de la pobreza. Originaria de Sinaloa, nació en 1967 y estudió hasta tercero de primaria.

Adela y Aurelio Barraza logran cubrir mínimamente las necesidades de alimentación de su familia, no así los gastos de educación, salud, transporte y servicios públicos. Aurelio, el jefe de familia, trabaja como ayudante de carpintero y gana alrededor de un salario mínimo. Adela aporta recursos al hogar mediante su trabajo doméstico con las vecinas, la venta de zapatos por catálogo y la solicitud de asistencia alimentaria gubernamental.

La familia Barraza vive en la colonia El Pípila. La vivienda consta de dos cuartos de madera; uno de ellos tiene goteras y está en mal estado. Si bien la vivienda cuenta con el servicio público de agua, tienen un adeudo de 10 000 pesos. Cocinan con leña afuera de la casa y esporádicamente con gas, porque tratan de ahorrar. No tienen luz; sin embargo, usan un “diablito” para obtener-



la. Tampoco cuentan con drenaje, ni pavimentación. Debido a la extrema pobreza en que viven Adela Barraza y su familia, para ambos padres la mayor preocupación es que sus hijos estudien y logren salir de la condición económica en que se encuentran. Los seis más grandes están estudiando y, por decisión de los padres de familia, ninguno de ellos trabaja, porque tanto Adela como Aurelio piensan que cuando sus hijos empiecen a tener su propio dinero dejarán la escuela.

II. FAMILIA GONZÁLEZ:

La composición de parentesco de la familia González es nuclear, está integrada por Carmen, Miguel (su actual pareja y jefe de familia) y los cuatro hijos menores de Carmen: al momento de la entrevista se encuentran en la fase de expansión —Arnulfo, de 11 años; Pamela, de 12; Camila de 13, y Fernando, de 14—. Carmen, nuestra informante clave, durante las entrevistas iniciales era muy cohibida, pero con el tiempo fue adquiriendo más confianza. En las entrevistas mostró un profundo cansancio físico y poco entusiasmo por la vida. Originaria de Durango, nació en 1970; cursó hasta segundo de primaria. Migró a Tijuana junto con su familia de origen en 1978. A los 13 años se fugó con su primer esposo, que entonces tenía 37 años. Se fueron a vivir a Durango, donde tuvieron ocho hijos. Al momento de la entrevista hacía 10 años que Carmen y su primer esposo se separaron. Sus cuatro hijos más grandes están con su papá en Durango y los cuatro menores están con ella en Tijuana.

La familia González logra cubrir las necesidades de alimentación, no así los gastos de salud y educación. Las aportaciones



al gasto familiar provienen de Miguel (cónyuge), quien trabaja como ayudante de mecánico, y también de Fernando (hijo), quien trabaja en un mercado sobre ruedas. La condición económica y, sobre todo, de salud en que se encuentra Carmen, parecen envolverla en un profundo sufrimiento; sobre todo de dolor físico. Su máxima preocupación es sentirse mejor. Las necesidades del resto de la familia —la alimentación, cuidado y educación de los hijos— aparecen poco en su escenario. Fernando y Camila no han ingresado a la secundaria por falta de recursos económicos, y el futuro de Arnulfo y Pamela, que están estudiando la primaria, parece incierto.

La vivienda que habitan Carmen González y su familia está ubicada en la parte superior del cañón Los Laureles. Está construida con madera y material de desecho; consta de un cuarto y la cocina. Oficialmente no tiene servicio público alguno.

12. *FAMILIA ANDRADE:*

Fue difícil ubicar la composición de parentesco de la familia Andrade, ya que cambiaba constantemente según las necesidades económicas y emocionales de sus hijos y nietos; en varias ocasiones se habían ido a vivir con ella. Por el momento Ana Andrade vive sola en su casa, por lo que *aparentemente* es un “hogar unipersonal”. Ana, nuestra informante clave y jefa de familia, es una mujer que inspira mucha confianza y tranquilidad. Su conversación es amena; las remembranzas de su trayectoria familiar se enriquecen con su estilo de hablar, impregnado de entusiasmo y dolor; al narrar su historia, se transporta y revive cada experiencia. Ana nació en Michoacán en el año de 1942 y



cursó hasta tercero de primaria. Durante la primera parte de la fase de expansión del ciclo doméstico, Ana y Hugo (su ex pareja), se casaron y vivieron los primeros años de su matrimonio en Michoacán, donde tuvieron cuatro hijos; sin embargo, él tomaba mucho y pasaban por fuertes problemas económicos. A finales de los setenta vieron la posibilidad de migrar a Tijuana y buscar una mejor vida para su familia. Al llegar a esta ciudad pasaron por muchas carencias. Hugo siguió tomando hasta que Ana y sus hijos decidieron que él tenía que irse de la casa. Durante la fase de expansión y de consolidación, Ana Andrade logró cubrir las necesidades de alimentación de su familia, no así la salud y la educación. Ana se dedicó a trabajar en labores domésticas y, en algunas ocasiones, aprovechando que tenía pasaporte, iba a ayudar a algunos familiares a Estados Unidos, lo que le implicaba dejar sola a su familia. Desde la percepción de Ana, su ausencia había afectado especialmente a sus hijos varones, pues ambos abandonaron la escuela, se involucraron en pandillas y en el consumo de drogas. A la vez, su ausencia brindó frutos parciales, según ella, ya que sus dos hijas sí lograron tener una carrera profesional.

Ana Andrade vive en el ejido Mariano Matamoros; su vivienda tiene dos cuartos y cocina de madera; acaba de hacer el contrato del drenaje —aunque todavía no lo instalan en el interior de la casa— y cuenta con agua y electricidad.

13. *FAMILIA ESTRADA:*

La composición de la familia Estrada es nuclear, está integrada por Lucía, su esposo y dos de sus hijas: al momento de la entrevis-



ta, Consuelo, de 25 años, y Montserrat, de 17, se encuentran en la fase de consolidación del ciclo doméstico.

Lucía, nuestra informante clave y jefa de familia, se presenta como una mujer muy entregada y persistente, siempre al pendiente del bienestar de su familia. Hace una reseña muy detallada de la trayectoria de vida de su familia. Durante toda la entrevista noté que, además de cooperadora, es inquieta e idealista. En todo momento minimiza sus problemas ante su preocupación por las dificultades de la gente que está a su alrededor, siempre con la idea de que puede hacer mucho por ellos. De hecho, en una ocasión buscó la manera de retrasar nuestra cita, ya que en su casa había un brote de varicela y mostró una gran preocupación ante el riesgo que yo corría por mi embarazo. En cada sesión se nota que ha preparado tanto su casa como a su familia para tener una atmósfera y un espacio adecuados para platicar.

Lucía nació en Tijuana en 1949. Desde su nacimiento vivió con sus abuelos, quienes le dieron la oportunidad de estudiar la primaria; según palabras de ella, «era la meta más alta a que aspiraba una mujer en ese entonces». Debido a la poliomielitis, desde su niñez tuvo discapacidad en sus extremidades inferiores, condición que, no obstante su seriedad, no la detuvo. Conoció a su esposo, Esteban, en el taller de sus abuelos, donde ambos trabajaban, ella en la administración y él como obrero, haciendo artesanías. A los 13 años se fugó con él, y, aunque los abuelos la apoyaban para que no se casara, ella sentía que tenía que asumir las consecuencias de sus acciones. Juntos, Lucía y Esteban procrearon cinco hijas.

Aun cuando Lucía Estrada ha logrado satisfacer las necesidades mínimas de alimentación de su familia, no ha podido cubrir totalmente los costos de salud y educación propios, ni los de sus



hijas. Debido a la separación de su esposo 15 años atrás, producto de una infidelidad en la cual él ya tenía otra familia, Lucía ha tenido que trabajar limpiando casas y organizando viajes a los casinos de Estados Unidos. Sin embargo, tenía un año sin trabajar, debido a una serie de operaciones y terapias de rehabilitación por problemas de salud. Su hija Consuelo asume los gastos familiares, tanto de alimentación como otras necesidades, como los insumos para el aseo personal y de la vivienda. Para pagar la renta y los servicios públicos, Lucía vende productos Avon; además de préstamos de dinero, que procura cada vez que necesita cubrir diversas deudas, ayuda con ciertas tareas a las tres hijas que ya no viven con ella; por ejemplo, cuida a sus nietos. Lucía comenta que su familia no es pobre; sin embargo, a través de la entrevista se observa que Lucía Estrada vive cada día con la incertidumbre de qué va a comer, porque los ingresos familiares son insuficientes y la angustia aumenta a medida que se acerca la fecha de vencimiento para cubrir los costos del consumo de los servicios públicos. También vive preocupada de cómo ahorrar para la renta o cómo cubrir las necesidades de su hija Montserrat, quien aún se encuentra estudiando.

La familia Estrada vive en la colonia Libertad, en una vecindad que se construyó a principios del siglo pasado. La casa es de madera y está carcomida por la polilla. Consta de dos cuartos y cocina, y cuenta con todos los servicios públicos.

14. *FAMILIA GÓMEZ:*

La composición de parentesco de la familia Gómez es nuclear; está integrada por Perla, su esposo —quien desde hace seis



años está trabajando en Estados Unidos— y sus cuatro hijos. Al momento de la entrevista, Rodolfo, de 19 años; Gloria, de 18; Rita, de 16, y Armando, de 7; la familia se encuentra en la fase de consolidación.

Perla, nuestra informante clave, es una mujer perseverante y muy trabajadora. Aunque su conversación es muy amena y amable, ella siempre está enferma. Comenta que ha descuidado su aspecto físico, que se siente decepcionada de la vida; constantemente se subestima en sus comentarios; de hecho, dijo que había buscado apoyo profesional para atender su depresión y sentimientos de soledad. Originaria de Michoacán, nació en 1961 y logró concluir la preparatoria.

Perla llegó a la ciudad de Tijuana en la década de los 80, procedente de Michoacán, con la intención de trabajar y ayudar a su familia de origen, ya que en ese entonces su familia se encontraba en fase de expansión —tenía muchos hermanos y todos vivían en condiciones de pobreza en su estado natal—. A los 23 años contrajo matrimonio con José, con quien procreó cuatro hijos.

Perla y José Gómez logran cubrir satisfactoriamente las necesidades de alimentación de su familia; sin embargo, debido a la incapacidad de cubrir gastos mayores de salud, decrece su condición económica. A raíz de que el señor Gómez enfermó gravemente de peritonitis y posteriormente de la columna, él perdió su negocio y todos los ahorros que tenían; nunca logró recuperarse. Desesperado y frustrado por no poder cubrir las necesidades de su familia, se fue con un amigo a trabajar a Estados Unidos. Esta estrategia de supervivencia cambió la vida de toda la familia; tanto Perla como sus hijos señalan que prefieren anteponer la unidad familiar a los ingresos económicos. Aun con las remesas que recibe la familia, Perla trabaja de lunes a viernes por las mañanas como empleada



informal en una tienda de ropa y otros bienes usados —una «segunda»²⁸— y vende Avon y otros productos por catálogo entre sus vecinas por las tardes y los fines de semana. De sus cuatro hijos, dos acaban de terminar la preparatoria, y aunque expresan su deseo de estudiar una carrera profesional, la falta de recursos económicos se los impide.

Perla y sus hijos viven en la colonia Pedregal de Santa Julia, donde ella y su esposo compraron un terreno y ahorraron para construir su casa. Sin embargo, por la caída de su condición económica, Perla y su familia se ven en la necesidad de ingresar en un programa comunitario de construcción de vivienda; a través del cual han logrado tener una casa de tres cuartos con servicio de agua y electricidad. Aún están pagando su vivienda. Perla tiene planes de seguir construyendo; de hecho, ella y su esposo recién iniciaron los pagos del drenaje.

15. *FAMILIA MORALES:*

La composición familiar de la familia Morales es nuclear; está integrada por Aurora, su esposo y sus tres hijos: al momento de la entrevista, Diego tiene 19 años; Lucía y Lourdes 15; la familia se encuentra en la fase de expansión del ciclo doméstico.

Aurora Morales, nuestra informante clave y jefa de familia, da la impresión de ser una mujer sumamente trabajadora y comprometida con su familia, aunque al mismo tiempo parece buscar la forma de mantenerse alejada de su hogar. Aurora nació en

²⁸ En Tijuana se denomina una tienda «de segunda» a un establecimiento donde se vende ropa y otros productos y bienes usados.



Michoacán en 1960 y logró concluir la secundaria. Cubre satisfactoriamente las necesidades alimenticias de su familia; y mínimamente los costos de salud, educación, transporte y vestido. En los primeros años de la fase de expansión del ciclo doméstico de la familia Morales, Aurora y su esposo gozaron de estabilidad económica y emocional, pero la situación empeoró dramáticamente a raíz de una serie de fracasos laborales del señor Morales, quien desistió de aferrarse a un negocio que para él ya no tiene remedio. Durante los últimos cinco años se dedicó al trabajo doméstico para la manutención de su familia.

Aurora, ante la necesidad económica, asume el trabajo extradoméstico; por las noches labora como recepcionista en un motel en la zona de tolerancia. Los hijos siguen creciendo, al igual que sus necesidades, y aunque Aurora aporta íntegramente sus ingresos al gasto y consumo familiar, son insuficientes.

La vivienda que habita familia Morales se encuentra en la colonia Salvatierra. Tiene dos cuartos y cocina; autoconstruida con material de madera, la casa se gotea durante la temporada de lluvias, aunque cuenta con agua y electricidad.

16. *FAMILIA RAMOS:*

La composición de la familia Ramos es nuclear, está integrada por Luz, su esposo Luis (el jefe de familia) y dos hijos (al momento de la entrevista): Karen, de 12 años, y Ángel, de 10; la familia se encuentra en la fase de expansión.

Luz, nuestra informante clave, es una mujer inteligente y de carácter fuerte. Es evidente que le cuesta trabajo controlar sus emociones e impulsos; vive en constantes enfrentamientos tanto



con su familia de interacción como con sus vecinos. A la vez, es una persona muy reflexiva y crítica. Durante la reconstrucción de su trayectoria familiar evoca muchos momentos difíciles, tanto en las relaciones intrafamiliares como en las persistentes situaciones de pobreza que su familia ha tenido que vivir. Luz nació en Aguascalientes en 1980; logró concluir el segundo grado de secundaria. Poco antes de cumplir 15 años se escapó con el que ahora es su esposo.

Luis Ramos logra cubrir satisfactoriamente las necesidades de alimentación y parcialmente las de salud y educación de su familia. Los esposos Ramos y sus hijos han vencido muchos obstáculos. Él ya tiene un mejor empleo y ha dejado de consumir drogas; ella decidió terminar la secundaria, y sus hijos reciben apoyo gubernamental mediante becas del programa “Oportunidades”.

La familia Ramos vive en la colonia Fausto González, en una vivienda con un cuarto y cocina, construida por una organización caritativa de Estados Unidos. Aunque su casa carece de espacio, la familia siente seguridad de tener dónde vivir. Cuentan con los servicios públicos de agua y recientemente se instaló la electricidad. La preocupación principal de Luz Ramos es buscar la forma de que sus hijos no reproduzcan la condición de pobreza; sin embargo, su situación parece complicarse porque una de las hermanas de Luz, que sufre violencia doméstica y serios problemas económicos, le acaba de pedir ayuda.

17. *FAMILIA ESQUIVEL:*

Al momento de la última entrevista, hacía tres semanas que el esposo de Imelda había fallecido. La composición de parentesco de



la familia Esquivel era extensa; estaba integrada por Imelda (jefa de familia); su hijo Alonso, de 33 años, y su nieta, Marisela, de 17; la familia se encontraba entonces en la fase de dispersión del ciclo doméstico. Imelda, nuestra informante clave, es una mujer cansada, tanto física como emocionalmente, a lo que se suma el reciente fallecimiento de su esposo. Para ella fue una carga extra tener que seguir atendiendo las necesidades económicas y emocionales de sus hijos casados.

Imelda nació en la Ciudad de México en 1949; en un programa de educación para adultos logró concluir la primaria y recientemente la secundaria. Imelda y Roberto se casaron en la Ciudad de México y allá nacieron sus cuatro hijos. Decidieron mudarse a Tijuana hace 37 años, «a la aventura», para buscar otra forma de vivir. La trayectoria familiar incluye momentos en los cuales Roberto Esquivel había logrado cubrir todas las necesidades básicas de la familia; sin embargo, en los últimos tiempos su condición económica decreció. Imelda está pasando por una fuerte crisis económica y percibe un futuro incierto para ella y para su familia. En los últimos tres años, tanto Imelda como su esposo experimentaron fuertes problemas económicos a raíz de la inhabilidad de Roberto Esquivel de seguir trabajando, producto de una serie de enfermedades crónicas. Ante esta situación, Imelda se vio en la necesidad de trabajar vendiendo dulces y burritos. Anteriormente, la situación económica de la familia Esquivel «no era tan mala», pues Roberto siempre había tenido trabajo. Era mecánico, tenía un ingreso estable, y con la participación de Imelda y la buena administración de los ingresos familiares, aun con algunas limitaciones, lograron comprar un terreno en la colonia Xicoténcatl, donde ellos mismos construyeron poco a poco su vivienda de tres cuartos, con material de concreto y ladrillo. La casa tiene todos



los servicios públicos, incluyendo agua, electricidad, drenaje, pavimento y teléfono.

18. FAMILIA DÍAZ:

Al momento de la entrevista, hacía un año que el esposo de Sonia había fallecido. La composición de parentesco de la familia Díaz es extendida; está integrada por Sonia, uno de sus hijos, su nuera y tres nietos; aunque la familia ya está en la fase de dispersión del ciclo doméstico.

Sonia, nuestra informante clave y jefa de familia, es una mujer con una gran fortaleza, entregada a su familia. Durante la entrevista relata minuciosamente el curso de vida de cada uno de los integrantes de su familia. Por su conversación pude comprobar que su vida y el fruto de su trabajo siempre fueron para los demás; primero para sus padres y hermanos, después para su esposo e hijos, y ahora para sus nietos.

Sonia nació en la Ciudad de México en 1947; aunque logró concluir la preparatoria, oficialmente sólo tiene la primaria, debido a que la escuela donde estudió no estaba legalmente constituida. Vivió con sus padres y hermanos en varios estados de la república hasta 1970, cuando llegó a Tijuana. Aquí conoció a quien sería su esposo, y se casó. Durante el tiempo que vivieron juntos procrearon tres hijos.

La familia Díaz se ubica en el límite superior del umbral de la pobreza patrimonial. Las necesidades familiares de alimentación, salud y educación han sido mínimamente cubiertas por Sonia y Carlos; sin embargo, la trayectoria familiar muestra que han pasado por algunos momentos donde les ha sido difícil tener algo para



comer. Debido a que los dos cónyuges logran obtener un trabajo formal en el sector público, la familia dispone de un ingreso estable, pero la condición económica ha sido limitada debido a que los puestos laborales de Sonia y de su esposo se encuentran en las categorías más bajas. Para Sonia es fundamental la forma en que distribuye sus ingresos y organiza sus gastos.

TIPOLOGÍA DE FAMILIA (RESIDENCIA O INTERACCIÓN)

Para Salles (1997), el retomar a la familia como unidad de análisis facilita la posibilidad de estudiar a la pobreza, privilegiando las relaciones sociales de naturaleza íntima tanto de los individuos como del grupo familiar en su conjunto. En este sentido, la familia representa la unidad de análisis pertinente para estudiar las condiciones materiales, la in(habilidad) para potenciar capacidades, las formas diferenciales de desigualdad, los diferentes estándares de vida y los satisfactores, además de la subjetividad de los afectados (percepciones, sentimientos y conflicto).

Para tener una diferenciación externa entre las familias, se optó por recurrir a la tipología propuesta por Tuirán (1996 y 2001): familia residencial, la cual implica que el grupo familiar esté integrado por parientes que vivan bajo el mismo techo. Familia de interacción se refiere a un grupo familiar integrado por parientes que viven bajo el mismo techo y que además tienen vínculos permanentes con más parientes no co-residentes.

En esta última parte del capítulo se incluyen dos cuadros que sintetizan las (des)ventajas que pueden tener las mujeres jefas de familia y/o cónyuges y su familia en función de los vínculos de interacción con parientes no co-residentes.



CUADRO 5. FAMILIAS DE RESIDENCIA Y CONDICIÓN DE POBREZA

Núm.	Familia	Algunas características
1	Escalante	Las tres familias están encabezadas por mujeres jefas de familia mayores de 70 años; se encuentran en la fase de dispersión del ciclo doméstico. Aunque las tres mantienen esporádicamente vínculos con su descendencia no reciben ayuda alguna de parte de ellos, debido a que éstos también presentan extremas condiciones de pobreza.
2	García	
3	Pérez	
4	Santana	Regina Santana sigue manteniendo vínculos con su descendencia; sin embargo, en el momento en que contrajo matrimonio con el señor Domingo Santana, dejó de recibir ayuda de sus hijos y nietos. También se encuentra en la fase de dispersión del ciclo doméstico.
5	Fernández	Ambas familias se encuentran en la fase de expansión del ciclo doméstico y las encabeza una jefatura femenina. Aunque las entrevistadas mencionan requerir constantemente el apoyo de su familia de origen para enfrentar situaciones específicas de pobreza; no reciben apoyo de éstas, ya que también presentan extremadas condiciones de pobreza y profundos conflictos familiares.
6	Ramírez	
7	Barraza	La familia Barraza se encuentra en la fase de expansión del ciclo doméstico. El principal proveedor es el jefe de familia: Adela, quien no pide, ni recibe de otros familiares apoyo para enfrentar su situación de pobreza.
8	Ríos	La familia se encuentra en la fase de expansión del ciclo doméstico. La principal proveedora de la familia es la jefa de familia, Rosalinda, aunque en repetidas ocasiones ha intentado buscar la pensión alimenticia de su expareja ha recibido apoyo nulo de parte de él.
9	Morales	La familia se encuentra en la fase de expansión del ciclo doméstico. La jefa y principal proveedora de la familia es Aurora; aunque tiene dos hermanas en la ciudad, no mantiene vínculos con ellas, ni solicita su ayuda para enfrentar su condición de pobreza.

Fuente: Elaboración propia con base en entrevistas.



En el cuadro 5 se observa una mayor cantidad de familias de residencia que se ubican por debajo del umbral de la pobreza alimentaria. Estas familias de residencia que padecen pobreza multidimensional extrema;²⁹ por una parte, mantienen pocos vínculos con otros familiares que habitan fuera de su hogar; y, por otra, se observa que la interacción que mantienen con sus familiares excluye cualquier tipo de apoyo que pudieran haber dado o recibido, debido a que éstos también presentan severas condiciones de pobreza. Este primer acercamiento a las familias evidencia que las redes de apoyo familiar están seriamente vulneradas por las condiciones de pobreza; aunque las familias requieren recibir apoyo, no siempre están dispuestas a pedirlo, ya sea por consideración a la condición de pobreza de sus parientes, por la lejanía de las viviendas o bien por tener que ser recíprocos con la ayuda en caso de recibirla.

Posiblemente sea por la forma como se constituyó finalmente la muestra; lo cierto es que la mayoría de las familias entrevistadas que padecen pobreza multidimensional extrema están integradas por adultos mayores, en la fase de dispersión del ciclo doméstico y con escasos vínculos con su descendencia; en su mayoría son familias que se encuentran aisladas, con deteriorados atributos individuales y familiares para mover recursos y con una estructura de oportunidad laboral, gubernamental y social muy deficiente. Las dos familias, ubicadas en la fase de expansión, además, son encabezadas por jefaturas femeninas, donde el cónyuge no ha asumido el rol de proveedor; aunque las dos entrevistadas comentaron que constantemente pedían apoyo de su familia de origen y de otros parientes; pero éstos no se las otorgaban.

²⁹ Población que presenta al menos tres de las seis carencias sociales y cuyo ingreso es tan bajo que, aun si lo dedicase por completo a la adquisición de alimentos, no podría adquirir los nutrientes necesarios para tener una vida sana (Coneval, 2015a, p. 5).

CUADRO 6. FAMILIAS DE INTERACCIÓN Y VULNERABILIDAD SOCIAL

Núm.	Familia	Algunas características
1	Osuna	Fue difícil ubicar a esta familia en alguna de las fases del ciclo doméstico; primero, porque, al ser una pareja de adultos mayores; que sus hijos ya se casaron y no co-residen con ellos, su composición de parentesco era de familia nuclear en fase de dispersión del ciclo doméstico. Segundo, porque al hacerse responsables de sus nietas, además de seguir experimentando las necesidades propias de su fase, se suman las que implican una familia extensa en fase de expansión. Por último, se observa que su condición de vulnerabilidad social de la familia se intensifica al asumir la responsabilidad de apoyar a sus nietas.
2	Espinosa	Inicialmente, Margarita podría ubicarse como un hogar unipersonal; sin embargo, la composición de parentesco indica que es una familia extensa con vínculos de dependencia económica más allá de la co-residencia. Resultó difícil ubicar la fase del ciclo doméstico de esta familia, debido a que ella vive sola, tiene varios años separada y no tuvo descendencia. La condición de pobreza de Margarita se ha intensificado, debido a que se ha enfrentado a una estructura de oportunidades cada vez más restringida.
3	González	Fue difícil ubicar a la familia González en una de las fases del ciclo doméstico; ciertamente, sus cuatro hijos mayores de edad, algunos de ellos ya casados, indican que la familia está en la fase de consolidación; sin embargo, después del divorcio, la entrevistada se hizo responsable de sus cuatro hijos menores, por lo que la nueva constitución de la familia indica que están en la fase de expansión. Las necesidades y los conflictos familiares se intensifican por la enfermedad de Carmen. Sin embargo, ha recibido apoyo de su nuevo cónyuge, de su hijo de 14 años que se ha insertado a temprana edad al mercado de trabajo, y también ha estado presente el apoyo de redes familiares, en este caso de su hermana y su madre.
4	Andrade	Aunque se encuentran en diferentes fases del ciclo doméstico familiar, Ana Andrade y Lucía Estrada mantienen estrechos vínculos con sus respectivos hijos e hijas casados no co-residentes; esta interacción consiste en el apoyo recíproco para enfrentar su respectiva condición de pobreza.
5	Estrada	
6	Gómez	La familia Gómez se encuentra en la fase de consolidación del ciclo doméstico; el decidir cuál criterio se tomaba en cuenta para la jefatura implicó varias precisiones: primero, ambos cónyuges tienen trabajo extra doméstico y asumen los gastos familiares. El cónyuge varón es el que aporta la mayor cantidad; sin embargo, está ausente desde hace seis años.
7	Ramos	En la familia Ramos la red de apoyo familiar era parte de la diaria cotidianidad de la reproducción. Al ser una familia en fase de expansión, tenía muchas necesidades y un reducido número de integrantes que se sumaron a la fuerza de trabajo; sin embargo, habían desarrollado la capacidad de acceder y movilizar recursos/ activos y estrategias para enfrentar su condición de pobreza.
8	Esquivel	Al no ser necesariamente recíprocas, las redes de apoyo familiar parecen haber afectado directamente la condición de pobreza estas dos familias.
9	Díaz	

Fuente: Elaboración propia con base en entrevistas.



El cuadro 6, en contraste con el anterior, muestra que las familias de interacción se ubican en la categoría de vulnerabilidad por carencias sociales.³⁰ En las dos familias de interacción que se ubican en la categoría de pobreza multidimensional extrema, los vínculos que se mantienen con parientes no co-residentes se relacionan con la dependencia que éstos tienen hacia las entrevistadas; de hecho, no se observó reciprocidad.

En cuanto a las familias de interacción que se ubicaban en la categoría de pobreza multidimensional,³¹ las informantes señalaron que la condición de vulnerabilidad tanto de ellas mismas como de sus parientes no co-residentes había sido menos intensa debido a que mantenían vínculos de apoyo recíproco. Por último, las dos familias de residencia restantes habían tenido una situación económica estable; sin embargo, el fallecimiento del jefe de familia y la prolongada dependencia de los hijos casados no co-residentes habían contribuido a que decreciera la condición socioeconómica de la familia y estuvieran viviendo pobreza.

RECAPITULACIÓN

Mediante este primer acercamiento a la caracterización de las familias estudiadas, de entrada se pueden observar algunos puntos de encuentro entre el tipo de familia y su condición de pobreza.

³⁰ Población que presenta una o más carencias sociales, pero cuyo ingreso es superior al de la línea de bienestar (Coneval, 2015a; p. 5).

³¹ Una persona se encuentra en situación de pobreza multidimensional cuando presenta al menos una carencia social y sus ingresos son insuficientes para adquirir los bienes y servicios que requiere para satisfacer sus necesidades (Coneval, 2015a, p. 5).



Retomar el tipo de familia de residencia y de interacción como categoría analítica permite observar que las redes sociales de parentesco representan uno de los principales componentes de la estructura de oportunidades a que las personas tienen acceso. Sin embargo, se observa en algunas familias de residencia que, aun cuando tienen parientes en esta ciudad no recurren a ellos para enfrentar su condición de vulnerabilidad.

Se encontró que en la categoría de pobreza multidimensional extrema se ubicaba un mayor número de familias de residencia, las cuales no tienen redes de apoyo familiar; es decir, no mantienen vínculos de apoyo con parientes no co-residentes, debido a que éstos también experimentan condiciones socioeconómicas precarias. También se observa que en las categorías de pobreza multidimensional y vulnerabilidad por carencia social hay un mayor número de familias de interacción, en las cuales se mantenían vínculos de apoyo recíproco para enfrentar situaciones específicas de pobreza. Sin embargo, se observa que, en dos de las tres familias de interacción en vulnerabilidad por carencia social, su condición de precariedad se ha agudizado debido a la prolongada dependencia de los hijos casados no co-residentes.

El mayor avance en el estudio del componente subjetivo de la pobreza se ha dado en el área de la vida familiar; específicamente en las relaciones intrafamiliares, donde se han documentado tanto la esperanza para superar la condición de pobreza, como los conflictos que ahí se generan. Entender a la familia como mediadora entre los individuos y las condiciones macroestructurales es conveniente para comprender, en el marco de la desigualdad y la vulnerabilidad social, cómo las familias experimentan la pobreza. En este sentido, los atributos familiares como la composición, el tamaño, la estructura y el ciclo doméstico repercuten tanto en la



capacidad de respuesta para cubrir sus necesidades básicas como en las percepciones (satisfacción/logros) y los sentimientos (ansiedad, angustia y esperanza) que ello representa. La familia como unidad analítica también permite explorar los conflictos y solidaridades que se presentan en las relaciones intrafamiliares conyugales y parentales generadas a partir de condiciones de precariedad.







CAPÍTULO 4. FUENTES DE RECURSOS, CONSUMO Y PRECARIEDAD FAMILIAR³²

Partiendo del supuesto de que la familia constituye un taller donde se producen y transmiten pautas y prácticas culturales, se plantea que en ella se experimentan trayectorias familiares vinculadas con la pobreza. En este sentido, nos interesa conocer el impacto de la desigualdad y la vulnerabilidad social en las familias; en otras palabras, el propósito es analizar cómo viven la pobreza las familias; específicamente, conocer los procesos relacionados con la experiencia, significados y capacidad de respuestas ante su situación de pobreza.

Uno de los objetivos de este libro es estudiar la dimensión sociocultural de la pobreza a través de la percepción y sentimientos de las mujeres cónyuges o jefas de familia acerca de su experiencia de vida frente a situaciones de pobreza. En este sentido, la persistente lucha por la supervivencia, las fortalezas, las aspiraciones,

³² «Para las familias pobres, la satisfacción de sus necesidades básicas de alimentos, agua y alojamiento puede constituir una lucha diaria; esta situación se agudiza si la familia está afectada por el desempleo y el subempleo, o por la falta de tierras productivas u otros activos que producen ingresos» (Narayan, 2000, p. 36).



los sufrimientos y la condición de vulnerabilidad que relatan las entrevistadas son evidencias de que el enfrentar problemas y prioridades relacionados con la pobreza no son superficiales anécdotas de la vida cotidiana, sino importantes fenómenos sociales retomados por la academia.

El enfoque de los siguientes cuatro capítulos es continuar con una lectura analítica del impacto que han tenido la desigualdad y la vulnerabilidad social en las experiencias y los significados de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges en la vida familiar ante situaciones de pobreza. Con este fin en mente se considera fundamental, en primer lugar, hacer una lectura detallada de los procesos que las familias pobres han experimentado en el acceso o la restricción al bienestar objetivo (fuentes de recursos, gastos-consumo, vivienda, educación y salud). En segundo lugar, a través del análisis de estos procesos se introducen los significados que las mujeres jefas de familia y/o cónyuges asignan a su condición de pobreza; es decir, cuál es su percepción y qué sentimientos generan en ellas sus situaciones de pobreza.

Para lograr el propósito de tener una comprensión del acceso o restricción al *bienestar objetivo* y a los significados del *bienestar subjetivo* de las mujeres entrevistadas, la lógica de este capítulo es ubicar como principal categoría de análisis la capacidad de respuesta. Es decir, en lo que sigue se discute cómo las mujeres y su familia desarrollan estrategias para acceder y movilizar recursos/activos frente a una limitada estructura de oportunidades (mercado, estado y sociedad) para afrontar su condición de pobreza.

Se presenta a la familia como una mediación entre las condiciones macroestructurales y las necesidades individuales; posteriormente, se introduce el criterio “capacidad de respuesta” para retomar las categorías analíticas de composición y estructura fami-



liar, las cuales son de utilidad para analizar los atributos familiares e individuales que favorecen u obstaculizan el manejo de recursos/activos y estrategias. En la última parte, se aborda la dinámica familiar como dimensión analítica para estudiar las relaciones intrafamiliares en condiciones de vulnerabilidad social.

CAPACIDAD DE RESPUESTAS/ESTRUCTURA DE OPORTUNIDADES

Los pobres echan mano de diferentes recursos, como fuentes fundamentales no sólo para la satisfacción de sus necesidades básicas, sino para tener una mejor calidad de vida familiar. Este capítulo se divide en cuatro apartados; en el primero se hace un análisis de las estrategias que se establecen a nivel individual y familiar para acceder y movilizar recursos e ingresos (movilización de fuerza de trabajo formal e informal, ingresos monetarios); en el segundo apartado se analizan las estrategias de reproducción y consumo (alimentos, uso personal, equipamiento del hogar). En el tercer apartado se explora qué percepciones y sentimientos generan en las mujeres entrevistadas el hecho de vivir pobres en Tijuana. Por último, en el cuarto apartado se analizan las relaciones intrafamiliares en situaciones de pobreza.

CAPACIDAD DE RESPUESTA (ATRIBUTOS FAMILIARES)

La capacidad de respuesta se refiere a los atributos individuales y familiares para movilizar recursos/activos y estrategias para enfrentar su condición de pobreza; esto es, aluden a los niveles de acción de las personas. Las *capacidades* dinamizan a las personas



pobres al cuestionar su papel receptor y pasivo; así, retoman el ímpetu detrás de la concepción de calidad de vida. En palabras de Sen «Comprenden todo aquello que una persona es capaz de ser o hacer». Las condicionantes que Sen (1992) considera necesarias para potenciar las capacidades versan en la libertad y elección, mismas que tienen un efecto directo en el bienestar. Los trabajos iniciales de Sen (1992) tenían como punto de referencia las necesidades humanas básicas; sin embargo, la confrontación con las evidencias empíricas en sus constantes acercamientos con las personas pobres lo llevan a conceptuar las capacidades como un nuevo punto de referencia. En busca de una manera de formular una conceptualización de calidad de vida propuso lo siguiente: Dotaciones --> derechos --> capacidades --> realizaciones --> calidad de vida.

Parecería que el término “capacidades” se ha utilizado como una moda, situación que tiende a desvirtuar esta categoría analítica y a convertirla en un cliché en determinados estudios actuales sobre pobreza. Esto es evidente en el terreno de las políticas sociales, donde independientemente de los logros alcanzados, “la capacidad de ser y hacer” de las personas es subestimada por la capacidad de las personas de comprar más bienes y servicios. Aunque el incremento de los ingresos es fundamental para superar la pobreza, ya que éstos representan la principal fuente de recursos de las familias, no necesariamente implica el aumento del bienestar.

En resumen, la capacidad de respuesta permite, por una parte, rescatar la acción voluntaria del sujeto, y, por otra, abre la posibilidad de analizar las capacidades que tienen los pobres para enfrentar tensiones y restricciones estructurales. Esto es, las formas de actuar están condicionadas por factores macro-estructurales,



por atributos personales como la edad, el género y la posición en la familia y, por atributos familiares como la composición, la estructura familiar, el tamaño y el ciclo doméstico (Feijóo, 1998, p. 78; Touraine, 2001).

FUENTES DE RECURSOS

Tradicionalmente, los estudios sobre pobreza ponen especial atención en los ingresos y egresos de los hogares como elementos fundamentales para conocer la intensidad de pobreza de las familias. En este sentido, el empleo constituye la principal fuente de ingresos monetarios para que las familias atiendan sus necesidades básicas; de hecho, en las sociedades donde las fuentes de empleo son escasas y con precarios ingresos, se recurre al trabajo informal para acceder a ingresos monetarios (González de la Rocha, 1995, 2006). Debido a la precariedad en el empleo y en los salarios, las familias se han visto orilladas a desarrollar una serie de estrategias de supervivencia; es decir, han buscado acceder a otro tipo de recursos y activos, han desarrollado mecanismos para solventar los gastos y el consumo familiar, con el fin de contrarrestar los efectos de la pobreza en sus familias. González de la Rocha (1995; 2006), Alatorre, Langer, et al. (1994); Salles (1997), Ariza y Oliveira (2002a, 2004), entre varios autores más, han documentado cómo los cambios a nivel macroestructural, económico, demográfico y cultural afectan directamente la estructura de oportunidades (empleo, ingresos, consumo); esta condición, a su vez, limita la capacidad de respuesta de las familias para enfrentar su condición de pobreza.



MOVILIZACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO

Para el estado de Baja California, y especialmente para la ciudad de Tijuana, las estadísticas oficiales reportan bajas tasas de desempleo. Sin embargo, la mayoría de las fuentes de trabajo son frágiles e inestables, con bajos salarios; esta condición del mercado de trabajo no necesariamente parece estar resolviendo la precariedad en las familias; de hecho, las enfrenta a nuevos riesgos (por ejemplo, incertidumbre al no tener una contratación laboral permanente). Se ofrecen espacios laborales donde se requiere baja escolaridad; por tanto, los ingresos también son reducidos. En el caso contrario, se ha observado que la baja calidad en el sistema educativo y la falta de vinculación entre instituciones escolares y el mercado de trabajo han provocado que quienes cursan más años de estudio parecen no cubrir las expectativas de quienes los emplean. Teóricamente, un empleo formal debería garantizar tanto al trabajador como a su familia tener un ingreso suficiente que les permitiera el acceso a bienes y servicios para atender sus necesidades básicas.

En el cuadro 7 se observa la movilidad de la fuerza de trabajo extra doméstico dividido por tipo de familia (residencia e interacción). Se presenta un desglose que incluye la participación en el trabajo formal o en el trabajo informal, además de personas que no trabajan. En las familias de residencia, se observa que sólo en dos de ellas hay miembros que participan en el sector formal; en el primer caso, Francisco Pérez labora como empleado en una maquiladora; es nieto de la jefa de familia y el único proveedor económico. El segundo caso se refiere al jefe de la familia Barraza, quien se desempeña como ayudante de carpintero en una empresa. En ambos casos acceden a un salario mínimo semanal, pero sólo el primero tiene seguridad social. En las restantes siete



familias la movilidad de la fuerza de trabajo se desarrolla en el sector informal, ya sea como empleadas domésticas, vendedores ambulantes, o ayudantes en algún oficio como albañilería y mecánica, entre otras actividades. Ciertamente este último subgrupo, al desempeñarse en la informalidad, carece de seguridad social y experimenta una constante incertidumbre, tanto por las precarias condiciones de trabajo como por no contar con ingresos económicos suficientes y constantes.

Se observó que la movilidad de la fuerza de trabajo formal se dio principalmente en la industria maquiladora y en servicios. Una de las principales observaciones fue la entrada y salida al mercado laboral por parte de las mujeres jefas de familia, sobre toda aquellas que se ubican en la fase de expansión del ciclo doméstico, condición atribuida principalmente a los horarios, a los bajos salarios que estas fuentes de trabajo ofrecían, y a la necesidad de atender a sus hijos menores. De hecho, la participación de las mujeres en actividades extra domésticas aún está condicionada por las tareas en el hogar y el cuidado de los hijos, de ahí la preferencia de optar por actividades por cuenta propia (Oliveira, Eternod y López, 1999).

Trabajo mejor limpiando casas que en la fábrica; son menos horas, y te ayudan más: te dan ropa, te dan esto, ya te dan lo otro y en fábrica no. En la fábrica te pagan 700 pesos; en las casas, aunque no tienes otras prestaciones, buscas cómo hacerle, como el seguro popular. Ahora estoy encantada de trabajar con Imelda, porque voy y le echo un ojo a los niños y en cambio en la fábrica no. Tengo trabajo [de empleada doméstica] aunque a veces no soy buena; no soy una doméstica entera. Entonces, cada persona tiene su modo y uno hace



sus cosas pobremente, recoger, mapeas³³, barras y terminas con la casa recogida, pero vas a otras casas y la manera de cómo les gusta que limpies y eso; pero te vas enseñando, para el día de mañana tú pones tu cuota. Ya sabes, es como si estuvieras preparándote. Ya si me da la patrona algo de aguinaldo, para la cena, yo estoy conforme porque me están ayudando y todo (Martha Ramírez).

Los cónyuges jefes de familia en fase de expansión del ciclo doméstico prefieren laborar en el sector informal; pues a través de esta estrategia obtienen más ingresos y gozan de mayor flexibilidad de horarios, lo que les permite atender asuntos relacionados con los hijos y la vivienda (Chant, 1999; Barquet, 1997). Este supuesto parece ser comprobado sobre todo en situaciones en las cuales se cuenta con conocimientos mínimos de un oficio; por tanto, a un ayudante de carpintero o a un ayudante de mecánico se le atribuye cierta seguridad laboral. Entre los trabajos informales mayormente mencionados se encuentran el ser vendedor ambulante y empleada doméstica.

Marcos Ramírez y Rubén Fernández se dedican a vender bolsitas de frutas y verduras en diferentes cruceros y avenidas de Tijuana (naranjas, nopales, mandarinas, cacahuates —según la temporada—). En la misma situación se encuentra Domingo Santana, quien se dedica a la venta de manzanas con caramelo en la misma colonia donde vivía. Sin embargo, por la edad y las condiciones de salud de Domingo, le era imposible caminar por mucho tiempo y largas distancias; asimismo, le era difícil cargar mucha mercancía y trabajar durante todos los días de la semana; los tres

³³ Anglicismo derivado del término mol (trapear); en la frontera es común decir «mapear» en lugar de «trapear».



cónyuges varones pertenecen a familias de residencia en pobreza multidimensional extrema. En contraste, las familias de interacción muestran una mayor movilidad de fuerza de trabajo en el sector formal; esta situación tiene varias razones, las cuales tienen que ver con la edad de los integrantes (hay una mayor disponibilidad de personas en edad productiva); con la fase del ciclo doméstico (la mayoría están en la transición entre la fase de expansión y la fase de consolidación). Además de contar con la fuerza de trabajo de miembros del grupo familiar no co-residentes; por ejemplo, José, jefe de la familia Gómez, emigró a Estados Unidos con el propósito de trabajar allá, en esta familia dos de los hijos jóvenes trabajan formalmente como empleados en el sector servicios.

CUADRO 7. MOVILIZACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO FORMAL E INFORMAL

Tipo de familia	Familia	Movilidad de la fuerza de trabajo		
		Informal	Formal	No trabajan
Familias residenciales	Escalante	1		2
	García	2		
	Pérez		1	3
	Santana	1		1
	Fernández	2		6
	Ramírez	2		4
	Barraza	1	1	10
	Ríos	2		1
	Morales	1		4
No.	Familia	Movilidad de la fuerza de trabajo		
		Informal	Formal	No trabajan
Familias de interacción	Osuna			4
	Esinoza	1		2
	González	2		4
	Andrade	4	2	
	Estrada	1	2	1
	Gómez	1	3	2
	Ramos		1	3
	Esquivel	2		2
	Díaz		3	4

Fuente: Elaboración propia con base en entrevistas.



Más de la mitad de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges informaron que no tenían apoyo económico de su pareja o ex pareja para cubrir necesidades básicas y de consumo. Entre las informantes entrevistadas, el apoyo de la pareja en el ámbito económico mostró situaciones diversas. En un extremo había familias que tenían el apoyo total de la pareja; en el otro extremo, no obstante la presencia de una pareja, ésta se deslindaba totalmente de brindar apoyo económico a la familia. Se ha documentado que las familias encabezadas por mujeres, donde éstas son las principales proveedoras y el cónyuge varón está presente, son las familias más pobres y vulnerables a presentar relaciones conflictivas y violencia doméstica (García y Oliveira, 1994; González de la Rocha, 1995).

Las mujeres jefas de familia —y en algunos casos su pareja— desarrollan una serie de estrategias para atender las necesidades básicas y de consumo de la familia. El apoyo del cónyuge varón se podría clasificar en tres grupos. El primero es el *patrón tradicional*, en el cual la mujer se queda en casa atendiendo tareas domésticas, y el hombre, en su papel de proveedor, sale a trabajar. Tradicionalmente, al cónyuge varón se le ha asignado el papel de proveedor; por tanto, de “mantener” a la familia; su responsabilidad se restringe al trabajo extra doméstico (Gutmann, 1999). Este supuesto tradicional dista mucho de la realidad de las familias estudiadas, pues sólo en una familia de residencia y en tres familias de interacción el jefe de familia varón era el proveedor familiar. El caso de la familia Osuna era *ejemplar*. El señor Osuna, después de una larga trayectoria laboral, estaba gozando de su jubilación; de hecho, nunca había permitido que su esposa laborara. Esta situación aparentemente debería posicionar a la familia Osuna con un satisfactorio bienestar material. Sin embargo, la reducida cantidad



que recibían de la pensión del jefe de familia no cubría sus necesidades básicas (Ibáñez, 2006).³⁴

La mayoría de familias presentó evidencias de la precariedad del trabajo de los jefes de familia varones y de su incapacidad de cumplir con el papel tradicional de proveedor (ausencia, abandono, alcoholismo, desempleo). Esta situación ha sido documentada por autores como Raczynski (1999), Kaztman (1992) y Chant (1999); para ellos, los cambios estructurales han minado la capacidad de respuesta de los cónyuges varones de satisfacer las necesidades básicas y de consumo de sus familias.

Los estudios sobre el binomio mujer-pobreza surgen a partir de que se intensifica la participación femenina en el mercado de trabajo (Feijoó, 1999; Wainerman, 2002). La incorporación de la mujer al trabajo extra doméstico fue un tema recurrente en los testimonios de las mujeres entrevistadas.

Paradójicamente, ni la permanencia de las mujeres en el servicio hogareño, ni su salida al empleo, resuelve el problema de la supervivencia. La mayoría de los hogares son pobres y el problema del ingreso no se resuelve con la simple alianza interfamiliar. Cada día es más oneroso adquirir la canasta básica (Eguiluz y González, 1997, p. 189).

³⁴ «en general, se espera que haya más hombres recibiendo una pensión que mujeres dentro del grupo de los pensionados; esto, debido a cuestiones históricas y sociales del mercado de trabajo, ya que son ellos los jefes de hogar y regularmente son los que tienen una relación formal de trabajo. Si bien esto es algo que está cambiando, para las mujeres que trabajan resulta difícil estar dentro del mercado formal de trabajo el tiempo suficiente para adquirir los derechos de una pensión, una vez llegada la edad de retiro; y las pensiones que usualmente reciben son por viudez» (Ibáñez, 2006, p. 174).



El segundo tipo de apoyo en la pareja se refiere a la *escasa o nula participación* del varón para cubrir las necesidades básicas. En esta situación se ubicaron siete familias:

En las familias Fernández y Ramírez, Sara y Martha no recibían apoyo económico alguno de sus respectivas parejas, situación que se atribuye a que tanto Rubén Fernández como Marcos Ramírez eran consumidores de drogas y esporádicamente trabajaban como vendedores ambulantes; ambas mujeres asumieron la jefatura de familias nucleares en fase de expansión. Alejandro Ríos dejó de apoyar económicamente a su pareja (Rosalinda) e hijos cuando los abandonó. Rosalinda también asumió la jefatura de una familia nuclear en fase de expansión. Margarita Espinosa, desde que llegó a Tijuana aprendió a valerse por sí misma. Aunque por algún tiempo estuvo unida a una pareja, ella siempre siguió cubriendo las necesidades básicas de su familia extensa en fase de expansión. En el momento de la entrevista, las familias Andrade y Estrada estaban en la fase de dispersión y consolidación, respectivamente. Ana y Lucía asumieron la jefatura femenina cuando transitaban por la fase de expansión para proveer las necesidades básicas y de consumo de sus hijos debido a que sus parejas abandonaron a la familia; el primero por alcoholismo, el segundo por infidelidad.

Donde quiera me decían cómo es él. Si no ha cambiado en tanto tiempo; haz de cuenta que nunca se ha hecho responsable, nunca, me entiendes. Si le hablo de trabajo él se enoja, ¿entonces? [Martha Ramírez.]

Lo malo es que no sé ni dónde vive mi ex pareja; si no, ya le hubiera metido demanda y luego me dijo él —«tú ve y demándame, yo con que diga que no tengo trabajo y ya; y hazle como puedas»—.



Una vez hablé con un licenciado y me dijo que por medio del DIF lo encontraba [Rosalinda Ríos.]

Al final hubo situaciones como en el caso de la familia Morales, donde ella salía a trabajar mientras él se quedaba en casa. Aunque Ricardo brindaba todo su apoyo en los quehaceres domésticos y el cuidado de los hijos, Aurora expresaba su desesperación por que su pareja se reincorporara a la vida laboral y aportara recursos económicos.

Yo trabajo, digamos que soy recepcionista, afanadora, carpintera. Ahí no estoy contratada, ni tengo seguro social; se puede decir un simple trabajo; no tengo contrato; no tengo seguro social. (Aurora Morales.)

Los relatos de Martha Ramírez refuerzan algunos de los hallazgos de la segunda ola de estudios sobre la relación mujer-pobreza propuesta por Feijoó (1999), en donde las mujeres jefas de familia, en tanto proveedoras principales, suelen experimentar mayores niveles de pobreza, conflictos y violencia doméstica (González de la Rocha, 1999). En la familia Ramírez y en la familia Fernández se encontró que esta situación se intensificaba por el consumo de drogas de parte de sus cónyuges.

Siempre he dependido yo sola, he tenido obligaciones [...] él me decía «¿por qué te tardaste, por qué hiciste eso o el otro?», jode y jode conmigo, siendo que yo soy la que levanto la casa... Porque cuando estaba con él, yo era la que trabajaba; le tenía que dar la comida, más aparte si me cuidaba a los niños, yo tenía que darle para su droga y era una vida más difícil que ahora. Aunque a veces sí se me hace difícil, ya no estoy con él. [Martha Ramírez.]



El tercer tipo de apoyo en la pareja se caracterizó porque, ya fuera en forma continua o intermitente, ambos se apoyaban mutuamente para afrontar los costos de las necesidades básicas y de consumo de la familia. Estas situaciones se presentaron en siete familias: Santana, Barraza, González, Gómez, Ramos, Díaz y Esquivel. El apoyo continuo se presentó en cinco de estas parejas. Aunque Domingo Santana salía a trabajar como vendedor ambulante, vendiendo manzanas cubiertas de caramelo, era Regina quien las preparaba en casa. En la familia Barraza, Aurelio salía a trabajar en un taller de carpintería y aportaba todos sus ingresos a la economía familiar, en tanto que Adela apoyaba con actividades extra domésticas para complementar los ingresos. Perla Gómez sentía la necesidad de realizar varios trabajos para cubrir las necesidades básicas de su familia, ya que las remesas que recibía de José eran insuficientes. Es decir, las mujeres cónyuges hacían algunos trabajos “secundarios”, como los denomina Enríquez (2005, p. 141), para ayudar a la economía familiar; estas actividades se relacionan con labores domésticas o venta de productos para el hogar y de belleza, como en el caso de Perla Gómez, Luz Ramos, Imelda Esquivel y Sonia Díaz (pobreza patrimonial), las cuatro pertenecientes a familias de interacción.

El *apoyo intermitente* se observó en dos familias. Aunque en el momento de la entrevista Carmen González no se encontraba trabajando por motivos de salud, durante la mayor parte de su vida había laborado para cubrir, junto con su hijo y recientemente con su nueva pareja, las necesidades básicas. En la familia Ramos, aunque la mayor parte del tiempo Luz no había trabajado, durante un tiempo prolongado ingresó a trabajar en una fábrica para cubrir las necesidades básicas de la familia y de esta manera apoyar a su pareja para que se preparara para acceder a un mejor empleo.



Aunque la participación laboral de los hijos jóvenes en el mercado de trabajo se presentó en la mayoría de las familias estudiadas, no en todos los casos respondía a la motivación de satisfacer las necesidades básicas de la familia (Kaztman, 1992).

Mi hija trabaja ocho horas; siempre le cambian los turnos, creo que gana como mil pesos a la semana. Mi otro hijo trabaja más; siempre trabaja horas extras, hasta el día de descanso lo trabaja. No me apoya con los gastos de la casa, lo único que paga es el Internet, y a veces, de vez en cuando compra mandado, muy de vez en cuando. [Perla Gómez.]

Mi hijo me ha ayudado mucho, él ha traído dinero a la casa trabaja en el sobre ruedas [...] por eso ya no va a la secundaria, porque ya no tuvimos dinero para mandarlo [...]. [Carmen González.]

Algunos habían decidido empezar a trabajar para solventar sus gastos personales, como en la familia Esquivel (pobreza patrimonial). En otros, por la necesidad de sufragar sus estudios, como en las familias Gómez y Andrade (pobreza de capacidades). También había hijos de mujeres jefas de familia que tuvieron que dejar la escuela a temprana edad para contribuir económicamente al ingreso para atender las necesidades de la familia, como en el caso de la familia González.

En resumen, cuando la participación económica del cónyuge varón es escasa o nula, debido a la precariedad del empleo, a su ausencia, a su abandono o al consumo de alcohol y drogas, los demás miembros de la familia se ven en la necesidad de desarrollar estrategias de supervivencia; entre ellas, incrementar el número de horas laborables y sumar más miembros a la fuerza de trabajo en la tarea de contribuir al ingreso familiar (Chant, 1999; Raczyński, 1999). La



participación de las mujeres jefas de familia y de los hijos jóvenes fueron las dos principales estrategias que desarrollaron las familias aquí estudiadas para acceder a mayores ingresos monetarios.

En el ámbito de la familia, la incertidumbre, el riesgo y la vulnerabilidad derivan tanto de las limitaciones que impone la precariedad laboral para la movilidad social y de las desigualdades en la distribución de recursos inter e intrafamiliares, como de la diversificación de los arreglos familiares, los cambios en las pautas de formación y disolución familiar, y la pérdida de importancia de los modelos ideales de familia (García y Oliveira, 2006, p. 43).

INGRESOS Y APORTACIONES ECONÓMICAS AL PRESUPUESTO FAMILIAR

De acuerdo con González de la Rocha (2006), el empleo es el medio para obtener el ingreso monetario, el cual sigue representando la principal fuente de recursos para que los individuos y las familias resuelvan sus necesidades básicas y de consumo; sin embargo, el estudio de la pobreza involucra otros indicadores relacionados con la estructura de oportunidades y con el manejo de recursos / activos. Por su parte, Chant (1999) está a favor de retomar el estudio de la pobreza con una concepción que vaya más allá de los ingresos y el consumo. Cabe señalar que esto no resta importancia al factor ingresos; por el contrario, se trata de incluir indicadores como el capital humano, las habilidades, las redes de parentesco. Así también Wartenberg (1999) ha encontrado en sus estudios que en las familias es frecuente tener transferencias de fondos de parientes no co-residentes. En este sentido, Wartenberg (1999) incorpora indicadores como el número de proveedores, el



número de dependientes, sus edades, el nivel de participación de cada miembro al fondo común, estos indicadores ayudan a analizar el grado de vulnerabilidad de la familia y de sus integrantes.

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges informaron que los ingresos y los aportes económicos al gasto familiar eran imprecisos, debido a la variabilidad y falta de constancia. En este sentido, la cantidad de ingresos estuvo determinada por el tipo de trabajo (formal e informal), por la disponibilidad de fuentes de trabajo, por el número de personas que trabajaban, pero sobre todo por los aportes que cada uno de los integrantes de la familia hacía al presupuesto común.

CUADRO 8. APORTACIONES ECONÓMICAS AL INGRESO FAMILIAR EN FAMILIAS DE INTERACCIÓN

Familia	Ingreso familiar		
	No aporta	Aporta todos sus ingresos	Aportan esporádicamente
Familia de residencia	Escalante	1	2
	García	1	1
	Pérez	3	1
	Santana	1	1
	Fernández	7	1
	Ramírez	5	1
	Barraza	10	2
	Ríos	1	2
Familiar de interacción	Morales	3	1
	Osuna	3	1
	Espinosa	2	1
	González	4	1
	Andrade	1	4
	Estrada	2	2
	Gómez	3	2
	Ramos	2	1
	Esquivel	1	2
	Díaz	4	2

Fuente: Elaboración propia con base en entrevistas.



En las nueve familias de residencia el ingreso monetario provenía exclusivamente de una o dos personas co-residentes. Se observó que el número de dependientes económicos era mucho mayor que el de los proveedores; en tres familias (Barraza, Osuna y Santana) el proveedor principal era el cónyuge varón. En el resto de familias de residencia, la principal proveedora era la mujer jefa de familia; ninguna de ellas tenía un trabajo formal; sus ingresos provenían de emplearse como domésticas, ayudar a sus vecinas o vender algún producto, y todo el ingreso que obtenían se destinaba al presupuesto familiar.

Todo es para la casa [...] nunca he dicho «ah, es que como me hace falta esto, me lo voy a comprar», a lo mejor en veces está mal porque uno aporta todo y le quita la obligación a la pareja. Y él se aprovecha de que ella se las arregla como puede. Entonces yo por eso no; en veces yo me pongo a pensar de qué voy a trabajar, pero lo que gane ya no lo voy a invertir en eso, lo voy a guardar y luego me voy a comprar algo que me guste, y no lo hago de todos modos, no lo hago. (Sara Fernández.)

En cuatro familias había miembros que, aun cuando tenían alguna actividad laboral, esporádicamente hacían un aporte monetario; llaman la atención las familias Escalante y García, donde las mujeres jefas tenían como co-residentes a hijos varones separados o divorciados consumidores de alcohol y/o drogas que no contribuían de manera regular al presupuesto familiar. La situación más crítica la presentaba la familia Escalante (pobreza multidimensional extrema); Josefina dependía principalmente de la ayuda en especie que conseguía con algunos vecinos y de la despensa alimentaria que le proporcionaban en una institución de asistencia



social, aunque dos hijos varones vivían con ella, y esporádicamente le daban dinero, le fue difícil hablar de una cantidad precisa.

En las nueve familias de interacción, el ingreso monetario provenía tanto de co-residentes como de no co-residentes. El apoyo esporádico lo otorgaban los hijos co-residentes que habían ingresado al mercado laboral, aunque la mayor parte de su salario lo utilizaban para el consumo personal; tampoco los hijos co-residentes contribuían (salvo esporádicamente) con el presupuesto familiar; sobre todo cuando las mujeres jefas de familia solicitaban su apoyo para el pago de servicios públicos, compra de medicamentos y estudios de laboratorio o algún otro gasto adicional. Las dos familias con más ingresos eran los Morales —que recibían remesas del jefe de familia, de Estados Unidos; además, él asumía algunos otros gastos adicionales, como la reciente introducción del drenaje a la vivienda— y la familia Díaz.

La existencia de patrones culturales de reproducción cotidiana ha determinado la forma en que se organiza la fuerza de trabajo, dividido en doméstico y extra doméstico. El trabajo extra doméstico se entiende como las actividades domésticas que se realizan a cambio de una remuneración, para garantizar en términos económicos la subsistencia familiar (Salles, 1996, p. 146). Éste se ha estudiado a través de diferentes modalidades (asalariado, no remunerado, por cuenta propia, subempleo, formal, informal, etcétera); el empleo formal se refiere a aquel donde se tiene una contratación temporal o definitiva que garantiza tanto el salario como la seguridad social. El empleo informal, entendido aquí como las estrategias para procurar recursos que se caracterizan principalmente por realizar actividades por cuenta propia, con inestabilidad en los ingresos y sin acceso a la seguridad social (Oliveira, Eternot y López, 1999).



*ESTRATEGIAS DE TRABAJO PARA PROCURAR MAYORES
RECURSOS E INGRESOS*

*La cercanía con Estados Unidos como estructura
de oportunidad*

El acceso a las fuentes de trabajo en la frontera tiene ciertas características que lo diferencian de los del resto del país. Ciertamente, el uso de mano de obra en la industria maquiladora y en los servicios son las más sobresalientes; sin embargo, el sector informal juega un papel fundamental (Corona, 2006). Cuando las mujeres jefas de familia utilizaron como estrategia de trabajo cruzar la frontera, principalmente desarrollaban actividades domésticas. En este sentido, Sonia Díaz, Ana Andrade y Lucía Estrada —las dos últimas, jefas de familia y principales proveedoras— habían trabajado como empleadas domésticas en Estados Unidos y ganaban hasta \$70.00 dólares por limpiar una casa en un día. También se observó que algún otro miembro de las familias Estrada, Gómez, García, Esquivel y Escalante (esposo o hijo), habían laborado sin documentos en ese país. Aunque Margarita Espinosa nunca había trabajado allá, trabajaba limpiando oficinas de empresas norteamericanas instaladas en Tijuana.

Cuando estaba yo más joven y mis hijos dependían económicamente de mí, lo que hacía es que me iba a trabajar a los Estados Unidos. Me iba el viernes en la noche; me quedaba con mi hermana que vive allá, o en donde iba a trabajar [...] y aparte mi trabajo aquí (Sonia Díaz).

Mi primer trabajo lo conseguí por una amiga de mi vecina, ella me dijo cómo podía buscar trabajo en Estados Unidos. Yo me fui allá



a Estados Unidos, me puse parada por varios días y ahora ya tengo dos casas que estoy limpiando y me pagan a 70 dólares la casa. Yo tenía pasaporte, así que me animé. (Lucía Estrada).

Vale rescatar una cita textual de Ojeda y López (1994), quienes documentan que el mercado de trabajo estadounidense representa una estrategia de supervivencia específica de esta zona fronteriza —aunque sus hallazgos se refieren a los sectores medios—:

En este sentido, la transfronterización de las familias puede ser considerada como un tipo *sui generis* de «estrategia de vida» que ponen en práctica algunas de las familias en el lado mexicano de la frontera para mejorar sus condiciones de vida en un espacio geográfico social que se caracteriza, entre otras cosas, por marcadas diferencias económicas y sociales [...] en estos términos, una de las características de la transfronterización como estrategia familiar de vida es que se da principalmente entre las familias tijuanenses de los sectores socioeconómicos medios, y no necesariamente entre las más pobres, según se hizo notar anteriormente; esta situación seguramente se explica por los requisitos mínimos que se deberán cumplir para que los miembros de la familia tengan, por ejemplo, acceso al mercado internacional de trabajo [...] (Ojeda y López, 1994, p. 43).

ESTRATEGIAS DE REPRODUCCIÓN PARA MEJORAR LA FUERZA DE TRABAJO

Las estrategias de reproducción social son las que tienen como propósito asegurar la reproducción y bienestar en el mediano y largo plazo (González de la Rocha, 2006, p. 55). Al entender la



capacidad de respuesta como los atributos individuales para movilizar recursos/activos, se observaron situaciones en las cuales las familias ponían en práctica estrategias de reproducción para acceder a mejores empleos. Una de las estrategias era cambiar constantemente de trabajo en busca de mejores ingresos; los menos, habían logrado capacitarse en algún oficio. Un caso muy alentador fue el de la familia Díaz, donde Sonia y su esposo Carlos lograron obtener un trabajo definitivo en una institución federal después de un largo peregrinar en su experiencia laboral, este logro había llevado a la familia a gozar de algunos años de una holgada situación económica; sin embargo, la muerte de Carlos y la prolongada dependencia de los hijos mayores ha contribuido a que la familia nuevamente esté en una situación de vulnerabilidad por carencia social.

Luis (esposo de Luz Ramos) tenía una licencia federal de chofer de camiones de carga, con la cual podía trabajar, viajando tanto en el ámbito local como a otros estados de México. Sin embargo, la situación no siempre fue así. Luis pasó momentos muy difíciles en su vida. Había consumido drogas y hacía un poco más de 10 años había trabajado en el basurero público municipal, pero por su adicción sólo tenía permitido trabajar en ese lugar por las noches. Al intensificarse el consumo de drogas dejó de trabajar y vagaba por su colonia; fue entonces cuando él y Luz se conocieron y decidieron unirse. Después de constantes peleas y separaciones, lograron que Luis se rehabilitara y estudiara la primaria y la secundaria a través del servicio militar. Posteriormente, Luz le ofreció a Luis que ella entraría a trabajar en una fábrica y asumiría todos los gastos de la familia para que él se preparara y presentara el examen para ser chofer, lo que significaba el acceso a un mejor trabajo.



[Mi esposo] trabaja de chofer en un *yonke* pegado al basure-ro [...] [Yo] duré un año trabajando [en una fábrica], y le dije: «¿sabes qué? [...] te voy a apoyar para que te salgas del *dompe*³⁵, busca algo mejor» [...] Él ganaba trescientos pesos, más los bonos; yo ganaba hasta los mil porque me quedaba horas extras y los sábados. Cuando llegaba después de las ocho de la noche ya los encontraba dormidos. Le dije: «enséñate a manejar el camión para que seas chofer.» (Luz Ramos)

LA CONTRIBUCIÓN DE LA MUJER EN LA ECONOMÍA DEL HOGAR

Las mujeres jefas de familia mencionaron que efectúan una serie de actividades para obtener ingresos adicionales. En las familias en fase de expansión, las mujeres jefas mencionaron diversas ocupaciones secundarias, como vender objetos usados en el mercado sobre ruedas, y productos de belleza de puerta en puerta; mientras que entre las mujeres jefas de familias en fase de dispersión se mencionó coser, tejer o bordar para la venta. Aunque Adela Barraza no era la principal proveedora en su familia, sí obtenía ingresos adicionales a través de la venta de zapatos por catálogo; este negocio lo había emprendido a través de un préstamo de microcréditos del gobierno, dirigido a familias pobres.

Un caso extremo lo vivió Sara Fernández; recordemos que ella es jefa de una familia nuclear en fase de expansión, sin redes de apoyo familiar. Durante tres años Sara se dedicó a recoger comida tirada en el sobre ruedas. Esta estrategia la empezó a desarrollar

³⁵ Yonke es un negocio o almacén a cielo abierto, una especie de depósito de autos que ya no sirven, y donde se venden las partes que aún son útiles para reparar otros vehículos. Dompe es un depósito de basura y desechos del municipio.



desde que se dio cuenta de que cuando se recogían los puestos del mercado siempre dejaban cajas de comida que ya no servían para la venta. Después, los mismos dueños le ofrecieron guardar y entregarle la mercancía menos dañada. Sara comentó que para ella era muy vergonzosa esa actividad. De hecho, trataba de hacerlo a escondidas para que ninguno de sus conocidos o familiares se diera cuenta. Para Sara fueron momentos difíciles, pues además de arriesgar a sus hijos ofreciéndoles alimentos de mala calidad, en repetidas ocasiones se enfrentó al acoso sexual de varios de los dueños de los puestos que inicialmente le habían ofrecido ayuda.

Dos o tres señores de los puestos se querían pasar de lanza, «¿cómo se dice?», me decían «te doy esto, si nos vamos al carro». Yo me sentía mal, decía yo: «me imagino yo que obligo a esta gente a que me falte el respeto». No me decían como yo te lo estoy diciendo, me decían más feo; luego mejor ya no recogía nada del sobre ruedas. A mis hijos no los llevé nunca a que me ayudaran a recoger; siempre echaba hasta cuatro, cinco vueltas por tomates, papas, duraznos, manzanas » (Sara Fernández).

Trabajo familiar

Además del trabajo como principal fuente de ingresos, también se mencionaron las remesas, la asistencia social, los préstamos y las aportaciones económicas de los hijos no co-residentes (Chant, 1999; González de la Rocha, 2006). La familia Gómez recibía remesas del jefe de familia, quien se había ido a Estados Unidos a trabajar, hacía cinco años; sin embargo, Perla Gómez comentó que le cobraban elevadas cuotas a su esposo cada vez que le enviaba di-



nero, además de que lo recibía en moneda nacional, no en dólares. Por esta razón, Perla y José planeaban abrir una cuenta bancaria.

PROGRAMAS DE ASISTENCIA SOCIAL

La asistencia social como una estrategia de supervivencia (Raczynski, 1999), la mencionaron las familias que dependían de la ayuda gubernamental para complementar la satisfacción de las necesidades básicas. Para estas familias, el recibir cada mes una despensa básica por parte del gobierno o de una organización de la sociedad civil, era elemental para su alimentación. Lo interesante al respecto fue encontrar que esta estrategia desarrollada por mujeres jefas de familia y/o cónyuges había pasado de una generación a otra, y cuando iban a solicitar ayuda se hacían acompañar de alguna hija o nieta, que después también terminaba recurriendo a la asistencia social. Esta estrategia se observó sobre todo en el tipo de familias de residencia en fase de dispersión, con pobreza multidimensional extrema.

La participación del gobierno como una alternativa para enfrentar la pobreza fue mencionada por Luz Ramos, mujer jefa de una familia en fase de expansión con vulnerabilidad por carencias sociales. Ambos hijos de la familia Ramos contaban con una beca; sin embargo, Luz comentó que el dinero que periódicamente recibían era producto de la dedicación de sus hijos al estudio y de la constancia de ella al asistir a las pláticas y consultas que se ofrecían en el centro de salud. En este sentido, el dinero era utilizado para los «gustos» de los niños, los cuales respondían tanto a la necesidad de calzado y vestido, como al deseo de que éstos fueran de moda y de ciertas marcas reconocidas.



RIESGOS QUE AFECTAN LA CAPACIDAD DE MOVILIZAR ESTRATEGIAS

PRECARIZACIÓN DEL MERCADO DE TRABAJO

El carácter temporal de los trabajos fue uno de los motivos que se mencionaron como riesgos que afectan las fuentes de ingreso. Esta situación la experimentó Martha Ramírez, jefa de una familia en fase de expansión en pobreza multidimensional extrema; para ella, trabajar en la industria maquiladora no representaba una seguridad, le ofrecían contratos por dos o tres meses, y al acabarse la producción la despedían, lo que le imposibilitaba contar con un trabajo e ingreso seguro.

He trabajado en fábrica de las cinco [de la tarde] a las dos de la mañana y también de las tres de la tarde a las 12 de la noche. Pero dejé de trabajar en fábrica porque ha sido por contrato, ya no son los contratos indefinidos; son por dos o tres meses, se acaba la producción y te despiden; es muy poquito tiempo [...] El problema es que estás haciendo planes y de repente te dicen: «ya no, ya se terminó la temporada de trabajo y te despedimos», y te dan cualquier cosa. El tiempo que estuviste ¿qué? Te dicen «tres o seis meses, o de aquí a diciembre» hay veces que son 15 o 30 días. (Martha Ramírez)

Las enfermedades graves y la falta de acceso a los servicios de salud pública han estado entre las principales causas para que varios integrantes de alguna familia dejaran de trabajar. El pertenecer a familias en la fase de expansión del ciclo doméstico fue uno de los rasgos observados en las familias donde se mencionaron



como principales motivos para dejar de trabajar; pero también las familias ubicadas en la fase de dispersión del ciclo doméstico y la avanzada edad de los individuos fueron factores que minaban las condiciones familiares para movilizar su fuerza de trabajo.

GASTOS Y CONSUMO FAMILIAR

La persistente necesidad de cubrir los costos de alimentación, servicios públicos, vivienda, educación y salud ha llevado a las mujeres y demás integrantes de su familia a desarrollar estrategias de consumo. En este sentido, dichas estrategias se refieren a la disponibilidad de recursos, a la contribución de cada uno de los miembros al ingreso familiar; al pago de servicios y a la administración de los recursos (Oliveira, Eternot y López, 1999). El estudio de las estrategias de consumo ha cobrado interés recientemente, debido a la preocupación por conocer las estrategias que desarrollan las familias y los individuos ante situaciones de pobreza para cubrir sus necesidades básicas. En este sentido, las líneas de investigación se dirigen a conocer cuánto gastan las personas, qué acostumbran consumir, dónde suelen adquirir lo que consumen y de qué manera organizan su distribución (Filgueira, 1999; González de la Rocha, 1995; 2006; Ariza y Oliveira, 2002b, 2004; Ortega, 2006).

En el análisis de las entrevistas se encontraron cuatro mecanismos mediante los cuales las familias movilizaban recursos/activos para enfrentar su condición de pobreza. La primera estrategia de reproducción se refiere a la organización de los ingresos y recursos familiares. La segunda estrategia de reproducción abarca los gastos relacionados con los servicios públicos, la educación y el



transporte público. La tercera estrategia de consumo considera los bienes domésticos y personales. La cuarta estrategia de consumo se refiere a la alimentación familiar.

*ESTRATEGIA DE REPRODUCCIÓN PARA LA ADMINISTRACIÓN DE
RECURSOS FAMILIARES*

Para las mujeres jefas de familias o cónyuges es fundamental lograr una adecuada administración de los recursos. Ciertamente, las familias viven en un estado de constante riesgo, donde el acceso a recursos y a oportunidades es sumamente reducido o nulo. En este sentido, las familias —sobre todo aquéllas ubicadas en pobreza multidimensional extrema— han aprendido a través de su experiencia que requieren ser cuidadosas en el destino que le dan a sus ingresos y recursos. En este sentido, Chant (1999) rescata nuevamente el sentido holístico de la pobreza, donde ésta no se entiende solamente respecto a la obtención de recursos, sino en cuanto a su distribución y organización. Para Inés Osuna, abuela de una familia extensa en fase de dispersión, es fundamental administrar cuidadosamente los ingresos que cada mes recibe su esposo por su pensión:

Lo que pasa es que si él trae [el dinero] no nos rinde, él se agarra comprando que una paleta, que esto, que el otro, y al último ya no sabe qué pasó con el dinero; se acabó. Yo no, les digo «ahorita te compro una paleta, espérate al rato», entonces yo estiro más el dinero para que dure más. (Inés Osuna.)

Sin embargo, no hay que perder de vista que la familia es un espacio de solidaridad, pero también de conflicto, agrega Chant



(1999). Una estrategia contraria a la adoptada por Inés Osuna es la situación que explica Sonia Díaz, sus hijos ya casados no co-residentes tienen serios problemas económicos, llegando al punto en que la mayor parte del tiempo la familia tiene dificultades para comprar alimentos. Se quedan sin gas para cocinar o para calentar agua para bañarse; les cortan los servicios públicos y en frecuentes ocasiones no pueden pagar la renta. Esta situación ha sumido a la familia Díaz en una condición de vulnerabilidad por carencias sociales, ante lo cual Sonia sigue asumiendo la responsabilidad de ayudar a sus hijos, aunque ello implica afectar su bienestar económico y emocional.

No es que ganen poco; es que no saben distribuir el dinero [...] Desde que nació la niña todo es leche, pañales, comida; leche, pañales, comida, y ya no pueden disponer libremente de su dinero. Antes no les importaba si había o no gas en la casa; no les importaba si les cortaban el agua o la luz. Como que todavía no se centran en ese aspecto, en que hay prioridades, decían «nos vamos de parranda», ésa era su prioridad; y al día siguiente: «mamá, préstame». Antes que nada está lo básico, alimentos, gas, luz, y todo lo que necesite su hija; de eso no hay vuelta de hoja [...] No se centran; no tienen un plan que terminen. Entonces yo pienso que, si no lo saben manejar, van a terminar en malas condiciones económicas, y no porque no tengan ingresos, sino porque no saben cuidarlo y distribuirlo. (Sonia Díaz.)

Otro caso de desvío de recursos se relaciona con el consumo de drogas y alcohol por parte de algún miembro del grupo familiar. Una situación extrema se presenta en la familia Escalante (nuclear-consolidación-pobreza multidimensional extrema), donde



Epifanio (hijo de Josefina) está sumido en el consumo de drogas y alcohol. Su adicción llega al punto en que no trabajaba, y para seguir consumiendo drogas se vale de cualquier medio a su alcance; esto incluye que constantemente tome dinero o cualquier otro recurso de la familia para comprar lo que consume. Al momento de la entrevista, Josefina manifestó que sentía una gran tranquilidad de que su hijo estuviera preso por dos años.

Contra lo que tradicionalmente podría esperarse, no sentía angustia porque su hijo estuviera en la cárcel, si no que sentía más seguridad al saber que ya puede disponer de sus ingresos y recursos sin la incertidumbre que le provoca su hijo al quitárselos.

GASTOS (GASTOS DE SERVICIOS PÚBLICOS, EDUCACIÓN Y TRANSPORTE PÚBLICO)

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges en fase de expansión del ciclo familiar manifestaron que la cantidad de dinero que destinaban a la educación de sus hijos era alta. La incertidumbre que les provocaba no tener mayores ingresos para solventar esta necesidad se intensificaba durante la temporada de inscripciones, periodo en el cual se demandaba cubrir los costos de inscripción, y además había que comprar uniformes, zapatos, útiles y libros escolares.

En las familias en vulnerabilidad por carencias sociales se observó que para las entrevistadas el consumo y costo de los servicios públicos implicaba un desembolso significativo del ingreso familiar; es decir, el consumo mensual en los servicios de agua, electricidad, teléfono, gas, etcétera. Además de los anteriores gastos, en las familias en pobreza multidimensional se mencionó el



tener que efectuar pagos mensuales por la reciente contratación de algún servicio público (agua, electricidad, drenaje o pavimento). La llegada del recibo de cobro de cada servicio público incrementaba la inseguridad de las entrevistadas. Por otro lado, los aparatos electrodomésticos viejos consumen mayores cantidades de energía y los gastos se elevan.

Se encontraron situaciones como la de la familia Esquivel; en un mismo terreno se construyeron tres viviendas que compartían un mismo medidor para el servicio de agua y de electricidad. Esta condición era muy crítica para Imelda Esquivel, pues cada mes tenía conflictos con sus hijos para que pagaran su respectiva cuota por el servicio que habían consumido, situación que se intensificó aún más cuando no todos los miembros de su familia asumieron equitativamente las deudas familiares. El pago de los servicios también generó conflictos en la familia Díaz.

No creas que mi marido era muy fácil con el dinero; siempre todo lo que me diera era para reclamarme. El dinero de él siempre pensaba que era para él; le tocaba pagar el gas, el agua y la luz. El día que llegaba cualquier recibo, me decía «ya ves tu despilfarro, la luz, como tú no la pagas». Para mí fue una decisión muy difícil cuando tuve que dejar mi trabajo. (Sonia Díaz).

La necesidad de desplazarse al lugar de trabajo o a la escuela es otro factor que consume una parte importante de los recursos económicos de las familias. De hecho, se puso de manifiesto la mala calidad del servicio de transporte público, la insuficiente cantidad de vehículos, y sus elevados costos. En ciertos casos, algunos miembros de las familias entrevistadas habían acordado con algún vecino o compañero de trabajo que los llevaría en su auto; esta



estrategia ayudó a reducir los recursos destinados al transporte. También las mujeres jefas de familia y/o cónyuges han desarrollado estrategias para reducir los costos de los servicios públicos, como cocinar con leña o tener tomas ilegales de electricidad, entre otras; en el capítulo de vivienda se abre todo un apartado donde se analiza con mayor detalle estas estrategias.

ESTRATEGIAS DE CONSUMO DE BIENES DOMÉSTICOS Y PERSONALES

Para las familias, la mayor parte del gasto familiar no solamente se destinó al consumo de alimentos, sino que también incluyó la compra de productos para el hogar, como papel sanitario, jabón para la ropa y los trastes, escobas, trapeadores, utensilios para la cocina y muebles. También tenían que comprar productos de higiene personal, como: shampoo, jabón, toallas, ropa y calzado.

Todo lo de la limpieza personal y de la casa también sale caro. Cada 15 días me gasto un paquete de 12 rollos de papel para el baño. También hay que comprar jabón, pino, cloro, escobas, trapeadores, jabones para tallarnos, shampoo, algunas toallas —cuando ya están muy viejitas—. (Rosalinda Ríos).

Considerando la dificultad para acceder a productos nuevos, debido a los altos costos que ello implica, las mujeres jefas de familia y/o cónyuges y sus familias, participan en el crecimiento económico a través del consumo de desechos; esto es, compran productos de segunda mano —alimentos, bebidas, ropa, calzado, juguetes, trastes, cobijas, material de construcción, muebles, electrodomésticos, autos, etcétera—, provenientes principalmente



«del otro lado» (Estados Unidos de Norteamérica) y de las familias no pobres de Tijuana. La participación en el mercado de consumo de bienes domésticos y personales se presentó con mayor intensidad en las familias en fase de expansión; de hecho, se observó el interés por consumir ciertas marcas.

Sí me gusta tenerle cosas buenas; no las tengo bien como yo hubiera querido. Yo les busco cosas de 10, 15, 20 pesos en el sobre ruedas o en el parque, más o menos de marca. Luego digo: «si los convers valen tanto, mmm» mi ilusión es tener unos Tommy o Polo, pero no nuevos, porque salen bien caros; aquí en el sobre ruedas los puedes agarrar como seminuevos, por lo menos en unos 200 pesos. Entonces, ésa es mi ilusión de diciembre para mí; la ilusión para mis niños, darles su regalo y comprarles su ropa nueva. (Martha Ramírez.)

ESTRATEGIAS DE CONSUMO EN LA ALIMENTACIÓN FAMILIAR

Para las entrevistadas era fundamental tener acceso a los insumos necesarios para preparar diariamente la alimentación; independientemente de los hábitos y costumbres en la alimentación, todas las familias coincidieron en tratar de buscar la variedad en la alimentación; aunque, por el alto costo de las carnes y los productos enlatados, éstos habían sido excluidos de la «lista del mandado».

Uso mucho lentejas, arroz, chícharos; habas de diferentes [tipos], ensaladas de lechuga, de repollo; compro verduras, espinacas, acelgas, para hacerles con huevo, al vapor o de diferente manera. La doctora me dice que no solamente les dé puras hierbitas, que les dé también carne, que tal vez por eso se me enferman seguido,



que porque ahora las hortalizas ya no tienen tanta nutrición como antes (Perla Gómez).

Los productos que forman parte habitual de la despensa de las familias en ningún caso se limitan a los considerados en la canasta básica establecida por autoridades gubernamentales y académicas. Sin embargo, en las familias ubicadas con pobreza multidimensional extrema en fase de dispersión, su despensa alimentaria está integrada por una reducida cantidad de alimentos.

Comemos verduras, sólo una vez carne; el pollo sólo les gusta dorado; hago albóndigas de pollo. La leche nunca les falta; tengo que comprar ocho litros a la semana, porque la caja de cereal les dura, pero la leche no. Cocino papa, tomate, calabazas, una carterita de huevos a la semana. Para ellos su desayuno es leche con cereal. También cocino arroz, tortillas de maíz, jamón, quesadilla. (Adela Barraza). Nunca comemos las tres veces; a veces una vez, varía mucho. Leche, una vez al día, verduras casi nunca; acostumbro lentejas una vez a la semana; comemos más frijoles y arroz, un kilo diario de tortillas, siempre procuro que no se acuesten sin comer (Martha Ramírez).

LUGARES DONDE CONSIGUEN LOS ALIMENTOS

Debido a la reducida disposición de recursos económicos, las mujeres jefas de familia y/o cónyuges acudían frecuentemente al “mandado” a hacer las compras necesarias para preparar los alimentos. Los mercados sobre ruedas fueron uno de los lugares donde las familias con vulnerabilidad por carencias sociales hacían sus compras, incluidas la alimentación, el vestido, los artículos domésticos y hasta el mobiliario para la vivienda. El ser pobre



no en todos los casos era un factor determinante para seleccionar el lugar y tipo de alimentación. Aunque estaban conscientes de que consumir en el mercado sobre ruedas a fin de cuentas no era la mejor alternativa; las frutas y verduras se descomponían con mayor rapidez, y ante las “tentadoras” ofertas de productos terminaban gastando más de lo que originalmente planeaban; la mayoría de las entrevistadas prefiere o acostumbra hacer el “mandado” en el mercado sobre ruedas.

Al mercado casi no voy nunca; voy al sobre ruedas o va una señora a vender cosas. Al final es la misma, la verdura es igual de fresca y me dura bastante. Las latas y los huevos, los frijoles los compro en el sobre ruedas; casi no salgo al mercado. Antes sí iba, y me traía por semana unos 800 pesos. Carne casi no comemos; no somos muy carnívoros; comemos mucho queso. En el sobre ruedas compras todo —jabón, shampoo, suavizantes—. En el sobre ruedas hay diferentes puestos; en unos venden granos, frijol, pasta para hacer churritos, arroz. En otros puestos venden huevos, verduras, ropa. El sobre ruedas se pone en la pasada, donde tengo que entrar a la colonia y aprovecho; se pone varios días: los lunes, miércoles, viernes y sábado (Luz Ramos).

Toda la ropa también la compro de segunda en el sobre ruedas, sólo la ropa interior como los calcetines y calzones los compro nuevos. Toda la demás ropa la compro de segunda. Hay mucha gente que va a vender su ropa, personas que veo que traen un buen carro, ganan un poco de lo que invirtieron en esa ropa, entonces ves una camisa de marca, pero para ellos ya no está bien, pero para nosotros sí; entonces nosotros la compramos en 20 pesos, me han dado en 20 pesos las playeras (Carmen González).



ASISTENCIA SOCIAL

Varias de las familias mencionaron como estrategia de consumo, adquirir los insumos a través de la asistencia alimentaria. Sin embargo, esta asistencia alimentaria no se restringía a las despensas que otorgaban en las instituciones gubernamentales y algunas organizaciones de la sociedad civil. Esta estrategia de consumo alimentario se presentó particularmente en las familias con pobreza multidimensional extrema en fase de dispersión del ciclo doméstico.

Me voy al DIF a comprar las canastas básicas; ahí viene arroz, frijol, papa, aceite, azúcar y soya. Entonces ya nomás voy al mercado a comprarme un pedazo de pescado, piernitas de pollo, mollejas de los pollos para hacer caldo, y compro frijolitos para hacer como la comida china. Luego me voy a la tortillería y me compro mi masa para hacer atoles, o mis tortillas de maíz (Severa García).

RECORTES EN EL CONSUMO DE ALIMENTOS

En todos los casos las mujeres cónyuges o jefas de familia coincidieron en que acudían al mercado con la zozobra de qué podían comprar con el dinero que traían; si compraban tal o cual alimento o producto, no les sería posible adquirir lo básico. En diversas ocasiones reducían la cantidad, la calidad y la frecuencia de los alimentos cuando tenían que atender otras necesidades que en ese momento eran más apremiantes. Para las familias, la adquisición y el consumo de los alimentos había sido una tarea que implicó una constante incertidumbre.



Siempre compro lo que voy a cocinar ese día. Cuando tengo que pagar otra cosa, pues me aguanto. No compro en el mandado lo que compro siempre. Esos días nada más compro lo básico: huevo, leche, tortillas, papas ¿sí me entiendes? No compro carne, no compro otras cosas más caras. Le bajo al gasto de la comida; es a lo que le rebajo; en la comida es a lo que siempre le bajo (Aurora Morales). Siempre que voy al mercado pienso mucho de qué es lo que voy a traer; me pongo a hacer «de tin marín de do pingüe»; por ejemplo, si tengo poquita azúcar, pero tengo harina para hot cakes pienso qué compro: azúcar o miel. Pero si no tengo aceite, y tengo mantequilla, qué hago. Si no me alcanza para un galón de leche, pues compro leche en polvo. Hay muchas veces que tengo que mirar varias veces mi trasterito donde tengo mi comida y hacer varias veces mi lista, porque cuando tengo poquito, entonces ya no gasto en algo. Yo nunca voy sin lista, porque puedo traer cosas que ya tengo en la casa (Lucía Estrada).

PERCEPCIONES Y SENTIMIENTOS ANTE SITUACIONES DE CARENCIA ECONÓMICA

Para las familias el acceder a una despensa sin restricciones era un deseo. Así, la compra adicional de una caja para preparar “hot cakes”, de un frasco de aceitunas o simplemente acceder a la variedad en la compra de frutas y verduras habría representado los insumos para un festín familiar.

Se les preguntó a las mujeres jefas de familia y/o cónyuges que, si no tuvieran restricciones económicas, cuál sería su despensa ideal. Las familias en vulnerabilidad por carencias sociales respondieron que una despensa ideal incluiría carne y otros productos para practicar el arte culinario que algunas de ellas habían



desarrollado. Sobre todo, quisieran tener la posibilidad de comprar alimentos que se pudieran almacenar para los momentos de crisis. También mencionaron el deseo de comprar de manera regular papel sanitario, shampoo, jabón, cloro e incluso suavizante para la ropa.

Mmmmm, ahhhh, echaría harina para hot cakes; pondría miel, una botella de rompopo para la gelatina —les hago mucho en el tiempo de calor—. Las aceitunas me gustan mucho, pero casi nunca compro porque están caras. ¡Ay! Qué cree que me pasó el otro día que fui al Calimax agarré un frasquito de aceitunas y no sé cómo lo agarré y se me quebraron varios, es que estaban todos amontonados; no sé cómo se movió tantito, ¡y una tronadera! El gerente me dijo: «Ni modo, señora, tiene que pagar». No era toda mi culpa porque estaban mal acomodadas, amontonadas, se tronaron tres frascos, ya ni traje las aceitunas y fueron casi 70 pesos. Hay cositas así que me gustaría comprar, como “la lechera”, una caja de galletas de bombón, pero no, no las compro, no, no las compro.

Por ejemplo: el mes pasado me regalaron 600 pesos de bonos. Lo único que compré fueron atunes, sardinas, lentejas, sopas, café, azúcar, sal, aceite, frijol, arroz, valvitas³⁶, cosas que no se echaran a perder; compré dos pollos, carne molida, bistec, cosas así; papas, tomatillos, tomates, latas de elote, de ejotes, que pudieran servirme para cuando ya no tuviera dinero. Me gasté el dinero pensando en el futuro, cuando no fuera a tener, por decir una maseca, un kilo de harina, un kilo de manteca. Así el día que no tenga ni para las tortillas, hago unas cuatro o cinco de maseca. Ahora, si no tuviera que pensar en el dinero, también compraría jabón, cloro, pino,

³⁶ Valvita es una marca comercial de puré de tomate procesado; es común referirse al producto de esa forma.



shampoo, papel de rollo que es indispensable para el diario pero que no lo puedes comprar (Imelda Esquivel).

Mi despensa ideal sería muchas carnes y mucha fruta. Compraría muchas frutas, manzanas de todos los colores; uvas, guayabas, hasta cañas, papaya, todo me gusta. A veces cuando puedo traer fruta, tengo que traer sólo de dos; cuando está muy grande la manzana no la traigo, prefiero las manzanas chiquitas ralladas o las naranjas, plátano, unas 15 guayabas, cosas que alcancen para todos (Adela Barraza).

Los sentimientos de ansiedad y angustia no se limitaban a la escasez de las fuentes de recursos e ingresos y al consumo familiar, sino a la falta de tiempo para convivir con la familia, el aumento de tensiones y de discusiones, el desamor, la irresponsabilidad, la separación y el divorcio.

El principal problema que tenemos él y yo es eso, el dinero, él me pide y me pide; y yo le digo que se ponga a trabajar: «De perdís ponte a juntar botes de aluminio» [...] Para que se mejore mi situación, yo pienso que es necesario que mi esposo trabaje; pero no le veo ninguna posibilidad, con tantos años así. Pienso que su problema es de autoestima, pero él dice que no. Una vez me dijo que yo lo trataba de humillar, como yo tengo mi trabajo y él no. (Aurora Morales.)

Cuando Imelda Esquivel empezó a vender dulces y burritos para convertirse en la principal proveedora de la familia, el carácter de Roberto cambió aún más; cada vez que la familia tenía que pagar algún servicio público, comprar despensa o asumir cualquier gasto, aumentaba su frustración al sentirse incapaz de atenderlos.



Yo le tenía mucha lástima [a mi esposo], pero el carácter de él sí cambió mucho, se hizo muy enojón, no discutía ni nada, pero siempre estaba así como enojado, o así muy alejado. Creo que se sentía frustrado porque ya no podía con la responsabilidad de la familia que había tenido por mucho tiempo. Siempre estaba serio, callado o a veces llegaba como enojado, a veces yo le hablaba y se hacía como que no me oía. Yo sentía mucho coraje, pensaba «bueno, tengo que aguantar»; mejor me quedaba callada para no hacerlo enojarse más. (Imelda Esquivel).

La infidelidad se mencionó como un tema de conflicto en la pareja, que generaba dificultades económicas en la familia; sobre todo, cuando decidían separarse. En el caso de Lucía Estrada, el hecho de que Esteban le hubiera sido infiel cambió drásticamente la situación económica de su familia. Durante el tiempo que estuvieron casados él había sido el único proveedor del hogar; se hizo cargo de cubrir todos los gastos y necesidades de la familia; de hecho, para Lucía había sido una situación cómoda e incluso no había sentido la necesidad de manejar dinero. Cuando se enfrentó a la infidelidad y el abandono de su pareja, ella y el resto de la familia quedaron totalmente desamparados. Durante las primeras semanas, a Lucía, consumida en su dolor, se le cerró el mundo; sin embargo, poco a poco fue hallando alternativas; primero recibió ayuda de sus vecinas, y después empezó a trabajar en Estados Unidos como empleada doméstica.

Estábamos económica y físicamente bien, yo pensaba que todo era de color de rosa porque nunca le miré [a mi esposo] nada de cambios. Íbamos a misa, íbamos a desayunar a algún restaurante, llevaba a las chamacas al parque, a jugar hasta las dos de la tarde del domingo y luego nos traía a la casa. Otro día ya las niñas iban a la



escuela, nosotros nos íbamos al mandado, me volvía a dejar en la casa y se iba a trabajar. Como él era su patrón, trabajaba a la hora y el día que él quería; o sea, no tenía un horario fijo, no estaba todo el día en la casa, pero sí nos sacaba, éramos su prioridad; así que decía yo: «para qué quiero dinero». Pero cuando sucedió que me engañó y me abandonó, «oye, ¿qué hago, de dónde consigo?», era tanta mi necesidad de comer para mí y para mis hijas, que tuve que ver qué iba hacer, porque él se fue con esa mujer [...] (Lucía Estrada).

Las mujeres jefas de familia en la fase del ciclo doméstico de expansión, mencionaron que uno de sus principales motivos de angustia era dejar a sus hijos solos cuando salen a trabajar. Varias de ellas no disponen de redes de apoyo social o familiar para cuidar a sus hijos. El pago a una persona que se encargara de cuidar a los hijos era casi imposible, por los elevados costos; al final resultaba un balance negativo para la familia.

Entonces yo como sea descuido mucho a mis niños porque me salgo a trabajar y es que no puede uno pagar a alguien para que los cuide. O los cuidas bien o les das más o menos de comer, y es lo que no entienden ellos; entonces a mí se me parte el alma, pues yo siempre como madre lo que yo les pueda arrimar, zapatos, lo que sea, y me duele mucho tener que dejarlos solos porque si le digo a mi mamá «ayúdame», de todos modos se van a la calle. (Martha Ramírez.)

En los hijos se generan sentimientos de rechazo, vergüenza, inseguridad, maltrato y presión; no tener ropa, zapatos, útiles escolares, libros o una vivienda digna propician críticas entre sus pares. Los hijos de la familia Andrade manifestaron que cuando eran adolescentes sentían vergüenza de invitar a sus amigos a su casa, ya que vivían en un camión; comentaron que sentían



que recibían burlas por las condiciones de pobreza en que vivían, sumado al alcoholismo de su padre y la posterior separación de sus padres.

La gente no te va a dar de comer, pero siempre las críticas hacen daño y a ellas [a mis hijas] les duele más porque están jóvenes y no es que sean «estrilosas» [presumidas], no es que las esté haciendo así; si realmente fueran presumidas, nos exigirían que les compráramos cambios de ropa y cambios de zapatos y nunca lo hacen, nunca nos piden nada, no dicen nada. Ahí se van las pobres con la misma ropa con tal de asistir a la escuela o a una fiesta. (Aurora Morales.)

Los constantes conflictos por la dependencia económica también eran una causa permanente de angustia para Imelda Esquivel, llegando al extremo de querer dejar su casa y vivir alejada de sus hijos. La carga económica y emocional para ella representaba que sus hijos hacían un excesivo consumo de recursos sin asumir sus costos, evidenciando una constante falta de reciprocidad de parte de ellos hacia sus padres.

Pues como todos mis hijos viven en el mismo terreno de mi casa, a veces hay problemas con los niños; siento que ya debería estar viviendo sola y como que todavía tengo que estar cuidando a mis nietos. Quisiera estar sola por lo menos; siento que estoy cargando con muchas responsabilidades y problemas que yo no debo de llevar. He hablado con ellos, pero no me dicen nada; como se apoyan mucho en mí; a mí me hubiera gustado que fueran independientes; ahora que están ellos conmigo usan todos los servicios y batallo para que los paguen, casi siempre yo los tengo que pagar. No quieren desyerbar o barrer el patio; nadie lo barre, no, nada; entonces



yo ando barriendo y desyerbando y reniego; entonces digo: «por qué, si yo ya no tengo niños». Mi esposo me decía: «de todas maneras no te molestan, porque sus casas están en el patio de atrás, te sirven de compañía, no vas a estar sola»; pero no, porque con los niños no hay privacidad. A veces quiero estar sola, ni modo que corra a los niños o ni modo que los eche. Como a veces estoy haciendo de comer y se sientan todos y pos qué haces; yo no puedo decir nada. Todos esos problemas me generan mucha angustia; también ellas [las hijas] tienen muchos problemas [económicos y familiares], pero yo no puedo con los míos, ojalá y se pongan las pilas porque está difícil la vida, por el trabajo, por los ingresos, por todo. (Imelda Esquivel.)

LAS CONDICIONES DE FRONTERA Y VULNERABILIDAD SOCIAL Y POBREZA

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges, incluyendo a las tres mujeres que nacieron en Tijuana, tenían relaciones de parentesco con personas que habían nacido en el sur de México. Para las mujeres entrevistadas vivir la pobreza en Tijuana implicaba tomar como punto de referencia el lugar de origen de ellas, de su pareja o de sus padres. En este sentido, aun con las precarias condiciones económicas que experimentaban, para ellas y sus familias había tenido algunas ventajas vivir en Tijuana. La forma en que cubrían o no cada una de sus necesidades básicas y de consumo en esta ciudad era comparada con su experiencia en el sur.

Fue frecuente escuchar la frase: «allá en el sur, aquí en Tijuana», haciendo referencia a las fuentes de los recursos, el balance era: «allá en el sur como trabajos es como vives, aquí en Tijuana



no necesariamente, también puedes tener más cosas por otros medios»; o: «allá en el sur no hay trabajo, aquí en Tijuana, si sales a trabajar, por lo menos sacas para comer».

En el acceso y consumo a bienes y servicios el recuento fue:

«Allá en el sur siempre tuvimos que rentar en vecindades, aquí en Tijuana conseguimos un lugar propio donde vivir»; «allá en el sur, aunque tengas una casa bonita, grande, con corredores y zaguanes, en la forma de comer eres muy pobre, aquí en Tijuana hay muchas facilidades para conseguir comida»; «allá en el Sur no tienes acceso a ropa con tanta facilidad, aquí en Tijuana aunque estés pobre vas a una segunda y te vistes, hay grupos y personas que te regalan mucha ropa, zapatos, suéteres»; «allá en el sur las distancias eran cortas, aquí en Tijuana las viviendas están alejadas de las escuelas, del trabajo y el transporte es caro y de mala calidad»; «Allá en el sur, sobre todo en la Ciudad de México, hay muy buenos doctores y hospitales, aquí en Tijuana no hay buenos médicos, como que no le echan ganas, les hace falta estudiar y los buenos son muy caros».

En el acceso a redes de apoyo social la comparación fue la siguiente:

«Allá en el sur hay más gente pobre, no hay quien te ayude, es muy difícil; aquí en Tijuana hay mucha ayuda por parte de norteamericanos.» «Allá en el sur cada quien se rasca con sus propias uñas y nadie te da la mano; aquí en Tijuana, las personas, aunque no sean de tu familia, te brindan la mano»; «allá en el sur entre la familia se ayudan mucho, hay mucha familia viviendo cerca, aquí en Tijuana la mayoría de tu familia no está aquí, casi no tienes ayuda de la familia».



A través de la subjetividad de las entrevistadas también se mencionó otro de los puntos de comparación entre el sur y Tijuana, relacionado con los sentimientos de discriminación por ser pobre:

«Allá en el sur hay muchas separaciones entre ricos y pobres; aquí en Tijuana todo el mundo es igual, tengan o no tengan dinero»; «allá en el sur sentí mucha discriminación por ser pobre —te ponen “tú estás aquí y nosotros estamos acá, y no puedes pasar”—; aquí en Tijuana nunca he sentido eso, nunca he sentido que me discriminen por ser pobre, ni en mi forma de vestir, ni en mi forma de ser».

RECAPITULACIÓN

La lógica de este capítulo fue ubicar como principal categoría de análisis la capacidad de respuesta para acceder y movilizar recursos/activos ante una limitada estructura de oportunidades. La movilización de fuerzas de trabajo y el ingreso monetario representan las principales fuentes de recursos en las familias pobres.

RELACIONES DE GÉNERO

El retomar las relaciones de género en la dinámica familiar permite resaltar qué aspectos materiales, afectivos y simbólicos generan conflictos y solidaridades. Aunque de entrada esta investigación no utilizó en primera instancia al género como categoría analítica, sí es importante puntualizar que ésta facilita entender cómo a partir de una visión sociocultural la diferenciación biológica con-



tribuye a la vulnerabilidad social entre mujeres y hombres, que en cierta medida determinan su identidad y expectativas sociales (Oliveira y Salles, 1989; Sánchez, Fernández y Torres, 1994, p. 174; Barquet, 1997, p. 75; García y Oliveira, 2006).

Entre los temas que se han estudiado en la relación pobreza-mujer se encuentran el ejercicio del poder y la toma de decisiones; el acceso a recursos familiares e institucionales, y las limitadas oportunidades de educación, empleo y salud. En este orden de ideas, se enumeran como principales causas de la pobreza en la mujer la división social del trabajo, la valoración diferencial entre lo masculino y lo femenino, y las normas de control de la sexualidad (Jelin y Feijoó, 1983; González de la Rocha 1986; Barquet, 1997; Szasz, 1997; Riquer, 1998; Salles y Tuirán, 1999).³⁷

El interés por el estudio de la mujer en condiciones de pobreza fue más intenso a raíz de su incorporación al mercado de trabajo, durante la década de los setenta, y se intensificó durante los ochenta, poniendo mayor énfasis en las mujeres casadas, independientemente del ciclo doméstico (Wainerman, 2002). Por su parte, Feijoó (1999) clasifica el estudio de la relación entre mujeres y pobreza en dos olas. La primera inició en 1975, en el marco de las celebraciones del Año Internacional de la Mujer; durante esta primera ola, el énfasis de la investigación consistió en hacer visible

³⁷ Salles y Tuirán (1999) enumeran cuatro tipos de documentos que sustentan la feminización de la pobreza. Primero, materiales sociodemográficos basados en encuestas nacionales (Acosta, 1993; Tuirán, 1993). Segundo, encuestas realizadas en diferentes contextos del país, donde explicitaban la condición de las mujeres y de los hogares del sector popular que viven en estado de pobreza y precariedad (Tuirán, 1993). Tercero, hallazgos con énfasis en la dinámica demográfica e intrafamiliar (Chant, 1988; González de la Rocha, 1986, 1988; García y Oliveira, 1994). Cuarto, reflexiones sobre los diferentes estudios realizados en torno a la pobreza femenina (Salles y Tuirán, 1996; García, 1998).



el papel de subordinación de la mujer y el desarrollo de estrategias de supervivencia ante situaciones de crisis; en ese momento llegaron a la conclusión de que las mujeres eran las más pobres entre los pobres. Organismos de la sociedad civil y algunas entidades del sector público argumentaban que era necesario impulsar programas que desarrollaran la dimensión empoderamiento en las mujeres para contrarrestar la feminización de la pobreza (González de la Rocha, 1988; Enríquez, 1998).

En la segunda ola se inicia un proceso en el cual se cuestiona la «aberración y compasión social por las mujeres solas» (Chant, 1999), por lo que se analiza con mayor profundidad las familias encabezadas por mujeres. Así, encuentran que un hogar carente de la presencia masculina no necesariamente es un hogar pobre; otro de los hallazgos consistió en que «la pobreza no depende del sexo del jefe, si no de quién es el principal proveedor», y cuál es la etapa del ciclo vital por la que está cruzando la familia. Al estudiar la dinámica de la distribución de recursos, se encontró que los hogares con jefatura femenina tendían a ser más democráticos, más solidarios y con menor incidencia de violencia. Por último, se encontró que en los hogares con jefatura femenina se prioriza la inversión tanto en bienes como en la educación de los hijos (Barquet, 1997; García, 1998; Feijoó, 1999; Gutmann, 1999; Wartenberg, 1999; González de la Rocha, 2006).

La serie de estudios sobre las relaciones de género, específicamente los concernientes a la relación mujer-pobreza, efectuados desde mediados de la década de los setenta hasta la actualidad, llevan a rescatar tres dimensiones que parecen seguir incidiendo en este fenómeno. Primera, la fragilidad en las fuentes de recursos impuestos por factores macroestructurales; segunda, los cambios en la composición y estructura familiar debido a factores sociode-



mográficos; tercero, las relaciones desiguales vinculadas con factores socioculturales. En otras palabras, la jefatura femenina se ha incrementado durante los últimos años; García y Oliveira (2006) argumentan que esta tendencia se debe al incremento de la esperanza de vida y a la menor probabilidad de que las mujeres viudas se vuelvan a unir. Pero también consideran que se debe a factores socioeconómicos y socioculturales relacionados con las separaciones, los divorcios, el embarazo en adolescentes y el abandono del cónyuge varón, por la dificultad de asumir su rol de proveedor debido a la precariedad en las fuentes de trabajo (Wartenberg, 1999; Chant, 1999; Ariza y Oliveira, 2002).

Las familias de residencia cuentan con una menor cantidad de fuerza de trabajo, menor participación en el trabajo formal y mayor participación en el sector informal; se observó la constante entrada y salida al mercado laboral de las jefas de familia ubicadas en la fase de expansión del ciclo doméstico; se han visto orilladas a participar en el sector informal debido a la posibilidad de hacer compatibles los horarios laborales con las necesidades de la familia.

Las familias de interacción muestran una mayor movilidad de fuerza de trabajo en el sector formal, condiciones atribuidas a la edad de los integrantes de las familias, la transición entre las fases de expansión y consolidación del ciclo doméstico, y el contar con la participación de fuerza de trabajo de familiares no co-residentes.

Se observaron tres niveles de apoyo entre los cónyuges para generar recursos y atender necesidades básicas y de consumo: primero, el patrón tradicional en el cual el cónyuge varón era el único proveedor; sólo se observó esta situación en una familia en fase de dispersión en pobreza multidimensional extrema.

En la mayoría de las familias se observó la incapacidad del jefe de familia varón para asumir su papel de proveedor, ya sea por



factores económicos —como el desempleo y los bajos salarios— o por factores sociales —como ausencia, abandono, consumo de alcohol y/o drogas—. De ahí que el segundo patrón se refiera al escaso o nulo apoyo del cónyuge varón para cubrir las necesidades básicas y de consumo familiar.

Al igual que en los estudios de la relación mujer-pobreza efectuados en la segunda ola propuesta por Feijoó (1999), las mujeres jefas de familia, en tanto proveedoras principales con cónyuges co-residentes presentaron mayores niveles de conflicto y violencia y mayores niveles de precariedad material.

El apoyo mutuo fue el tercer patrón de ayuda entre los cónyuges para generar recursos y atender necesidades básicas y de consumo; la participación en el trabajo extra doméstico de las mujeres ha sido determinante, no sólo como trabajo secundario para complementar el ingreso familiar, sino como principales proveedoras. A su vez, la participación de los hijos jóvenes ha contribuido a atender las necesidades básicas de la familia y además ha incrementado su capacidad de consumo.

La mayoría de mujeres jefas de familia y/o cónyuges ubicadas en pobreza multidimensional informaron que sus ingresos eran imprecisos debido a la variabilidad e inconstancia en la movilidad de fuerzas de trabajo, pero sobre todo por la inestabilidad de los aportes que cada uno de los miembros de la familia hacía al presupuesto familiar. Ninguna de las jefas de familia entrevistadas tenía un empleo formal al momento de la entrevista; se empleaban como domésticas o vendían algún producto y destinaban sus ingresos completos al presupuesto familiar.

Algunas de las estrategias de trabajo que desarrollaron las familias para procurar mayores recursos e ingresos eran las tradicionales, como que la mujer cónyuge y los hijos se sumaran a



la fuerza de trabajo. Al menos tres de las mujeres entrevistadas aprovecharon la cercanía con Estados Unidos como una estructura de oportunidad para el trabajo informal, sobre todo aquellas que habían logrado obtener un pasaporte. También se desarrollaron otras estrategias de reproducción para mejorar la fuerza de trabajo, como la incorporación de la mujer cónyuge al mercado laboral para asumir todos los gastos y consumo familiar en lo que el cónyuge varón se preparaba académicamente. La asistencia social alimentaria como una estrategia de supervivencia se estableció sobre todo entre las familias en fase de dispersión y sin redes de apoyo familiar. Entre los riesgos que afectan la capacidad de respuesta para movilizar estrategias de supervivencia se mencionaron la inestabilidad del mercado de trabajo y las enfermedades en la familia (en especial, cuando se trataba del proveedor principal).

La persistente precariedad de recursos para cubrir las necesidades ha llevado a las jefas y/o cónyuges y a sus familias a desarrollar una serie de estrategias para asumir el gasto y consumo familiar. La primera y tal vez más importante se refiere a la capacidad que han desarrollado para administrar los recursos; en este sentido, la dependencia prolongada de los hijos casados no co-residentes, por una parte; el consumo de alcohol y drogas de hijos co-residentes y de cónyuges varones, por otra, han mermado la economía familiar.

La temporada de inscripciones escolares es el periodo en el cual las familias en fase de expansión experimentan mayor precariedad económica, debido a que tienen que cubrir cuotas de inscripción, compra de útiles y uniformes escolares.

Las familias ubicadas por debajo con vulnerabilidad por carencias sociales presentan dificultades para cubrir los costos del consumo de servicios públicos, por lo que cada vez que se acerca



la llegada de un recibo se incrementa la angustia en las entrevistadas; la posibilidad de no tener al corriente el pago del servicio del agua ha llevado a algunas familias a tener elevados adeudos.

La mayoría de familias en pobreza multidimensional extrema no cuentan oficialmente con servicios públicos, además de acceder al agua a través de pipas; el servicio de electricidad lo obtienen ilegalmente, y para reducir costos en el consumo de combustible frecuentemente utilizan leña para cocinar.

El consumo en el hogar no se limita a la alimentación: la adquisición de productos y bienes domésticos también incluye papel sanitario, jabón para la ropa y los trastes, utensilios para la cocina y muebles, los cuales se obtienen principalmente en los mercados sobre ruedas, participando así en el consumo de desechos; es decir, productos de segunda mano —alimentos, bebidas, ropa, calzado, juguetes, material de construcción, electrodomésticos, etcétera—, provenientes de Estados Unidos.

Se observó la tendencia a consumir productos de marca con mayor intensidad en las familias en fases de expansión y consolidación del ciclo doméstico en situación de vulnerabilidad por carencias sociales, independientemente de que éstos sean usados (de segunda mano). En cuanto a la estrategia de consumo de alimentación familiar, buscan mayor variedad en la alimentación, aunque han limitado el consumo de carnes.

Las familias en fase de dispersión, en pobreza multidimensional extrema, tenían una limitada cantidad y variedad de comida. Los recortes en el consumo de alimentos se mencionaron como una de las principales estrategias para reducir gastos y dirigir esos “ahorros” a cubrir otras necesidades que debían atender en ese momento, independientemente de la fase del ciclo doméstico y la condición de pobreza y vulnerabilidad social.



Las percepciones y sentimientos de las jefas y/o cónyuges y sus familias ante su precariedad económica se presentaron en diferentes niveles. En las mujeres jefas y/cónyuges creaba sentimientos de ansiedad y angustia tanto por la escasez económica como por los conflictos que ello generaba. En los cónyuges varones desencadenaba sentimientos de frustración y agresividad ante la incapacidad de asumir el papel tradicional de proveedor. En los hijos generaba sentimientos de rechazo, vergüenza, inseguridad y presión entre sus pares, por no tener ropa, zapatos, útiles escolares o una vivienda digna.

En otro orden de ideas, la mayoría de las jefas de familia y/o cónyuges tenían como referencia provenir de familias de origen en condiciones de pobreza que habían vivido en otros estados de México; este antecedente les permitía tener un punto de referencia al comparar su experiencia de situaciones de pobreza en la ciudad fronteriza de Tijuana en comparación con algún lugar del sur de México. En este sentido, coincidieron en que la intensidad de pobreza en Tijuana era menor, que tenían acceso a otras estructuras de oportunidad, como las redes sociales de apoyo; mayor acceso a fuentes de trabajo, acceso y consumo a bienes, aunque éstos fueran usados; sin embargo, coincidieron en que las redes de apoyo familiar eran escasas o nulas, lo que les generaba un sentimiento de aislamiento y soledad.



CAPÍTULO 5.

EXPERIENCIAS Y SIGNIFICADOS EN EL PROCESO DE ADQUISICIÓN Y USO DE LA VIVIENDA

La vivienda es uno de los principales recursos/activos de las familias. A su vez, es un reflejo de las condiciones de vida de quien la habita. Los estudiosos en el área asumen que la vivienda es la *base de un conjunto complejo de actividades individuales, familiares y sociales* que aseguran la continuidad de la vida. La vivienda se ha entendido como un bien de uso en el cual las personas se protegen del medio ambiente, preparan alimentos, se asean y socializan; en momentos de crisis la vivienda también se puede convertir en un activo tangible. Pensada la vivienda desde este punto de vista, ésta debe proporcionar protección y servicios básicos para el desarrollo social y económico de la sociedad (González de la Rocha, 1986, 1988; Chant, 1992; Niembro, 1988; González, 1998; Padilla y Sotelo, 2002).³⁸

³⁸ «La vivienda debe cubrir ciertas necesidades básicas: protección, privacidad, funcionalidad e identidad, ya que también es considerada como el asiento físico de la familia, núcleo primordial de la sociedad, y sirve para efectuar la formación de la persona en los elementos esenciales de su existencia: la nutrición y los hábitos del aseo, la educación moral y la formación emotiva» (Padilla y Sotelo, 2002, p. 8).



A reserva de que, políticamente, en el plano internacional, a la vivienda se le ubica como un bien de primera necesidad y además se le considera un derecho económico, social y cultural, donde las personas puedan gozar de la intimidad y la vida familiar, la falta de acceso y las precarias condiciones de la situación habitacional para los pobres en todo el mundo evidencian la distribución desigual de la vivienda (Massolo, 1994).³⁹ Las precarias condiciones económicas han propiciado el deterioro físico de la vivienda, y pasado por alto que la vivienda tiene como propósito proporcionar espacios y servicios para fomentar la integración y desarrollo de quien la habita: la familia.

El acelerado crecimiento demográfico del último cuarto de siglo, el rápido proceso de industrialización y la persistencia de carencias sociales —cuyos impactos extremos se ubican en colonias populares de las zonas urbanas—, constituyen las variables causales de la problemática de la vivienda en los estados de la frontera norte []. (Fuentes y Peña, 2006, p. 218.)

De acuerdo con las observaciones de Fuentes y Peña (2006, p. 218),

los cambios macroestructurales y económicos, tales como el acelerado crecimiento demográfico en el último siglo, el proceso de industrialización y las persistentes carencias sociales representan

³⁹ «La magnitud del problema habitacional revela la necesidad de analizar la vivienda como un elemento fundamental del desarrollo de la sociedad, como una expresión de la estructura socioeconómica del país y como un indicador de la desigual distribución de los beneficios de la urbanización.» (Massolo, 1994, p. 197).



algunas de las variables causales de la problemática de la vivienda en la frontera, condición que ha afectado sobre todo a los sectores menos favorecidos de la región.

Evidentemente, los resultados que se obtuvieron en esta investigación de ninguna manera se pueden generalizar en todas las viviendas habitadas por familias pobres en esta ciudad.

Con la intención de introducirse en este dilema, los puntos que se abordan se relacionan con las siguientes interrogantes: ¿en qué condiciones se encuentran las viviendas que habitan las entrevistadas? En cuanto a la capacidad de respuesta de las familias y a la estructura de oportunidades, vale preguntar: ¿qué estrategias pusieron en práctica las mujeres jefas de familia y/o cónyuges y sus familias en el proceso de adquisición del terreno, construcción de la vivienda, equipamiento y servicios públicos? ¿A qué riesgos se enfrentaron en este proceso?

Por último: ¿en qué y cómo les sirvió haber accedido a una vivienda para enfrentar su condición de vulnerabilidad —pobreza—? También se explora desde su percepción: ¿qué significa para ellas su vivienda?, ¿qué sentimientos genera en ellas residir en su vivienda y en su colonia?, ¿cuáles son sus esperanzas?, ¿qué tienen planeado para el futuro? y ¿qué están haciendo al respecto? En otras palabras, el propósito de este capítulo es comprender los procesos de las familias estudiadas en las prácticas sociales y significados en el acceso y uso de la vivienda, el equipamiento de ella y los servicios públicos.

Cuadro 9. CONDICIONES DE LA VIVIENDA Y ACCESO A SERVICIOS.

Familia	Régimen	Número de cuartos integrantes	Material			Techo	Agua	Electricidad	Servicios públicos		
			Pared	Piso					Servicio sanitario	Pavimento	Combustible
Escalante	Posesión	1	3	Madera	Tierra	Mat. Desecho	Sí	No*	No	No	elect.
García	Posesión	1	2	Madera	Tierra	Madera	Pipa	No*	No	No	leña
Pérez	Posesión	1	4	Madera	Cemento	Mat. Desecho	Pipa	No*	No	No	gas
Osuna	Propia pagada	1	4	Madera	Tierra	Mat. Desecho	Sí	Sí	No	No	leña
Santana	Documento posesión	2	2	Madera	Cemento	Mat. Desecho	Sí	p*	No	No	leña
Fernández	Documento posesión	1	8	Madera	Tierra	Mat. Desecho	Adeudo	No*	No	No	gas
Ramírez	Posesión	1	6	Madera	Tierra	Mat. Desecho	Pipa	No*	No	No	elect.
Espinosa	Propia pagada	1	1	Ladrillo	Cemento	Madera	Sí	Sí	p*	No	gas
Ríos	Documento posesión	2	3	Madera	Cemento	Mat. Desecho	Adeudo	Sí	No	No	leña
González	Posesión	1	6	Madera	Tierra	Mat. Desecho	Pipa	No*	No	Sí	gas
Barraza	Documento posesión	2	12	Madera	Cemento	Mat. Desecho	Adeudo	No*	No	No	leña
Andrade	Propia pagada	2	1	Madera	Cemento	Madera	Sí	Sí	p*	No	gas
Estrada	Rentada	2	5	Madera	Madera	Madera	Sí	Sí	Sí	Sí	gas
Gómez	Propia pagándose	3	5	Block	Cemento	Concreto	Sí	Sí	p*	No	gas
Morales	Documento posesión	2	5	Madera	Cemento	Mat. Desecho	Sí	Sí	No	No	gas
Ramos	Documento posesión	1	4	Madera	Cemento	Madera	Sí	Sí	p*	no	gas
Esquivel	Propia pagada	3	3	Ladrillo	Cemento	Concreto	Sí	Sí	si	si	gas
Díaz	Propia pagada	3	6	Block	Cemento	Concreto	Sí	Sí	si	si	gas

Fuente: Cuestionario, condición socioeconómica de las familias participantes en esta investigación.



Nota: **p*** = En proceso de contratación y/o instalación del servicio.

No* = Legalmente no cuentan con el servicio público de energía eléctrica; sin embargo, en todos los casos accedían al servicio mediante estrategias ilegales, como la colocación de “diablitos” (conexiones directas al sistema de alumbrado público). Leña. Las familias que declararon utilizar leña para cocinar también utilizan gas.

CONDICIONES GENERALES DE LA VIVIENDA⁴⁰

Las personas pobres prefieren vivir en una casa propia, aunque su vivienda se encuentre en condiciones precarias —sin acceso a servicios públicos y con un reducido número de cuartos— que vivir en una casa rentada, aun cuando cuente con todos los servicios (Dieterlen, 2005).⁴¹ Algunas razones son financieras, como el ahorro que representa el no pagar renta, otras de índole subjetivo, como sentir la seguridad de que se vive en un lugar propio, aun cuando la posesión de la vivienda no se haya legalizado. Con excepción de la familia Estrada, que rentaba en una vecindad, el resto de las familias habitaba viviendas propias.

Para el Coneval (2015a, p. 5), la carencia por calidad y espacios de la vivienda se entiende como

[] la carencia en esta dimensión en dos subdimensiones: el material de construcción de la vivienda y sus espacios. En el caso del

⁴⁰ «[...] En los estados fronterizos se observa un deterioro en la calidad del inventario habitacional, al existir un alto volumen de viviendas construidas con materiales no duraderos [...] la falta de disposición de suelo urbano apto para construcción de vivienda constituye otro de los elementos clave [...]» (Ordóñez y Reyes, 2006, p. 28).

⁴¹ «[...] En la encuesta “Lo que dicen los pobres”, 93.04% de los encuestados respondió que prefería vivir en una casa propia, aunque careciera de servicios, que vivir en una casa rentada con todos los servicios» (Dieterlen, 2005, p. 147).



material de construcción, la Conavi [Comisión Nacional de Vivienda] propuso utilizar información sobre el material de pisos, techos y muros; en el caso de los espacios propuso evaluar el grado de hacinamiento. De acuerdo con estos criterios, se considera como población en situación de carencia por calidad y espacios de la vivienda a las personas que residan en viviendas que presenten al menos una de las siguientes características:»

- los pisos de la vivienda son de tierra;
- el material del techo de la vivienda es lámina de cartón o desechos;
- el material de los muros de la vivienda es barro o bajareque; carrizo, bambú o palma; lámina de cartón, metálica o asbesto o material de desecho.
- la razón de personas por cuarto (hacinamiento) es mayor o igual que 2.5.

HACINAMIENTO

El hacinamiento se entiende como la densidad poblacional de la vivienda; éste se estima a través de indicadores como el tamaño de la familia y el número de habitaciones disponibles para dormir. En el sector urbano el hacinamiento está relacionado con condiciones de precariedad material; es decir, las condiciones de pobreza limitan el acceso a un mayor espacio físico en las viviendas, las cuales se caracterizan por tener un reducido número de habitaciones. El cuadro 9 muestra el número de cuartos para dormir por vivienda de las familias entrevistadas, lo que parece tener una relación directa con la intensidad de la pobreza.

Cuando Fuentes y Peña (2006, pp. 218, 222) evalúan la problemática de la vivienda lo hacen desde la perspectiva de rezago



cuantitativo y cualitativo. El *rezago cuantitativo* enumera todas las viviendas existentes que, debido al número de personas que las habitan, y a la mala calidad de los materiales con que se construyeron, no satisfacen los mínimos de bienestar. El rezago cualitativo rescata aspectos como la densidad domiciliaria, hacinamiento, tenencia y precariedad. En las observaciones de campo fue evidente tanto el rezago cuantitativo como el rezago cualitativo de la vivienda. En la mayoría de las familias el número de miembros por habitación osciló entre una y tres personas. «Un cuarto lo comparto con mi niño, otro cuarto para las dos [hijas] y otro para mi hijo mayor; pobremente, pero cada quien tiene su espacio» (Perla Gómez).

En el cuadro 9 se observa que el hacinamiento se presenta en una intensidad similar; sin embargo, cuando además del número de habitaciones se recurre a otras categorías analíticas como las condiciones de precariedad de la vivienda, al tamaño de las familias y al ciclo doméstico, el hacinamiento toma otros matices.

Los casos más críticos se presentan en las familias Barraza, Fernández, González, Pérez, Osuna y Ramírez. La composición de parentesco de la familia Barraza es nuclear en fase de expansión, está integrada por 12 personas, y dispone de dos cuartos para dormir. Aunque aritméticamente corresponde seis personas por habitación, en su diario vivir su organización depende de otras condiciones. Una de ellas se refiere a factores ambientales, pues cuando llueve todos duermen en una sola habitación porque uno de los cuartos se gotea. La edad y el género de los hijos también se toma en cuenta para disponer del espacio, no solamente de las habitaciones sino del número de camas para dormir.

Las familias Fernández y González comparten varias características demográficas y sociales; la composición familiar de ambas



es nuclear en fase de expansión. En ambas viviendas se dispone de una sola habitación para dormir, con ocho y seis personas, respectivamente. También, en ambos casos, debido a problemas económicos, emocionales o de salud, esporádicamente algunos de sus miembros duermen en otros lugares, como la casa de algún familiar, algún conocido o incluso albergues del DIF.

Ubicadas en situación de pobreza multidimensional extrema, las viviendas de las familias Pérez, Osuna y Ramírez cuentan, respectivamente, con un cuarto donde duermen cuatro personas. La composición de la familia Pérez es extensa en fase de dispersión del ciclo doméstico; su situación parece complicarse debido a que, de los cuatro adultos, uno de ellos, Guillermo, se encuentra postrado en una cama y requiere cuidados especiales debido a un padecimiento crónico de salud. La composición de parentesco de la familia Osuna es extensa en fase de dispersión; su situación de hacinamiento es resultado de que la entrevistada ha ofrecido un espacio donde vivir a sus dos nietas, de siete y nueve años.

La composición de parentesco de la familia Ramos es nuclear en fase de expansión del ciclo doméstico, integrada por el papá, la mamá y dos hijos preadolescentes. Para Luz Ramos, la intimidad, sexualidad e independencia están limitadas por la disposición de espacio; es decir, su relación íntima conyugal con su pareja y la privacidad que sus hijos le demandaban, son el punto crítico y de conflicto relacionados con su reducido espacio en la vivienda.

Para Padilla y Sotelo (2002, p. 21) la vivienda debe contar con espacios diferenciados para atender las necesidades particulares de cada miembro del grupo familiar que la habita. En sus palabras, la vivienda proporciona espacios diferenciados para recibir personas, para vivir (trabajar, jugar, conversar, comer, etc.), para



trabajar (cocinar, lavar) y una zona privada para descansar, dormir y cuidar a los enfermos.

En la misma recámara están las literas de los niños, enseguida mi cama y luego el ropero, luego la puerta, un librero donde está esta enciclopedia que mi mamá me compró cuando estaba en la casa, unas libretas, y esta ventana; pero no me queda espacio para nada. El otro cuarto es la cocina; está la estufa. Me salió bien cara porque la sacamos en abonos y está bien chiquita. Aquí tengo una mesita donde tengo una planta, luego el refri y luego un cajón donde está la tele, un sillón, y una mesa de centro, y me queda muy poco espacio para caminar. Cada cuarto mide cuatro por cuatro metros. (Luz Ramos.)

Durante las visitas domiciliarias en las que se desarrollaron las entrevistas, se pudo observar que la disponibilidad de espacio en las viviendas es reducida; sin embargo, se registró un mayor hacinamiento en las viviendas habitadas por familias con un número mayor de integrantes y que además se encontraban en fase de expansión del ciclo doméstico. Por otra parte, las familias nucleares en fase de dispersión ubicadas con pobreza multidimensional extrema contaban con un solo cuarto; una de las explicaciones podría ser la edad de sus integrantes, los cuales eran adultos mayores, y la otra era la escasez de redes de apoyo familiar.

OBTENCIÓN DE LA VIVIENDA

Padilla y Sotelo (2002) han identificado dos caminos para acceder a la vivienda en México. El primer camino es un proceso



formal. En este caso la vivienda debe cumplir con los mínimos requerimientos de construcción y es promovida tanto por el sector público como por el privado. El segundo camino suele ser un proceso informal. En este caso la vivienda por lo general no cubre normas y regulaciones mínimas para su cimentación; por el contrario, se caracteriza por la autoconstrucción en asentamientos irregulares.

ADQUISICIÓN DEL TERRENO

Enseguida se analiza la capacidad de respuesta de las familias para acceder y movilizar recursos y activos en el proceso de adquirir un terreno, edificar su casa, equiparla e introducir servicios públicos. A partir de la década de los setenta se agudizó el crecimiento demográfico, lo que dio como resultado un incremento en la mancha urbana; se creó un sinnúmero de asentamientos urbanos irregulares. Como menciona González de la Rocha (1986), en la necesidad de adquirir un terreno los sectores populares se han visto orillados a involucrarse en movimientos políticos. Muchos de ellos han sido encabezados por el Movimiento Urbano Popular, conformado en su mayoría por migrantes pobres que venían del campo a la ciudad en busca de un mejor nivel de vida, independientemente de que su intención haya sido o no quedarse en Tijuana o cruzar hacia Estados Unidos (Padilla y Lozano, 1988; Hernández, 1990; Valenzuela, 1991).

Estimaciones de Alegría y Ordóñez (2005) indican que aproximadamente la mitad de las viviendas ocupadas en la ciudad de Tijuana están ubicadas en terrenos adquiridos irregularmente. Este comportamiento no es ajeno a los resultados que aquí se



analizan; en cuanto a la adquisición del terreno, cinco de las 17 familias tienen sus predios bajo el régimen de posesión sin contar con documento alguno que avale su propiedad (véase el cuadro 9). Tres de ellas, las familias Escalante, García y Pérez, además de ubicarse en pobreza multidimensional extrema, se encuentran en la fase de dispersión del ciclo doméstico; y sus terrenos están ubicados en zonas de alto riesgo, como comenta Martha Ramírez: «Pues no es de nadie [el terreno y la vivienda] , bueno, es de él [esposo] porque él la construyó, excavó, y todo, pero esa zona es de alto riesgo, si vas a inmobiliaria no te regulariza []» (Martha Ramírez).

En las mismas condiciones de haber edificado su vivienda en un asentamiento irregular están otras seis de las 12 familias restantes; en las cuales —mencionan las entrevistadas— sí cuentan con algún documento o están haciendo trámites ante alguna autoridad para legalizar su propiedad. Las seis familias restantes tienen terrenos propios; con excepción de la familia Gómez, las demás entrevistadas ya liquidaron su costo. En este sentido, es necesario analizar con mayor profundidad este comportamiento.

En alguna época, cuando la situación económica de alguno de los jefes de familia había sido mejor fue cuando adquirieron su vivienda, pero su condición económica fue en descenso. Pasaron varios años antes lograr cubrir el costo del terreno; esta situación se complicó porque, al adquirirlo en una zona irregular, fue necesario negociar con diferentes dueños e incluso pagar su valor más de una vez. También se prolongó el pago hasta por más de 20 años, como en el caso de Ana Andrade, por no poder cubrir las mensualidades; de hecho, en más de una ocasión se vio en riesgo de que la desalojaran. Un proceso parecido experimentó la familia Gómez:



El terreno se lo compramos al que era dueño de toda la colonia del Pedregal de Santa Julia: Enrique García, él estuvo fraccionando toda esa colonia. A nosotros nos vendió ese terreno [hace 20 años]; en ese entonces en 1,500 dólares, «que pos era barato»; sólo nos hizo un papel de compra y venta. Pero después se tuvo que regularizar en Coret, porque él le vendió al Estado. Le pasó al Estado todo; tuvimos que volver a pagar, porque dijeron que el precio era muy poco. Pagamos de acuerdo, pagamos deslinde, trabajos técnicos y no sé qué otra cosa. Este terreno y esta casa me han salido muy caros (Perla Gómez).

De entrada, parece que el mayor número de familias que vive bajo el régimen de posesión sin ningún documento se ubican entre las familias que al momento de la entrevista padecen pobreza multidimensional extrema, pero también se observa que el régimen de vivienda no solamente depende de la condición de pobreza en la cual se encuentra la familia al momento de la entrevista, sino que contribuye la fase del ciclo doméstico en que se encontraba la familia al momento en que adquirieron el terreno, teniendo la posibilidad de invertir la mayor parte de sus ingresos en la adquisición de un terreno, debido a la posibilidad de movilizar mayor fuerza de trabajo y tener mayores ingresos.

Los resultados también indican que es recurrente la dificultad que enfrentan las entrevistadas y en algunos casos su familia para lograr cubrir los costos del terreno y paralelamente los costos de la construcción de la vivienda. La familia Andrade es un ejemplo de ello. Tuvieron que pasar cerca de 30 años antes de que Ana lograra cubrir el costo total del terreno. Entre los recargos y la escasez de dinero, a Ana le parecía cada vez más lejano poder contar con un lugar propio para vivir con su familia; sin



embargo, poco a poco, «con aprietos y ahorros», logró cubrir su costo total.

Aun cuando, por las limitaciones propias de este estudio, no se abordará directamente la dimensión sociopolítica, algo interesante al respecto es que en un recorrido oficial el entonces presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, hizo la entrega simbólica de los títulos de propiedad antes de que éstos hubieran sido liquidados.

En la adquisición del terreno se encontró que la mayoría de viviendas se encontraban ubicadas en predios irregulares y que en este proceso las entrevistadas se habían involucrado en movimientos urbanos. También se encontró que cuatro de las nueve familias de residencia solamente tenían la posesión del terreno, pero no contaban con ningún documento que avalara su propiedad; las otras cinco familias de residencia contaban con algún documento que avalaba la posesión, no su propiedad legal.

Podría suponerse que esta situación se presentó debido a cuatro riesgos que hacían más vulnerables a las familias. El primero era que seis de las nueve familias de residencia estudiadas se ubicaban en situación de pobreza multidimensional extrema. El segundo, que cuatro de las nueve familias eran encabezadas por adultos mayores en fase de dispersión; las cinco restantes, en su mayoría, las encabezaban jefas de familia en fase de expansión. En el tercero, las nueve familias tenían poca capacidad para movilizar recursos y activos; entre ellos, era evidente la escasez de fuerza de trabajo. Por último, el cuarto riesgo se refería a que, al haber sido familias de residencia, no contaban con redes de apoyo familiar externo. Esto significó que en las familias de relación las estrategias para movilizar recursos/activos en el proceso de adquisición del terreno estaban limitadas tanto por la escasa es-



estructura de oportunidades como por atributos familiares limitados, principalmente los de las fases de expansión y de dispersión. Los altos niveles de vulnerabilidad en estas dos fases se han analizado, entre otros autores, por Christenson, García y Oliveira (1989) y González de la Rocha (2006).

En cuanto a las familias de interacción, solamente dos de las nueve no tenían documentos legales que avalaran su propiedad. De las siete restantes, una rentaba y las otras seis familias sí tenían la posesión legal de su terreno. Esta situación podría deberse a un riesgo y tres estructuras de oportunidades. El riesgo fue que sólo una de las nueve familias se ubicaba en situación de pobreza multidimensional extrema. La primera oportunidad fue que cuatro de las nueve familias tenían jefatura compartida y, de las cinco familias encabezadas por jefatura femenina en tres casos habían participado directamente los hijos en el proceso de adquisición del terreno. La segunda oportunidad fue que en estas familias había mayor capital humano y mayor movilización de fuerzas de trabajo y fuentes de ingresos. Finalmente, la tercera oportunidad fue que al ser familias de interacción contaban con mayor apoyo de redes de parientes externos en los cuales apoyarse. En resumen, podría suponerse que en las familias de interacción había un mayor margen en las estrategias para acceder y movilizar recursos/ activos en el proceso de adquisición del terreno.

LA AUTO-CONSTRUCCIÓN DE LA VIVIENDA

Ha sido poco el impacto de los programas institucionales públicos dirigidos a la construcción y el financiamiento de viviendas para la población de escasos recursos económicos (Fuentes y Peña,



2006).⁴² Con excepción de la familia Díaz, que obtuvo su casa mediante Fovissste, en ninguno de los restantes casos se mencionaron programas o apoyo gubernamental.⁴³ Las familias tenían viviendas autoconstruidas; incluyendo a la familia Estrada, que vivía en una casa rentada.

La generación en los estudios de autoconstrucción de la vivienda tiene una importante producción en México; entre ellos se encuentran los estudios elaborados por De la Rosa (1985); González de la Rocha (1986, 1988); Villarreal (1986), López (1987), Niembro (1988), Valenzuela (1991), Chant (1992) y (Enríquez, 2005); Alegría y Ordóñez (2005); los puntos de encuentro de estos autores relacionados con la vivienda podrían enumerarse en: migración y necesidad de vivienda; invasión y regularización de terrenos; movimientos urbanos populares; procesos de autoconstrucción; urbanización y acceso a servicios públicos.

Para los objetivos de este capítulo se rescata el estudio sobre autoconstrucción de la vivienda para el caso de Tijuana efectuado por Hiernaux (1986), donde, además de reconstruir un marco general sobre este fenómeno, rescata la experiencia local. Para este autor, la autoconstrucción de la vivienda no obedece sólo a la necesidad de tener un lugar donde habitar, sino que también se vincula con una serie de condicionantes externas a las familias pobres; condi-

⁴² Por su parte, el programa Vivah (ahora Tu casa), operado por la Sedesol a partir de 1998, tiene como fin «atender la demanda de vivienda de la población en condiciones de pobreza, a través de la generación de oferta de vivienda de tipo progresivo con servicios básicos» (Fuentes y Peña, 2006, p. 239).

⁴³ «Sin embargo, la vivienda de interés social no ha sido la vía principal para que los más pobres obtengan espacio donde vivir, aunque hay períodos importantes en su construcción frente a la demanda existente y ha significado un mejoramiento de las condiciones habitacionales de población de bajos ingresos» (Padilla y Sotelo, 2002, p. 32).



cionantes que retrasan y encarecen este proceso, como el «precario ingreso, la inestabilidad en el empleo, el desalojo, la existencia o no de ingresos adicionales y ahorros, la venta de bienes, la obtención de préstamos, la disponibilidad de tiempo, el número de miembros en la familia, etcétera». En este orden de ideas, González de la Rocha (1986) coincide en que es un proceso largo y costoso, donde además de depender de factores económicos, la participación de la familia y de las redes de apoyo social es fundamental.

CUADRO 10. FAMILIAS DE RESIDENCIA Y ESTRATEGIAS PARA ACCEDER Y MOVILIZAR RECURSOS/ ACTIVOS EN EL PROCESO DE ADQUISICIÓN DE LA VIVIENDA.

Familias de residencia	Familia	Construcción de la vivienda	Equipamiento de la vivienda
	Escalante García Pérez Santana	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: Los hijos que viven o vivían con las entrevistadas autoconstruyeron la vivienda.	Muebles improvisados. Muebles regalados. Muebles prestados, propiedad de sus hijos y nietos. Muebles comprados en tiendas de segunda.
	Fernández	Ya estaba construida la vivienda.	Muebles que ya estaban en la vivienda que les prestaron.
	Ramírez	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: La ex pareja de la entrevistada la autoconstruyó.	Muebles comprados en mercado sobre ruedas.
	Barraza	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: La entrevistada, el esposo y los hijos mayores autoconstruyeron.	Muebles improvisados. Muebles comprados en mercado sobre ruedas.
	Ríos	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: Un grupo de norteamericanos construyó la vivienda.	Muebles comprados en tienda de segunda.
	Morales	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: La entrevistada y el esposo autoconstruyeron la vivienda.	Muebles adquiridos en mercado sobre ruedas, tiendas de segunda y algunos a crédito.

Fuente: Elaboración propia con base en entrevistas.



CUADRO II. FAMILIAS DE INTERACCIÓN EN EL PROCESO
DE ADQUISICIÓN DE LA VIVIENDA

Familias de interacción	Familia	Construcción de la vivienda	Equipamiento de la vivienda
	Osuna	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: El jefe de familia construyó con ayuda de vecinos.	Muebles improvisados y otros adquiridos de segunda.
	Espinosa	Disponibilidad de recursos monetarios Contrató a personas para que construyeran con la indemnización que recibió del empleo que perdió en la central camionera.	Una familia de vecinos que trabajan en Estados Unidos reparando casas le ha traído todos los muebles y se los han regalado.
	González	Ya estaba construida la vivienda.	Muebles improvisados
	Andrade	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: La entrevistada y los hijos autoconstruyeron.	Muebles improvisados y otros comprados en tiendas de segunda.
	Estrada	Ya estaba construida la vivienda.	Compra de muebles usados con amistades.
	Gómez	Apoyo de redes sociales Participación en un fondo de ahorro de autoconstrucción de vivienda (ONG).	Muebles de segunda y algunos nuevos a crédito.
	Ramos	Apoyo de redes sociales Un grupo de norteamericanos construyó la vivienda.	Muebles adquiridos en mercado sobre ruedas
	Esquivel	Disponibilidad de fuerza de trabajo familiar: Disponibilidad de recursos monetarios. El jefe de familia contrataba a un trabajador para aprender cómo construir y el señor Esquivel junto con sus hijos mayores continuaban autoconstruyendo.	Muebles de segunda y algunos nuevos a crédito.
	Díaz	Vivienda de interés social.	Muebles nuevos comprados a crédito.

Fuente: Elaboración propia con base en entrevistas.



Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges entrevistadas suman una serie de experiencias para la construcción de su vivienda; además del componente material; entre ellos, la adquisición de madera, la participación de los miembros de la familia y algunos vecinos, que fue determinante. Tal como lo describen los autores antes citados, las entrevistadas manifestaron que habían pasado o transitaban por un proceso informal de autoconstrucción de su vivienda, lo que representó atender una serie de fases que en más de una ocasión se desarrollaban de manera simultánea; es decir, las familias no esperaban a tener cubierto el costo del terreno para construir la vivienda; ni a tener la casa terminada para equiparla o introducir servicios públicos. Sin embargo, es importante aclarar que se trata de un proceso largo y costoso que depende de una serie de factores, a veces ajenos a la familia (González de la Rocha, 1986; Niembro, 1988).

Para construir la casa, en ese tiempo mi esposo ganaba más y fuimos comprando poco a poco ladrillos, fuimos levantando de parte por parte, teníamos otro terreno que no me gustaba [] entonces, con los 3,000 dólares que nos dieron acabamos la casa. El otro terreno [el que vendimos] lo habíamos comprado en abonos, ese fue legal, nos lo vendió una viejecita donde rentábamos [...] (Imelda Esquivel).

La casa se empezó a construir porque el señor de los departamentos donde vivíamos nos molestaba. Le dije [a mi esposo]: «Mira, si ahorita te va bien en tu trabajo, por qué no comprar un terreno, a mí me gusta trabajar». Tenía mis ahorros «de lo que tengo ahorrado vamos haciéndonos de un terrenito» (Aurora Morales).



*LA PARTICIPACIÓN DE LA FAMILIA O CONTRATACIÓN DE MANO
DE OBRA*

Niembro (1988) estudió el papel de las mujeres en la autoconstrucción de la vivienda, y encontró que la autoconstrucción depende de dos factores: primero, la fase del ciclo de vida determinará el número de miembros disponibles que se puedan sumar a esta tarea; segundo, contar con redes recíprocas de apoyo. González de la Rocha (1986) suma un tercer factor, respecto a la posibilidad de la familia de contar con algunos recursos económicos para contratar mano de obra.

En este orden de ideas se observaron tres modalidades para la edificación de las casas. La participación directa (esporádica) de la familia; la contratación de mano de obra y, en tercer lugar, las redes de apoyo social, las cuales serán analizadas en el siguiente inciso. La autoconstrucción de la vivienda es un proceso lento y complejo donde la situación socioeconómica de la familia se altera. A su vez involucra diversas tareas que en la mayoría de los casos terminan siendo responsabilidad de algunos miembros de la familia (González de la Rocha, 1996a; Niembro, 1988). Al contrario, en el proceso formal *versus* el informal, la construcción de la vivienda la llevan a cabo una serie de especialistas, y se involucran también arquitectos, ingenieros, peones de obra, albañiles, plomeros, electricistas, etcétera. (Hiernaux, 1986.) «Lo que pasa es que él [esposo], por decir, pagaba una vez, y vio cómo lo hacían y luego ya lo hacíamos nosotros. Las instalaciones del drenaje, del agua y de la luz él las puso para no pagar. Porque la mano de obra sale más cara que el material.» (Imelda Esquivel.)

El proceso de autoconstrucción de la vivienda no se limita a levantar las paredes, construir el piso o reparar una y otra vez el techo. La autoconstrucción tiene una relación significativa con



el hecho de tener un espacio digno donde vivir. Así se justifica que en la tarea de construir, mantener y reparar la vivienda se involucren o no todos los miembros de la familia, participación que no solamente está mediada por el género y la generación, sino también por la disposición individual de cada miembro de la familia de participar o no en este proceso.

Yo miraba que se hacían las casas de madera con mucha facilidad aquí en Tijuana. El siguiente domingo me llevó [mi esposo] a conocer los terrenos. Para construirla se puede decir que tardamos como seis meses, porque nada más veníamos a hacerle los dominos [] Nosotros clavábamos [] (Aurora Morales).

La participación de la mujer ha sido fundamental en este proceso, el cual incluye estrategias y actividades que van desde conseguir el material de construcción, ahorrar parte de los ingresos, ayudar con tareas secundarias como atender a los trabajadores; incluso escarbar, clavar, emplastar, etcétera. Según Niembro (1988), la participación de la mujer en las tareas de autoconstrucción de la vivienda se mide por la fase del ciclo doméstico en que esté.

REDES DE APOYO SOCIAL: GRUPOS NORTEAMERICANOS Y PROGRAMAS DE ORGANIZACIONES DE LA SOCIEDAD CIVIL

El apoyo que han prestado algunos grupos de norteamericanos y programas comunitarios de organizaciones de la sociedad civil para la autoconstrucción de vivienda ha sido una de las pocas estructuras de oportunidades que han tenido algunas familias pobres en Tijuana. En un estudio que realizó De la Rosa en 1987 halló que



un segmento importante de población pobre había encontrado apoyo en grupos norteamericanos en Tijuana. Ciertamente, el vivir en la frontera parecería traer algunos beneficios y apoyos adicionales que no se presentan con la misma intensidad hacia el interior del país. De hecho, De la Rosa (1987) enumera como un importante impacto social el apoyo directo que reciben las comunidades, familias y personas pobres en alimentos, ropa, medicamentos, viviendas y atención humanitaria dirigida a grupos vulnerables.

De la Rosa (1985) encontró que, después de las donaciones en especie, era precisamente el trabajo manual lo que los norteamericanos donaban con mayor intensidad y consistencia, aunque, en menor escala, también daban otros apoyos para la construcción, incluyendo materiales y mantenimiento de casas habitación.⁴⁴ Tres

⁴⁴ «Las prácticas sociales se han ordenado de mayor a menor frecuencia y varían en intensidad y consistencia de un grupo a otro. 1) Donaciones: es la práctica más frecuente, y varían en intensidad y consistencia de un grupo a otro. Las donaciones son de ropa usada, alimentos, medicinas y, ocasionalmente, muebles; 2) Trabajo manual: se orienta hacia la construcción de salones para la comunidad (escuelas, capillas) y, en menor grado, casas-habitación. Igualmente se ejecutan trabajos de mantenimiento: reparación de techos, paredes, pintura, plomería, etcétera; 3) Donaciones en efectivo: puede ser para un grupo o institución; para un individuo o su familia. Por lo general, se da la donación cuando se presenta un caso de extrema necesidad; por ejemplo, el pago de los gastos médicos de un enfermo, son recursos; 4) Actividades recreativas y educativas: consiste en la organización de juegos, excursiones (en México y Estados Unidos) y otras actividades con los niños de las colonias. También se dan cursos fuera del programa ordinario oficial en las escuelas (inglés, matemáticas). La barrera del idioma y el desconocimiento de la cultura e historias mexicanas, impiden cursos de otra naturaleza; 5) Actividades en torno a la salud: algunos centros (escuelas, capillas) se usan como clínicas improvisadas algunos días de la semana. Con la consulta, con frecuencia se regalan medicinas. Hay otros programas de nutrición en los cuales los beneficiarios son los niños de las escuelas. Por lo general, estos programas no hacen mucho énfasis en el factor educativo; 6) Actividades económicas: desarrollo de pequeñas cooperativas: granjas de animales, centros de abastos, cooperativas de artesanías. Dado el grado de dificultad que representa este tipo de trabajo, es poco frecuente» (De la Rosa, 1987, pp. 30-31).



de las familias relataron haber obtenido su vivienda a través de un proceso informal de autoconstrucción, de éstas, dos familias recibieron ayuda directa de un grupo de norteamericanos y la familia restante recibió apoyo de una organización de la sociedad civil.

Cuando la familia Ramos recién se había formado, pasó por un momento crítico, tanto económico como emocional. Uno de los momentos más fuertes fue cuando la familia Ramos —integrada por Luz, su esposo, y su hija mayor, entonces recién nacida— vivía en casa de los papás de Luz, donde compartían una recámara con dos hermanas adolescentes de Luz. Esta situación condujo a que las relaciones intrafamiliares fueran intensas y conflictivas, por lo que Luz y su esposo estuvieron al borde de una separación. Fue entonces cuando Luz buscó ayuda y logró que un grupo de norteamericanos le construyera una casa. La oportunidad de acceder a esta red de apoyo social se dio gracias a que la colonia donde vivían, Fausto González, se ubica a un costado del basurero público municipal, por lo que constantemente estaban llegando diferentes personas o grupos de norteamericanos a ofrecer asistencia.

Hace como 12 años, fue un grupo de americanos a la colonia, que hacía las casas por 2 000 pesos [] te ponen dos piezas con piso en el terreno; nos gastamos lo de la piñata que estaba ahorrando para mi niña, e hicieron la casa, fue como me salí de ahí [de la casa de los padres de Luz]. (Luz Ramos).

La familia Ríos originalmente vivía en una casa construida de manera provisional con material de desecho, que no la protegía de las inclemencias del tiempo. Varios factores adicionales le dificultaban construir una vivienda digna; entre ellos, haber asumido la jefatura familiar, por el abandono de su pareja. La composición



de parentesco era nuclear en fase de expansión; había cuatro hijos que mantener, no contaba con la posibilidad de movilizar su fuerza de trabajo, ni con redes de apoyo familiar en la ciudad. Rosalinda también tuvo la oportunidad de recibir ayuda de otro grupo de norteamericanos que ofrecieron construirle una vivienda.

Hasta que un señor que es de la religión vino y me dijo: «señora veníamos a ver si no quiere meter solicitud para que le hagan una casita, mire cómo vive» [] A mí me dio mucho gusto porque yo ya había intentado varias veces. Unas personas me habían dicho que no, que no calificaba porque nomás tenía a estos dos niños, [] Pero tengo otras dos, y como éstas se fueron [] pues ni modo. Otros me decían que no calificaba porque no sé, pero el caso es que nunca se me hacía, pero ahora que vino el hermano a decirme, no me lo esperaba [] (Rosalinda Ríos.)

Los programas de organizaciones de la sociedad civil son una alternativa viable para que las familias en condición de pobreza puedan obtener una vivienda que cubra las necesidades mínimas de protección. Sin embargo, se requiere cumplir una serie de requisitos y tener una participación constante y comprometida, ya que es necesario utilizar todos los tiempos libres y cooperar con el grupo de familias que también está trabajando por su vivienda. De lo contrario se genera una serie de complicaciones que van desde la desorganización, el favoritismo, desgaste y conflictos entre las familias participantes.

Aunque la oportunidad de acceder a redes de apoyo familiar es una de las estrategias propicias para que las familias pobres logren tener una vivienda, este tipo de ayuda también trae consigo una serie de consecuencias negativas. De acuerdo con De la



Rosa (1987), las redes de apoyo social encabezadas por grupos de norteamericanos destacan por la desorganización en sus acciones y desconocimiento de las necesidades y problemática de la localidad, lo que ha provocado dependencia, rivalidades entre colonos y refuerzo de liderazgos políticos.

El acceso a este tipo de beneficios no es fácil. Las dificultades que enfrentan las entrevistadas se deben principalmente al desconocimiento de cómo obtener este tipo de apoyos. Otra dificultad radica en impulsar la participación directa y activa de todos los miembros del grupo familiar, condición que no es posible en todos los casos.

Esta semana hay problemas porque casi no se presentaron la mayoría, y como yo soy la presidenta del fondo de ahorro, pues a mí me reclaman las familias, y me presionan para que les hable a los demás. Llevamos un plan de trabajo; sabemos cuándo y a quién le toca cada día. Esa familia está buscando ayuda con personas que no son del fondo de ahorro: amistades, familiares. Para mí es desgastante estarles diciendo. El otro día una señora hasta me gritó bien feo; le dije: «Bájale, no me grites, aunque soy la presidenta no me toca todo el trabajo, es trabajo de todas las familias». La encargada que estaba antes en Fundación Esperanza le daba preferencia sólo a algunas familias, y a otras nos amolaba, por eso la corrieron; habían hecho bien mal; hacía pagarés; había muchas cosas chuecas [] hasta me quería salir [] pero ya me habían ayudado a construir mi casa. Aunque no me ayudaron como debería de ser, yo los cimientos tuve que contratar para que me ayudaran. Una vez no fui a la junta; me pusieron de castigo ser la presidenta, porque nadie quiere ser. Cada año cambian la mesa directiva. El próximo año ya termino de pagar, y a ver cómo le van a hacer porque yo me voy a salir [] Duré cuatro años pagando; el programa dura cinco años, pero como cuando puedo doy un poco más, me adelanté un año. (Perla Gómez.)



En siete de las nueve *familias de residencia* los integrantes participaron directamente en la autoconstrucción de su vivienda; de las dos restantes, la vivienda de una familia ya estaba construida, y respecto de la otra familia, un grupo de norteamericanos construyó la casa. No se observaron recubrimientos, emplastados, pintura o loseta; por el contrario, fue constante la utilización de alfombras usadas en los pisos de tierra, la utilización de desechos de puertas de cocheras que servían como paredes y la colocación de lonas de plástico en los techos. Al igual que en el proceso de adquisición del terreno, se observó que las familias de residencia tampoco contaban con la posibilidad de movilizar o acceder a recursos/activos y estrategias para tener una vivienda segura y funcional.

En las familias de interacción se observaron más estrategias para acceder y movilizar recursos/activos, los cuales se incrementaban en la medida en que se tenía acceso a mayores ingresos económicos. Entre las estrategias mencionadas destacaron: la ayuda de vecinos y de otros parientes; la posibilidad de contratar a algún trabajador de la construcción; más seguridad en el empleo y fuentes de ingresos; la aportación y participación de más miembros de la familia; el acceso a ahorros, e incluso en una familia el acceso a créditos para vivienda de interés social. En general también se observaron mejores condiciones en las viviendas para ser habitadas; algunas de ellas incluso estaban recubiertas o se encontraban pintadas.

MATERIAL DE CONSTRUCCIÓN

Los materiales de construcción de pisos, paredes y techos son temas que cobraron mucha relevancia debido, entre otras razones, a



que en la mayoría de los casos tienen una relación directa con la condición de vulnerabilidad-pobreza. De hecho, algunas investigaciones elaboradas anteriormente en esta localidad con anterioridad documentan el deterioro y mala calidad de la vivienda en Tijuana.

Sólo cuatro entrevistadas mencionaron tener viviendas construidas con materiales duraderos; habían logrado asegurar la obtención de su vivienda durante la fase de consolidación del ciclo doméstico, momento en el cual tenían mayor acceso y movilización de la fuerza de trabajo doméstico y extradoméstico, mayores ingresos y menor número de dependientes económicos.

Las otras 12 familias habitaban viviendas en estado de deterioro. Por lo general el material de construcción es madera de segunda mano, cartón felpa y otros materiales de desecho. Seis viviendas tienen piso de tierra y en diez el techo está construido con material de desecho, por lo que en la mayoría de los casos cuando llueve se moja, y se cuele el frío. Carecen de recubrimientos, emplastados, pintura o loseta; los únicos recubrimientos encontrados en interiores fueron algunas alfombras viejas en los pisos de tierra, mientras que en el exterior las *llantas parecen adornar los muros de contención*. Esporádicamente aparecen colores, sobre todo cuando se utilizan restos de puertas de cocheras como paredes o alguna madera que había sido utilizada y pintada en una construcción anterior.

En un estudio previo, Hiernaux (1986) encontró que casi 80% del material de construcción era desecho proveniente de Estados Unidos. Así también, González de la Rocha (1986) encontró tres estrategias para obtener el material de construcción: la primera se refiere a material utilizado en otras construcciones; en segundo lugar, está el tener algún familiar en la industria de la construcción, que les regale material; y la tercera es adquirirlo nuevo en el mercado.



Equipamiento

En la frontera es muy común la introducción de material de desecho, no solamente de madera usada y de llantas, sino que también se introducen autos, electrodomésticos, accesorios eléctricos e hidráulicos, cocinas y todo tipo de muebles. Las familias habían adquirido los bienes para sus viviendas a través de cuatro estrategias de consumo. La primera y menos frecuente de ellas, era la compra directa en un establecimiento formal a través de créditos. La segunda estrategia de consumo para adquirir bienes muebles consistía en los regalos de algún vecino, amigo, pariente o norteamericano, sobre todo cuando los donantes se encontraban en una mejor posición económica.

Tenía refrigerador, estufa, camas, muebles. Yo los compré con el dinero de las incapacidades de cuando nacieron mis dos niños más grandes. No tenía buen trabajo, pero con lo que uno junta con la fábrica, que las utilidades, que los aguinaldos me fui comprando mis cositas; tenía mi estufa, mi refrigerador, mi lavadora. Primero se me descompuso la estufa, luego él [esposo] vendió la mina [] (Martha Ramírez).

La tercera estrategia de consumo de bienes para equipar el hogar se refería a que las familias adquirían bienes usados, sobre todo cuando algún conocido remataba algún mueble porque había adquirido otro. Era más frecuente adquirir los muebles en alguna tienda de segunda o en el mercado sobre ruedas. En algunos casos extremos, la estrategia de consumo para enfrentar la carencia de muebles fue improvisarlos con otros objetos que se tuvieran a la mano; se volteaban cubetas vacías de plástico para utilizarlas como sillas; y viejos sillones de carros funcionan como sofás.



Mmmmm, pues ya están bien viejos; yo creo que por eso gastan tanta luz. Pues de segunda, se puede decir. Mi cama, mi tele, porque el tocador se me rompió en pedacitos. Los compro en el sobre ruedas, o en una segunda de muebles, pero hace muchos años que los compré. Por ejemplo, este comedor lo compré en el sobre ruedas; me lo dieron en 1 000 pesos; traía un defecto, y un señor me cobró 200 pesos por arreglarlo, pero son mucho más caros. Mi cama es matrimonial, ya tiene muchos años; no tengo recámara completa [] Mis hijas tienen literas, también fueron de segunda [] Lo único que les compré nuevo fueron los colchones, y fueron fiados también en la mueblería; salieron más caros porque eran en abonos; me acuerdo que daba 50 pesos por semana. (Perla Gómez.)

En las familias de residencia se observó una mayor diversificación de estrategias para el acceso y manejo de recursos/activos tangibles e intangibles en el equipamiento de la vivienda, tales como la utilización de muebles improvisados, prestados o regalados. Aunque con menor intensidad, también hubo situaciones en donde las familias tuvieron la posibilidad de comprar muebles y electrodomésticos en tiendas de segunda y mercados sobre ruedas. Sin embargo, se observó en general que los muebles se encontraban en condiciones precarias.

En las familias de interacción en condición de vulnerabilidad por carencia social, las entrevistadas informaron que las estrategias que desarrollaban era utilizar muebles improvisados o que les habían regalado. En general se observó que entre este tipo de familia los muebles se encontraban en mejores condiciones y la mayor parte del equipamiento de la vivienda se había adquirido en mercados sobre ruedas, tiendas de segunda y en algunos casos se había comprado a crédito.

*ACCESO A LOS SERVICIOS PÚBLICOS*

Finalmente, las familias hacían todo lo posible por adoptar estrategias para acceder e introducir servicios públicos en su vivienda. El cuadro 10 muestra que, conforme se mejora la condición económica, también aumenta la posibilidad de acceder a los servicios públicos. Para las familias, la posibilidad de conseguir una toma pública de agua, instalación legal de electricidad, conexión a la red de alcantarillado y gas para poder cocinar a diario, depende directamente del monto de sus ingresos, pero también de la estructura de oportunidades del Estado; es decir, de la capacidad gubernamental para brindar e instalar los servicios.

En cuanto al servicio del agua potable, las jefas de las familias García, Pérez, Ramírez y González mencionaron que en su familia accedían al consumo de agua mediante la compra de tambos, evidentemente más cara y de menor calidad.

Aun cuando 14 de las entrevistadas mencionaron contar con el servicio de agua, tres de ellas tenían considerables adeudos. Todas las viviendas contaban con el servicio de electricidad, aunque cabe destacar que siete de las entrevistadas mencionaron acceder ilegalmente a este servicio.

Te cuelgas en los postes, compras cable, pero cuando llegan los de la Comisión a revisar quitan los cables y se llevan todo. Pero luego vuelves a ponerlo; como las casas no tienen título, no puedes hacer el contrato. (Martha Ramírez.)

En cuanto a la carencia de conexión al servicio de alcantarillado, sólo tres viviendas contaban con ese servicio; cuatro de ellas estaban en proceso de adquirirlo. Además de la condición



de pobreza de las familias, la configuración topográfica de la ciudad también obstaculiza la introducción de servicios públicos en terrenos ubicados principalmente en cañones (Hiernaux, 1986):⁴⁵ «Tenemos baño adentro para bañarnos; baño completo, pero todavía no tenemos drenaje [] Sí lo usamos como taza, pero cuando nos bañamos, el agua la tiramos para afuera porque si echáramos el agua con que nos bañamos al pozo se rellenaría muy rápido». (Aurora Morales.)

Por último, la disposición de combustible, tanto para cocinar como para calentar agua para el aseo personal, es uno de los gastos más fuertes que las familias tienen que cubrir. Ante esta situación algunas de ellas han desarrollado una serie de estrategias de supervivencia. Las entrevistadas de las familias Escalante y Ramírez cocinan con electricidad, aprovechando que no tienen que pagarla, puesto que la adquieren ilegalmente. Aunque las entrevistadas compran gas para cocinar, cinco mencionaron que cocinan con leña fuera de la casa, sobre todo los alimentos que requieren más tiempo.

Pues yo compro una minita de gas, pero a mí me dura mucho porque yo luego, [cocino] los frijoles y lo que es más tardado, lo [cocino] en la leña para que me dure [] Nomás lo indispensable lo cocino con gas; la minita me dura como cuatro meses. Me cuesta, tirándole a los 200 pesos [] no me acuerdo bien [] Es que es a mi niño al que lo mando a comprarlo, pobrecito, luego se preocupa mucho. Me dice: «Mamá, cómo no estoy grande para irme a trabajar y ayudarlo.» (Rosalinda Ríos.)

⁴⁵ «La configuración topográfica de la mayoría de colonias de bajos ingresos en Tijuana, la introducción de redes es una solución técnicamente muy difícil, ya que los asentamientos generalmente no respetan una traza elemental que permita un escurrimiento normal por pendiente de la red de drenaje» (Hiernaux, 1986, p. 122).



Ante la escasez de calentador (boiler) para hervir el agua para bañarse, se utilizan las resistencias de planchas o cafeteras que ya no sirven. Esto es, el aparato se desarma, se obtiene la resistencia y se le coloca un cable para conectarse a la electricidad. Una vez conectado se introduce en una cubeta llena de agua y se le da el tiempo suficiente para que el líquido se caliente. Posteriormente se retira la resistencia del recipiente y el agua está lista para utilizarse. «Ya ves que en el *dompe* tiran las cafeteras que ya no sirven o la pancha que ya no sirvió [] Se ponen en un bote de agua; en las ferreterías también venden un fierrito como una resistencia, pero esos no calientan tanto, son muy lentos. Lo metes al bote y queda bien caliente.» (Luz Ramos.)

En el cuadro 10 se observa que en el caso de las familias de residencia sus viviendas carecían de servicios públicos, o al menos de la instalación legal de los servicios. Tres de las nueve familias no contaban con el servicio de agua por tubería; las seis familias restantes que sí contaban con el servicio de agua tenían adeudos. En cuanto a la electricidad, tres entrevistadas informaron que en sus viviendas no contaban con la instalación legal de este servicio; solamente una de las entrevistadas explicó que estaba haciendo los trámites y pagos correspondientes para tener la conexión de energía eléctrica en su vivienda. Todas las viviendas de las familias de residencia estudiadas se encontraban en calles no pavimentadas, en las cuales no se contaba con servicio de drenaje. Aunque todas las entrevistadas manifestaron cocinar con gas, también mencionaron la utilización de leña y electricidad con el mismo fin, debido a que con esta estrategia reducían los gastos de combustible.



PERCEPCIONES Y SENTIMIENTOS

«La vivienda, que por lo general se considera un activo, también puede constituir un pasivo debido a que puede limitar opciones y absorber recursos; sin embargo, en muchos casos, la deficiente calidad de sus viviendas es lo que distingue a las personas pobres de las que no lo son [...] los bienes materiales o domésticos son un activo en la medida en que pueden venderse en casos de emergencia; es posible que los bienes susceptibles de venderse constituyan una de las pocas redes de seguridad de que disponen las familias pobres». (Narayan, 2000, p. 51.)

Las mujeres entrevistadas desarrollaron una serie de estrategias de supervivencia para movilizar recursos y activos y así lograr adquirir el terreno, construir la vivienda, equiparla e introducir los servicios públicos para habitarla, o bien, en caso de no poder acceder a una vivienda, desarrollar estrategias que sustituyeran esa carencia.

Para hacer un análisis de la percepción de las entrevistadas respecto al acceso y uso de sus viviendas, así como de los sentimientos que ello les generaba, se registraron los mínimos requerimientos que ésta debería cubrir: la protección, la higiene, la privacidad, la comodidad y funcionamiento y, finalmente, la localización (Padilla y Sotelo, 2002). En este sentido, se intentó realizar una comprensión de la subjetividad propuesta por Moya (1996) y Herbert (1992), entendida como el modo de pensar y sentir del sujeto. Es decir, por una parte, se explora la percepción (satisfacciones y logros) de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges entrevistadas, y por otra parte se exploran sus sentimientos (ansiedad, angustia, esperanza —deseos y planes).



Protección

La función de *protección* hace referencia a la «capacidad de la vivienda para aislar a sus ocupantes en forma suficiente, permanente y regulable del medio ambiente» (Padilla y Sotelo, 2002, pp. 18-19). En párrafos anteriores se mencionó que acceder a una vivienda es un proceso lento y costoso. De hecho, la mayoría de las entrevistadas y su familia tuvieron que vivir en otros lugares antes de asentarse en la casa donde se encontraban viviendo en el momento de la entrevista; el vivir con algún familiar y rentar esporádicamente fueron los dos mecanismos más mencionados (Niembro, 1988). Durante este recorrido, las entrevistadas relataron una serie de riesgos que experimentaron, debido a la precariedad de las casas en las que habían tenido que vivir. Las malas condiciones de la vivienda afectaban directamente la protección ante las inclemencias del medio ambiente que en teoría la vivienda debería proporcionar a las familias.

[] está hecha de puras tablitas, pero se me mete todo el agua cuando llueve y en los vientos siento que se va a venir abajo [] Ahora casi no voy a mi casa porque tengo que subir todos los escalones de llantas y siento que me muero [] El otro día me desmayé del esfuerzo que hice [] por eso me quedo aquí [en casa de una hermana] [] mi marido no está muy de acuerdo, pero ahorita nada más me interesa ponerme bien []. (Carmen González.)

González de la Rocha (1986) presenta una protesta moral por los extremados riesgos ante los cuales se ven expuestas las familias, que vale citar aquí textualmente



[...] es la urgencia de un techo, apropiado a sus bajos niveles de ingreso, la ausencia de ese tipo de viviendas en el mercado [...] y la gran capacidad de esta gente para soportar condiciones de vida terribles, lo que vuelve la auto-construcción su única opción []. El hecho de que la auto-construcción sea una alternativa habitacional viable no debe esconder las condiciones terribles en que viven los trabajadores urbanos. (González de la Rocha, 1986, p. 223.)

En el mismo orden de ideas sobresalen las zonas de alto riesgo donde se encuentran autoconstruidas la mayoría de las viviendas y donde, en temporada invernal o de los fuertes vientos de Santana, muchas de las viviendas son susceptibles de sufrir deslaves o daños severos. En algunos casos el interior de las casas parece quedar prácticamente a la intemperie debido a la mala calidad tanto de la construcción como de los materiales, que permiten la entrada de agua, frío, viento o extremado calor. En este escenario se pasa por alto la función de protección de la vivienda en por lo menos 12 viviendas, pues al momento de la entrevista se observó que, tanto por su ubicación como por sus materiales de construcción, evidenciaban un extremado deterioro. «Está bien fría; la casa está toda carcomida de la polilla. La casa la hicieron en 1917; esta casa era lo último que había de la colonia Libertad, porque la colonia Libertad nada más era hasta la calle ocho []». (Lucía Estrada.)

Durante el proceso de obtención de vivienda hubo situaciones extremas, como en los casos de las familias Andrade y Ramos. Cuando Ana Andrade agotó la posibilidad de continuar viviendo con algún familiar (además de que le era imposible cubrir el costo de un alquiler —que en Tijuana generalmente es en dólares—) se presentó la oportunidad de que le prestaran a ella y a su fa-



milia un terreno en el ejido Mariano Matamoros y lo aceptaron; sin embargo, no tenían los recursos económicos suficientes para construir una vivienda, así que la estrategia de supervivencia que desarrollaron fue utilizar el cascarón de un autobús de pasajeros abandonado en el cual ya habían vivido otras personas. Lo pintaron y forraron las paredes, el techo y el piso con alfombra, porque era muy frío. En ese camión la familia Andrade vivió alrededor de 15 años. Comenta Ana Andrade que sintió mucha nostalgia cuando se salió de ahí —del camión—, cuando lo derrumbaron y se lo llevaron.

Una camioneta tipo van fue la vivienda de Luz Ramos y su esposo durante los primeros ocho meses de su vida matrimonial. Posteriormente, se fueron a rentar un cuarto por un par de meses y durante el siguiente año vivieron en casa de los papás de Luz. En la primera fase de su ciclo familiar vivieron en lugares no propicios para ser habitados. De hecho, la nueva familia, y sobre todo Luz, experimentó una serie de riesgos, que incluyeron pasar por un embarazo donde no se tenía el mínimo espacio para pararse, cocinar, aislarse del ruido exterior o protegerse mínimamente del clima.

[] duramos en la panel ocho meses. Yo ya tenía panza y ya no podía estar viviendo en esa panel porque me cansaba mucho de estar sentada. Hacía mucho calor; teníamos una cama matrimonial dentro de la panel.⁴⁶ También teníamos una tele, y una estufa chiquita, pero estaba muy incómodo porque sólo se prestaba para dormir, no podías estar parada. Me sentí muy molesta y me fui a vivir a un cuarto que me rentaban en 100 pesos, pero los vecinos eran muy

⁴⁶ En Tijuana se denomina «panel» a las camionetas tipo van que por lo general se utilizan para transportar mercancías o un número aproximado de diez personas.



incómodos. Todo el tiempo tenían música a todo volumen; yo, embarazada, sentía que me retumbaba la panza; escarbaban alrededor del cuarto y decía es que quieren que nos salgamos, pero no nos decían nada []. (Luz Ramos.)

Higiene

La función de *higiene* se refiere a la capacidad de la vivienda de ofrecer condiciones higiénicas suficientes para prevenir enfermedades que estén directa o indirectamente vinculadas a la casa (Padilla y Sotelo, 2002, pp. 18-19). El reducido equipamiento de servicios de sanidad en las viviendas es uno de los principales riesgos a que se enfrentan las familias entrevistadas. De las familias estudiadas, 15 viviendas no contaban con el servicio de drenaje. Esta condición ocasionaba que, aunque se cuente o no con el equipamiento adecuado para la higiene de la casa, el lavado de trastes, el lavado de ropa y la higiene personal, no se cuenta con el servicio para la eliminación adecuada de aguas negras. A la vez, la escasez de este servicio afecta también al entorno inmediato a la vivienda. Los accesos a algunas colonias se caracterizan por las zanjas, producto de la erosión, debido al constante flujo de aguas negras que corren desde el interior de las viviendas. Al respecto, Salles (2001), en una investigación efectuada en Tijuana, documentó que las colonias de los sectores populares se caracterizan por la carencia de infraestructura; de hecho, presentan un «aspecto desolador».

Privacidad



La *privacidad exterior* se refiere a la capacidad de la vivienda para aislar voluntariamente a sus integrantes del medio social. La *privacidad interna* hace referencia al aislamiento voluntario de los ocupantes dentro de la vivienda; esta privacidad tiene una relación directa con el tamaño de la casa y el número de ocupantes (Padilla y Sotelo, 2002, pp. 18-19).

La privacidad externa fue mencionada escasamente en las entrevistas. Fueron cuatro casos los que sobresalieron —los de las familias Estrada, Díaz, Andrade y Esquivel—. Tanto Lucía Estrada como sus hijas preferían vivir en una casa rentada que en una propia que estaba cerca de sus parientes; es decir, habían preferido vivir alejados de las redes de apoyo familiar por la relación conflictiva que ello implicaba. Desde hacía 24 años el esposo de Lucía Estrada había adquirido un terreno en la colonia Altamira, y recientemente una de las hijas mayores había construido una vivienda de dos cuartos ahí. El mantenerse alejados de otros parientes parece haber sido uno de los motivos principales que contribuyó la preferencia de seguir viviendo en una casa rentada a pesar de sus fuertes problemas económicos.

También me quedé a vivir aquí, porque allá está mi familia política. Yo preferí no estar cerca de ellos [] Ahorita la señora ya está grande [mi suegra], como que ya captó que necesita de todos [] Ese es uno de los motivos porque no me gusta estar allá. Como a tres casas vive mi cuñada y viven los sobrinos de él [] Sentía que me iban a empezar a fastidiar y pues no quería [] Ese fue uno de los motivos más fuertes porque no me quiero ir para allá, pero ya no se puede aquí [] y luego aquí nos subieron la renta []. (Lucía Estrada.)



Sobre todo en las familias de interacción, las entrevistadas mencionaron gozar de poca privacidad externa en sus viviendas, debido a que sus propios hijos y nietos no co-residentes, constantemente entraban y salían e incluso se quedaban a vivir temporalmente en la vivienda de las entrevistadas. Sonia Díaz sentía que tenía la responsabilidad de ayudar a sus hijos y nietos más allá de sus posibilidades, aun sacrificando la privacidad y tranquilidad que podría brindarle su vivienda sin ellos. Ana Andrade había aprendido que, además de ayudar a sus hijos y nietos, ella también requería de tiempo y espacio para disfrutar su privacidad; por ello buscó espacios para no tener visitas y disfrutar de sus plantas y la soledad que le hacían sentirse tranquila.

Imelda Esquivel manifestó sentir molestia por no poder disfrutar de un momento de privacidad. Aunque su vivienda era amplia y cada uno de sus ocupantes contaba con una habitación propia, el hecho de que sus otros hijos no co-residentes hubieran construido sus viviendas en el mismo terreno, propiciaba que la casa de la familia Esquivel fuera considerada como el lugar de reunión permanente para todos sus hijos y nietos. Esta situación no sólo se limitaba al uso del espacio; los hijos y nietos no co-residentes comían ahí, hacían tareas, veían televisión e incluso utilizaban los espacios y pertenencias más privadas de los miembros de la familia.

La *privacidad interna* fue mencionada en todas las familias. De hecho una serie de estrategias de supervivencia fueron las causantes de transgredir esta privacidad. Estas estrategias se referían a las redes de apoyo familiar y la reciprocidad; es decir, compartir la vivienda con algún familiar, ya fuera cuando aún no se contaba con una vivienda y algún pariente les ofrecía un espacio en su casa donde pudieran quedarse; o bien, cuando los hijos ya casados



continuaban viviendo en la misma casa; cuando se quedaba algún nieto; cuando, por motivos de salud o violencia intrafamiliar se recurría a algún familiar para pedirle posada; o incluso cuando ofrecía su propia vivienda para apoyar a algún familiar que no tenía donde vivir en ese momento.

Todos vivían aquí conmigo; mi casa parecía hospital. Estos sofás los movíamos y se hacían camas; otros [se quedaban] en las literas; otros en mi cama; bajábamos un colchón para que se acostaran; se me hacía trabajoso, tanta gente y con poquito presupuesto, pues éramos casi 14 [] Hasta que ya empezaron agarrar trabajo y luego [mi hija] se embarazó; le dieron su incapacidad y calificaron para su casita [] Ya me siento más tranquila, por lo menos ya no [tengo] tanta presión; de qué voy hacer porque mis cazuelas, eran ¡cazuelas! de comida para todos []. (Lucía Estrada.)

Considerando que el número de cuartos por vivienda depende del nivel de pobreza de las familias, la reciprocidad del apoyo familiar compromete en la misma intensidad la privacidad de los involucrados. Uno de los casos más extremos es la familia Pérez, en la que al compartir cuatro personas una habitación, la privacidad prácticamente no existe; el hecho de que Guillermo esté postrado en una cama, requiriendo cuidados especiales, intensifica la necesidad de contar con un espacio privado.

La privacidad interna también compromete las relaciones parentales y conyugales. Aunque estos asuntos serán discutidos con mayor precisión más adelante, cabe destacar aquí que los hijos adolescentes son los que demandan contar con un espacio privado en la vivienda donde experimentar parte de su desarrollo. A la vez, las relaciones conyugales son fuertemente afectadas, ya que



la pareja prácticamente carece de la privacidad interna que debería proporcionarle su vivienda. Autores como González de la Rocha, Escobar y Martínez, Barquet (1997), Ariza y Oliveira (2004) han analizado cómo las condiciones de precariedad están relacionadas con relaciones conflictivas familiares.

Cuando estaba viviendo, ya casada, en casa de mi mamá teníamos que compartir un cuarto entre mi marido, mis dos hermanas y yo. Teníamos dos camas grandes, así que puse una cortina en medio para dividir el cuarto para dormir separadas. Entonces yo tuve muchos problemas con mi esposo, por lo de las relaciones sexuales, porque no podíamos tener relaciones ahí [] Le decía que si no se apuraba a fincar íbamos a seguir igual, porque ya tenía yo mi terreno [] Ahora que ya tenemos nuestra propia casa sigue pasando lo mismo, como está tan pequeña; dejamos a los hijos con mi familia y nos vamos solos a casa [] Casi nunca nos dejan tener relaciones; está pasando lo mismo []. (Luz Ramos.)

Comodidad y funcionamiento

La condición de *comodidad y funcionamiento* de la vivienda se refiere a la utilización del espacio físico y los modos en que las entrevistadas y su familia efectúan sus actividades domésticas (Padilla y Sotelo, 2002, pp. 18-19). Aunque las familias contaban con un reducido número de cuartos, las entrevistadas informaron que intentaban destinar espacios diferenciados para cada una de sus actividades.

Casi en todas las familias la vivienda se dividía en tres áreas (espacios): las dos primeras internas, y una tercera externa. La



primera, por lo general, incluía uno o dos cuartos destinados para dormir. Este espacio, donde la colocación de cortinas para dividir la habitación se observó con frecuencia, se utilizaba para guardar la ropa y objetos personales. En algunos casos, ahí se colocaba la televisión y se permitía el acceso a personas cercanas a la familia. La segunda área era otro cuarto que, aunque estaba destinado a la cocina, parecía más bien tener diversos usos, ya que en él, además de preparar y servir los alimentos, se contaba con algún sillón que por las noches servía como cama. Había múltiples adornos, como fotografías familiares, recuerdos decorativos de alguna fiesta y esporádicamente algún libro, enciclopedia o revista. Ahí también se hallaba el radio y la televisión. Este cuarto también se usaba para recibir visitas.

La tercera área de la casa es el patio. En él se lava y se pone a secar la ropa. En algunas viviendas hay algunas plantas, gallinas, perros y objetos inservibles, como carros abandonados, sillones de carros, llantas, madera, pedazos de muebles viejos, etcétera. Por lo menos cinco entrevistadas declararon que en su familia se acostumbra cocinar fuera de la casa. Debido a que parte del trabajo de campo se llevó a cabo en temporada de verano y dentro de las viviendas el calor es intenso, el patio fue el lugar donde se desarrollaron parte de las entrevistas.

Localización

La función de *localización* se refiere a la ubicación de la vivienda, la cual determina el acceso a los servicios públicos (Padilla y Sotelo, 2002, pp. 18-19). Para las mujeres entrevistadas, uno de los principales inconvenientes de la ubicación de sus viviendas



es la falta de servicios públicos, sobre todo porque muchas son autoconstruidas en zonas de alto riesgo.⁴⁷

El agua yo la paso [a los vecinos], como el área de atrás de mi calle no tiene agua. Hay mucha gente que ya no la quiere pasar. Yo se las paso, pero batallo bien mucho para que me la paguen. Es que yo no tengo necesidad de andarles cobrando. Si les digo en tal fecha, ni modo que yo se las pague a ellos. Hasta ahora no me ha llegado ninguna multa porque la estoy pasando, pero a la hora de la multa la pagaré yo. (Aurora Morales.)

Además, durante el proceso de obtención de su vivienda, las entrevistadas y sus familias pasaron por diversas dificultades antes de acceder, sobre todo, al servicio de agua y electricidad.

[] al principio me daba miedo; cómo lloraba, más en tiempo de calor porque el agua estaba calientísima; no había tiendas, refrigeradores; muy pocas veces conseguía hielos; la comida se me echaba a perder; la leche tenía que tirarla. Había un camión que pasaba cada hora. Si no llegabas a tiempo, se llenaba el camión y te quedabas, por eso tenías que calcularle []. (Inés Osuna.)

El acelerado crecimiento urbano ha contribuido para que en algunos casos los servicios públicos lleguen con mayor rapidez a las familias. Esta situación es contradictoria, pues representa la

⁴⁷ «Además de los problemas derivados de desastres estacionales, muchas de las personas más pobres en todo el mundo experimentan dificultades porque viven en zonas ecológicamente vulnerables [...] los pobres de las zonas urbanas también presentan otros riesgos ecológicos. Debido a la escasez de viviendas que estén al alcance de sus posibilidades, muchas familias pobres viven en casas ubicadas en laderas pendientes y en zonas pantanosas, que están muy expuestas a deslizamientos de lodo y a inundaciones [...]». (Narayan, 2000, p. 58).



posibilidad de tener acceso a los servicios públicos para cubrir las necesidades básicas, pero por la carente condición económica, coloca a las entrevistadas y a sus familias en la incertidumbre de cómo cubrir los costos que ello representa.

Otro hallazgo en la localización de la vivienda es la disponibilidad del transporte público para acceder a otros servicios, como la escuela, los supermercados o las fuentes de trabajo, que por cierto ya antes habían documentado Salles (2001) y Alegría (1994). En este sentido hubo casos críticos donde la mayoría de los recursos económicos se destinaban al transporte público. En la familia Estrada, Lucía prefirió quedarse a vivir en una casa rentada en la colonia Libertad, pues por su ubicación tenía acceso inmediato al transporte, a las escuelas, a los supermercados, a los servicios de salud y demás servicios requeridos por su familia.

El nivel de satisfacción de las mujeres entrevistadas respecto a la colonia donde se ubica su vivienda se relaciona directamente con el desarrollo urbano que la colonia ha tenido. En este sentido, las principales razones que daban para sentirse insatisfechas con la colonia donde habitan son la dificultad para acceder a los servicios públicos y la lejanía con las fuentes de trabajo y otros servicios, como centros educativos y de salud, condición que encarece el acceso a cada uno de ellos. También mencionaron los altos niveles de delincuencia, la facilidad para acceder a las drogas y la falta de seguridad como factores fundamentales para estar insatisfechas con su situación habitacional. Enríquez (2005) denominó a esta situación “miedo urbano”; es decir, la posibilidad de enfrentarse el riesgo de accidentes, robos, violencia; venta y consumo de alcohol y drogas.

El rápido crecimiento urbano y la introducción de servicios han impactado a un número considerable de colonias populares en Ti-



juana. Cuando Perla Gómez llegó a la colonia Pedregal de Santa Julia, por ejemplo, la zona carecía absolutamente de todos los servicios. Al introducirse una nueva vialidad en la colonia, Perla Gómez mencionó que tanto ella como su familia habían tenido un beneficio adicional: su vivienda quedó ubicada en la orilla de la calle principal. Su casa quedó cerca de la panadería, la tortillería, las tiendas; todo les había quedado cerca, las escuelas, el transporte y nuevas fuentes de empleo.

La satisfacción e insatisfacción por la vivienda se puede clasificar en dos grupos. Por una parte, se encuentran las viviendas de nueve familias, las cuales cuentan con un solo cuarto para dormir. Para las entrevistadas, la obtención de una vivienda propia donde vivir significa un logro importante en su trayectoria de vida familiar. Al mismo tiempo, la carencia de recursos económicos parecía alejarlas de considerar planes para mejorar la vivienda, y mucho más de atender alguna necesidad inmediata, como la reparación de techos. Este grupo está integrado principalmente por familias en pobreza multidimensional extrema en fase de dispersión y con escasas redes de apoyo familiar.

Vivo en mi cuartito, ese terreno yo lo compré; cuando llegué a Tijuana pensé: «tengo que tener un lugar donde vivir.» Eso les digo a mis hijos y a mis nietos: «No anden batallando, ahorren, sacrifíquense, si no nunca van a tener nada». Ellos no ven eso, no ven que un día van a ser viejos y menos van a poder. Yo por lo menos tengo dónde vivir; mis hijos no. Andan rentando; no les alcanza, nunca les alcanza []. (Josefina Escalante.)

Por otra parte, en un segundo grupo de familias las entrevistadas manifestaron sentirse orgullosas de su vivienda, no obstante



su precariedad, porque les costó mucho trabajo hacerse de ella. Este grupo de mujeres expresó su esperanza de hacer ampliaciones y mejoras. Ciertamente, las condiciones económicas que prevalecían en cada una de sus respectivas familias parecían alejarlas de concretar sus ilusiones; aun así, sus esperanzas de mejorar sus viviendas iban desde contar con baño dentro de la casa o agregar un cuarto extra, hasta poder construir un segundo piso e incluso tener una buena casa que heredar a sus hijos. En este sentido, Enríquez (2005) ha propuesto que se requieren mayores investigaciones que analicen el sentimiento de la esperanza en las familias pobres.

Lo que estamos haciendo es planear otro cuarto; como aquí enfrente está el muro aquí, pero como estoy abajo es levantar el muro al nivel de los otros y luego ponerle techo. También quiero que me quede espacio para poder meter un carro [] si no hay sala no importa; yo prefiero un comedor, porque en la mesa podemos estar todos; casi siempre comemos juntos. (Luz Ramos).

Un matrimonio que viene del otro lado me regaló una estufa nueva. Como vieron que tenía una estufa vieja, aunque sí funciona, pero ahí la tengo todavía sin estrenar. Ya hace como tres años que me la dieron, pero no la quiero estrenar hasta que tenga mi cocina completa. (Perla Gómez.)

Ante ese sentimiento de esperanza, resalta la perseverancia que han mostrado algunas entrevistadas y sus familias por lograr acceder a este bien material. Estas actitudes cuestionan el mito del conformismo y la pasividad de los pobres; pues, al contrario, las entrevistadas y algunos miembros de su familia expresaban deseos por mejorar su calidad de vida. De hecho, un elemento clave para



que en las familias se hubiera logrado concretar sus esperanzas en bienes materiales, ha sido la iniciativa y la participación directa de la mujer, al establecer estrategias como el ahorro, la organización de los gastos y la reducción del consumo.

Siempre tenía la ilusión de tener mi casa [] Le platicaba a mi esposo, y él decía que hasta que compráramos una casa hecha [] que hacer una casa era un problema. Cuando empecé a ir a las juntas para el terreno, él me decía: «tú quieres, pero a mí no me gusta.» Cuando vio que me entregaron el terreno como que él se motivó Yo vine y limpié el terreno; anduve recogiendo todo; marcamos cómo quería la casa, y ya de ahí empezamos a hacerla [] Si no hubiera tenido la iniciativa todavía anduviera rentando []. (Imelda Esquivel.)

Le dije a él que ya teníamos el terreno [] Hasta le llamaron a mi papá al trabajo; él vino, es muy tranquilo, y me preguntó: «¿Qué es lo que usted quiere?» «Quiero mi casa. Lo quiero a él [esposo], quiero a mi hija, y todo, pero si él no se hace responsable, yo no lo quiero; yo prefiero estar sola.» No lloraba, hasta ahora me da por llorar, recargada en la pared []. (Luz Ramos.)

RECAPITULACIÓN

Este apartado presenta las conclusiones y hallazgos de este capítulo, los cuales se abordan en dos incisos. En el primero destacan los aspectos que determinan la vulnerabilidad social de las entrevistadas y sus familias en el acceso a una vivienda. En el segundo, tomando como marco de referencia la dinámica familiar, se resca-



tan solidaridades y conflictos que experimentan las entrevistadas y sus familias acerca de la vivienda.

Vulnerabilidades

Cada una de las mujeres entrevistadas dio cuenta de la vulnerabilidad social que han experimentado tanto ella como su familia en el proceso de adquisición del terreno; en la construcción de la vivienda; en su equipamiento y en la introducción o no de servicios públicos. Ciertamente, esta vulnerabilidad se caracterizó por una serie de situaciones que las exponían a riesgos, ante lo cual se observó que la estructura de oportunidades, la capacidad de respuesta, la disposición y el manejo de recursos/activos están relacionados con el umbral de pobreza y con la composición y estructura familiar.

Exposición al riesgo

En las familias de residencia se presentó mayor acumulación de desventajas. Siete de las nueve familias eran encabezadas por jefatura femenina; por una parte, de estas mujeres jefas de familia tres eran adultas mayores, más una cuarta mujer mayor de 70 años que compartía la jefatura con su pareja y cuya familia se hallaba en fase de dispersión. Por otra parte, cuatro de las siete mujeres jefas de familias, más una quinta mujer que compartía la jefatura con su pareja. Ellos habían procreado a diez hijos; el mayor de 17 años, y el menor recién nacido. Las cinco familias en la fase de expansión del ciclo doméstico. Entre las entrevistadas se encontró



que también tuvieron en común la precariedad en la movilidad de fuerzas de trabajo, de fuentes de empleo y de capital humano para acceder a una vivienda digna.

En estas familias de residencia la acumulación de desventajas se intensifica debido a que la posesión de su predio es irregular, estando propensas a desalojos y fraudes. Al estar el terreno en zonas de alto riesgo, algunas familias se habían expuesto a inundaciones, deslaves y derrumbes. Las viviendas se caracterizan por sus precarias condiciones, que no protegen contra los cambios climáticos. Las entrevistadas informaron que constantemente los miembros de su familia padecen enfermedades relacionadas con la falta de protección contra el frío, la lluvia y el viento. También se mencionó el reducido espacio y número de cuartos, lo que ocasiona hacinamiento. En cuanto a la escasez de servicios públicos, el encadenamiento de desventajas es mayor; se observó la exposición al riesgo en temas tradicionales como la falta de sanidad básica, pero también en situaciones relacionadas con quemaduras, debido a estrategias como cocinar con leña, o el riesgo a electrocutarse por la improvisación en la instalación de energía y diversas formas de utilización de la misma. Por último, se observó la ubicación de las viviendas en colonias alejadas de la mayoría de servicios, condición que encarece el acceso a los mismos. En el mismo sentido, también persiste el hecho de que las entrevistadas mencionen que su colonia se caracteriza por los altos niveles de delincuencia, la facilidad para acceder al consumo de drogas y la falta de seguridad.

Aunque la exposición al riesgo es muy similar para ambos tipos de familias, se observó que en las familias de interacción la acumulación de desventajas es menor. También siete de las nueve mujeres eran jefas de familia al momento de la entrevista; la



mayor parte del curso de vida de las informantes clave en la fase de consolidación de su ciclo de vida habían tenido el apoyo de sus hijos o de alguna pareja; también habían tenido más acceso a fuentes de trabajo e ingresos, y mayor capital humano, condición que parece haber contribuido a estar menos expuestas a riesgos.

En las familias de interacción se observó que la precariedad en las características de la vivienda disminuye en la medida en que mejora el acceso a ingresos. En este sentido, se observaron casas con precarias condiciones que no protegían de los cambios climáticos, ubicadas en zonas de alto riesgo; otras viviendas sí cuentan con los mínimos requerimientos para ser habitadas y protegen de manera elemental de las inclemencias del tiempo, hasta casas habitación que además de estar construidas con material duradero contaban con mayor espacio y la mayoría tenía acceso a servicios públicos. Sin embargo, para las entrevistadas y algunos integrantes de sus familias había sido un gran esfuerzo el haber logrado autoconstruir este tipo de vivienda, ya que se requería desarrollar una serie de estrategias, como destinar la mayor parte de sus ingresos y tiempos libres, tener una participación constante y comprometida para lograrlo. Condiciones que en varias ocasiones había provocado desgaste y conflictos entre los integrantes de la familia.

CAPACIDAD DE RESPUESTA

En las familias de residencia se observó una limitada capacidad de respuesta para contrarrestar la exposición al riesgo en el acceso a un terreno, a la construcción de una vivienda, a su equipamiento e introducción de servicios públicos. La mayoría de las



entrevistadas ha logrado acceder a una casa, la cual contaba con un solo cuarto de material de desecho que no cumplía su función de protección.

Los sentimientos que experimentaron en el proceso de adquisición de la vivienda, las informantes clave de las familias de residencia manifestaron sentir seguridad y tranquilidad por tener un lugar donde vivir, a reserva de que la vivienda se caracterizaba por altos niveles de precariedad y de que su condición de pobreza las imposibilitaba para hacer las reparaciones necesarias.

En cambio, en las familias de interacción se observó una mayor capacidad de respuesta. El contrarrestar los riesgos iba desde tener la posibilidad de hacer reparaciones mínimas a la vivienda, introducir servicios públicos, hasta tener planes y posibilidades de ampliación. En este sentido, las entrevistadas mencionaron estrategias para la movilización de recursos/activos, tales como la venta de bienes, la disponibilidad de tiempo, el número de miembros que estaba dispuesto a participar, y el aprovechar buenos momentos de ingresos económicos y de empleo.

Por último, a partir de los sentimientos que experimentaron en el proceso de adquisición de la vivienda, la mayoría de entrevistadas que pertenecían a las familias de interacción manifestaron sentirse orgullosas de sus esfuerzos y de los logros por tener una vivienda; también manifestaron tener esperanzas y planes de continuar en este proceso, sin importar su condición de pobreza.

ESTRUCTURA DE OPORTUNIDADES

Independientemente de la condición de pobreza y del tipo de familia, no se mencionaron programas o apoyo gubernamental en



el proceso de acceder a una vivienda. También se mencionó la relativa facilidad para acceder a predios, indistintamente de su condición irregular. Además, es constante la alternativa de auto-construcción de la vivienda y la facilidad para acceder a material de segunda mano. Por último, se mencionan de manera recurrente los beneficios y apoyos adicionales de vivir en la frontera, los cuales —desde la percepción de las entrevistadas— eran mayores en comparación con los del interior del país.

En las familias de residencia se observó un limitado acceso a estructuras de oportunidad y distribución de recursos, los cuales se limitaban a la participación de alguno de los integrantes de la familia, algunos apoyos de algún vecino o de algún grupo caritativo. Para las entrevistadas, la principal oportunidad fue acceder a un terreno, aunque su posesión no fuera regular, además de sentir la seguridad de no tener que pagar renta. En las familias de interacción también se mencionó que la introducción de servicios públicos como pavimentación y nuevas vialidades contribuía al aumento del valor de su terreno y a una facilidad de acceder a fuentes de trabajo y a otros servicios, como escuelas, supermercados y transporte.

SOLIDARIDADES Y CONFLICTOS

Uno de los principales hallazgos en este capítulo son las solidaridades y los conflictos que se generaron en el proceso de adquisición y uso de la vivienda. Estas situaciones se presentaron de manera diferencial, vinculada sobre todo con el tamaño de la vivienda, con la composición de parentesco y con la dinámica familiar.

En las familias de residencia, los conflictos y las solidaridades se presentaron sobre todo en los casos donde no tenía privacidad



por la limitada disposición de espacios para los miembros de la familia; en especial cuando hay enfermos, que no disponen del espacio mínimo necesario para recuperarse o ser atendidos. La falta de espacio y privacidad también fue motivo de constantes conflictos en las relaciones conyugales. También se generaban conflictos entre los hijos adolescentes que demandaban más espacio y mayor privacidad.

En las familias de interacción, las solidaridades entre los miembros de las familias fueron constantes; más aún, en los momentos de autoconstrucción y equipamiento de la vivienda; no así en el proceso de adquisición del terreno, introducción o pago de servicios públicos.

Por último, la privacidad externa fue un tema de constante conflicto, sobre todo en las familias que experimentaban un ciclo familiar en fase de dispersión; ya sea porque los abuelos tuvieron que hacerse cargo de los nietos, o bien porque los hijos casados no co-residentes seguían dependiendo de las entrevistadas. También se generaban conflictos en las relaciones intrafamiliares cuando la vivienda se ofrecía a otros familiares, ya fuera por motivos de salud, violencia doméstica o reciente migración.



CAPÍTULO 6.

VIDA FAMILIAR Y LOS PROCESO DE VULNERABILIDAD SOCIAL EN LA EDUCACIÓN

Con el propósito de analizar las experiencias, los significados y las acciones de las mujeres entrevistadas y de sus familias, este capítulo analiza el tema de la educación. Se aborda mediante cuatro aspectos: en el primero se describe el nivel escolar de los integrantes de cada una de las familias, tomando como categoría analítica la fase del ciclo doméstico en que se encuentra. El segundo punto es la deserción escolar, y se toma como referencia el tipo de familia (origen y formación). En tercer lugar, se rescata la percepción de las mujeres entrevistadas para explorar el significado que tiene para ellas y su familia carecer de educación formal; se utiliza el ciclo doméstico como categoría analítica. Por último, se exploran los sentimientos de las entrevistadas a través de sus esperanzas y deseos de alcanzar un mejor nivel educativo para ellas y sus hijos, a través de las relaciones parentales como categoría analítica.

La trascendencia de la educación como bien social y como fuente de una mejor calidad de vida, ha estado presente en nuestra sociedad desde el surgimiento del pensamiento liberal. Se ha definido la educación como un medio para la movilidad social; este



paradigma sugiere que la educación representa un atributo individual que facilita acceder y movilizar recursos/activos para enfrentar condiciones de precariedad. En palabras de Safa (1992, p. 27): «El acceso a los bienes no sólo depende de la capacidad económica para adquirirlos, sino también de la posesión o carencia de un capital cultural adquirido básicamente en la familia»; con este razonamiento, la educación se desarrolla prácticamente durante toda la vida de las personas de manera informal. Sin embargo, para ingresar al mercado de trabajo se requieren mínimos conocimientos y habilidades, como el saber leer y escribir y realizar operaciones aritméticas elementales; de ahí la relevancia de la escolaridad en las sociedades contemporáneas. Amparados en esta postura, los estados nacionales y organismos internacionales han acordado y desarrollado estrategias para brindar la oportunidad de acceder al sistema de escolarización formal a grandes sectores de la población, con énfasis en los grupos más vulnerables (Safa, 1992).

Ante el interés global por la escolarización, se han fijado una serie de indicadores para evaluar el acceso a este bien social. Los datos han permitido un acercamiento, entre otros aspectos, a las tasas de alfabetización, al nivel educativo, al aprovechamiento escolar, al rezago educativo y a la deserción escolar. A reserva de los importantes avances, aún parece haber un fuerte cuestionamiento tanto del acceso y la calidad del sistema educativo, como de la pertinencia de la educación como fuente real de una mejor calidad de vida (Safa, 1992).⁴⁸ Tanto el acceso como la calidad en la educación han sido

⁴⁸ «Todos conocemos la ruptura del mito liberal educativo: no hay una sola escuela; no todos participan en este bien común y, si lo hacen, no es de la misma manera. Tampoco la escuela es factor de progreso, bienestar y movilidad social en sí misma. Las desigualdades y las crisis sociales no se generan, ni se resuelven, en el espacio educativo». (Safa, 1992, p. 21).



fuertemente cuestionados, hechos que parecen agudizarse cuando se trata del sector de población carente de recursos económicos.

ESCOLARIDAD

La escolaridad se entiende como un atributo individual para acceder a mejores fuentes de ingresos y recursos, y a la vez es un activo familiar; con base en esta lógica, en las últimas décadas se ha hecho un esfuerzo para elevar el nivel educativo de los mexicanos, pero no ha sido suficiente. Oficialmente, los datos censales ubican al estado de Baja California con bajas tasas de analfabetismo, rezago educativo y deserción escolar en comparación con la media nacional. Para citar uno de los indicadores más sobresalientes, la ciudad de Tijuana está ubicada en los más bajos niveles de rezago educativo, ocho puntos porcentuales por debajo del promedio nacional.

Las familias con pobreza multidimensional extrema tienen bajos niveles de escolaridad; es común el analfabetismo y estudios de primaria incompleta en personas mayores de 15 años, además de la no incorporación a la escuela de los menores en edad escolar.

La fase de expansión del ciclo doméstico se caracteriza por los altos niveles de vulnerabilidad (De la Rocha, 2006; Villagómez, 2006), situación que parece reforzarse en esta investigación. Jelin (1983) encontró que los maridos de las mujeres pobres tenían mayor escolaridad y son mucho mayores que ellas. En la familia Fernández, el cónyuge varón tiene mayor nivel de escolaridad; de hecho, es el único miembro de la familia que tuvo educación formal; la jefa de familia, Sara, es analfabeta, debido en parte a que no tiene acta de nacimiento, pues nunca fue reconocida ante el registro civil. Al igual que ella, sus cuatro



hijos en edad escolar tampoco están registrados, por lo que nunca han ido a la escuela; de hecho, tampoco saben leer ni escribir. Sara comentó que no ha tenido suficientes recursos económicos para pagar al Hospital General de Tijuana el costo de cada uno de sus partos, por lo que no dispone de comprobante alguno, ni acta de nacimiento de sus hijos.

De acuerdo con Raczynski (1999), entre las estrategias que utilizan los pobres se encuentra recurrir a programas de asistencia social, a los cuales resultó difícil acceder por la exigencia de requisitos y de documentos oficiales que hay que cubrir, y que al final no ayudan a la población que más lo necesita. Martha Ramírez y el padre de sus hijos lograron concluir la primaria; no obstante, sus hijos no asisten a la escuela. Debido a conflictos intrafamiliares, violencia física, psicológica y sexual, el DIF recogió a los niños; al mes regresaron a su casa, pero no han vuelto a la escuela. González de la Rocha, Escobar y Martínez (1990) hacen un análisis de cómo el conflicto es la otra cara de la moneda de la estrategia. Martha decidió que la mejor alternativa para resolver la situación de conflicto y violencia en su relación conyugal era salirse de su vivienda; ciertamente, los niveles de violencia dirigidos tanto a ella como a sus hijos disminuyeron; sin embargo, Martha no ha logrado brindar a sus hijos la posibilidad de seguir estudiando.

Las familias en fase de dispersión del ciclo doméstico presentan altos niveles de vulnerabilidad; en ellas predomina el analfabetismo. En tres familias donde aún hay hijos co-residentes, éstos no concluyeron la primaria. Estos datos indican que hay una relación entre el bajo nivel de escolaridad y la pobreza multidimensional extrema. Queda como interrogante cuál es el futuro de los hijos en edad escolar de las familias en fase de expansión que no acuden a la escuela.



CUADRO 12. NIVEL DE ESCOLARIDAD.

Familia	Mujer jefa de familia y/o cónyuge	Hombre jefe de familia y/o cónyuge	(Relación de parentesco)
Fernández	Analfabeta (39 años)	5° primaria (38 años)	Hija no va a la escuela (7 años) Hija no va a la escuela (9 años) Hijo no va a la escuela (10 años) Hijo no va a la escuela (13 años)
Ramírez	6° primaria (26 años)	6° primaria (36 años) No co-residentes	Hijo 2° primaria no va a la escuela (9 años) Hijo 3° primaria no va a la escuela (10 años)
Escalante	Sabe leer y escribir (79 años)	Sin pareja	Hijo 4° primaria (27 años)
García	Analfabeta (75 años)	Sin pareja	Hijo 5° primaria (42 años)
Pérez	Analfabeta (70 años)	Sin pareja	Hija analfabeta (48 años) Hijo 2° primaria (49 años) Nieto 6° primaria (20 años)
Santana	Analfabeta (78 años)	Analfabeta (76 años)	
Espinosa	4° primaria (55 años)		Mamá analfabeta (68 años) Hermana analfabeta (43 años)
Osuna	3° primaria (65 años)	Analfabeta (65 años)	Nieta 1° primaria (6 años) Nieta 3° primaria (9 años)
Ríos	6° primaria (35 años)	Sin pareja	Hija 6° primaria (12 años) Hijo 2° secundaria (14 años)
Barraza	3° primaria (38 años)	5° primaria (40 años)	Hijo 4° primaria (10 años) Hija 5° primaria (12 años) Hija 6° primaria (13 años) Hija 2° secundaria (14 años) Hija 3° secundaria (16 años) Hija 3° secundaria (17 años)
González	2° primaria (35 años)	6° primaria (37 años)	Hijo 4° primaria (11 años) Hija 5° primaria (12 años) Hija 6° primaria no va a la escuela (13 años) Hijo 6° primaria no va a la escuela (14 años)



CUADRO 12... CONTINUACIÓN.

Familia	Mujer jefa de familia y/o cónyuge	Hombre jefe de familia y/o cónyuge	(Relación de parentesco)
Estrada	6° primaria (56 años)	4° primaria (56 años)	Hija 3° preparatoria (17 años) Hija 3° preparatoria (25 años)
Gómez	3° preparatoria (44 años)	3° primaria (62 años)	Hijo 1° primaria Hija 2° preparatoria (16 años) Hija 3° preparatoria —ya no estudia— (18 años) Hijo 3° preparatoria —ya no estudia— (19 años)
Andrade	3° primaria (68 años)	Analfabeta (74 años) no co-residente.	No co-residentes. Hijo 3° secundaria Hija técnica (31 años) Hija postgrado (34 años) Hijo 2° secundaria (35 años)
Morales	3° secundaria (45 años)	2° secundaria (47 años)	Hija 2° secundaria (15 años) Hija 2° secundaria (15 años) Hijo 3° secundaria (19 años)
Ramos	2° secundaria (25 años)	3° secundaria (29 años)	Hijo 4° primaria (10 años) Hija 6° primaria (12 años)
Esquivel	3° secundaria (56 años)	6° primaria (60 años) (murió durante el proceso de esta investigación)	Nieta 6° primaria no estudia (17 años) Hijo 6° primaria (33 años)
Díaz	6° primaria (58 años) (terminó preparatoria pero la escuela no tenía validez oficial).	6° primaria (62 años) (fallecido recientemente)	Nieta 2° primaria (8 años) Nieta 3° secundaria (17 años) Nuera 2° secundaria (30 años) Hijo 3° secundaria (35 años)

Fuente: Elaboración propia con base en entrevistas.

En cuanto al nivel de escolaridad de cada uno de los miembros de las familias con pobreza multidimensional, el panorama presenta muchos matices. Hay analfabetismo y primaria incompleta;



sin embargo, el panorama es más alentador en comparación con el anterior; es decir, hay quienes continúan estudiando primaria, secundaria o preparatoria.

Las familias con vulnerabilidad por carencias sociales se caracterizan porque todos los adultos de 15 años o más tienen concluida la primaria, y más de la mitad cursó más de un año de secundaria.

*DESERCIÓN ESCOLAR*⁴⁹

Existen diferentes clasificaciones para analizar los motivos de la deserción escolar. Montenegro (1989) refiere que la deserción escolar se puede clasificar en dos vertientes causales; a saber: las internas en el sistema educativo y las externas, relacionadas con factores sociales y económicos: debido a que en este estudio interesa conocer la relación entre procesos de vulnerabilidad social y vida familiar, se da mayor énfasis a los motivos externos al individuo, específicamente a los relacionados con el ámbito familiar.

La condición de precariedad económica es uno de los principales motivos que desencadenan la deserción escolar; las familias desarrollan estrategias de corto plazo, como sacar a sus hijos de la escuela para reducir gastos o para integrarlos a la fuerza de trabajo; sin embargo, estas estrategias no resuelven la condición de pobreza; por el contrario, contribuyen a elevar la vulnerabilidad individual y familiar (Barquet, 1997).

En las familias estudiadas se mencionaron diversos motivos por los cuales sus integrantes habían desertado de la escuela; va-

⁴⁹ «Los alumnos no llegan como tabla rasa a la escuela; traen consigo un capital cultural familiar que los predispone a todo lo que suceda en el salón de clase, hecho que condiciona las posibilidades de éxito o fracaso escolar» (Safa, 1992, p. 27).



rios de esos motivos habían sido parte de las estrategias de supervivencia para enfrentar las precarias condiciones materiales: dejaron de estudiar porque su familia no se los permitió; pues tenían que ayudar en tareas o subsistencia de la familia; había escasez de recursos económicos; la escuela estaba lejos; no contaban con documentos oficiales. También mencionaron problemas emocionales, relacionados con la condición de pobreza, o no quisieron continuar en la escuela porque no les había gustado estudiar. Aquí cabe preguntar de qué manera atributos familiares como la composición de parentesco, la estructura familiar, el tamaño y tipo de familia pueden favorecer la deserción escolar. A continuación, se revisa qué estrategias de supervivencia de las familias truncaron la oportunidad de que sus miembros continuaran estudiando en el sistema educativo formal. En el desarrollo de las entrevistas con las mujeres jefas de familias se observó su necesidad de relatar cómo ellas habían desertado de la escuela. También fue evidente su interés de que sus hijos tuvieran un mejor nivel escolar; aunado a su preocupación de que éstos hubieran abandonado la escuela. Como estrategia analítica, se optó por recurrir a la tipología de familias de origen y familias de formación utilizada por Sánchez, Fernández y Torres (1994) y también por López (2003) en sus investigaciones.

EXPERIENCIAS DE DESERCIÓN ESCOLAR DE LAS MUJERES EN SUS FAMILIAS DE ORIGEN

DEJARON DE ESTUDIAR POR MOTIVOS MIGRATORIOS



La migración en sus diferentes modalidades parece ser un punto fundamental en las causas del abandono escolar, debido al cambio de actividad económica, contexto y redes de apoyo, entre otras dimensiones (Szasz, 1999). El trabajo del padre de Sonia fue el motivo por el cual ella abandonó la escuela en varias ocasiones, ya que debían moverse de una ciudad a otra. Así también Aurora Morales explicó que los principales motivos de su inconstancia y deserción escolar fueron el trabajo itinerante de su padre, la falta de vivienda, las constantes separaciones de sus padres por conflictos conyugales y, finalmente, el migrar de Michoacán a Tijuana.

Como andábamos de un lugar para otro, nos teníamos que ir a otra colonia y nos sacaban de la escuela; cuando ya nos mandaban ya no nos aceptaban en la escuela [] Que queríamos estar con mi papá, nos íbamos con él o si queríamos ver a mi mamá, nos mandaban al rancho. Así anduvimos hasta que yo tenía unos 15 años [] (Aurora Morales).

Debido a que la familia de origen de Luz Ramos migró a Tijuana, a sus hermanas mayores no se les brindó la oportunidad de seguir estudiando; su mamá había desarrollado la estrategia de supervivencia de no mandarlas a la escuela para que se quedaran a atender el trabajo doméstico; a hacer el aseo; a preparar alimentos y cuidar a los hermanos menores, lo cual además le ayudaba en su economía familiar.

Cuando nos venimos del Sur mi mamá nos ofreció que cuando llegáramos a Tijuana nos iban a seguir dando estudios. Al último mis dos hermanas más grandes ya no entraron. A mí me empezaron a dar la escuela, me la pagaba mi mamá, pero no me compraba



libros, era uno para cada materia. Me iba en la mañana y me ponía con una amiga de acuerdo para que se fuera más temprano y me prestaba sus libros para estudiar (Luz Ramos).

Otro de los motivos que se observó en las familias de origen fue su intención de migrar temporalmente a la ciudad de Tijuana, razón por la cual no traían consigo documentos oficiales como el acta de nacimiento o la boleta de calificaciones para inscribir a los hijos en la escuela.

LA ESCUELA SOLAMENTE OFRECÍA HASTA TERCERO O CUARTO GRADO DE PRIMARIA

La inexistencia de escuelas, o que sólo hubiera para los primeros años de la educación primaria fue una observación constante entre las familias de origen de las mujeres entrevistadas mayores de 60 años provenientes del área rural. Ante esta situación, narraron que repetían una y otra vez el mismo grado escolar; de hecho, una de las principales expectativas de entonces era sólo aprender a leer y escribir.

PARA EMPEZAR A TRABAJAR Y AYUDAR CON LOS GASTOS FAMILIARES

Uno de los motivos para abandonar la escuela fue el hecho de tener que empezar a trabajar para ayudar con los gastos en sus familias de origen, sobre todo cuando el tamaño de la familia crecía. Esta situación se ha documentado como una de las principales estrategias de supervivencia para enfrentar la precariedad



económica, pero al resolver momentáneamente la necesidad, esta estrategia perpetúa más la condición de pobreza (González de la Rocha, 1986, 1995, 2006; Raczynski, 1999; Barquet, 1997).

Mi mamá me dijo que, si me daba dinero para seguir estudiando, no tendrían dinero para que mis hermanos estudiaran; entonces ya no me siguió ayudando y aprendí sola a leer y escribir, pero nadie estudió carrera. Entonces yo me puse a trabajar desde chiquita para ayudarle a mi mamá (Carmen González).

Yo ayudaba a la familia porque mi papá se puso a tomar en ese tiempo, todo el tiempo, pero más en ese tiempo. Y mi mamá tenía todo el chamaquerío en la escuela, y yo le mandaba dinero; ganaba bien poquito, pero de todas maneras le mandaba; por eso nunca pude juntar dinero para seguir estudiando (Perla Gómez).

En la familia de origen también se observaron otras condiciones que influyeron en la deserción escolar de las entrevistadas; a saber: el alcoholismo del padre, el tener más hermanos en edad escolar y, finalmente, la escasez de recursos económicos.

Inclusive me acuerdo que, bien pobres, sólo teníamos un par de zapatos; no teníamos más que un par; a veces bien rotos los zapatos; la ropa, no salíamos de tres cambios, y toda la ropa viejita, porque no había uniformes en la escuela. Me acuerdo cuando iba en la escuela; tenía como tres cambios y no salía de lo mismo, lo mismo, lo mismo, hice la escuela con muchos sacrificios (Rosalinda Ríos). Porque para mi mamá, cuando me corrieron de la escuela, ella se sintió liberada porque ya no tenía que gastar en mi escuela, que libros, que útiles, que uniforme, y eso que me iba caminando. Fue una salida para ella; si yo no estudiaba, ya no me daba dinero y ya no gastaba, porque a nadie se le brindó la secundaria (Luz Ramos).



La experiencia de deserción escolar de Luz Ramos refleja la conjugación de múltiples factores, tanto propios del sistema educativo, como sociales, económicos y familiares que, al final, fueron cerrando para Luz la oportunidad de seguir estudiando, independientemente de que ella tuviera la intención y el deseo de seguir asistiendo a la escuela.

No seguí en la escuela por la presión de mi mamá [] como me corrieron de la escuela, para ella fue como un golpe de mal agradecida, que no quise estudiar. Realmente no fue así; se necesitaba que mi apá y mi amá hablaran con el director, porque sucedió que me peleé fuera de la escuela y lo llevaron adentro; entonces yo ocupaba a un mayor que fuera a hablar, y ellos no fueron. Mis compañeros se juntaron para que me apoyaran para regresar a la escuela y sí regresé, pero se enteraron las mamás de con quienes me peleé; fueron con el director y decían que yo era drogadicta, pandillera, prostituta, así que me mandó hablar el director y me dieron de baja. Nunca me dieron los papeles porque no había un adulto que fuera a recogerlos. Sentía que a veces me ayudaba más otra gente que mi propia familia. En otra secundaria que fuimos ya habían hablado de donde me expulsaron para dar mis antecedentes y para que no me aceptaran. El director me dijo que él no creía nada, y me dio una oportunidad de terminar mi secundaria con la condición de tener buenas calificaciones; el problema es que nuevamente no quiso ir mi mamá a recoger mis documentos. Una hermana y yo fuimos, pero no nos los quisieron dar porque las dos éramos menores de edad. Así que ya no regresé a la escuela (Luz Ramos).

Luz provenía de una familia que había migrado de Aguascalientes a Tijuana. Cuando recién llegaron a esta ciudad fronteriza no tenían una vivienda y su padre esporádicamente aportaba recursos económicos a la familia. Ante esta situación, la madre de Luz se inició como pepenadora en el basurero público municipal,



por lo que Luz y sus hermanos estaban solos todos los días. Para la madre de Luz era extremadamente difícil cubrir los costos de educación de sus siete hijos; de hecho, había decidido que las dos hijas mayores ya no fueran a la escuela para que ayudaran en la economía y quehaceres familiares; aunque tenían parientes que vivían en la misma colonia, no contaban con su apoyo, incluso ya habían tenido algunos conflictos.

A estas condiciones se sumaban por lo menos otros cuatro factores que contribuyeron a la deserción escolar de Luz. Primero, la inconformidad de Luz ante la vida que estaba viviendo, manifestada a través de una conducta agresiva en general y un resentimiento hacia su familia de origen; especialmente hacia su madre, aún presente. Segundo: a los padres de Luz les faltaron los recursos económicos, los conocimientos, las habilidades y la voluntad para ayudar a su hija. Tercero: la actitud negativa de los padres de familia de los compañeros de Luz al señalarla como drogadicta, pandillera y prostituta. Por último, le perjudicó la cuestionable actuación de las autoridades escolares al asumir una actitud extremadamente moralista y expulsarla.

EXPERIENCIAS DE DESERCIÓN ESCOLAR DE LAS MUJERES EN SUS FAMILIAS DE FORMACIÓN

LOS HIJOS SE REHÚSAN A CONTINUAR SUS ESTUDIOS

Al igual que otros autores, Sánchez, Fernández y Torres (1994), y Schmukler (1998) han documentado cómo los pensamientos, sentimientos y vida de la mujer giran en torno a su función como



madre. En este sentido, una de las situaciones más frustrantes para las mujeres madres de familia, es que sus hijos se rehúsen a continuar estudiando. «Ni mis hijas, ni mis hijos nunca pensaron en seguir estudiando; a nosotros como papás nos hubiera gustado que siguieran estudiando. Pero si ellos no quieren, no estudian de todas maneras; por eso no los puedo obligar» (Imelda Esquivel).

Las relaciones desiguales entre los géneros ha sido otro factor fundamental para que los hijos e hijas tengan de manera diferenciada la oportunidad de acudir a la escuela (Oliveira y Salles, 1989; Sánchez, Fernández y Torres, 1994; Barquet, 1997; García y Oliveira, 2006). En las familias de formación se observaron tres relaciones parentales basadas en la diferenciación por género que determinaban la posibilidad de que sus hijos continuaran o no estudiando. En primer lugar, se observó que había familias que, aunque trataban de brindar la misma oportunidad tanto a sus hijas como a sus hijos, ni los hijos ni las hijas continuaron sus estudios, debido en parte a razones inherentes al sistema educativo y, por otra, al entorno social. En segundo lugar, ante similares oportunidades de continuar estudiando se dio el caso de que los hijos varones desertaban y las hijas mujeres continuaban estudiando. En tercer lugar, ante las desiguales oportunidades de seguir estudiando, que favorecían a los hijos varones, había hijas que tenían el deseo de seguir estudiando; sin embargo, el padre de la familia en formación no tenía la disposición de que la hija mujer continuara estudiando.

Mi hijo no entró a la universidad porque no quiso; su papá le decía que sí, que entrara, que iba a hacer la lucha de ayudarlo para que entrara a la universidad. A él, no sé por qué le dijo tú estudia, yo veré cómo le hago, pero mi hijo no quiso. Pero a mi hija que quiere



seguir estudiando, su papá le dijo que no, que no podía ayudarla [] yo pienso que le dijo eso porque es mujer [] a mi hijo no se lo negó, porque es hombre y va a mantener (Perla Gómez).

PARA EMPEZAR A TRABAJAR Y TENER DINERO PROPIO

Otro de los motivos que se mencionaron como causa de no continuar estudiando se refiere al hecho de que los hijos e hijas de las familias en formación entraban al mercado laboral para tener su propio dinero y cubrir sus necesidades personales, principalmente relacionadas con el consumo de ropa, zapatos, tenis de marca, dispositivos electrónicos y otros gustos personales. Esta estrategia de consumo no estaba relacionada con la intención de ayudar directamente con los gastos familiares; sin embargo, contribuía a desahogar algunas necesidades económicas de la familia, simplemente por cubrir algunos de sus gastos personales, y algún servicio público.

Al hijo de Perla Gómez le dieron una beca en su escuela para comprar una computadora, pero no fue sino hasta que terminó la preparatoria cuando empezó a laborar, y desde entonces él paga el servicio de Internet. Aunque su padre le ha ofrecido hacer un mayor esfuerzo para solventar sus estudios, él no quiso ingresar a la universidad porque sus padres no están de acuerdo en la carrera que él quiere estudiar. Ante esta situación y la escasez de lugares donde él pueda estudiar, su pasión por la música lo ha llevado a integrarse a un grupo musical de una iglesia. Ahí invierte todos sus tiempos libres y sus ingresos.

Mi hijo acaba de terminar la preparatoria; es soltero; trabaja en Office Depot, pero de todas maneras no da nada de dinero. Saca



sus gastos, su ropa, discos; él paga el Internet en la casa y compró la computadora (Perla Gómez).

Cuando Elena [hija mayor] terminó la secundaria, entró un semestre a la prepa y se salió porque quería trabajar para tener el dinero para ella, no tanto para trabajar y ayudarnos (Imelda Esquivel).

FALTA DE RECURSOS ECONÓMICOS

En las familias de formación, al igual que en las familias de origen, la falta de recursos económicos se mencionó como uno de los principales motivos de deserción escolar; aunque hubiese la intención de continuar estudiando, a los integrantes del grupo familiar se les desvanecía esa posibilidad. Hubo familias en formación que no tuvieron el dinero suficiente para cubrir todos los requerimientos de las escuelas del nivel básico, como el pago de inscripciones, útiles, uniformes, rifas, cooperaciones, transporte, etcétera. En el otro extremo se encontraron familias que, aunque lograron que sus hijos completaran la secundaria y en casos extremos hasta la preparatoria, no pudieron ingresar a una escuela pública de nivel superior. «Pues, este, la verdad, pues es la misma, los inscribes y si no tienes dinero ¿pues qué pasa? [] Nadie te los recibe []» (Martha Ramírez).

PROBLEMAS EMOCIONALES Y DE CONDUCTA

En las familias en formación, los conflictos y los problemas emocionales de los padres y de conducta de los hijos, fueron otras causales que se mencionaron como determinantes para dejar la



escuela. Éstos se presentaron de diferentes formas y en todos los miembros del grupo familiar. En este sentido, hubo casos en donde, debido a una separación entre la pareja, el consumo de alcohol y/o de drogas, la violencia doméstica y la misma falta de recursos económicos provocaban fuertes crisis en las relaciones intrafamiliares (González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990; Barquet, 1997; Ariza y Oliveira, 2004).

Una de las situaciones problemáticas más notorias fue en la familia de formación de Lucía Estrada; debido al alcoholismo y al adulterio del esposo, la pareja se separó. Lucía pasó por una depresión profunda y prolongada; ante esto, las condiciones económicas de la familia se vieron fuertemente afectadas, por lo que a la hija mayor se les negó directamente la posibilidad de continuar estudiando. «Mi hija ya no siguió estudiando; ya no la dejé. En ese tiempo tuve muchos problemas con mi marido; me enfoqué más en mi dolor, en mi frustración que en todo lo demás. Sí se notó mucho en la familia, porque se me vino para abajo todo» (Lucía Estrada).

Por otra parte, la familia de formación de Martha Ramírez parece ser otro caso extremo. Debido al consumo de drogas, la violencia doméstica y el posible abuso sexual hacia los hijos, Martha y sus hijos se salieron de su casa. En el transcurso de casi dos años buscaron asilo en diferentes lugares. Ante este escenario, a los niños los expulsaron de la escuela por problemas de conducta. Martha buscó ayuda profesional, sin resultados satisfactorios. Al momento de la última entrevista, los niños iban a cumplir ya tres ciclos escolares sin asistir a la escuela. Las alternativas parecían cada vez más reducidas, pues no solamente la familia carecía de recursos económicos, sino que a los niños los señalaban en las escuelas y en la colonia como “niños problemáticos”.



En las escuelas me los tienen etiquetados y no me los aceptan. Es que a veces no sé, no sé qué hacer, no sé qué hacer con ellos; digo que estoy a tiempo porque van a entrar a la adolescencia. Miro que son nobles y todo, pero yo quiero que ellos sean normales, normales [] Fui y saqué una cita a Ciudad de los Niños,⁵⁰ porque cuando me tocó cita con el psiquiatra no tuve dinero. Y, este, yo quiero pues hacer lo último, que los atienda un psicólogo y ver qué se puede hacer con ellos [] Yo lo que quiero es que mis hijos hagan algo; puedo buscar otras escuelas, aunque salgan grandes. Pero a mí se me está poniendo difícil, porque ya no estoy pudiendo con ellos; son más rebeldes [] haz de cuenta que se me vuelve a cerrar el mundo otra vez, y no quiero que pase otro año [] y se van yendo los años, ellos van creciendo y al rato ya no voy a poder con ellos (Martha Ramírez).

MOTIVOS FAMILIARES (CASARSE Y TENER HIJOS/AYUDAR A LA PAREJA/FALTA DE APOYO)

Uno de los principales motivos familiares que se mencionaron para dejar de estudiar es el haberse casado o embarazado. Esta situación no sólo se presentó en las familias de origen, sino también en las familias de formación. Las hijas y los hijos también se casaban a temprana edad. Se ha documentado que las mujeres pobres tienden a casarse a edades más tempranas con parejas mucho mayores que ellas, motivadas por conflictos en las relaciones intrafamiliares (Quilodrán, 1989; Benería & Roldán,

⁵⁰ «institución privada, sin fines de lucro, que brinda servicios de educación, asistencia, promoción social, terapéuticos, protección y formación para niños y niñas menos favorecidos de Tijuana, involucrando siempre que es posible a sus padres o familiares.» (<http://ciudadenninos.org>)



1992; Sánchez, Fernández y Torres, 1994; Oliveira, 1995; Oliveira, 1998; Oliveira, Eternot y López, 1999, p. 217; Ariza y Oliveira, 2002a).

Mi hija terminó la secundaria y hasta ahí se quedó, porque también se fue con el muchacho y ya no estudió. Le insistí mucho para que estudiara, pero no hay lugares donde pueda entrar, porque no hay guarderías ni ayuda para que las mujeres sigan estudiando cuando tienen hijos (Lucía Estrada).

Yo tengo miedo de que a mi hija le vaya a pasar lo mismo que a mí y que a mis hermanas. Él [papá] la regaña mucho, tengo miedo de que se sienta presionada por nosotros y también se vaya, porque a mí me presionaron. Entonces yo le digo a mi hija que la dejo juntarse con amiguitos; lo que yo pasé, no quiero que lo pase mi hija, que no se sienta presionada; le he dicho que si siente presión que me lo diga, tal vez sean momentos que no me doy cuenta. Quiero ir a una escuela para padres ahí en el centro de apoyo a la mujer; lo mejor es ir en pareja, pero si no se puede, pues iré sola. Yo veo que mi esposo la está presionando tanto que la puede obligar a todo; yo no dejo que les pegue, luego me dicen que no dejo que él tenga autoridad (Luz Ramos).

Además de la falta de recursos económicos para atender las necesidades básicas de sus hijos, se encontró con la necesidad de que los progenitores desarrollaran habilidades para una mejor protección y educación de sus hijos. Sin embargo, estas habilidades parecían estar relacionadas con el acceso a mayores oportunidades tanto laborales como educativas de los padres.



PERCEPCIONES⁵¹

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges entrevistadas argumentaron que su bajo nivel escolar y la mala calidad de la educación eran factores determinantes en sus precarias condiciones socioeconómicas. Aunque las mujeres entrevistadas coinciden en pensar en el nivel educativo como una estrategia para acceder a mejores fuentes de trabajo y de ingresos, también mencionaron la escolaridad como un atributo personal y familiar útil para resolver ciertos problemas de la vida cotidiana.

LA EDUCACIÓN COMO DEFENSA ANTE PROBLEMAS COTIDIANOS

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges mencionaron situaciones concretas donde su nivel académico fue fundamental para enfrentar problemas de la vida cotidiana. Les ayudaba a hacer gestiones ante autoridades o agencias gubernamentales; entre ellos, trámites de documentos o la gestión de un terreno. El contar con un mayor nivel educativo también servía para exigir y defender sus derechos, como en los casos de violencia doméstica. Así también contribuía a mejorar los cuidados de la salud familiar: en la anticoncepción y planificación familiar, en el cuidado y la prevención de enfermedades. Por último, la educación también contribuía a lograr una mejor administración de los recursos familiares.

⁵¹ «La educación impartida en la escuela no se limita a brindar instrucción o un certificado para la incorporación al trabajo; también inculca valores que sirven para legitimar y reproducir el orden social, y para promover, al mismo tiempo, formas de vida distintas a las aprendidas en la familia y en la comunidad, generando nuevas expectativas y capacitando para el trabajo» (Safa, 1992, p. 13).



Como yo había ido a la escuela, estaba más abierta que mis otras hermanas y que mi esposo; por ejemplo, sabía que él no se podía llevar a mi hija porque no la había registrado y si lo hacía podía acusarlo de secuestro [] por eso creo que la única salida es que estudien mis hijos, para tener una mejor vida, tener otra mentalidad (Luz Ramos).

AUNQUE HAYA ESTUDIADO LA CALIDAD EN LA EDUCACIÓN ERA BAJA

Un punto crítico se refiere a la baja calidad de la educación. En el caso de las familias en fase de consolidación integradas por personas que habían logrado por lo menos concluir la educación básica, estos logros no habían sido suficientes para alcanzar mayores ingresos y salir de la pobreza. Esta situación se manifestaba al incorporarse al mercado de trabajo, ante el cual las mujeres entrevistadas manifestaron que, aunque ellas o algún otro miembro de su familia había concluido la secundaria (y en algunos casos la preparatoria), carecían de la preparación suficiente para las exigencias del mercado laboral local. Fue persistente el que se cuestionara el papel que habían jugado los profesores y el propio sistema educativo.

También pienso que los profesores han bajado mucho la calidad de enseñanza. Creo que a muchos no les interesa la educación; tal vez ellos tampoco tienen dinero, o no sé, pero cada vez enseñan menos cosas en las escuelas y cada vez salen menos preparados (Sonia Díaz).

Mis dos hijas y mi hijo han pedido trabajo donde solicitan inglés y pagan muy bien, y casi no saben nada. El profesor de la escuela fue tan malo que hasta lo corrieron porque no sabía dar inglés [] Por



mientras, les compraba diccionarios y que fueran aprendiendo de ahí palabras, y de la televisión [] porque hay muchas cositas que sí las pronuncian muy bien (Perla Gómez).

LA FALTA DE EDUCACIÓN SIGNIFICA MAYOR ESFUERZO EN EL TRABAJO

Todas las mujeres jefas de familia y/o cónyuges coincidieron en que, para cubrir sus necesidades básicas, su esfuerzo era mucho mayor, por carecer de educación formal. Por ello, sus deseos y acciones estaban orientados a que sus hijos tuvieran una mayor preparación académica.

Si yo hubiera estudiado, tal vez no estuviera sufriendo tanto y no me hubiera costado tanto lo poco que he hecho, y a la mejor hubiera avanzado mucho más (Josefina Escalante).

No teníamos dinero, si no les hubiéramos dado estudios [a mis hijos], porque el no haber seguido estudiando les ha hecho más difícil la vida (María Pérez).

La mayoría de las entrevistadas manifestaron sus deseos de que sus hijos tuvieran una buena calidad de vida. Estas esperanzas de una vida mejor eran más intensas en las familias en fase de expansión del ciclo doméstico, en las que, además, los hijos menores de edad estaban estudiando, por lo que intentaban que la mayoría de sus esfuerzos estuvieran dirigidos a estimularlos y apoyarlos. La aspiración de movilidad social se observó en las familias Barraza, Estrada, Gómez, Morales y Ramos.

Yo lo que espero es que tengan una carrera y que se valgan por ellos mismos, porque yo no espero nada a cambio; si al rato yo



no puedo trabajar y es su voluntad ayudarme, qué bueno; si no, ni modo. Yo lo que quiero es que se realicen, que tengan una carrera, y que no sufran en el futuro. (Adela Barraza.)

Espero que tengan mejor vida que yo, en todos los sentidos y en todos los aspectos, que no se enfrasquen así como yo, en todo: en el estudio, en el trabajo, en su relación de pareja; porque ellas se las escogieron. Yo no quería que tuvieran pareja, no quería que tuvieran responsabilidades, no quería que tuvieran hijos; que vivieran la vida de acuerdo a su edad, tranquilas, sin mortificaciones, pero quisieron tener responsabilidad, que ahora lo asimilen, que le echen ganas a su relación, a sus hijos, que los eduquen mejor que yo. (Lucía Estrada.)

Las familias Fernández, González, Ramírez y Ríos se ubicaban en la fase de expansión. Por diferentes motivos algunos habían dejado de estudiar y otros tenían muchas dificultades para terminar su educación básica, así que su vida presente y futura se tornaba cada día más incierta. Sin embargo, los deseos de que los hijos tuvieran una mejor calidad de vida en el futuro no desaparecían; como si en ellos depositaran la esperanza de cubrir todas las carencias que la familia había vivido.

Yo quiero que mis hijos no sufran lo que yo sufrí, aunque yo a veces no sé cómo; a veces como que se me prende el foquito. Estar batallando, mis hijos están sufriendo, pienso: «voy a hacer esto y el otro», y al otro día me levanto otra vez con lo mismo de que no puedo hacerlo sola; entonces me vuelvo a quedar en lo mismo. Pero ya, poco a poco, pues sí, lo que nunca pensaba que podía hacer, ya lo hice; ya lo dejé a él [esposo], ya lo hice. Pero ahora los niños perdieron otro año, ya perdieron la escuela; porque los niños ya están señalados [en la escuela y en la colonia]. Por qué,



porque ellos [los niños] siempre vieron, conmigo y en mi pareja, pura agresividad; ellos lo miraban normal []. (Martha Ramírez.)
«Yo espero que mis hijos sean unos profesionistas, buenas personas. Como mi'jo, por ejemplo, yo le digo que sea un profesional para que él tenga su propio dinero y gane su dinero, para que no ande todo el tiempo mendingando, nada más a lo del día, a lo del día, que siempre tenga uno un cinco que le sobre, que todo el tiempo no ande apachurrado, que a su esposa y a sus hijos les dé una vida placentera, desahogada. (Rosalinda Ríos.)

RELACIONES INTRAFAMILIARES Y SENTIMIENTOS DE ESPERANZA

ESPERANZAS DE LAS MUJERES MADRES QUE SUS HIJOS SIGAN ESTUDIANDO

Fue persistente la preocupación de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges por brindar la oportunidad a sus hijos e hijas para acceder y permanecer en el sistema educativo. También se observó que las nuevas generaciones de mujeres parecían tener más oportunidades de continuar estudiando; esto es, las madres de familia de formación, o bien las hijas de las mujeres madres entrevistadas con más tiempo viviendo en Tijuana, tenían más años de escolaridad.

Por otra parte, hubo mujeres madres de familia que preferían dedicar más horas de trabajo para que sus hijos continuaran estudiando. En este afán desarrollaban estrategias tales como trabajar tiempo extra; emplearse como domésticas; reducir el consumo de recursos en el hogar; incluso reducir el consumo en alimentos; esto es, comprar menos alimentos o dejar de pagar algún servi-



cio; estas estrategias se intensificaban, sobre todo en temporadas de inscripciones o tareas escolares (Sánchez, Fernández y Torres, 1994; Schmukler, 1998).

Un dato muy interesante que se encontró fue que las mujeres madres de familia prolongaban su ayuda a sus hijas casadas no-residentes que habían decidido reingresar a estudiar. Fue el caso de Lucía Estrada, Sonia Díaz, Ana Andrade e Imelda Esquivel, quienes ayudaban a sus hijas tanto económicamente como con el cuidado de los nietos, para que ellas no volvieran a desertar de la escuela. Este apoyo tenía dos intenciones: favorecer que sus hijas tuvieran un mejor nivel de vida, y protegerlas para que no se sintieran humilladas o desplazadas ante la mejor preparación académica de los yernos. Chant (1988) documentó la motivación que sentían las madres solas para desarrollar estrategias que ayudaran a sus hijas a tener una mejor preparación.

Mi hija ya empezó ahora la universidad. Por ese lado estoy empujándola [a seguir], aunque esté casada. Yo estoy pagando la colegiatura, pero no importa, mientras ella logre seguir en la escuela y logre tener un mejor nivel de vida para ella y para su hija. Porque además él es licenciado en asuntos internacionales; está en un partido político; tiene muchas aspiraciones políticas. A mí no me gustaría que hiciera sentir menos a mi hija, porque no está correcto [] de la escuela que ella está estudiando él no la ayuda, sólo recibe lo que yo le doy; y no creas que tengo mucho. (Sonia Díaz.)

ESPERANZAS DE LOS HIJOS DE SEGUIR ESTUDIANDO

La falta de recursos económicos en la familia había sido uno de los factores fundamentales para que algunos hijos de familia que



tenían el deseo de seguir estudiando, se incorporaran al mercado laboral para alcanzar sus expectativas escolares. Las estrategias que desarrollaron iban desde suspender temporalmente la escuela y juntar recursos suficientes para cubrir las colegiaturas, hasta trabajar para cubrir otro tipo de gastos escolares, como los paquetes de graduación, ropa, útiles escolares y transporte.

Mi hija está trabajando en el «Am Pm» haciendo comida —después de que no le gusta la cocina—. Está cerca su trabajo de la casa; le pagan bien, y pues quiere juntar dinero para entrar a la universidad; quiere entrar a estudiar ingeniero en tecnología; es una ingeniería de algo de computación. (Perla Gómez.)

Feijoó (1999) y Post (2003, p. 38) argumentan que es un riesgo el combinar la escuela con el trabajo en las familias pobres, ya que esta estrategia contribuye a perpetuar la vulnerabilidad social y la pobreza. Sin embargo, el papel que juegan los hijos como proveedores en sus familias y para solventar ellos mismos sus necesidades, aún requiere un mayor análisis; es decir, en la academia se requiere analizar la capacidad de respuesta de los hijos jóvenes para movilizar recursos/activos, resaltar su capacidad de agencia y no dejarlos sólo en un papel de consumidores dependientes.

ESPERANZAS DE LAS MUJERES JEFAS DE FAMILIAS DE MEJORAR SU NIVEL ESCOLAR

Todas las mujeres jefas de familia y/o cónyuges manifestaron su deseo de haber estudiado; sin embargo, estos deseos fueron se enfrentaron a una serie de obstáculos. A la vez, hubo casos en los que



estos deseos no se habían desvanecido por completo. Perla Gómez manifestó su interés en estudiar enfermería una vez que su hijo menor fuera lo suficientemente mayor para valerse por sí mismo. También Martha Ramírez, al reflexionar sobre sus múltiples experiencias laborales, donde percibía escasos ingresos económicos, deseaba reanudar sus estudios. «Si, yo tengo la ilusión de estudiar, aunque sea computación o algo [...] porque ya vas a la fábrica y ya no te toman igual, por los estudios ya tiene que ver y, el salario más que nada». (Martha Ramírez.)

Un aspecto muy alentador fue el hecho de que varias mujeres jefas de familia y/o cónyuges habían logrado concluir su educación básica siendo adultas. Con este propósito habían decidido ingresar a programas de alfabetización del Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA). Esta decisión no sólo parece haber afectado directamente su propia educación, sino que también parece haber sido un estímulo para el resto de los integrantes de la familia. El caso de Imelda Esquivel resalta, sobre todo por la persistencia y dedicación que tuvo para cumplir su sueño, aunque no lo pudo realizar sino hasta que se encontró en la fase de dispersión del ciclo doméstico. En el transcurso de un año logró cursar la primaria y la secundaria; además de asistir regularmente a las asesorías sugeridas por INEA, Imelda leía, estudiaba y preparaba cada uno de sus exámenes sentada en la banqueta donde tenía instalado su puesto de dulces y burritos. Aprovechaba cada uno de los espacios que tenía libres. Al momento de la última entrevista, Imelda había tomado también un curso de primeros auxilios.

Yo acabo de terminar de estudiar la primaria y la secundaria en INEA. Mi ilusión siempre fue ésa, estudiar. A mí de chica lo que siempre me llamaba la atención eran los primeros auxilios y la



secundaria; yo siempre pensé que, si hacía la secundaria, era como un sueño. Desgraciadamente, me sacaron de quinto año porque me pasaron en la tarde y como vivíamos muy lejos de donde estaba la escuela ya no seguí estudiando. Yo cuando miraba a alguien que iba a la secundaria, para mí era lo máximo; era como un sueño que yo tenía. Mi nieta que vive conmigo ahorita va a acabar la secundaria porque se quedó a la mitad de tercero, ya la convencí de que entre a INEA. (Imelda Esquivel.)

Bueno, la primaria la había terminado, pero quité la foto para regalársela al novio,⁵² pues ya estaba mutilada y no me la hicieron válida [] entonces hice la primaria y la secundaria en INEA; me fue muy difícil porque tenía mucho tiempo sin usar mi cerebro, y se me dificultó algo, y más la secundaria [] Eran muchas cosas que nunca había visto. (Lucía Estrada.)

RECAPITULACIÓN

Tener un mejor nivel escolar es un atributo individual y familiar que las mujeres jefas de familia y/o cónyuges visualizan como uno de los principales activos para mejorar su calidad de vida. Las familias en fase de dispersión que se ubican en pobreza multidimensional extrema son las que tienen el más bajo nivel escolar; de hecho, la mayoría son analfabetas. En esta misma condición de pobreza se encuentran los progenitores que no lograron concluir la primaria; debido a problemas económicos y a conflictos en la pareja, sus hijos están en mayor riesgo de no ir a la escuela y por tanto tener baja escolaridad. La situación de vulnerabilidad con

⁵² La entrevistada arrancó la fotografía de su certificado oficial de la primaria para regalarla a su novio, por lo que el documento perdió la validez oficial.



carencias sociales abarca muchos matices: algunos progenitores lograron terminar el nivel básico; sus fuentes de recursos cubren las necesidades de alimentación, mas no las de educación. Las familias en fase de expansión que se ubican en esta situación de vulnerabilidad por carencia social invierten la mayor cantidad posible de sus ingresos para que sus hijos sigan estudiando; sin embargo, no todos sus hijos han logrado ingresar a la secundaria porque los padres no tienen los recursos suficientes para cubrir los requerimientos escolares. En esta misma situación de vulnerabilidad, de las familias que están en las fases de consolidación y dispersión, algunas han logrado que sus hijos estudien más allá del nivel básico, gracias a que ellos han combinado escuela y trabajo. De las familias que se ubican por debajo del umbral de pobreza patrimonial, los mayores de 15 años lograron cursar la educación básica y en algunos casos otros niveles.

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges mencionan que en sus familias de origen, los motivos de la deserción escolar se relacionaron con la migración, la escasez de recursos económicos, el tener que trabajar para ayudar en los gastos de la familia, el ayudar con el trabajo doméstico, el tener muchos hermanos, el alcoholismo y la irresponsabilidad de parte de su padre, y la falta de escuelas.

En las familias de formación también se mencionó el factor económico como el detonante de la deserción escolar; además de conflictos familiares, falta de escuelas, sobre todo para los que habían logrado concluir la educación básica. También se mencionó el no querer seguir estudiando, el ingresar al mercado de consumo, el casarse a temprana edad; el no tener el apoyo de los padres para estudiar lo que se desea. Finalmente, las relaciones desiguales de género fueron una de las principales causas mencio-



nadas por las cuales sus hijos abandonaron los estudios; hacia el interior de las familias, no darle oportunidad a las hijas mujeres de estudiar; al exterior, la falta de estructura de oportunidades; por ejemplo, guarderías, para que las madres adolescentes continuaran estudiando. La escolaridad también se percibe como un recurso/activo para enfrentar los problemas cotidianos.

La escolaridad que han recibido es de mala calidad y no responde necesariamente a los requerimientos del mercado local. El bajo nivel de escolaridad significa un mayor esfuerzo para cubrir las necesidades; por tanto, las mujeres manifiestan deseos de que sus hijos estén mejor preparados.

En cuanto a las relaciones intrafamiliares y los sentimientos de esperanza de lograr un mejor nivel educativo, las mujeres madres adoptan una serie de estrategias, como dedicar más horas al trabajo extra doméstico y reducir el consumo familiar; sobre todo en temporadas de inscripciones escolares. Las mujeres madres prologan el apoyo a sus hijas no co-residentes casadas para que sigan estudiando, tanto como una defensa económica, como una estrategia de protección para no ser humilladas o desplazadas por sus parejas (yernos). Ante la esperanza de alcanzar un mejor nivel de escolaridad, los hijos cuestionan su papel de dependientes-consumidores y potencian su capacidad de respuesta para lograr su deseo escolar. Las mujeres jefas de familia manifiestan su deseo de reingresar a la escuela para mejorar su nivel escolar; sin embargo, parece que quienes lo están logrando son las que se encuentran en la transición entre las fases de consolidación y dispersión.



CAPÍTULO 7. VIDA FAMILIAR Y LOS PROCESO DE VULNERABILIDAD EN LA SALUD

Con el propósito de analizar las experiencias, los significados y las acciones de las mujeres entrevistadas y sus familias para afrontar las situaciones de riesgo a raíz de una enfermedad, en este capítulo se revisa el acceso y las restricciones a los servicios de salud, resaltando tanto los riesgos que enfrentan las familias al no contar con seguridad social, como el impacto que ello provoca tanto en su bienestar objetivo (precariedad material) como subjetivo (percepciones y sentimientos).

Se han escrito informes sobre la relación entre salud y pobreza, que dan cuenta del precario acceso a los servicios médicos en México (Bronfinan, 2003; Ortiz, 1982; Schteingart, 1997; Timio, 1980). Con el fin que la mayor parte de los mexicanos tengan acceso a los servicios de salud, durante las últimas décadas el Estado mexicano ha hecho esfuerzos respecto a la cobertura médica para población abierta, como el seguro popular; sin embargo, para ser derechohabiente de algún servicio de seguridad social como el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) o el Instituto de Servicios de Seguridad Social para Trabajadores del Estado



(ISSSTE), se requiere contar con un empleo formal; esta condición limita a más de la mitad de la población. De hecho, en Baja California, tan sólo 47.9% de las personas son derechohabientes; por tanto, 40.6% no cuentan con este servicio y del restante 11.5% las fuentes oficiales carecen de dicha información. Ante este panorama, el gobierno mexicano, a través de la Secretaría de Salud, es el responsable de atender a toda la población mexicana sin cobertura médica.

La población protegida por la seguridad social es aquella que por estar inserta en el mercado formal de trabajo y haber adquirido los derechos correspondientes para estar afiliado en alguna de las instituciones se encuentra amparada por ella. También es el caso de aquellos familiares dependientes de los trabajadores, ya sea esposa, hijos o padres (Ibáñez, 2006, p. 166).

En este capítulo, cabe preguntar si las personas que integran las familias entrevistadas cuentan con servicios de atención médica y, cuando se enferman, qué acostumbran hacer si experimentan una carencia de recursos económicos; interesa también ver cuáles son los padecimientos y enfermedades que se presentan comúnmente en las familias entrevistadas.

ACCESO Y UTILIZACIÓN DE LOS SERVICIOS DE SALUD

Como se muestra en el cuadro 13, los integrantes de las familias estudiadas tienen un acceso restringido a los servicios de seguridad social. A primera vista se observa un número similar de personas en las familias que se encuentran en situación de pobreza



multidimensional extrema de derechohabientes del IMSS y del ISSSTE; en este sentido, se considera necesario hacer un análisis de las formas en que cada una de estas familias accede a este servicio y hace uso de él. Como estrategia de análisis se toma como punto de referencia el tipo de familia y la composición familiar.

CUADRO 13. ACCESO A SERVICIOS DE SALUD

Familia	IMSS	ISSSTE	SSA	Consultorio, clínica y/o hospital privado	Otro lugar	No se atiende	Total de personas por familia
Escalante	1					2	3
García			1			1	2
Pérez	1		3				4
Osuna	2		2				4
Santana	1		1				2
Fernández			7			1	8
Ramírez			5			1	6
Espinosa			2	1			3
Ríos			3				3
González			6				6
Barraza			12				12
Andrade		1		2	2	1	6
Estrada				2	2		4
Gómez	3		2	1			6
Nieves			5				5
Rodríguez					4		4
Vargas					4		4
Díaz		6	1				7
18 familias	8	7	50	6	12	6	89

Fuente: Elaboración propia con base en entrevistas.



ACCESO Y UTILIZACIÓN DE SERVICIOS DE SALUD EN FAMILIAS QUE SE UBICAN POR DEBAJO DEL UMBRAL ALIMENTARIO

En este primer umbral sólo algunos miembros de las familias Pérez, Osuna, Santana y Escalante son derechohabientes del IMSS; esto se debe a que las instituciones de salud proveen el servicio tomando como criterio la composición de parentesco nuclear y/o parentesco en línea directa ascendente o descendente; es decir, se observó un acceso diferenciado a los servicios de salud para los miembros de cada familia. La composición de parentesco de la familia Pérez es extensa, se encuentra en la fase de dispersión del ciclo doméstico; el proveedor económico principal es Francisco, nieto de la jefa de familia. Él es derechohabiente del IMSS, porque trabaja en una fábrica; sin embargo, nunca ha utilizado los servicios médicos de esta institución. Aunque Francisco tiene un empleo formal (y por tanto es derechohabiente de los servicios de salud), no puede extender este beneficio al resto de su familia, especialmente a su tío Guillermo. Recordemos que en el caso de la familia Pérez, Guillermo (tío de Francisco) requiere cuidados y atención médica especializada, debido a una fractura de cráneo. Al no contar con ningún tipo de seguridad, el resto de la familia Pérez utiliza los servicios del Hospital General y de la Secretaría de Salud.

No obstante el caso de Francisco Pérez y su tío, varias familias acudían a los servicios de salud del gobierno federal, al IMSS en particular. La composición de parentesco de la familia Santana es nuclear en fase de dispersión del ciclo doméstico. Domingo, esposo de Regina Santana, es derechohabiente del IMSS, porque uno de sus hijos no co-residentes pudo afiliarlo en esta institución. Por su parte, Regina se atiende regularmente en un centro de salud de la colonia 3 de octubre, perteneciente a la Secretaría de Salud.



La composición de parentesco de la familia Escalante es nuclear en fase de dispersión, la jefa de familia —Josefina— también es derechohabiente del IMSS, gracias a que un hijo no co-residente la afilió. Este servicio médico lo utiliza con frecuencia, ya que padece diabetes y osteoporosis. Los dos hijos que aún viven con ella no acuden a ningún servicio médico cuando se enferman.

La composición de parentesco de la familia Osuna es extensa en fase de dispersión del ciclo doméstico; Efraín, el esposo de Inés Osuna, al ser pensionado del IMSS, recibe a su vez los servicios médicos tanto para él como para su esposa. No así Guadalupe y Aimé —las dos nietas que viven con ellos—; cuando ellas enferman, por lo general las llevan al centro de salud cercano a su domicilio.

Cuando Severa García requiere servicios médicos acude al centro de salud; mientras que su hijo —que reside con ella— no se atiende. Por otro lado, Margarita Espinosa recurre a servicios privados de salud que le proporciona gratuitamente un amigo. La composición de parentesco de las familias Ramírez y Fernández es nuclear en fase de expansión del ciclo doméstico y con jefatura femenina; cuando ellas o alguno de los integrantes de su familia enferman, también acuden a algún centro de salud.

Con excepción de la familia Gómez, en la que varios de sus integrantes cuentan con el servicio del IMSS, el resto de las familias acuden a los servicios otorgados por el gobierno a través de la Secretaría de Salud. La composición de parentesco de la familia Gómez es nuclear en fase de consolidación del ciclo doméstico.

Gloria y Rodolfo (hijos de Perla) cuentan con el servicio médico del IMSS, ya que laboran formalmente como empleados en tiendas de servicios; sin embargo, aunque en varias ocasiones se han enfermado, nunca han utilizado los servicios médicos de la



institución. También Rita es derechohabiente del IMSS, ya que en la escuela preparatoria donde estudia los alumnos tienen este beneficio. Aunque Rita padece del oído nunca ha utilizado los servicios del IMSS. Cada uno de los miembros de la familia Gómez ha utilizado diferentes tipos de servicios médicos: por ejemplo, Perla y Armando (su hijo menor), acuden al centro de salud cuando se enferman, mientras que José (esposo de Perla), cuando enfermó de apendicitis, de peritonitis y posteriormente de la columna, siempre acudió a servicios médicos privados.

La familia Díaz cuenta con los servicios de atención médica del ISSSTE, que utilizan esporádicamente, debido a que Sonia labora en un centro de salud y aprovecha el servicio médico que ahí proporcionan a la población. Las familias Esquivel y Ramos utilizan los servicios de salud otorgados por el centro comunitario de una organización de la sociedad civil. Cuando alguno de los integrantes de la familia Morales enferma, acuden también a los servicios médicos de la Secretaría de Salud.

PERCEPCIONES EN EL ACCESO A LOS SERVICIOS Y AUTOCUIDADO DE LA SALUD

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges observan que reciben una mala calidad en los servicios de salud; de hecho, lo consideran uno de los principales obstáculos para recurrir a ellos cuando algún miembro de su familia enferma. En este sentido, las familias ven con desconfianza la atención médica.

Yo me he dado cuenta de que aquí [en Tijuana] no hay buenos doctores, como que le echen ganas, tal vez allá pero muy caros,



como que les hace falta estudiar más, estar más preparados, que tengan más competencia para ser mejores. Porque no he tenido buena experiencia con los doctores, sobre todo por la enfermedad de mi esposo, porque lo llevé a muchas partes y nunca me dijeron qué tenía (Imelda Esquivel).

A la vez, a reserva de que varios de ellos contaban con servicios médicos públicos, incluyendo la Secretaría de Salud y, recientemente, el seguro popular, la disponibilidad de medicamentos era insuficiente en estas instituciones. Las familias estudiadas no tienen recursos económicos para cubrir el costo de los medicamentos. En este sentido, hubo varios casos en los cuales las personas, aunque habían acudido a la atención médica, no compraban los medicamentos o no se practicaban los estudios de gabinete y de laboratorio. En el mejor de los casos, retrasaban la atención médica y el seguimiento hasta disponer de un ingreso adicional para costearlos.

Cuando me recetan más medicamento, me espero hasta que tengo dinero o voy a las similares porque es más barato. Siempre tengo que estar viendo qué puedo hacer: si ir al doctor o comprar para comer. (Imelda Esquivel.)

He dejado de hacerme estudios, ahorita me mandaron hacerme unos estudios y no me los he hecho porque sí me salen caros, son como cuatro estudios juntos: osteometría, papanicolau, ultrasonido pélvico y una mamografía. Ya hace como un mes que me los mandaron hacer. (Perla Gómez.)

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges que participan en el mercado de trabajo extra doméstico están conscientes de que trabajar en el sector informal es una de las principales dificul-



tades para acceder a servicios de seguridad social; sin embargo, perciben que puede ser una mejor fuente de ingresos, por lo que deciden no atenderse médicamente para no exponerse a que las despidan, como relata Perla Gómez:

Pero hay otra cosa, que si voy al centro de salud voy a tener que pedir permiso; aquí me van a descontar el día, y quién sabe si hasta me digan: «¿Sabes qué?, ahorita por el momento no te necesitamos», y pues yo necesito del trabajo. Y que me digan «¿sabes qué?, ya no vengas, porque requerimos a una persona que esté más constante.» Salirme a buscar el seguro popular, eso me va a quitar tiempo. No sé, tal vez también eso me favorece, a lo mejor los estudios son más baratos, pero también, si me corren de aquí de dónde voy a sacar. Mucho o poco, me sirve lo que aquí me pagan. (Perla Gómez.)

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges descuidan su salud ante las pesadas cargas de trabajo doméstico y extra doméstico (Oliveira, Eternot y López, 1999; Salles, 1996). De hecho, en algunos casos niegan que sus padecimientos y dolores son producidos por alguna enfermedad. En este sentido retrasan cualquier plan de acudir a un servicio médico. Rosalinda Ríos comentó en diferentes ocasiones que «casi nunca se enferma»; sin embargo, a esta afirmación le seguían comentarios como «seguido me dan mareos», «me duele la cabeza»; «no sé por qué se me cae mucho el cabello»; o «más bien, primero están las necesidades de la casa y después mi salud», o: «seguido me siento mal y lo paso por alto».

En las mismas condiciones se encontraba Aurora Morales, quien informó que tres años antes le detectaron cisticercosis; pero, aunque le seguía dando problemas, «no la sentía como una enfer-



medad». En ambos casos eran mujeres jefas de familias nucleares en fase de expansión y sin redes de apoyo familiar.

RIESGOS Y SIGNIFICADOS

Debido a la reducida cantidad de personas participantes en esta investigación, es imposible hablar de qué se enferman y de qué se mueren los pobres, y mucho menos hacer comparaciones tomando como referencia las estadísticas oficiales; sin embargo, las enfermedades que mencionaron los entrevistados no distan mucho de las primeras causas de mortalidad y morbilidad que se presentan a nivel nacional. En este sentido, los problemas de salud que más se mencionaron son: diabetes, hipertensión, padecimientos del corazón, enfisema pulmonar, infecciones respiratorias, enfermedades gastrointestinales, cáncer, tuberculosis, accidentes y discapacidades físicas. También padecían de depresión, drogadicción, alcoholismo y violencia doméstica.

EL ENFERMAR COMO FACTOR DE RIESGO PARA INTENSIFICAR EL NIVEL DE POBREZA

Las enfermedades que padecen algunos miembros de las familias entrevistadas intensifican el estado de vulnerabilidad social de las familias (González de la Rocha, 2006). Es frecuente observar en varias familias una acumulación de desventajas. Una de las principales preocupaciones de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges es que algún miembro de la familia enferme, sobre todo cuando éste es el principal proveedor.



Entre las familias estudiadas se desarrollan «cadenas de enfermedades», donde una enfermedad se eslabona con otra. Hay situaciones donde un solo miembro de la familia presenta un padecimiento y a éste se le van agregando más enfermedades. En otras situaciones, varios miembros de una misma familia presentan problemas recurrentes de salud. Al final, cual fuera el origen de las enfermedades, terminan por absorber y hundir a la familia en una mayor pobreza. De hecho, una enfermedad puede provocar que una familia experimente una condición prolongada de pobreza aguda.

Carmen González padecía tuberculosis pulmonar. Mencionó que antes de saber el diagnóstico llegó a estar postrada y sin poder levantarse; no podía atender a sus hijos. Bajó mucho de peso y se quedó «sin color». Cuando la llevaron al centro de salud le hicieron estudios y le encontraron tuberculosis; al momento de la última entrevista llevaba casi tres meses en tratamiento y comentó que sentía menos malestares. La capacidad de repuesta para el manejo de recursos y activos, así como algunos atributos familiares son fundamentales para comprender las estrategias que se entretejieron en esta situación. La composición de parentesco de la familia González es nuclear en fase de expansión. Carmen, como jefa de familia, ha llevado la responsabilidad de proveer la manutención de sus cuatro hijos. Cuenta con una sólida red de apoyo familiar: el apoyo de su reciente pareja, quien, además de asumir los gastos de la familia, pide permiso en su trabajo para llevarla a sus consultas médicas; también tiene el apoyo de su madre y hermana, quienes, además de atender a sus hijos, preparan la alimentación y les ofrecen donde dormir mientras ella mejora. Otra de las estructuras de oportunidad que ha aprovechado Carmen es acudir a un centro de salud donde le proporcionan gratuitamente consulta, exámenes de laboratorio y medicamentos; de hecho, le



asignaron a una promotora comunitaria que acude todos los días a su casa para supervisar que se tome el medicamento.

La familia Pérez presenta una situación muy crítica. Al momento de la entrevista, María Pérez tenía cuatro años de haber llegado a Tijuana para cuidar a su hijo Guillermo, quien tuvo un accidente automovilístico al salir de su trabajo. Comenta María que debido a la fractura de cráneo su hijo está inmóvil, por lo que depende de ella para cubrir absolutamente todas sus necesidades. Guillermo tiene poca visibilidad y, aunque escucha, no puede hablar; de hecho, los doctores le explicaron a María que su hijo irá perdiendo los sentidos poco a poco. Guillermo recibe atención médica en el Hospital General de Tijuana, en el cual le proporciona la mayoría de servicios sin costo autorizados por el departamento de Trabajo Social; sin embargo, los gastos no se cubren en su totalidad, pues la familia tiene que pagarle a alguna persona para trasladarlo al nosocomio cada vez que tiene consulta; también tienen que comprar medicamentos y alimentos especiales.

María ha desarrollado algunas estrategias, como utilizar la misma sonda que le proporciona el Hospital General una vez al mes para alimentar a su hijo, pero esto pone a Guillermo en riesgo de contraer infecciones secundarias, o hasta una perforación intestinal. La composición de parentesco de la familia Pérez es extensa en fase de dispersión; sólo tienen un proveedor económico. A sus 70 años y con hipertensión arterial, María es la jefa de familia y asume con total resignación tener que cuidar a su hijo, quien durante muchos años de su vida había sido totalmente independiente de ella.

En el Hospital General le están dando atención, pero tengo que pagar cuando lo movemos en un carrito; nosotros no tenemos carro [] yo no tengo nada. En el hospital siempre me dan una sonda y



uso esa misma para darle de comer; le licuo la comida, la medicina se la doy en el alimento. Me van a enseñar para que yo le haga el alimento en la casa, porque así comprado me sale bien caro. (María Pérez.)

Entre Lucía y Esteban Estrada se ha desarrollado una «cadena de enfermedades». Toda la vida de Lucía ha estado ligada a enfermedades y tratamientos médicos. Lucía fue producto de una violación, por lo cual su madre la entregó a los abuelos para que se hicieran cargo de ella. Los abuelos intentaron darle la atención y la educación que consideraban más convenientes. Para ella, los años que vivió con sus abuelos fueron los más felices de su vida. Sin embargo, ahora cuestiona algunas de las decisiones que ellos tomaron, como no haberla vacunado. Tuvo polio y, como secuela de la enfermedad, Lucía ha padecido parálisis en sus extremidades inferiores toda su vida, por lo que camina con ayuda de muletas. Cuando era niña no tenía movilidad en las piernas y se desplazaba con la ayuda de un perro y de una carreta de madera que su abuelo le construyó. Gracias al apoyo de un grupo de norteamericanos le practicaron varias operaciones y logró caminar; sin embargo, no tuvo una recuperación total. Actualmente tiene serios problemas en las caderas, la columna, las clavículas y los brazos. Debido a estas condiciones de salud recibe terapia física y consume una gran cantidad de medicamentos. A pesar de su condición, Lucía ha trabajado como empleada doméstica en Estados Unidos para mantener a su familia. Durante el último año su salud ha empeorado y, por consecuencia, no trabaja. Cada vez requiere más tratamientos, y aunque sus hijas intentan ayudarle, su situación económica decae dramáticamente. Lucía comenta que siente que el cansancio y el decaimiento se intensifican.



La familia Estrada ha experimentado una condición extrema de pobreza multidimensional durante el último año. Lucía ha dejado de trabajar a raíz de las enfermedades que le imposibilitan caminar o hacer esfuerzos físicos. «Siempre que hay enfermedades, te das cuenta de que no tienes lo suficiente; de que a veces no tienes para comprar el medicamento, que todo afecta. Porque si compras el medicamento, ya te quedaste sin comprar comida.» (Lucía estrada.)

A la vez, su esposo Esteban —quien la había abandonado varios años atrás— regresó a casa con la familia para que lo atendieran, porque él también tiene serios problemas de salud, pues sufrió dos infartos y una embolia. En fechas recientes le detectaron cáncer en la próstata y no tiene acceso a servicios médicos gubernamentales.

La composición de parentesco de la familia Estrada es extensa en fase de consolidación, con jefatura femenina y una sólida red de apoyo familiar. Una de las hijas de Lucía la afilió en servicios médicos municipales, éste es un beneficio otorgado para los empleados del municipio. Ahí le proporcionan la atención médica especializada de segundo nivel, incluyendo consultas, medicamentos, terapias de rehabilitación y algunos exámenes médicos; otros los tiene que absorber ella. Sin embargo, debido a que su hija es empleada por contrato corre el riesgo de perder su trabajo en cualquier momento. El temor a perder estos beneficios se intensifica con cada campaña electoral, seguido del cambio de administración, donde corre mayor riesgo de que la liquiden.

La familia Gómez también enfrenta diversas situaciones críticas de salud, las cuales en un momento determinado fueron la causa principal de la condición de pobreza en que aún se encuentra sumida. José (esposo de Perla Gómez) era dueño de un taller mecánico. Parecía que la familia estaba bien económicamente. Sin



embargo, José enfermó de apendicitis, y se le complicó con una peritonitis, por lo que permaneció hospitalizado durante mucho tiempo. Como trabajaba por su cuenta, no era derechohabiente de institución gubernamental alguna, y recurrió a la atención médica privada; sin embargo, iban a dejar de atenderlo porque la familia no podía seguir cubriendo los costos de los servicios médicos.

La condición de salud de José volvió más vulnerable a toda la familia. Además de gastarse todos los ahorros, su inhabilidad para seguir en el taller mecánico provocó que perdiera su negocio. Durante la convalecencia improvisó un taller mecánico en su casa, pero la falta de herramientas adecuadas provocó que se lastimara la columna. Ante la entrada cada vez menor de recursos económicos (debido a su condición de salud), José decidió emigrar a Estados Unidos, donde trabaja verificando los niveles de contaminación de los carros. Al momento de la entrevista, aunque no se había rehabilitado totalmente, tenía un trabajo con ingresos constantes en Estados Unidos; además se hizo amigo de un doctor que le brindaba servicio médico a cambio de arreglar sus vehículos.

Por eso fue que el taller se decayó; se perdió el negocio. Estuvo internado mucho tiempo, se le complicó la apendicitis y se le convirtió en peritonitis; duró mucho tiempo. Con sus trabajadores trabajaba al 50%; se robaron herramienta, abusaron, no entregaban el dinero que les correspondía pagar; iba e iba y nunca me daban. Le pasaron muchas cosas. Nosotros ya teníamos ahorrado para comprar nuestra casa; si no hubiera sido por la enfermedad de mi esposo ya tendríamos terminada toda la casa; tendríamos una casa bonita, pero pues no sé por qué se enfermó. Después de eso se compuso; duró como unos tres años para poderse componer bien. Después se lastimó la columna y es cuando se fue para allá, para



los Estados Unidos; allá sólo checa smog y le pagan muy poco.
(Perla Gómez.)

Otros miembros de la familia Gómez también han tenido problemas de salud, que parecen complicarse debido a la precaria condición económica que han experimentado durante los últimos años. Por una parte, Rita (hija de Perla), de 16 años de edad, tiene problemas con el oído debido a una malformación; ha recibido poca y deficiente atención médica; debido principalmente a los costos de la consulta especializada. Armando (el hijo menor de Perla), de siete años de edad, tiene bajo peso y baja talla; recientemente padeció de hepatitis, por lo que requiere cuidados especiales en su alimentación; además, constantemente se enferma del estómago y sufre de alergias. Por último, Perla tiene lastimada la columna; ella lo atribuye a diferentes factores. Cree que se debe a que tiene que cargar mercancía pesada, ya que trabaja en un bazar de artículos usados. También cree que esta lesión podría haberse producido al elaborar bloques y trabajar en la construcción de su casa, aunque también lo atribuye a su edad, ya que, al pasar por el climaterio, es posible que se estuviera descalcificando. Perla también padece frecuentemente de la garganta y de alergias; los médicos le han dicho que es consecuencia de trabajar en una segunda y vivir en una colonia sin pavimento y cerca del basurero.

Ubicados en vulnerabilidad por carencias sociales, la composición de parentesco de la familia Gómez es nuclear en fase de consolidación del ciclo doméstico. La familia ha desarrollado una serie de estrategias para contrarrestar los efectos de los riesgos provocados por los estados de salud de todos los miembros del grupo familiar. Dichas estrategias incluyen: la movilización de fuerzas de trabajo (ambos progenitores y los dos hijos mayo-



res), y la disposición de servicios de salud privado de bajo costo en su comunidad.

*ALCOHOLISMO, CONSUMO DE DROGAS, MALESTAR EMOCIONAL,
CONFLICTOS Y VIOLENCIA DOMÉSTICA*

Se entiende la salud no como la ausencia de enfermedad, sino como el estado de equilibrio físico, social y psicológico del individuo. El alcoholismo, el consumo de drogas, el malestar emocional, los conflictos y la violencia doméstica afectan el estado de salud de las personas y de sus familias. Los estudios sobre las relaciones de género y las relaciones familiares en sectores populares han encontrado conflictos, altas cantidades en el consumo de alcohol, violencia doméstica y, recientemente, malestar emocional en las mujeres (González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990; Alatorre, Langer et al., 1994; Barquet, 1997; Oliveira, 1995; Ariza y Oliveira, 2002; 2004; Enríquez, 2005; García y Oliveira, 2006). Sin embargo, hay que ser muy cautelosos al momento de intentar hacer relaciones causales entre la pobreza y estos fenómenos; no es esa la intención de este trabajo.

La pretensión de establecer las relaciones entre condición socioeconómica y existencia o no de violencia contra las mujeres, conlleva el problema de que se trata de reducir un proceso complejo de relaciones sociales a dos variables: el ingreso [] y la existencia de formas de conducta individual relacionadas sobre todo con acciones u omisiones del hombre hacia la mujer, que atentan contra su integridad [] esto podría extenderse a otras formas de relación entre violencia doméstica contra las mujeres y el abuso de alcohol



y drogas por parte de la pareja, el desempleo, etcétera. (Ramírez, 1999, p. 127.)

CONSUMO DE ALCOHOL Y DROGAS

Como se ha venido observando en los temas tratados con anterioridad, el uso de drogas y alcohol y la falta de apoyo de la pareja son temas recurrentes en varias de las mujeres entrevistadas. Esta situación también podría darse en familias no pobres; sin embargo, el hecho de que la pareja (varón) gastara los escasos recursos en el consumo de alcohol y drogas intensificaba la pobreza de las familias.

El alcoholismo es una constante en muchas familias. En la mayoría de los casos no se le percibe como una enfermedad; sin embargo, las entrevistadas señalaron que el alcoholismo de sus padres había sido el principal detonante de la pobreza de su familia de origen, y el alcoholismo de sus parejas ocasionaba serios problemas de salud y económicos por los que habían pasado más de una vez.

Él fuma mucho, antes tomaba mucho, precisamente fue cuando le resultó lo del infarto y la embolia juntos. Se cortó de un sopetón la borrachera y ya tenía varias semanas sin comer. Entonces, fue la gota que derramó el vaso, fue uno de los factores para que le diera el infarto y la embolia —dijo el doctor—. Él tenía que descongestionarse del alcohol con ayuda y yo se lo corté de sopetón. Tuvo convulsiones, le dio fiebre, pero sin ayuda médica se lo corté. Él le pidió ayuda a sus hijas y sus hijas me dijeron que le ayudara; él ya no quería tomar, quería estar bien, y cuando se convulsionaba yo lo



amarraba, porque eran muy fuertes, luego venían las fiebres, luego los escalofríos. Así estuvimos toda una semana, hasta que empezó a salir la resaca. Cuando se dieron cuenta sus familiares vinieron y lo llevaron con el médico, lo atendieron; pero ya había pasado todo lo fuerte. A los meses le dio la embolia porque su organismo estaba muy deteriorado y con lo que pasó de que le corté la tomadera se le desencadenó. (Lucía Estrada.)

También se observa que algunas de las mujeres entrevistadas consumen fuertes cantidades de alcohol, sobre todo cuando están pasando por fuertes crisis tanto económicas como emocionales. Ante situaciones sociales relacionadas con el consumo de alcohol y drogas, Enríquez (2005) encontró que las mujeres manifestaban intranquilidad, y que la preocupación les provocaba dolores de cabeza, falta de energía y variaciones en el apetito. Como formas de regular esas emociones, recurrían a redes de apoyo familiar y de amistades, y cuando carecían de este tipo de apoyo recurrían a la televisión, trabajaban más en los quehaceres domésticos o salían a caminar.

Cuando me enfermé, cuando me enteré de que mi esposo tenía otra mujer, estuve un mes sin comer y tomé, tomé, tomé mucho [] tomé todo un mes y me llevaron de emergencia al hospital. Me alcoholicé, tomé alcohol como si toda mi vida hubiera tomado. Soy alcohólica, no puedo tomar nada de alcohol, se me desarrolló la diabetes y se me subió la presión [] en esa ocasión mis hijas se vieron muy apenadas, avergonzadas porque me vieron en un estado que nunca me habían visto. (Lucía Estrada.)

Uso cigarro y tomo [alcohol], pero nada más cuando me siento mal y no sé qué [] escondida de los niños me tomo unas cervezas, pero no es de diario, me entiendes [] cuando me siento desesperada. (Martha Ramírez.)



Aurora Morales expresa su profunda preocupación porque su hijo de 19 años consume drogas. Ella trabaja como recepcionista en un motel en una de las zonas de tolerancia de Tijuana; ahí diariamente tiene experiencias de alto riesgo con personas que consumen drogas. Como estrategia de prevención, en más de una ocasión Aurora ha llevado a su hijo para que observe el comportamiento de los adictos. Sin embargo, señala que los primos de su hijo, que a su vez son sus vecinos, consumen drogas, y su preocupación se intensifica, ya que su hijo convive constantemente con ellos.

Aurora carece de tiempo para dedicarle a su hijo; además de trabajar por las noches, tiene un empleo durante las mañanas, para acercar más ingresos a la familia. Aunque dice que, hasta donde ella percibe, su hijo no consume drogas, porque no presenta ninguna “actitud” de los adictos, agrega que «no metería las manos al fuego por él».

En situaciones sociales como inseguridad en la colonia y en el entorno urbano, como drogadicción y violencia en la calle, Enríquez (2005) encontró que las mujeres sienten temor e intranquilidad que se manifiestan en dolor de cabeza, trastornos del sueño y variaciones en el apetito; para regular esos estados emocionales, recurren a redes de apoyo familiares y de amistades. Cuando no tienen esos vínculos, buscan formas de protegerse, como no salir o encerrarse en casa.

Los problemas económicos de las familias también se atribuyen al consumo de drogas, sobre todo cuando el adicto es el cónyuge varón, pero también se menciona a los hijos como consumidores de drogas, y, en algunos casos las entrevistadas también han consumido drogas. En este sentido, hay situaciones donde el fácil acceso a las drogas se menciona como parte de la cotidianidad de la



comunidad, como algo natural, algo que ya no es clandestino; por tanto, ya no es necesario esconderse para ofrecer o consumir drogas. Un caso extremo es la situación de la familia González: Sara había sido adicta y su pareja es adicto; consume alcohol y otras drogas. Cuando eran jóvenes, ambos estuvieron internados en el Consejo Tutelar para Menores, debido a su adicción. Al momento de la entrevista Sara, había dejado de consumir drogas; no así su pareja, quien no trabaja ni aporta recursos económicos. Constantemente está drogado y es violento tanto con sus hijos como con Sara, incluso durante sus embarazos. Una situación similar vive la familia Ramírez. El esposo de Martha también se droga y en muchas ocasiones lo ha hecho frente a sus hijos. Por último, cuando Luz Ramos recién conoció y se casó con su esposo, él también era adicto; sin embargo, hace algunos años logró rehabilitarse.

Mi esposo usa cristal y lo consigue con lo que gana cuando trabaja. Cuesta como 50 o 60 pesos cada dosis. Pero él no es drogadicto de los de diario, él no: un día sí, y cuando yo miro que ya le está pasando algo, ya lo deja. Ahorita ya tiene tiempo de que de lo primero [] de por qué se drogaba delante de ellos [de sus hijos], ahora lo esconde en un cigarro como si fuera un cigarro normal y así pues [] sí se droga, pero llega drogado o ya se va. (Martha Ramírez.)
Él [esposo de Luz] ya era drogadicto, cuando vino aquí ya llegó drogadicto, allá en México se usa que cuando están más chicos se bolsean (inhalan) el “chemo”, con tiner o el pegamento, entonces él ya venía con eso. Pero como acá es frontera, se conocen otras drogas, que la mariguana y conoció otras cosas, fue cuando inició con eso. (Luz Ramos.)

En las familias en fase de dispersión se observó que era más frecuente el consumo de alcohol en sus cónyuges, lo que había



influido en su condición de pobreza; sin embargo, en las familias Escalante, García, Andrade, Esquivel y Díaz el consumo de alcohol y/o drogas de alguno de sus hijos varones había provocado tanto conflictos familiares como mermas económicas. Josefina Escalante y Severa García, ambas jefas de familia, compartían su vivienda con algún hijo consumidor de drogas y/o alcohol; de hecho, ellos alguna vez habían formado una familia, pero después de la separación y divorcio regresaron al seno materno.

Fue recurrente una prolongada dependencia económica de los hijos hacia los padres, no obstante que éstos ya rebasaran por muchos años la mayoría de edad; incluso esta actitud se observó aun en los hijos no co-residentes. Esta carga puede llegar a ser demasiado grande. Para Josefina Escalante fue un alivio que su hijo estuviera en la cárcel; su hijo le había generado constantes conflictos y una carga económica y emocional. Josefina comentó que su hijo siempre estaba drogado, hacía mucho escándalo, le robaba lo que tenía, no trabajaba y siempre se metía en problemas. El hecho de que Josefina se sintiera tranquila porque su hijo estuviera en la cárcel para ella no era un indicador de «ser mala madre»; por el contrario, tenía la esperanza de que él se rehabilitara. De entrada, las características personales de Josefina, tales como su edad, condición de salud y de pobreza, a las que se sumaba que su hijo consumiera drogas y dependiera económicamente de ella, la colocaba en un alto nivel de vulnerabilidad.

Malestar emocional

La enfermedad que sufrió José Gómez fue determinante para cambiar no sólo su situación económica, sino el bienestar emocional



de Perla. Aun embarazada, estuvo al pendiente de él, día y noche, por varios meses, en el hospital; además se hizo cargo parcialmente del negocio que él tenía y también seguía atendiendo a sus hijos. En el momento de la entrevista, él tenía seis años trabajando en Estados Unidos; Perla expresó sentir un profundo dolor por la decisión de su esposo de irse a trabajar a Estados Unidos para tener mayores ingresos; ella lo tomó como un acto de incompreensión y de ingratitud de parte de su esposo. Para Perla era más importante que su pareja se quedara a su lado, aunque vivieran con escasos recursos económicos; al final ella sentía un balance negativo tanto en lo económico como en lo emocional.

Ya lo iban a desconectar. Un día antes me dijeron que lo iban a desconectar porque ya no teníamos dinero para pagar, y ya se iba a morir [] mi esposo me dijo: «Yo lo que más siento es que te voy a dejar sin nada, me voy a ir y te voy a dejar sin nada, vas a tener que buscarle». Gracias a Dios sobrevivió, pero me da mucha tristeza que se haya ido [a Estados Unidos] porque yo sufrí mucho con él, estuve con él día y noche cuidándolo en el hospital. Por eso digo: «Por qué me dejó, por qué se fue», eso es lo que más me duele. Gastamos todo el dinero, por eso me da tanta tristeza. Es algo que aún no he podido superar, que me haya dejado tanto tiempo; cómo es posible que después que lo ayudé tanto tiempo me haya dejado. Trataba de justificarlo porque se fue a trabajar, sólo se fue a hacer tonto allá, ahora más que nada yo lo necesito. Ya tiene cerca de 6 años allá [] la gente me dice que él es muy tonto, porque dicen que otra mujer como yo no se la va encontrar en ningún lado. Tengo 22 años de casada, cuando él se enfermó ya casi teníamos 15 años juntos [] Aunque tuviéramos poquito me sentía bien, porque comíamos juntos, no me exigía cierto tipo de comidas —todos esos detallitos—, aunque fuera pobremente, pero comíamos contentos. (Perla Gómez.)



Violencia doméstica

En las familias de Martha Ramírez y Sara González había violencia doméstica. Martha Ramírez empezó a recibir golpes de su pareja cuando éste empezó a tomar y consumir drogas. Las agresiones aumentaban cuando Martha le pedía a Marcos que trabajara para llevar dinero a casa. La violencia doméstica no se limitó al aspecto físico, sino también al sexual; el DIF retiró temporalmente a los niños de la familia porque se sospechaba de abuso sexual, razón por la cual Martha y sus hijos abandonaron la vivienda. Por su parte, Sara también constantemente era golpeada por su pareja, incluso cuando estaba embarazada; Rubén también consumía alcohol y drogas, y no aportaba recursos económicos a la familia.

Yo siempre trabajaba, siempre; [Rubén] me golpeaba cuando empezó a tomar, y [...] ahora se droga, entonces yo no, yo no []
Cómo te dijera, yo no me animaba a dejarlo, a perder lo material:
«¿Y cómo le voy a hacer?». Él siempre me amenazaba con que me iba a matar y que no sé qué, para que yo no lo pudiera dejar.
(Martha Ramírez.)

Relaciones de pareja

La relación de pareja está ligada a lazos matrimoniales de índole legal y/o religioso, aunque cada vez son más frecuentes las uniones consensuadas; independientemente de su condición, éstas implican derechos y obligaciones. La academia ha estudiado este tipo de relación intrafamiliar, y ha procurado explicar de qué manera incide en la condición de pobreza la edad al casarse; el núme-



ro de uniones; la diferencia de edades entre la pareja; los motivos para unirse; las expectativas matrimoniales y las causales de la disolución matrimonial. También su relación con los sistemas de parentesco, de intercambio y de reciprocidad entre las familias (González de la Rocha, 1986; Oliveira, 1998; Oliveira, Eternot y López, 1999; Ariza y Oliveira, 2002a).

En cuanto a la formación de la pareja, la mayoría de los estudios coinciden en una serie de motivos que llevan a las personas a unirse en matrimonio, aquí se rescatan los relacionados con personas en situaciones de pobreza. Se ha encontrado que las mujeres pobres tienden a casarse a edades más tempranas con hombres mucho mayores que ellas y se caracterizan por ser más inestables en su relación de pareja. Los motivos van desde los relacionados con la esperanza de tener un mejor nivel de vida, ante la necesidad de huir de los constantes conflictos en la familia de origen o por miedo a los padres, hasta los casos de las mujeres que buscan compañía, apoyo moral y/o económico (Quilodran, 1989; Beneira y Roldán, 1992; Sánchez, Fernández y Torres, 1994; Oliveira, 1995; Oliveira, 1998; Oliveira, Eternot y López, 1999, p. 217; Ariza y Oliveira, 2002a).

Desde un enfoque tradicional, entre las expectativas con que las mujeres pobres se unieron con su pareja, se encuentran las de índole económica, donde los hombres representan el papel de proveedor. Las mujeres también esperan que su pareja les brinde respeto, compromiso, comprensión, reconocimiento, protección, afecto y amor. En contraste, los cónyuges varones esperan que las mujeres sean amas de casa; que atiendan a los hijos y les guarden respeto, obediencia y exclusividad sexual. Aunque en la vida matrimonial la mayoría de las parejas no han visto cumplidas sus expectativas, siguen unidas por diferentes factores. Entre otros,



por miedo e inseguridad de no poder solventar las necesidades básicas; miedo a los reproches de los hijos, o porque piensan que es lo mejor para ellos; o bien, por anidar esperanzas de un futuro mejor. Esta dinámica de renegociación lleva a constantes relaciones conyugales ambivalentes, donde se presentan diversos conflictos e incluso violencia frente a la negociación, sentimientos de afecto y cariño (García y Oliveira, 1994; Oliveira, 1995; Oliveira, 1998).

Las relaciones de pareja se caracterizan por asimetrías entre los cónyuges; de hecho, en los sectores populares se han encontrado factores como grandes diferencias entre ambos miembros de la pareja; menor escolaridad en las mujeres, lo que parece volverlas más vulnerables. Oliveira (1998, pp. 25-26) encontró que las mujeres podían responder de tres maneras distintas ante estas relaciones asimétricas con sus parejas; sumisión, cuando se comportan marcadamente obedientes con sus esposos; imposición, cuando el esposo ejerce violencia para dominar física y emocionalmente a la esposa y los hijos; cuestionamiento, cuando las mujeres se resisten a la dominación de su pareja. Esta última se manifiesta a través de la negación, la negociación o el conflicto.

Chant (1999) encontró que las mujeres jefas de familia disfrutaban de vivir solas; es decir, sin la presencia de una pareja; sin embargo, también encontró que no en todos los casos la separación ocurrió por su propia decisión. La mayoría de ellas pasó por una larga experiencia de conflictos con su pareja, previos a la separación. La disolución de la pareja rara vez se concreta en divorcio legal; más bien se encuentran en calidad de separadas. También hay un alto grado de mujeres jefas de familia sin pareja, debido a la viudez (Oliveira, Eternot y López, 1999, p. 225; Chant, 1989).



RELACIONES PARENTALES

Las relaciones parentales se han estudiado poco; y menos aún se tiene conocimiento de la relación entre padres e hijos en situaciones de pobreza. Ante los recientes cambios macroestructurales y socioculturales, los retos que ello representa y los arreglos familiares que se están gestando, resulta fundamental explorar de qué manera los progenitores enfrentan su papel de ser madre o padre. En este sentido, las relaciones parentales no se restringen al papel tradicional del padre y la madre, sino que se busca esclarecer una serie de conocimientos, compromisos y habilidades en cada una de las partes —hijos, padres y madres— (Esteinou, 2004).

En una investigación, Chant (1999) encontró una serie de factores que afectan a los hijos de familias inmersas en la pobreza. Estos factores se refieren a la transmisión intergeneracional de la pobreza, a la necesidad de que los hijos se incorporen al mercado laboral a una corta edad, a la deserción escolar y al riesgo de sufrir estigmas sociales.

En este mismo orden de ideas, Feijoó (1999) argumenta que los hijos de los hogares pobres son más vulnerables. Queda pendiente conocer cuál es el papel de los hijos en su relación con sus progenitores ante determinadas situaciones de pobreza; el explorar y documentar su capacidad de agencia (Oliveira, 1995).

Tradicionalmente, al estudiar la relación entre madre e hijos, se hace mayor hincapié en el papel que ellas han asumido. Por una parte, se encuentra la postura de la maternidad, donde «los pensamientos, sentimientos y vida de la mujer giran en torno a los hijos». Por otra, la responsabilidad que se le ha impuesto a las mujeres de cubrir las necesidades materiales y emocionales de sus hijos más allá de los primeros años de su vida; de hecho, se ha



encontrado una estrecha relación entre la participación de la mujer en la vida laboral y su compromiso maternal (Sánchez, Fernández y Torres, 1994; Schmukler, 1998).

En cuanto a la paternidad, los estudios sobre pobreza han dado cuenta de la responsabilidad de los padres de cubrir las necesidades materiales de los hijos, de las consecuencias de no asumirla. El estudio tradicional de la función de proveedor del padre parece estar tomando otros matices; no sólo en las clases medias, sino también en los sectores populares se le está dando mayor importancia al análisis de las relaciones afectivas entre padres e hijos. En este sentido, «la nueva paternidad» parece estar acercando a los padres a asumir compromisos en el cuidado, la protección, educación y socialización de los hijos en la reproducción cotidiana (Ariza y Oliveira, 2002). Sin embargo, no hay que perder de vista que el debilitamiento y abandono del papel paterno aún es persistente en nuestra sociedad (Katzman, 1992).

El reto de ambos progenitores no se reduce a proveer a sus hijos de los insumos materiales mínimos para cubrir sus necesidades básicas; las familias pobres también se enfrentan al reto que representa el cuidar, educar y proteger a los hijos. En otras palabras, las relaciones parentales implican una serie de conocimientos y habilidades para cubrir las necesidades materiales y emocionales de sus hijos (Chant, 1999; Mier y Rabell, 2004).

Conflictos

La dinámica familiar implica una serie de relaciones intrafamiliares asimétricas y jerárquicas entre género y generaciones. Tanto en las relaciones conyugales como en las parentales se experi-



mentan interacciones ambivalentes en la reproducción cotidiana (Ariza y Oliveira, 2004). De entrada, es importante precisar que pobreza no es igual a conflictos o violencia doméstica. Sin embargo, algunos académicos han encontrado relaciones entre situaciones conflictivas y violentas a raíz de experimentar condiciones de precariedad material (Barquet, 1997; Ariza y Oliveira, 2004). González de la Rocha, Escobar y Martínez (1990) hacen una distinción entre el conflicto y la violencia; para ellos el primero tiene una naturaleza instrumental, mientras que la segunda es manifestación de la incapacidad, insatisfacción y frustración de asumir su «responsabilidad».

Diversos estudios sobre relaciones de género en sectores populares o empobrecidos han encontrado conflictos en la dinámica intrafamiliar, los cuales se expresan en forma de violencia verbal y física hacia las mujeres o los hijos; falta de responsabilidad; alcoholismo de algunos de los cónyuges (principalmente del varón); separaciones, divorcios y abandono de los padres (González de la Rocha, Escobar y Martínez, 1990; Oliveira, 1995; Ariza y Oliveira, 2002; García y Oliveira, 2006).

Ciertamente, no todas las familias en situación de vulnerabilidad social experimentan conflictos por la carencia de recursos materiales; tampoco se presentan con la misma frecuencia e intensidad. Cada familia es única y tiene sus particularidades; sin embargo, comparten algunos elementos; por ejemplo, la etapa del ciclo doméstico que atraviesa la familia parece ser un factor fundamental de las relaciones conflictivas. Así, durante la etapa de expansión, las familias se vuelven más vulnerables, debido a que tienen más necesidades y menor fuerza de trabajo disponible.

La dimensión sociocultural no es la causa de la pobreza; sin embargo, coexisten elementos que pueden intensificarla. En este



sentido, González de la Rocha, Escobar y Martínez (1990) encuentran que en los periodos de crisis las familias pobres adoptan estrategias que en el corto plazo les ayudan a sobrevivir; pero en el mediano y largo plazo vuelven más vulnerable al grupo familiar; por ejemplo, sacar a los hijos de la escuela para integrarlos al mercado de trabajo en edades tempranas, limita su oportunidad de educación formal. Las relaciones conflictivas no solamente se presentan entre los cónyuges, sino que también involucran las relaciones parentales; las relaciones con los abuelos; con los parientes políticos; entre nueras y suegros, etcétera.

En conclusión, las relaciones intrafamiliares son útiles para comprender la vulnerabilidad social y los procesos que viven las familias frente a situaciones de pobreza; en este sentido, hay evidencia de que las condiciones económicas precarias y la escasez de recursos pueden incidir en las percepciones y los sentimientos de los individuos y de las familias. Pueden desencadenar conflictos y violencia en la familia; pero también en las relaciones intrafamiliares se desarrollan solidaridades y estrategias basadas en la esperanza de alcanzar una mayor calidad de vida.

Recapitulación

En resumen, en las familias en fase de dispersión en pobreza multidimensional extrema se observó que los adultos mayores cuentan con servicios de seguridad social, gracias a que alguno de sus hijos los afilió, o bien, lo reciben porque son jubilados; mientras que en las familias en fase de consolidación, quienes disponen de este servicio son los hijos jóvenes que se encuentran trabajando en el mercado de trabajo; sin embargo, no utilizan este servicio.



Las familias en situación de vulnerabilidad por carencias sociales gozan de este servicio porque alguno de sus integrantes tiene un trabajo formal. Cuando alguna persona enferma, generalmente acuden a los servicios de la Secretaría de Salud. Los servicios de salud privada los utilizan las personas que tienen ciertas redes de apoyo social; por ejemplo, un médico conocido, o bien, clínicas que ofrecen consultas de bajo costo; entre ellas, algunas que pertenecen a centros comunitarios. Por último, se observó que cuando alguien requiere cuidados médicos especiales, esto altera toda la dinámica familiar. Incluso implica que los trabajadores- cuidadores tengan que pedir constantemente permisos y préstamos para atender a los enfermos, lo que pone en riesgo su trabajo.

Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges perciben que los servicios de salud no siempre son de buena calidad. Aunque reciben atención médica, no siempre tienen acceso a medicamentos; no los compran; no se hacen estudios de laboratorio; en el mejor de los casos, como «estrategia de ahorro» retrasan su atención médica y el seguimiento hasta que pueden asumir el costo. Tienen que elegir entre atenderse médicamente o darle de comer a su familia. Descuidan su salud por atender fuertes cargas de trabajo doméstico y extra-doméstico.

El hecho de que enferme el principal proveedor del hogar es uno de los grandes riesgos para que el nivel de bienestar de la familia se vea dramáticamente afectado. En algunas familias se observó una acumulación de desventajas a raíz de que un miembro de la familia enfermó; en otros casos, hubo más de un miembro del núcleo familiar enfermo. Las complicaciones —de las enfermedades— en algunos casos generaron la incapacidad de tener una rehabilitación física definitiva, la familia tampoco lograba salir de la pobreza. Algunas enfermedades fueron factor de riesgo



para perder el empleo, el negocio, los ahorros y los planes futuros. El no tener servicios de seguridad social, debido a que trabajan en el sector informal o por cuenta propia, vuelve más vulnerable a toda la familia; sin embargo, la capacidad de respuesta de los individuos y las familias para acceder y manejar recursos/activos ha sido determinante para enfrentar los riesgos sociales y económicos que generan las enfermedades.

El estado de salud de las mujeres entrevistadas y de su familia no se refiere únicamente al componente físico. En las relaciones intrafamiliares se generan conflictos, violencia doméstica, consumo de alcohol y/o drogas, lo que afecta tanto la condición de pobreza de la familia como el estado de salud social y emocional de la mujer jefa y de los demás integrantes de su familia. La composición de parentesco, la etapa de ciclo vital, así como las redes de apoyo familiar constituyen una pieza clave para comprender de qué manera estos fenómenos sociales afectan a la familia.

Se observó que la mitad de las familias que se ubican en pobreza multidimensional extrema enfrentan diariamente estos riesgos. En seis de las siete familias en fase de expansión predomina el consumo de alcohol y/o drogas en los cónyuges varones y las mujeres jefas de familia, que, aunque no se declaran adictas, cuatro de ellas sí han recurrido alguna vez al consumo de alcohol y/o drogas para mitigar o manejar los sentimientos de angustia y ansiedad ante la situación de precariedad económica y conflictiva que están viviendo. En tanto, en seis de las nueve familias en fase de dispersión se mencionó la presencia de conflictos, violencia y/o consumo de alcohol y drogas que afectaban la condición de precariedad material de la familia y además generaban sentimientos de angustia, ansiedad y desesperanza.





CONCLUSIONES

En el marco de la desigualdad social, a lo largo de los siete capítulos de esta obra se ha buscado comprender la relación entre la vulnerabilidad social y la vida familiar; es decir, cómo un grupo de familias experimenta, significa y enfrenta la pobreza, tomando como referencia la voz de mujeres jefas de familia y/o cónyuges (informantes clave), quienes exponen su trayectoria de vida familiar frente a situaciones de pobreza.

Tomando como categorías analíticas el tipo de familia (residencial e interacción), composición de parentesco (nuclear, extensa o compuesta), estructura familiar (ciclo doméstico: expansión, consolidación y dispersión) y condición de vulnerabilidad —o de pobreza (pobreza multidimensional extrema, vulnerabilidad por carencias sociales)—; en primer lugar, se buscó analizar las experiencias que viven las familias en el proceso de lograr su bienestar objetivo, para lo cual fue pertinente recurrir a la vulnerabilidad como marco normativo; es decir, ante un contexto macroestructural y económico desigual, caracterizado por la persistente exposición al riesgo y una limitada estructura de oportunidades, se



analizó el proceso por el que pasan los individuos y las familias al desarrollar estrategias para acceder y movilizar recursos/activos para lograr el bienestar objetivo (fuentes de recursos, consumo y precariedad familiar, vivienda, educación y salud).

En la segunda parte se exploraron los significados que construyen las mujeres jefas de familia y/o cónyuges en el proceso de buscar mejores condiciones de vida; es decir, qué percepciones y sentimientos se desencadenan en las mujeres entrevistadas y se atribuyen a su condición de pobreza (satisfacción, ansiedad, angustia y esperanza).

En la tercera parte se buscó analizar los conflictos y las solidaridades que se generan en las relaciones intrafamiliares, vinculados con la privación objetiva. Es decir, qué conflictos y solidaridades crea la cónyuge o jefa de familia con su pareja al experimentar situaciones de pobreza; qué sentimientos vive la mujer madre o jefa de familia ante su «responsabilidad» de cubrir las necesidades básicas de sus hijos; qué conflictos y solidaridades experimenta la madre o jefa de familia con sus hijos ante situaciones de pobreza. En la última parte se concentran una serie de reflexiones y conclusiones finales.

VIDA FAMILIAR Y PROCESOS DE VULNERABILIDAD SOCIAL

La desigualdad y la vulnerabilidad social son rasgos persistentes en América Latina y México. De hecho, más de la mitad de la población vive en condiciones de pobreza multidimensional, caracterizada por altos niveles de precariedad en el empleo, en los ingresos, en la escolaridad y en la salud. En resumen, la población de América Latina y México vive en un estado de precariedad



generalizada entremezclada con altos niveles de vulnerabilidad social. Ciertamente, las familias estudiadas en esta investigación también experimentan altos niveles de desigualdad y vulnerabilidad social y, por ende, pobreza; entonces, ¿qué rasgos distintivos presentan las situaciones de pobreza en la vida familiar de las familias estudiadas en esta investigación?

Fue interesante encontrar que, a reserva de la persistente exposición al riesgo y de las múltiples situaciones de pobreza que han experimentado las familias en Tijuana, la mayoría de las entrevistadas no se autodefinen como pobres. Las mujeres jefas de familia y/o cónyuges definen a una persona pobre como «alguien que no tiene nada para comer, que no tiene un techo, que no tiene con qué cobijarse.»

Aunque reconocen que en Tijuana hay muchas personas pobres que no tienen apoyo de nadie —ni del gobierno, ni de la sociedad, ni de su familia— no sienten que compartan su condición de pobreza con estas personas. López y Ordóñez (2006) lo atribuyen a que las personas pobres en Tijuana toman como punto de referencia previas condiciones de pobreza más agudas en sus lugares y familias de origen.⁵³ Además de las razones antes expuestas, para las mujeres entrevistadas reconocerse como pobres en Tijuana implica, de cierta manera, asumir que no se tiene la «capacidad de aprovechar el sinnúmero de oportunidades» que en el imaginario colectivo ofrece esta frontera.

⁵³ «[...] Bajo esta premisa proponemos la hipótesis de que, aunque en las familias de formación de las jefas persiste una situación de pobreza heredada de sus padres, se trata de una situación diferente, ya que de la precariedad rural han pasado a la pobreza urbana, cuyas características se refieren tanto a las necesidades materiales y humanas como a la visión de sentido común con que las mujeres interpretan estas experiencias» (López y Ordóñez, 2006, p. 248).



EXPOSICIÓN AL RIESGO

Uno de los elementos fundamentales que atraviesa todo el trabajo es la vulnerabilidad social que experimentan las entrevistadas, lo que las expone a mayores riesgos y a sufrir con mayor rapidez y con mayor intensidad el impacto de la desigualdad social. La violencia en todas sus modalidades es un tema recurrente en todas las entrevistas. Para las familias pobres, el grado de exposición al riesgo en Tijuana está presente en diferentes niveles. La violencia en la ciudad ha generado desconfianza en la gente; antes se podía llegar a una casa y pedir trabajo; ahora no, y eso reduce las oportunidades. La violencia y el vandalismo en la colonia se han vuelto una costumbre, sobre todo el fácil acceso a las drogas. En el interior de algunas familias también se observa tensión —consumo de drogas, tanto en hombres como en mujeres; abuso en el consumo de alcohol; conflictos y violencia intra-doméstica—, aunque estos fenómenos también se presentan en familias no pobres, el hecho de que las familias entrevistadas vivan en precarias condiciones socioeconómicas, a lo que se suma su situación de vulnerabilidad, parece intensificar la forma en que la experimentan, la significan y la enfrentan.

Las situaciones de pobreza que han experimentado algunas familias no sólo las ha enfrentado a padecer carencias materiales, sino que, debido a la estrechez de las estructuras de oportunidad, sus vidas se tornan más difíciles al acumularse una serie de desventajas sociales como la falta de empleo; la deserción escolar; el haber tenido más de una pareja; la violencia doméstica; el consumo de alcohol y drogas.



ESTRUCTURA DE OPORTUNIDADES

Independientemente de la edad y del ciclo de vida familiar, la mayoría de las entrevistadas coincidió en que había salido de sus lugares de origen escapando de condiciones de pobreza; migraron a Tijuana en busca de trabajo y de mejores oportunidades para sus familias. El balance general entre «allá en el sur, aquí en Tijuana» dista mucho de estar a favor o en contra; de hecho, más bien es una imagen matizada por (des)ventajas, las cuales no siempre tienen límites bien definidos. Por un lado, encontramos que vivir en Tijuana implica experimentar altos niveles de vulnerabilidad, precariedad en la vivienda y los servicios, aislamiento y falta de apoyo de redes familiares y, por otro lado, Tijuana representa para las familias pobres mayor acceso a fuentes de recursos, incluyendo una gran cantidad de redes sociales de apoyo; también representa no sentir discriminación por ser pobres.

Para las familias pobres las oportunidades tienen una doble cara; esto es, ser pobre en Tijuana representa tener mayor probabilidad de cubrir algunas necesidades básicas y de consumo de su familia, pero no necesariamente lograr la calidad de vida familiar. Tener, pero la mayoría de las veces desechos; acceder a servicios escasos y de mala calidad; en las fuentes de recursos, buscar, salir y encontrar, pero siempre a medias; es decir, trabajo formal inestable y mal remunerado; trabajo informal accesible, pero sin seguridad social y precarios ingresos. Sin embargo, la estructura de oportunidades también representa tener siempre esperanza, planes, y ver hacia el futuro aunque sea con inseguridad e incertidumbre.

A manera de síntesis, Tijuana es un lugar donde las familias pobres sólo *sobreviven*, pero no salen de la pobreza. Donde los in-



gresos son suficientes sólo para sobrevivir. Una ciudad que mantiene a los pobres en la pobreza.

En otro orden de ideas, encontramos redes sociales de ayuda en dos direcciones; por una parte, en las familias en pobreza multidimensional extrema, las redes de parentesco como principal componente de la estructura informal de oportunidades, presenta serias limitaciones en esta ciudad.

Las familias de residencia carecen de redes de apoyo familiar para enfrentar su condición de pobreza, pues, aunque tienen parientes en la ciudad, pocas veces es posible contar con ellos, ya sea porque también experimentan condiciones de pobreza, porque viven en colonias alejadas o porque prefieren evitar conflictos.

En las familias que se ubican en situación de vulnerabilidad por carencias sociales, la interacción con parientes no co-residentes, más que una red de apoyo social, se convierte en una dependencia que perpetúa la condición de pobreza; por ejemplo, tener que cuidar o hacerse cargo del cuidado y la manutención de nietos. Las redes de apoyo familiar tienden a presentar mayores niveles de reciprocidad; las redes de apoyo familiar tienden a presentar mayor dependencia de los hijos casados no co-residentes, situación que parece repercutir directamente en la condición de pobreza de las familias estudiadas.

La cercanía de Tijuana con Estados Unidos juega un papel fundamental en este estudio. La presencia de estadounidenses también es constante en la ciudad, en las colonias y en las vidas de las familias pobres. Esta situación ha creado un fuerte vínculo entre algunas familias pobres y grupos caritativos de norteamericanos, que mantienen una larga presencia en Tijuana, donando a comida, ropa y juguetes; ayudan a construir casas y centros comunitarios y organizan eventos en días festivos. Algunos de



ellos llevan a cabo estas acciones de asistencia social con fines caritativos, mientras que otros tantos lo hacen con fines de propaganda y atracción religiosa.

CAPACIDAD DE RESPUESTA

La movilidad de fuerzas de trabajo e ingresos representa una de las principales fuentes de recursos para las familias pobres. Las familias ubicadas con pobreza multidimensional extrema carecen de redes de apoyo familiar, disponen de una menor cantidad de fuerza de trabajo y participan menos en el mercado formal. En contraste, las familias de interacción ubicadas por debajo del umbral de capacidades y patrimonial tienen una mayor movilidad de fuerza de trabajo en el sector formal, debido a que están integradas por personas en edad productiva, en la transición entre las fases de expansión y consolidación del ciclo doméstico, y cuentan con la participación de parientes no co-residentes.

Las familias recurren a estrategias para generar más ingresos, como incrementar el número de horas extras en el trabajo o incorporar a las mujeres cónyuges e hijos al mercado de trabajo; pero también se observaron estrategias de reproducción para mejorar la fuerza de trabajo. La necesidad de las familias pobres de obtener una mejor calidad de vida en muchas ocasiones las lleva a Estados Unidos, que se convierte en muchos de los casos en una de las principales opciones. En este sentido, tres de las mujeres jefas de familia que en algún momento de su vida habían logrado obtener una visa estadounidense, aprovechaban este activo tangible para cruzar «al otro lado» y trabajar como empleadas domésticas, cuando habían dejado de contar con el apoyo económico de su



cónyuge. También se dio la situación de que otros miembros de la familia, ya fuera el esposo o los hijos, cruzan «al otro lado» en repetidas ocasiones para trabajar y solventar los gastos familiares, independientemente de tener o no pasaporte o permiso para trabajar. Esta estrategia les permite cubrir momentáneamente sus necesidades básicas y de consumo, pero en ninguno de los casos estudiados dieron cuenta de que trabajar en Estados Unidos resolviera en forma definitiva su condición de pobreza.

Las estrategias de consumo familiar implicaron acciones que iban desde administrar los recursos, situación que no siempre fue posible, debido a la dependencia prolongada de los hijos no co-residentes, o bien, por al consumo de alcohol y/o drogas de cónyuges o de hijos varones que habían regresado a casa después de un fracaso matrimonial. Los recortes en el consumo de alimentos fueron una de las principales estrategias utilizadas por todas las familias. Con excepción de las familias de dispersión en pobreza multidimensional extrema, el consumo no se restringió a alimentos básicos, sino que las entrevistadas buscaban variedad. Aquí se observó el consumo de bienes y productos de desecho o de segunda mano en mercados sobre ruedas.

En cuanto al proceso de adquisición de un terreno, autoconstrucción de una vivienda, equipamiento e introducción de servicios públicos, las familias de residencia mostraron menor capacidad de respuesta, debido a que disponían de una reducida fuerza de trabajo, menores ingresos, estaban en la fase inicial de expansión y final de dispersión y además carecían de redes de apoyo familiar, no obstante el haber logrado hacerse de un terreno y de una casa de una sola habitación aunque en precarias condiciones; esto había sido un importante logro que representaba seguridad para las entrevistadas. Las familias de interacción en



fases de consolidación y dispersión tenían mayor capacidad de respuesta para adquirir una vivienda menos precaria que las de las anteriores. Las entrevistadas manifestaron satisfacción por la vivienda que tenían, e incluso mencionaron planes de ampliación y mejoramiento de su casa.

Las familias en fase de dispersión con pobreza multidimensional extrema son las que presentaron menor nivel de escolaridad; de hecho, la mayoría de las entrevistadas y sus cónyuges son analfabetos. Los hijos de las familias en fase de expansión con pobreza multidimensional extrema tienen altos niveles de vulnerabilidad, lo que les ha privado de la oportunidad de asistir a la escuela. En cambio, en las familias con vulnerabilidad con carencias sociales, los progenitores cuentan con nivel escolar básico, logran también brindar educación básica y preparatoria a sus hijos, siempre y cuando éstos se incorporen al mercado laboral y combinen escuela con trabajo.

Los motivos de deserción escolar entre las familias de origen y las familias de formación tienen varios puntos de encuentro, como la escasez de recursos económicos; la incorporación de los hijos al mercado laboral a temprana edad; los conflictos familiares y las relaciones desiguales entre géneros; sin embargo, en las familias de formación se mencionó también el que los hijos no quisieron seguir estudiando, pues al entrar al mercado de trabajo entraron también al mercado de consumo.

Las mujeres jefas de familias han desarrollado estrategias para que sus hijas casadas no co-residentes continúen estudiando. También se mencionó la capacidad de los hijos jóvenes de incorporarse al mercado laboral con la intención de solventar su deseo de continuar estudiando, superando así su papel tradicional de dependientes pasivos. Finalmente, también se manifestó el deseo de



seguir estudiando de las mujeres jefas de familia y/o cónyuges; sin embargo, esta ilusión sólo se presentó en aquellas mujeres en la transición entre las fases de consolidación y dispersión en familias con vulnerabilidad por carencias sociales.

*SIGNIFICADOS: PERCEPCIONES Y SENTIMIENTOS /RELACIONES
INTRAFAAMILIARES (CONYUGALES Y PARENTALES)*

En este estudio se ha visto cómo en el diario vivir de las familias pobres se experimenta una constante incertidumbre para atender una serie de necesidades básicas para la supervivencia. En este sentido, la relación de pareja parece jugar un papel fundamental; en otras palabras, la presencia o ausencia, el apoyo o no de la pareja impacta la manera en que se enfrenta la condición de pobreza, y se experimentan o no situaciones usuales a ella, como la violencia doméstica, el alcoholismo y la distribución asociada con los roles asignados tradicionalmente al género femenino.

Entre los conflictos en las relaciones de pareja que mencionaron las entrevistadas se encontraron la inhabilidad para reponerse de crisis relacionadas con el trabajo o la salud, lo que provocó cambios de carácter y frustración de parte de sus parejas. También se encontró la dificultad para expresar los sentimientos y la sexualidad, principalmente por la falta de espacio físico en la vivienda. De igual forma se mencionó la infidelidad, la violencia intradoméstica, la drogadicción, el alcoholismo, al abandono y la incapacidad de sostener el papel tradicional de jefe de familia proveedor.

De hecho, sólo la mitad de las mujeres entrevistadas mencionaron tener pareja al momento de la entrevista; sin embargo, durante el recuento de la trayectoria de vida familiar se mencionó



en más de una ocasión el papel que había jugado la presencia de una pareja, y cómo ésta había sido determinante en la forma en que se había experimentado, significado y enfrentado la pobreza. Uno de los aspectos sobresalientes fue la complejidad de los diferentes arreglos de pareja; en este sentido, el estado civil no se restringió a las categorías censales, sino que incluían una serie de variantes que cambiaban constantemente con el curso de vida de las mujeres.

En cuanto al apoyo de la pareja, el balance no parece del todo alentador. De las nueve mujeres que mencionaron tener pareja en el momento de la entrevista, cuatro de ellos no trabajaban: el primero estaba jubilado, el segundo enfermo; el tercero era consumidor de drogas, y el cuarto —después de una serie de fracasos en su negocio de cerrajería— había decidido quedarse en casa y dejar de trabajar.

El apoyo del cónyuge varón se presentó en tres vertientes: la primera era el apoyo tradicional, donde él era el único proveedor y ella el ama de casa. El segundo fue el apoyo mutuo; por una parte, éste se presentó de una manera continua cuando el jefe de familia era el principal proveedor y ella apoyaba en labores extra domésticas para contribuir al ingreso familiar; por otra parte, el apoyo mutuo fue intermitente cuando ella realizaba algunas acciones para apoyar a su pareja para que éste se capacitara más y lograra obtener un mejor empleo. El tercero fue el escaso o nulo apoyo de la pareja; por tanto, las mujeres jefas de familia se habían convertido en las principales proveedoras; de hecho, esta situación se presentó en la mayoría de las familias estudiadas. También se observó una relación entre la importancia de cubrir las necesidades básicas de la familia y una serie de conflictos en la pareja. Se mencionaron como causas de conflictos entre la pareja los escasos ingresos que



obtenían; la inhabilidad para reponerse de enfermedades y reincorporarse a la vida laboral; la dificultad de compartir su sexualidad, por falta de espacio físico, y la utilización de los recursos familiares para el consumo de alcohol y drogas. Estas situaciones parecían desenlazar conflictos en la pareja que iban desde la frustración, ciertos roces, discusiones y desacuerdos, hasta violencia física cuando alguna de las mujeres exigía más apoyo. En las familias donde se experimentaban constantes conflictos, varias de las entrevistadas mencionaron que habían preferido prescindir de la presencia de una pareja.

La relación entre padres e hijos generaba sentimientos encontrados, que iban desde la responsabilidad de cubrir sus necesidades básicas y de consumo; desarrollar habilidades especiales para brindar mayor protección y educación a los hijos, hasta las que tenían que ver con las expectativas de su vida futura, pero también con la desilusión y la dependencia prolongada. El balance entre las obligaciones, expectativas y logros en varias situaciones excluyó el apoyo de la pareja y la reciprocidad de los hijos.

Se observó que la llegada de los hijos cambiaba la situación familiar, incluyendo la condición socioeconómica. Algunos de los sentimientos que se experimentaron en la relación padres-hijos parecían relacionarse con su situación de pobreza. Así, las entrevistadas sentían angustia por tener que dejar a sus hijos solos para salir a trabajar, debido a que carecían de redes de apoyo social y familiar. Por su parte, los hijos experimentaban sentimientos de rechazo, vergüenza, inseguridad, maltrato y presión, debido a la precariedad y a la falta de oportunidades. De hecho, en algunos casos estos sentimientos se intensificaron por la ausencia del padre.

A la vez, las jefas de familia y/o cónyuges manifestaron expectativas de que la vida futura de sus hijos fuera mejor. En este



sentido, dirigían sus esfuerzos a estimular y apoyar a sus hijos, sobre todo en los casos en los que tenían hijos menores de edad. Pero no todas las familias podían brindar mínimas oportunidades a sus hijos. Hubo casos en los que, aun cuando tuvieran deseos de una mejor calidad de vida para sus hijos, su presente y futuro eran inciertos; ya fuera porque no los habían registrado y no iban a la escuela, o porque ambos padres carecían de la posibilidad de cubrir sus necesidades mínimas. O todas las anteriores.

Si bien en el momento de la entrevista no todos los hijos que las mujeres habían procreado vivían con ellas, varios de los hijos casados no co-residentes seguían dependiendo económica y emocionalmente de ellas. Estas situaciones se presentaron cuando alguno de sus hijos consumía alcohol o drogas; pero también cuando los hijos seguían consumiendo recursos de sus padres, mostrando así falta de reciprocidad hacia ellos.

REFLEXIONES FINALES

El haber pedido a las entrevistadas que compartieran su trayectoria de vida familiar frente a la pobreza para comprender los procesos de vulnerabilidad social, les provocó sentimientos encontrados. Durante cada una de las sesiones se removieron sentimientos al recordar dolores, revivir muchas situaciones que pensaban ya habían quedado atrás, pero que al relatarlas aún dolían. Al final, algunas mujeres reflexionaban cómo una y otra vez se habían repetido los mismos patrones, los mismos errores. A la vez, en la mayoría de las entrevistas, las mujeres jefas de familia y/o cónyuges dieron las gracias por haber sido escuchadas.

Por mi parte, me llevo una valiosa experiencia como científica social, y como ser humano y mujer. Como científica social, apren-



dí que estudiar los procesos de vulnerabilidad social es una tarea ardua de la que mucho se ha escrito, pero también que, mientras permanezca el fenómeno de la pobreza en tales dimensiones (de población), habrá muchos pendientes por tratar. Aprendí también que es necesario tener medidas estandarizadas para saber quién es pobre y cuál es la intensidad de la pobreza; aprendí que cuando se trata de estudios cualitativos, las medidas estandarizadas —aunque muy útiles para describir la condición de pobreza de la familia entrevistada, al final terminan siendo arbitrarias y poco válidas para incorporar tanto los procesos como la subjetividad—.

Reforcé también mi convicción profesional de que las personas y las familias no son números. Cada familia es única, su experiencia, procesos, percepciones, sentimientos, deseos y esperanzas son infinitos; sin embargo, también tienen muchas experiencias en común que pueden ayudar a construir referentes y categorías analíticas. De cada una de las jefas y/o cónyuges informantes y de sus familias también aprendí la perseverancia y la esperanza de vivir mejor.

CONSIDERACIONES METODOLÓGICAS

Este anexo metodológico expone las estrategias tanto metodológicas como operativas desarrolladas para atender los fines de este estudio: el análisis desde un enfoque multidimensional de la pobreza en un grupo de familias de escasos recursos en la ciudad de Tijuana, proeza que sólo pudo ser emprendida a través de la combinación metodológica.

La estrategia implicó, en primer lugar, partir de la metodología cuantitativa para ubicar la condición socioeconómica de las fa-



milias. En segundo lugar, se recurrió a la metodología cualitativa para conocer las experiencias de vida de las familias ante una serie de situaciones de pobreza. Esta decisión abrió un espacio de oportunidad para escuchar, desde la perspectiva de los entrevistados, los procesos de experimentar, significar y enfrentar la pobreza a través de la reproducción cotidiana de prácticas, costumbres y valores de las familias.

Se recurrió a los *estudios de casos* múltiples holísticos, los cuales tienen como propósito capturar las circunstancias y condiciones de una situación cotidiana a través de una cadena causal de hechos. Son casos *múltiples*, porque el patrón común fue un grupo de familias pobres; son *holísticos*, porque buscaban recuperar todos los datos posibles para reconstruir la vulnerabilidad social —datos relacionados con las condiciones y la exposición al riesgo, la estructura de oportunidades, la capacidad de respuesta, y la condición de pobreza familiar—; además, información relacionada con los significados atribuidos a la pobreza. Como se observa, esta investigación se inclina hacia una propuesta cualitativa; sin embargo, también utiliza datos cuantitativos como fuentes de información (Yin, 2003).⁵⁴

A continuación se describen los alcances y las limitaciones del proceso de investigación, entre los cuales destacan: la selección del escenario; la unidad de análisis; las técnicas y los instrumentos para la recolección de datos; el trabajo de campo; el procesamiento de la información y, por último, el plan de análisis.

⁵⁴ «La realidad concreta de la investigación social nos informa una y otra vez de la insuficiencia abstracta de ambos enfoques tomados por separado, pues los procesos de la interacción social y del comportamiento personal implican tanto aspectos simbólicos como elementos medibles [...]» (Ortiz, 1999, p. 88.)



SELECCIÓN DEL ESCENARIO

La decisión de elegir Tijuana como el lugar de investigación tuvo varios propósitos y ventajas, entre los cuales destacaron: 1) La motivación, que surgió a raíz de mi práctica profesional como trabajadora social, donde tuve la oportunidad de intervenir en una serie de organizaciones públicas y de la sociedad civil con personas, familias y comunidades en condiciones de pobreza en Tijuana. Esta experiencia me hizo reflexionar, por una parte, sobre el impacto que tienen las acciones de los profesionales que intervienen directamente en fenómenos sociales —en este caso, la pobreza—. Por otra parte, también me enfrenté a la escueta respuesta que ofrecen a las familias las políticas, las instituciones y los programas sociales, ya sea a nivel federal, estatal y municipal. Ciertamente, esto me llevó a una infinidad de proyectos de investigación; sin embargo, mi preocupación desde el principio fue sistematizar cómo experimentan, significan y enfrentan la pobreza las personas en un contexto caracterizado por la persistente exposición al riesgo, producto de condiciones macroeconómicas que favorecen la desigualdad y vulnerabilidad social.

2) El *segundo propósito* surgió de la revisión bibliográfica de los antecedentes de los estudios de pobreza en Tijuana; encontré un mayor desarrollo de investigación *cuantitativa* y una escasa producción *cualitativa* de la pobreza. Por lo que fue necesario retomar los numerosos aportes que se han hecho sobre el tema en otras latitudes, a saber: a) Género: González de la Rocha (1986); Acosta (1991); Barquet (1991); Alatorre (1994); Kusnir (1997); Enríquez (1998); Riquer (1998); Bastos (1999); Ribeiro (1999); Salles y Tuirán (1999). b) Marginación y cultura de la pobreza: Lewis (1959, 1986); Harrington (1962); Gans (1969); Arreola



(1974); Lomnitz (1975); Pardo (1983); Burton (1992); Gutmann (1994). *c)* Participación social y representación: Astoreca y Urzúa (1987); Palomar (1998); Aguilar y Medrano (1999); Castillo, Patiño y Zermeño (2001); Vasilachis (2003). Esta estrategia me llevó a otras interrogantes acerca de la especificidad de la pobreza en esta ciudad fronteriza.

3) En tercer lugar, yo contaba con una serie de *antecedentes empíricos* sobre el fenómeno de la pobreza en Tijuana; esto es, había tenido contacto directo con personas, familias y comunidades pobres, así como con una cantera de información sobre el tema (expedientes de casos de intervención social). En otras palabras, el haber ejercido en una serie de organizaciones sociales y comunidades me permitió adquirir conocimientos del escenario de investigación; a su vez, me abría las puertas con mayor facilidad para desarrollar el trabajo de campo. Por último, la decisión de elegir Tijuana como lugar de investigación tuvo que ver con los limitantes de recursos y tiempo para el desarrollo de este proyecto. En este sentido, parecía una ventaja el vivir en la ciudad, ya que eso reduciría los costos económicos, temporales y espaciales.⁵⁵

FAMILIAS PARTICIPANTES EN LA INVESTIGACIÓN (UNIDAD DE ANÁLISIS)

Para seleccionar la muestra analítica partí de la idea de que la pobreza tenía muchos rostros, de que había una infinidad de maneras de estudiarla, y de que mi interés era analizar las experiencias, ac-

⁵⁵ «La presión por obtener resultados en los estudios subsidiados o por escribir disertaciones puede limitar severamente la cantidad de tiempo que el investigador puede limitar a un estudio [...]» (Taylor y Bogdan, 1998, p. 105).



ciones y significados frente a condiciones de precariedad material; en este sentido, es necesario no perder de vista que el interés es estudiar el proceso de vulnerabilidad social en la vida familiar, lo cual implica lógicamente pensar a la familia como una mediación, no como el objeto de estudio (Yin, 2003).

Tomar la decisión de incorporar a la “*familia*” como unidad de análisis implicó revisar las formas en que se le ha definido conceptual y operacionalmente en los estudios sobre pobreza. Encontré que la unidad doméstica, el hogar y la familia, se habían retomado como mediaciones para conocer el fenómeno de la pobreza. Los estudios de pobreza dan cuenta de que la unidad doméstica (hogar) como mediación implica la co-residencia de un grupo; además, permite el acceso a información para conocer la cotidianidad de la reproducción doméstica —gasto en común, consumo, satisfacción de necesidades básicas, etcétera—. En este sentido, la unidad doméstica como mediación tiene la virtud de facilitar el estudio de la vertiente macroestructural y económica de la reproducción cotidiana; sin embargo, incorpora a sus integrantes, independientemente de los lazos de parentalidad, y se restringe a la co-residencia (Jelin y Feijoó, 1983, p. 147; Oliveira y Salles, 1989, p. 14; De la Rocha, 1999; Ariza y Oliveira, 2002a, 2004).

La familia como mediación se ha utilizado frecuentemente para estudiar la pobreza. En la bibliografía sobre el tema encontré que la familia era el principal recurso que mencionaron las personas pobres, cuando tenían problemas relacionados con la enfermedad, el desempleo o la falta de dinero. Concebir a la familia como una categoría sociocultural permite, por una parte, tener información de los procesos que se experimentan en la vertiente económica de la reproducción cotidiana; Ariza y Oliveira (2002a) sugieren recurrir al estudio de la familia cuando, además, se pretende res-



catar cómo se construyen los significados y los sentimientos en las relaciones intradomésticas (Oliveira y Salles, 1989, p. 14; Quesnel y Lerner, 1989; García y Oliveira, 1995; Salles, 1996; Ariza y Oliveira, 2002a).

La decisión de recurrir a la familia como unidad de análisis condujo a una serie de retos —definirla, diferenciar entre las familias y al interior de las mismas; pero, ante todo, tener presente sus limitaciones y las críticas que se han vertido en torno a ella—. En cuanto a la conceptualización de familia, la revisión bibliográfica me llevó a incorporar la definición de familia propuesta por Salles y Tuirán (1996):

Las familias constituyen ámbitos de relaciones sociales de naturaleza íntima, donde conviven e interactúan personas emparentadas, de géneros y generaciones distintas. En su seno se construyen fuertes lazos de solidaridad [y de conflicto]; se entretienen relaciones de poder y autoridad; se reúnen y distribuyen los recursos para satisfacer las necesidades básicas de los miembros del grupo; se definen obligaciones, responsabilidades y derechos de acuerdo con las normas culturales, la edad, el sexo y la posición en la relación de parentesco de sus integrantes. (Salles y Tuirán, 1996, p. 47.)

Esta decisión se tomó por razones teóricas —porque plantea a la familia como un conjunto de categorías sociales, económicas, políticas y culturales—; y por razones metodológicas —porque mostró su utilidad en anteriores investigaciones multidimensionales de la pobreza—. Para tener una diferenciación externa entre las familias, se optó por recurrir a la tipología propuesta por Tuirán (1996 y 2001): familia residencial, la cual implica que el grupo familiar esté integrado por parientes que vivan bajo el mismo techo.



Familia de interacción se refiere a un grupo familiar integrado por parientes que viven en el mismo techo y que además tienen vínculos permanentes con más parientes no co-residentes.

Debido a que se buscaba analizar el proceso de vulnerabilidad en la vida familiar, se construyó una muestra analítica. También fue necesario incluir una serie de criterios, entre ellos que la muestra fuera relativamente pequeña, no probabilística.⁵⁶ La muestra analítica retomaba dimensiones más completas de la pobreza, por lo que permitió: 1) recopilar información para conocer el proceso que las mujeres y sus familias experimentaban, significaban y enfrentaban en la cotidianidad de la reproducción, frente a condiciones de desigualdad y vulnerabilidad social; 2) desarrollar una relación de confianza entre la entrevistada y el investigador; 3) profundizar más cuando así se requería, y 4) abrir la posibilidad de indagar nuevas ideas y respuestas que no se habían considerado.

Para la muestra analítica se seleccionó a nueve familias de residencia —grupos de personas que, además de vivir bajo el mismo techo, comparten lazos de sangre o matrimonio— y a nueve familias de interacción —aunque no hay co-residencia de todos sus integrantes, sí mantienen vínculos e interacciones con familiares—. Para fines de esta investigación, los vínculos e interacciones se entienden como aquellos donde hay apoyo material y/o emocional ante situaciones específicas de pobreza, tales como la carencia económica y el desempleo, el cuidado de hijos o nietos, el cuidado de personas enfermas, etcétera (independientemente de haber o no reciprocidad).

⁵⁶ Las debilidades de este tipo de muestreo fueron tres: la dificultad para generalizar los resultados, debido a su enfoque y tamaño; la especificidad de la información capturada, debido a las condiciones locales; y por último: lo complicado de controlar las respuestas al momento de la entrevista.



Cuando la unidad de análisis es la familia se desvanecen las diferencias individuales de cada uno de sus integrantes. Así, con la intención de rescatar y entrelazar los cursos de vida individuales frente a experiencias de pobreza, originalmente pensé involucrar a todos los miembros de la familia en las entrevistas en profundidad. Sin embargo, en la prueba piloto me enfrenté con la dificultad de lograr la participación de todos los integrantes, ya fuera por la ausencia de ellos, por la imposibilidad de conciliar horarios y, en algunos casos, debido a la falta de disposición para participar en la entrevista. Cuando no existe la posibilidad de estudiar a cada uno los miembros de un grupo familiar, tampoco es posible observar todos los acontecimientos, Taylor y Bogdan (1998, p. 103) sugieren a un informante clave. En palabras de los autores, la resolución fue «tomar como referencia a un informante clave, integrante del grupo familiar, para conocer la trayectoria familiar vinculada con la pobreza»; en todos los casos, fueron mujeres cónyuges y/o jefas de familia.⁵⁷

Para contar con una diferenciación interna de las familias, recurrí a las categorías analíticas de composición y estructura familiar. En este sentido, el tamaño de las familias, la composición de parentesco y el ciclo doméstico, se utilizaron como categorías analíticas para organizar los datos obtenidos en campo a través de las entrevistas. Esta estrategia metodológica representó un punto central para esta investigación, puesto que la composición y la estructura familiar se utilizaron para analizar la capacidad de respuestas de las familias; es decir, cómo los atributos familiares para movilizar recursos/activos ante condiciones materiales precarias

⁵⁷ «[...] el uso de individuos como unidad de análisis no necesariamente significa un interés por el individuo en sí mismo, sino en lo que éste, a través de su curso de vida, ofrece para entender la dinámica familiar». (Ojeda, 1989, p. 37).



afectan directamente el grado de vulnerabilidad. En cuanto a la dinámica familiar como categoría analítica, se incorporaron en el análisis y la presentación de resultados, las relaciones intra-domésticas conyugales y parentales, haciendo mayor énfasis en la solidaridad y el conflicto.

LAS TÉCNICAS E INSTRUMENTOS PARA OBTENER DATOS

Las técnicas y los instrumentos para recabar la información fueron: 1) la entrevista inicial para identificar a familias participantes en el estudio; 2) un cuestionario para conocer los datos sociodemográficos familiares, las condiciones de vivienda, el acceso a servicios públicos, la disponibilidad de recursos y la alimentación, y 3) un proceso interactivo a través de entrevistas en profundidad en las viviendas de las familias entrevistadas, lo cual permitió tener un acercamiento al contexto donde se desenvolvían las familias.

ENTREVISTA INICIAL (FILTRO)

Esta primera entrevista tuvo como propósito identificar a familias en condiciones de pobreza para que participaran en la investigación. Explicué a la informante clave candidata los objetivos de la investigación. Posteriormente llevé a cabo la entrevista inicial, tomando en cuenta los siguientes criterios: *a)* la condición de pobreza-vulnerabilidad (pobreza multidimensional- vulnerabilidad por carencias sociales); *b)* la observación del contexto domiciliario; *c)* las relaciones intrafamiliares vinculadas con las



condiciones de pobreza. Al identificar a una familia en condiciones de pobreza le pedí su consentimiento informado y acordamos fechas para la entrevista en profundidad, la cual debería ser, de preferencia, en el domicilio de la familia, siempre y cuando las condiciones así lo permitieran.

*EL CUESTIONARIO PARA LOS DATOS SOCIODEMOGRÁFICOS
DE LA FAMILIA*

La primera parte de la entrevista se estructuró mediante un cuestionario a familias de residencia, ya que el objetivo se dirigió a conocer los datos sociodemográficos de las familias entrevistadas. El objetivo fue ubicar a las personas que vivían regularmente en el hogar, además de rescatar información de cada uno de ellos: lugar de nacimiento, edad, tiempo viviendo en Tijuana, sexo, estado civil, parentesco con el jefe de familia, nivel de estudios, situación laboral, ocupación, cobertura médica, enfermedad y/o Discapacidad, ingresos-aportes al ingreso familiar, uso del tiempo libre y observaciones.

EL CUESTIONARIO PARA UBICAR LA CONDICIÓN SOCIOECONÓMICA

Para contar con una primera aproximación a las condiciones socioeconómicas de la familia, apliqué una cédula pre codificada y estandarizada con indicadores oficiales, con el fin de tener parámetros de comparación. Los datos que obtuve se relacionaron con las condiciones de la vivienda, acceso a servicios públicos, disponibilidad de recursos, estrategias de alimentación y consumo familiar.



ENTREVISTA EN PROFUNDIDAD

Posteriormente rescaté información por medio de entrevistas en profundidad para reconstruir las trayectorias familiares vinculadas con condiciones de pobreza.⁵⁸

Para el diseño de la guía de entrevista en profundidad fue necesario hacer varias versiones hasta cubrir los objetivos deseados. Partí originalmente de cuatro grandes temas: 1) experiencias en la capacidad de respuesta para movilizar recursos/activos y estrategias (fuentes de recursos y consumo familiar, vivienda, educación y salud); 2) percepciones y sentimientos ante la pobreza; 3) relaciones intrafamiliares (conyugales y parentales); 4) percepción de la pobreza en la ciudad. La guía fue el resultado de varias estrategias; la primera de ellas fue la prueba piloto, en la cual obtuve valiosa información de los entrevistados para revalorar y complementar las preguntas que había considerado. En la segunda, a raíz de esta experiencia, regresé a hacer una relectura, tanto del planteamiento del problema como de la construcción del marco teórico. En la tercera revisé una serie de instrumentos ya utilizados en otras investigaciones, tanto académicas como del ámbito

⁵⁸ «Por entrevistas cualitativas en profundidad entendemos reiterados encuentros cara a cara entre el investigador y los informantes, encuentros éstos dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras. Las entrevistas en profundidad siguen el modelo de una conversación entre iguales, y no de un intercambio formal de preguntas y respuestas. Lejos de asemejarse a un robot recolector de datos, el propio investigador es el instrumento y no lo es el protocolo o formulario de entrevista. El rol implica no sólo obtener respuestas, sino también aprender qué preguntas hacer y cómo hacerlas.» (Taylor y Bogdan, 1998, p. 101).



gubernamental, rescatando y/o adaptando algunas preguntas que consideré de utilidad para este estudio.

A través de narraciones de las informantes clave, el propósito fue identificar situaciones de pobreza familiar, así como los procesos de vulnerabilidad social que experimentaban las familias entrevistadas. La guía de la entrevista en profundidad incluye una serie de preguntas abiertas, las cuales se utilizaron para explorar temas específicos en caso de que no hubieran surgido en la conversación.

DEFINICIONES CONCEPTUALES Y OPERACIONALES

Conceptual y operacionalmente se entendió la pobreza en términos objetivos, así como en términos subjetivos. En cuanto al bienestar objetivo, se ha desarrollado una infinidad de metodologías, conceptos e indicadores para determinar los componentes que se tomarían en cuenta al estudiar este fenómeno, y se incorporaron algunos indicadores del modelo de bienestar familiar propuesto por Ribeiro (1999). Este autor representa el bienestar familiar en una esfera dividida en dos grandes áreas. La primera (bienestar objetivo) hace alusión a condiciones materiales: acceso a servicios públicos (transporte seguro y eficiente; seguridad, libertad de tránsito y expresión); esparcimiento; empleo e ingresos; vivienda y servicios públicos relacionados con su uso (agua, luz, drenaje, limpieza, alumbrado público; es decir, protección, higiene, privacidad, comodidad, funcionamiento y localización); educación y capacitación; salud y alimentación. La segunda se refiere a las relaciones intrafamiliares: planeación, parentalidad, conyugalidad, sexualidad, comunicación, participación y equidad familiar (Ribeiro,



1999). En resumen, las situaciones de pobreza que experimentan, significan y enfrentan el grupo de familias se estudiaron tomando como referencia cada uno de los siguientes componentes:

1) *Pobreza multidimensional extrema*. Se partió de la condición de precariedad material percibida por las entrevistadas. En este sentido, la ubicación de la condición de pobreza-vulnerabilidad por carencias sociales se dio mediante la capacidad de respuesta de cada familia para movilizar recursos/activos y estrategias para cubrir sus necesidades de alimentación, vivienda, educación y salud. Por tanto, esta decisión implicó que la clasificación de las familias se hiciera en el momento del análisis e interpretación de la información.

2) *Fuente de recursos y precariedad familiar*. Con el propósito de tener información del proceso, significados y capacidad de respuesta para acceder y movilizar los recursos/activos (considerando los atributos familiares de composición y estructura familiar); es decir, movilización de la fuerza de trabajo formal e informal, ingresos, donación de bienes y servicios, transferencias monetarias, gasto y consumo (alimentos, uso personal, equipamiento del hogar, distribución y uso).

3) *Vivienda*. Primero, se documentó el proceso de adquisición del terreno, autoconstrucción de la vivienda, equipamiento e introducción de servicios públicos y condiciones materiales. Segundo, las experiencias, los significados y las prácticas en el acceso y uso de la vivienda (protección, higiene, privacidad, comodidad, funcionamiento y localización). Tercero, las percepciones y los significados en el acceso y uso de la vivienda.

4) *Educación*. De acuerdo con la composición y estructura familiar, se documentaron las experiencias en la escolaridad y deserción; así como sus significados (defensa, mayor esfuerzo, calidad y valoración) y los sentimientos que generan.



5) *Salud*. Se estudió el proceso de vulnerabilidad social en el caso de presentarse enfermedades en las familias. Percepciones y sentimientos generados por los estados de salud ante situaciones de pobreza.

6) *Dinámica familiar*. Relaciones intrafamiliares, conyugales y parentales (solidaridades y conflictos).

ENTRADA Y TRABAJO DE CAMPO (GESTIÓN, AJUSTE Y EJECUCIÓN)

El trabajo de campo se llevó a cabo en tres etapas:⁵⁹ primera, la detección de escenarios y familias a entrevistar; segunda, las entrevistas iniciales y ajuste de técnicas e instrumentos; tercera, las entrevistas en profundidad. Pretendí, en primer lugar, detectar a un grupo de familias en condiciones de pobreza en esta ciudad con el fin de analizar el proceso de vulnerabilidad social que habían experimentado. Así, en la primera etapa gestioné el apoyo de un grupo de promotoras comunitarias y trabajadoras sociales (porteras) para que sugirieran posibles familias a estudiar. En esta primera estrategia operativa seguí dos recomendaciones para la preparación del trabajo de campo propuestas por Taylor y Bogdan (1998). Al momento de explicar el objetivo de la investigación a las porteras y luego a las informantes clave de cada familia, cuidé la veracidad, pero fui vaga e imprecisa para no predisponer respuestas. También garanticé la confiabilidad y privacidad de las entrevistas y su familia. Una vez hechas estas observaciones, les pedí su colaboración. Cada una de las promotoras comunitarias y

⁵⁹ «El trabajo de campo está caracterizado por todos los elementos del drama humano que se encuentran en la vida social: conflicto, hostilidad, rivalidad, seducción, tensiones [...] En el campo, los observadores suelen encontrarse en medio de difíciles y delicadas situaciones.» (Taylor y Bogdan, 1998, p. 63.)



trabajadoras sociales (porteras) propició y facilitó el acercamiento con las informantes clave de cada familia, debido a que éstas tenían contacto directo en las comunidades pobres de Tijuana.

Inicialmente hubo dos experiencias. La primera fue acudir con un grupo de mujeres de la comunidad de Salvatierra, quienes se reunían con una promotora comunitaria de manera regular para tratar diversos temas de la familia. Fui en calidad de invitada para hablar sobre el tema de la pobreza. Al terminar la sesión les expliqué a las mujeres asistentes el propósito de la investigación y exploré la posibilidad de su participación. La segunda experiencia fue con un grupo de jóvenes becarios universitarios que conocí cuando fui convocada por una trabajadora social para impartir un taller sobre pobreza. Al terminar la jornada, expliqué el objetivo de la investigación y pregunté sobre su interés de participar. Aunque en ambos casos las asistentes mostraron interés en el tema, en el primer grupo las mujeres pidieron tiempo para consultarlo con su pareja o familia. En el grupo de jóvenes hubo escasa asistencia.

A raíz de estas primeras experiencias decidí seguir una estrategia metodológica de uno a uno; esto es, que cada promotora comunitaria detectara familias en condiciones de pobreza, candidatas a ser entrevistadas. En el caso de las trabajadoras sociales consideré pertinente acudir a sus lugares de trabajo. Ahí estuve en jornadas completas de trabajo, haciendo entrevistas iniciales, las cuales sirvieron como filtro para detectar a familias en condiciones de pobreza que podrían ser candidatas para participar en esta investigación.

ALGUNAS REFLEXIONES DEL TRABAJO DE CAMPO

El haber decidido involucrar originalmente a un grupo de promotoras comunitarias como porteras para que me apoyaran en la se-



lección de las informantes clave de cada familia a entrevistar fue una estrategia muy enriquecedora. Antes de que fueran promotoras comunitarias, por muchos años sus vidas habían transcurrido exclusivamente como amas de casa. La mayoría tenía experiencia previa de pobreza y de exposición ante situaciones riesgosas; sin embargo, en algún momento, por una razón de peso para estas mujeres, habían cambiado el rumbo de sus vidas. En el momento de la investigación las promotoras comunitarias que me apoyaban se encontraban colaborando voluntariamente en algunas organizaciones de la sociedad civil. Su participación en proyectos en beneficio de la comunidad había tenido un impacto directo tanto en ellas como en sus familias; de hecho, al experimentar esos cambios en sus vidas tomaron la decisión de trabajar con otras mujeres y con otras familias que aún no habían tenido esas oportunidades. Ciertamente, estas experiencias son interesantes fuentes de análisis para futuras investigaciones; sin embargo, para fines de este proyecto, mi intención fue que las promotoras comunitarias apoyaran en la detección y el contacto de familias pobres en su comunidad.

La experiencia que tuve con las trabajadoras sociales como porteras fue muy diferente, ya que, en la mayoría de los casos, presté mis servicios voluntariamente como trabajadora social en sus lugares de trabajo. Para ellas, mi presencia fue de ayuda ante su excesiva carga de trabajo. Así volví a comprobar la escasez de recursos institucionales para responder a una infinidad de necesidades de las familias que acuden a solicitar ayuda.⁶⁰

En el trabajo de campo, uno de los problemas más fuertes que enfrenté fue precisamente el abstenerme de intervenir ante la serie de problemas y necesidades que presentaba la mayoría de las

⁶⁰ «Ayudar a la gente. Uno de los mejores modos de comenzar a ganarse la confianza de la gente consiste en hacerle favores [...]» (Taylor y Bogdan, 1998, p. 57).



familias entrevistadas. En este sentido, limité mi intervención a canalizar y dar información sobre dónde podrían recibir apoyo. Ciertamente, quedó la duda de si este proyecto tendría que haberse diseñado como investigación-acción; sin embargo, seguir este camino habría llevado a objetivos diferentes de los planteados.⁶¹

Las entrevistas se desarrollaron, por una parte, en instalaciones del Centro Comunitario de la Universidad Iberoamericana y del Centro de Promoción de Salud Esperanza; así como en las delegaciones del DIF municipal de La Presa y La Mesa. Por otra parte, entrevisté a algunas familias en sus domicilios. La decisión sobre el lugar de la entrevista le correspondía a cada una de las entrevistadas. Entre los factores para tomar la decisión se encontraban: la privacidad, el ruido, las interrupciones, la disponibilidad de los otros miembros de la familia y la libertad para poder hablar. Aun en los casos en que las personas prefirieron que la entrevista fuera en la oficina de alguna de las organizaciones mencionadas, me di a la tarea de conocer su vivienda —al terminar la entrevista ofrecía llevarlas a sus casas.

Siguiendo las reglas de la entrevista como una técnica, en todos los casos hubo un inicio, un desarrollo y un cierre. Sin embargo, previo o posterior a la entrevista hubo interacción informal con

⁶¹ «La investigación acción participativa no parte simplemente de “necesidades sentidas” como un dato de una sola lectura, sino como algo lleno de interpretaciones contradictorias. No sólo porque tenga distintas soluciones racionales, sino también porque suscita distintas pasiones e imaginarios en unos y otras.» C. Núñez (1989); «[...] este proceso es de hecho el inicio de una auténtica praxis y representa también la superación de la teoría de la necesidad sentida, pues si bien recoge el sentir de la comunidad, no se agota en dicha percepción primaria, por cuanto, sin descuidarla, la lleva a niveles de información y reflexión que pueden ubicarla como una auténtica y “prioritaria” problemática a resolver (necesidad real). Bien puede ser ubicada críticamente en su justa dimensión y límites por muy sentida que haya sido.» (Villasante, 1999, p. 413).



algunas informantes clave, donde surgían temas tan triviales como el cuidado de sus plantas, el cuidado e invitaciones a compartir sus alimentos. También tratamos asuntos más profundos, como su preocupación por tener una mejor vida. El haber dado este espacio se debió principalmente a la relación unilateral que generalmente se da entre investigador y entrevistado, por lo que intenté siempre tener presente que me estaba relacionando con personas y no con fuentes de datos (Taylor y Bogdan, 1998, p. 128). De entrada, la disposición de las entrevistadas tuvo que ver con la cercanía de la promotora comunitaria o trabajadora social que había establecido el contacto.⁶² Sin embargo, una vez iniciada la entrevista mostraban interés de ser escuchadas. De hecho, se desarrolló una atmósfera de confianza (*rapport*), lo cual se vio sobre todo en algunas de las mujeres, protagonistas de impresionantes acontecimientos que revelaron información muy íntima de la familia. Incluso varias hablaron del dolor que les implicaba el recordar ciertos hechos. Considero que la mayoría de las entrevistadas hizo su mejor esfuerzo para recapitular su experiencia familiar ante condiciones de pobreza. Al final agradecían haber sido escuchadas; sobre todo, por haber tenido la oportunidad de recordar momentos que quisieran no repetir, ni para su familia ni para la vida futura de sus hijos.⁶³

⁶² «El rapport aparece lentamente en la mayoría de las investigaciones de campo. Y cuando aparece, puede ser tentativo y frágil [...] el rapport y la confianza pueden crecer y disminuir en el curso del trabajo de campo. Con ciertos informantes nunca se llega a establecer un verdadero rapport.» (Taylor y Bogdan, 1998, p. 55).

⁶³ «Cuando se comienza a lograr el rapport con aquellas personas a las que se está estudiando, se experimentan sensaciones de realización y estímulo. El de rapport no es un concepto que pueda definirse fácilmente. Significa muchas cosas: comunicar empatía que se siente por los informantes y lograr que ellos la acepten como sincera; lograr que las personas se “abran” y manifiesten sus sentimientos respecto del escenario y de otras personas; [...] compartir el mundo simbólico de los informantes, su lenguaje y sus perspectivas.» (Taylor y Bogdan, 1998, p. 55).



Haber entrado a las colonias implicó también una enriquecedora experiencia al recorrer las calles sin pavimentar, enlodadas por las recientes lluvias o por las aguas negras ante la escasez del sistema de drenaje público, subir y bajar interminables escalones contruidos con llantas o soportar el intenso calor en alguna casa al momento de realizar la entrevista. Estas experiencias sentaron las bases para comprender más el contexto y entender a qué se refieren las personas cuando narran sus experiencias de vida. Ciertamente, también el trabajo de campo implicó enfrentarme a una serie de riesgos como andar sola en algunos lugares que no conocía, o donde faltaban señalamientos viales, y tomar rutas y accesos desconocidos. Una de las experiencias más inquietantes fue perderme en la colonia Fausto González y llegar hasta un “picadero” lleno de personas adictas.

Por último, debido a las características de la metodología cualitativa, busqué respetar un proceso fluido en la conversación; por tanto, hubo variaciones en el orden y la forma como se desarrollaron las entrevistas en profundidad. De hecho, en algunos casos fue necesario extender el número de sesiones, mientras que en otros fueron menos, ya sea porque se habían agotado los temas, o por la disponibilidad de tiempo y por características individuales de los entrevistados.

ARCHIVO Y MANEJO DE LA INFORMACIÓN

Para el archivo y manejo de la información recolectada, inicialmente elaboré una base de datos, la cual incluía información general de cada familia entrevistada para facilitar su manejo. Entre los datos se incluía el nombre de la trabajadora social o promotora



contacto, el del informante clave de la familia entrevistada, la colonia donde vivía y un resumen de las características de la familia.

A cada una de las familias entrevistadas se le abrió un expediente, que anexé a la entrevista inicial; la cédula de datos demográficos familiares y las entrevistas en profundidad. El cuadro 9 resume la cantidad total de material que se registró en el trabajo de campo. De las 28 entrevistas iniciales, se incluyeron en el estudio 18 familias.

No todas las entrevistas iniciales se grabaron, porque en esta fase se trataba de hacer un primer acercamiento con las familias e identificar la viabilidad de incluirlas en el estudio. La mayoría de las entrevistas en profundidad se grabaron y transcribieron en Word, para su posterior análisis. La transcripción fue una de las partes más laboriosas, ya que implicó que yo misma hiciera todo el trabajo, tarea que me dio la oportunidad de revivir cada momento al volver a escucharlas. De hecho, rescaté detalles que podrían haberse omitido en caso de que otra persona hubiera llevado a cabo este trabajo artesanal. En una de las entrevistas falló la grabadora y sólo se escuchaba la parte inicial, cuando se hizo la prueba de grabación. Opté por rescatar las notas que hice en campo, además de que tener la ventaja de haber notado la falla el mismo día, unas horas después de la visita domiciliaria; así que, con apoyo de las notas de campo, hice una detallada reconstrucción de la conversación.

Durante el proceso de transcripción de las entrevistas, en algunos casos fue necesario regresar con las familias entrevistadas para rescatar información que no se había indagado lo suficiente, o bien, que no se había registrado. En este sentido, cada una de las entrevistas transcritas debería incluir información relacionada con cada uno de los aspectos considerados en la guía de entrevista.



ROSA MARÍA GONZÁLEZ CORONA

Posteriormente hice una lectura circular (dialéctica); esto es, leí las entrevistas a través del protocolo, y el protocolo a través de las entrevistas. Este ejercicio contribuyó a fortalecer tanto el documento teórico, como el plan de análisis.



BIBLIOGRAFÍA

- Aceves Lozano, J. E. (1994). Oscar Lewis y su aporte al enfoque de historias de vida. En *Alteridades*. México, núm. 4 (7), pp. 27-33.
- Acosta, F. (1997). Los estudios sobre jefatura de hogar femenina y pobreza en México y América Latina. En Alatorre, J. (coord.). *Las mujeres en la pobreza*. México: El Colegio de México (Colmex); Grupo Interdisciplinario sobre Mujer, Trabajo y Pobreza (GIMTRAP).
- Aguilar Aguirre, D.; Medrano, V. (1999). Red social y de apoyo emocional en mujeres pobres urbanas. En Enríquez, R. (coord.). *Hogar, pobreza y bienestar en México*. México: Centro de Investigación y Formación Social del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), Colección Avances; Universidad Iberoamericana (UIA), pp. 197-228.
- Alarcón, D.; McKinley, T. (1994). A Poverty Profile per México in 1989. En *Frontera Norte*, vol. 6, núm. especial 1.
- Alatorre Rico, J.; Langer, A., et al. (1994). Mujer y salud. En Alatorre, J. (coord.). *Las mujeres en la pobreza*. México: GIMTRAP; El Colmex.



- Alegría, T. (1994a). Segregación socioespacial urbana. El ejemplo de Tijuana. En *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 9, núm. 2. México, mayo-agosto, pp.411-428.
- . (1994b). Condiciones espaciales de la pobreza y una propuesta para su mundialización. En *Frontera Norte*, vol. 6, núm. especial 1, pp.61-76.
- Alegría, T. & Ordóñez, G. (2005). *Legalizando la ciudad: asentamientos informales y procesos de regularización en Tijuana*. México: El Colegio de la Frontera Norte (El Colef).
- Alonso, J. (1998). Fundamentos políticos de una alternativa a la pobreza. En Gallardo, L. R Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO-UIA; Noriega editores.
- Altimir, O. (1999). Desigualdad, empleo y pobreza en América Latina: efectos del ajuste y del cambio en el estilo de desarrollo. En Tokman, V. E. & O'Donnell, G. (comps.). *Pobreza y desigualdad en América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Álvarez, G. (2005). *Estructura urbana de las ciudades intermedias en México. El caso de tres ciudades fronterizas y tres no fronterizas*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Autónoma de Baja California (UABC), Campus Mexicali.
- Amín, S. (1999). *Los desafíos de la mundialización*. México: Siglo XXI Editores.
- Andrews, F. (1976). *Social Indicators of Well-Being*. Nueva York y Londres: Plenum.
- Ariza, M. & Oliveira, O. (2002a). Acerca de las familias y los hogares, estructura y dinámica. En Wainerman, C. (comp.). *Familia, trabajo y género: un mundo de nuevas relaciones*. México: Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas (Unicef); Fondo de Cultura Económica (FCE).



- . (2002b). Cambios y continuidades en el trabajo, la familia y la condición de las mujeres. En Urrutia, E. (2002). *Estudios sobre las mujeres, las relaciones de género en México: aportes desde diferentes disciplinas*. México: El Colmex; Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer.
- . (2004). *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*. México: Instituto de Investigaciones Sociales; Universidad Autónoma de México (IIS-UNAM).
- Arraigada, I. & Torres, C. (1998). Género y pobreza, nuevas dimensiones. En *Isis Internacional*. Santiago de Chile: Ediciones de las Mujeres, núm. 26.
- Arreola, G. (1974). *Las ciudades perdidas*. México: FCE; Colección Testimonios del Fondo.
- Arteaga, N. (2008). Vulnerabilidad y desafiliación social en la obra de Robert Castel. En *Sociológica. Revista del Departamento de Sociología*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Campus Azcapotzalco (UAM-A), núm. 68 (septiembre-diciembre), pp. 151-175.
- Arzate, J. (2004). Elementos conceptuales para la construcción de una teoría sociológica de la carencia. En Mota, L. & Cattani, A. D. (coords.). *Desigualdad, pobreza, exclusión y vulnerabilidad en América Latina*. México: Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM); Centro de Estudios sobre Marginación y Pobreza del Estado de México; Universidad Federal do Rio Grande do Sul; Asociación Latinoamericana de Sociología.
- Astoreca, M. & Urzúa, R. (1987). *La opción preferencial por los pobres: de la teoría a la práctica*. Santiago de Chile: Editorial Cisoc Bellarmino.



- Baber, B. (1964/1957). *Estratificación social*. México: FCE.
- Banco Mundial (BM). (1990). *Informe sobre el desarrollo mundial*. Washington, D. C.: Banco Mundial.
- . (2004). *La pobreza en México: una evaluación de las condiciones y la estrategia del gobierno*. México: Banco Mundial.
- Barquet, M. (1997). Condicionantes de género sobre la pobreza de las mujeres. En Alatorre, J. (coord.). *Las mujeres en la pobreza*. México: GIMTRAP; El Colmex.
- Barrig, M. (1993). *Seis familias en la crisis*. Lima, Perú: Asociación Laboral para el Desarrollo (Adec, Ate).
- Bastos González, S. (1999). Más allá de la dominación masculina. Algunas propuestas para la comprensión de la dinámica de poder en los hogares populares. En Enríquez Rosas, R. (ed.). *Hogar, pobreza y bienestar en México*. Tlaquepaque, México: ITESO-UIA; Colección Avances.
- Bauman, Z. (1999). *La globalización. Consecuencias humanas*. México: FCE.
- Beck-Gernsheim, E. (2003). *La reinención de la familia*. Barcelona: Paidós.
- Béjar, R. (1987). *Dinámica de la desigualdad social en México*. México: UNAM, Investigaciones multidimensionales.
- Benería, L. & M. Roldán. (1992). *Las encrucijadas de clase y género: trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la Ciudad de México*. México: Colmex; FCE. Colección Economía Latinoamericana.
- Bericat, E. (2000). La sociología de la emoción y la emoción de la sociología. En *Revista Papers*. Madrid, núm. 62.
- Bhalla, A. S & Lapeyre, F. (1999). *Poverty and Exclusion in a Global World*. Londres: Macmillan Press.



- Boltvinik, J. (1984). Satisfacción desigual de las necesidades esenciales en México. En Cordera, R. & Tello, C. (coords.). *La desigualdad en México*. México: Siglo XXI Editores.
- . (1990). *Pobreza y estratificación social en México. t. X*. México: INEGI; IIS; UNAM.
- . (1994). La pobreza en América Latina. Análisis crítico de tres estudios. En *Frontera Norte*, vol. 6, núm. especial 1.
- . (2001). Criterios de pobreza en México: generoso o avaro, uni o multidimensional. En *La Jornada*, 22 de mayo; economía.
- . (2003). Eje del florecimiento humano y medición de la pobreza. En *Papeles de población*, nueva época, año 9, núm. 30, octubre-diciembre.
- Boltvinik, J. & Hernández, E. (1999). *Pobreza y distribución del ingreso en México*. México: Siglo XXI Editores.
- Borobio, D. (1998). *Familia y cultura: la familia en el umbral del año 2000*. España: Universidad Pontificia de Salamanca.
- Bramston, P. (2002). Subjective Quality of Life: the Affective Dimension. En Gullone, E. & Cummins, R. A. (eds.). *The Universality of Subjective Wellbeing Indicators. A Multi-Disciplinary and Multi-National Perspective*. Londres: Kluwer Academic Publishers; Social Indicators Research Series. vol. 16.
- Bravo, V. (1979). Los fundamentos teóricos de la marginalidad. En *Indigenismo, modernización y marginalidad*. México: Centro de Investigaciones para la Integración social.
- Bronfinan, M. (2003). *Como se vive se muere: familia, redes sociales y muerte infantil*. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM); UNAM.
- Burton, E. (1992). *Poverty Debate: Politics and the Poor in America*. Connecticut: Greenwood Press.



- Camberos, M. & Huasca, L. (2001). Capacidad de consumo y bienestar de los hogares de México y de la frontera norte. En *Comercio exterior*, vol. 51, núm. 3, marzo.
- Campos, J. (1995). *Qué hacemos con los pobres: la reiterada querrela por la nación*. México: Aguilar Nuevo Siglo.
- Casado, D. (1986). *El bienestar social acorralado: comunidad, mercado, sociedad, Estado y cooperación*. Buenos Aires: Humanitas.
- Castel, R. (2001). Empleo, exclusión y las nuevas cuestiones sociales. En *Desigualdad y globalización: cinco conferencias*. Argentina: Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires.
- Castells, M. (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. México: Siglo XXI Editores.
- Castillo, J.; Patiño, E. & Zermeño, S. (2001). *Pobreza y organizaciones de la sociedad civil*. México: Red Nacional de Investigación Urbana.
- Castles, S. & Davidson, A. (2000). *Citizenship and Migration. Globalization and the Politics of Belonging*. Nueva York: Routledge.
- Castro, R. (2000). Formas de precariedad y autoritarismo presentes en la vivencia de la reproducción en el área rural de Morelos. En Stern, C. & Echarri, C. J. (comps). *Salud reproductiva y sociedad. Resultados de investigación*. México: El Colmex.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (1997). *La brecha de la equidad*. Santiago de Chile: Organización de las Naciones Unidas (ONU).
- . (1999). Los recursos de las familias urbanas de bajos ingresos para enfrentar situaciones críticas. Santiago de Chile. Recuperado de: Lc/mvd/r.171 rev.1 [<http://www.cepal.org/es/publicaciones/28662-recursos-familias-urbanas-bajos-ingresos-enfrentar-situaciones-criticas>], marzo.



- . (2001). Familias latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo. *Serie Políticas Sociales*, núm. 57. Recuperado de: LC/L. 1652-P. Publicaciones de las Naciones Unidas.
- . (2002). Vulnerabilidad sociodemográfica: viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas. Chile (LC/R.2086): División de Población de la CEPAL; Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE).
- . (2003). Panorama Social de América Latina. Síntesis CEPAL.
- Chant, S. (1988). Mitos y realidades en la formación de las familias encabezadas por mujeres: el caso de Querétaro, México. En Gabayet, L., et al. *Mujeres y sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México*. México: Colmex; El Colegio de Michoacán (Colmich).
- . (1992). Composición de la unidad doméstica y consolidación habitacional. En Massolo, A. (comp.). *Mujeres y ciudades: participación social, vivienda y vida cotidiana*. México: El Colmex.
- . (1999). Las unidades domésticas encabezadas por mujeres en México y Costa Rica: perspectivas populares y globales de las madres sin pareja. En González de la Rocha, M. (coord.). *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS); Plaza y Valdés.
- Chossudovsky, M. (2002). *Globalización y pobreza: y nuevo orden social*. México: Siglo XXI editores.
- Christenson, B.; García, B. & Oliveira, O. (1989). Los múltiples condicionantes del trabajo femenino en México. En *Estudios sociológicos*, vol. VII, núm. 20.



- Consejo Nacional de Población (Conapo). (2000). *Índice de marginación*. México: Consejo Nacional de Población (Conapo).
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval). (2015a). Medición de la pobreza multidimensional Baja California. Recuperado de: www.coneval.gob.mx el 18 de diciembre de 2015.
- . (2015b). Términos de la metodología para la medición multidimensional de la pobreza en México. Recuperado de: www.coneval.gob.mx el 18 de diciembre de 2015.
- Cordera, R. & Tello, C. (1984). *La desigualdad en México*. México: Siglo XXI Editores.
- Corona, R. (2006). Tendencias demográficas en la frontera Norte. En Ordóñez, G. & Reyes, M. S. (coords.). *Los retos de la política social en la frontera norte de México*. México: El Colef; Plaza y Valdés.
- Cortés, F. (1996). La evolución en la desigualdad del ingreso familiar, durante la década de los ochenta. En López, M. P. (comp.). *Desigualdad, conflicto, redes solidarias y parentales*. México: Sociedad Mexicana de Demografía (Somedé).
- . (2000). *La distribución del ingreso en México en épocas de estabilización y reforma económica*. México: CIESAS; Miguel Ángel Porrúa.
- . (2003). ¿Disminuyó la pobreza? Ponencia presentada en el VI Seminario de Políticas Sociales, celebrado en 2003 en el Colef.
- Cortés, F. et al. (2002). Evolución y características de la pobreza en México en la última década del siglo XX. *Serie Documentos de Investigación*. Agosto. México: Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol).



- Covarrubias, K. & Zermeño, A. (2001). *Pobreza en Colima: percepciones y respuestas: proyecto de investigación*. Colima, México: Centro Universitario de Investigaciones Sociales (CUIS).
- De la Rosa, M. (1985). *Marginalidad y pobreza en Tijuana*. México: Centro de Estudios fronterizos del Norte de México, A. C. (Cefnomex).
- . (1987). *La presencia de grupos norteamericanos en Tijuana*. México: Colef.
- . (1990). Estrategia popular para tiempo de crisis. En González de la Rocha; Escobar y Martínez (1990). En De la Peña, G., et al. (comps.). *Crisis, conflicto y sobrevivencia: Estudios sobre la sociedad urbana en México*. México: UdG; CIESAS.
- De la Torre, R. (1997). Indicadores de desarrollo regional con información limitada. En Martínez, G. (comp.). *Pobreza y política social en México*. México: Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM); *El Trimestre Económico* (FCE).
- Denzin, N. K. & Lincoln, Y. S. (eds.). (1994). *Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks, London, Nueva Delhi: Sage Publications, pp. 105-117.
- Desarrollo Social del Estado (Desoe). (2003). *Indicadores de desarrollo social y económico*. México, Gobierno del Estado de Baja California.
- Dieterlen, P. (2005). ¿Qué piensan los pobres sobre sí mismos?: Un análisis de las respuestas desde las teorías de la justicia distributiva. En Székely, M. (coord.). *Desmitificación y nuevos mitos sobre la pobreza. Escuchando «Lo que dicen los pobres»*. México: Sedesol; Miguel Ángel Porrúa.
- Di Tella, T. S. (2001). *Diccionario de ciencias sociales y políticas*. México: Emecé.



- Durand, J. (2006). *Programas de trabajadores temporales: evaluación y análisis del caso mexicano*. México: Segob; Conapo.
- Eguiluz, L. & González, M. L. (1997). Efectos del neoliberalismo en la familia y el hogar. En González Marín, M. L. *Mitos y realidades del mundo laboral y familiar de las mujeres mexicanas*. México: Instituto de Investigaciones Económicas; UNAM; Siglo XXI Editores.
- Enríquez, R. (1998). Pobreza y hogares de jefatura femenina en México. En Gallardo, L. R. Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO-UIA; Noriega editores.
- Enríquez, R. (1999a). *Hogar, pobreza y bienestar en México*. México: ITESO-UIA. Colección Avances.
- . (1999b). Características de los hogares urbanos. En Enríquez, R. (coord.). *Hogar, pobreza y bienestar en México*. México: ITESO-UIA; Colección Avances.
- . (2005). Malestar emocional femenino en contextos de pobreza urbana: un estudio de caso. En Gendreau, M. *Los rostros de la pobreza: el debate*. T. IV, México: ITESO.
- Enríquez, R. (2008). *El crisol de la pobreza: Subjetividades, emociones y redes sociales en mujeres pobres urbanas*. México: ITESO.
- Enríquez Rosas, R. & Aldrete, P. (1999). Características de los hogares pobres urbanos: caso “Las Flores”. En Enríquez Rosas, R. (coord.), *Hogar, pobreza y bienestar en México*. Guadalajara, Jal.: Iteso.
- Eseverri Mayer, C. (2013). Robert Castel, el sociólogo de los vulnerables. En *Sociología Histórica*, núm. 2, pp. 381-385.
- Estay, J. (1998). El incremento de la polarización. En Gallardo, L. R. Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO-UIA; Noriega editores.



- Esteinnou, R. (2004). La parentalidad en la familia: cambios y continuidades. En Ariza, M.; Oliveira, O. (2004), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*. México: Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad Autónoma de México.
- Estes, R. (1993). Hacia un índice de calidad de vida: Enfoques empíricos para la evaluación del bienestar humano a nivel internacional. En Kliksberg, B. (comp.). *Pobreza: un tema impostergable*. México: FCE; CLAD; Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- Feijó, M. C. (1998). Dimensiones subjetivas de la pobreza. En Arraigada, I. & Torres, C. *Género y pobreza, nuevas dimensiones*. Santiago de Chile: Isis Internacional; Ediciones de las Mujeres, núm. 26.
- . (1999). De pobres mujeres a mujeres pobres. En González de la Rocha, M. *Divergencias del modelo tradicional: Hogares de jefatura femenina en América Latina*. México: CIESAS; Plaza y Valdés.
- Féres, J. & Mancero, J. (2001). *Enfoques para la medición de la pobreza: breve revisión de la literatura*, división de estadística y proyecciones económicas. Santiago de Chile: CEPAL.
- Filgueira, C. (1999). Bienestar y ciudadanía. En Tokman, V. & O'Donnell, G. (coords.). *Pobreza y desigualdad en América latina: temas y nuevos desafíos*. Argentina: Paidós.
- Frankena, W. (1981). Concepto de valor. En Runes, D. *Diccionario de filosofía*. Barcelona: Tratados y Manuales Grijalbo.
- Fuentes Flores, C. & Peña Medina, S. (2006). La política de vivienda en la frontera norte de México. En Ordóñez, G. & Reyes, M. (coords.). *Los retos de la política social en la frontera norte de México*. México: El Colef; Plaza y Valdés.
- Gallardo, L. R. Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO-UIA; Noriega editores.



- Gans, H. J. (1969). Poverty and Culture: Some Basic Questions about Methods of Studying Life-Styles of the Poor. En Townsend, P. *The concept of Poverty*. American Elsevier Publishing Company, Inc.
- García, A. (1986), *La desigualdad económica*. México: El Colmex.
- García, B. (1998). Dinámica familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana. En Schmukler, B. (coord.). *Familias y relaciones de género en transformación*. México: Population Council; Edamex.
- _____. (1999). *Mujer, género y población en México*. México: El Colmex; Sociedad Mexicana de Demografía.
- García, B. & Oliveira, O. (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México: Colmex.
- _____. (2006). *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.
- García, B.; Muñoz, H.; Oliveira, O. (1982). *Hogares y trabajadores en la Ciudad de México*. México: Colmex; Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de México (IISUNAM).
- Gattino, S.; Aquín, N. (2002). *Las familias de la nueva pobreza*. Buenos Aires Argentina: Espacio Editorial.
- Gaxiola, R. (2002). *Medio ambiente, pobreza y género: uso y manejo de recursos ambientales en los hogares de la colonia la Esperanza Tijuana, México*. Tesis de maestría integral del ambiente. México: El Colef.
- Gendreau, M. (1998). Tres dimensiones en la geografía de la pobreza. En Gallardo, L. R Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO-UIA; Noriega editores.



- Giddens, A. (1991). *Theory of Structuration: a Critical Appreciation*. Nueva York, Londres: Routledge.
- . (2001). *La Tercera Vía: La renovación de la socialdemocracia*. México: Taurus.
- . (2002). *Un mundo desbocado: Los desafíos de la globalización en nuestras vidas*. México: Taurus.
- Giraud, P. N. (2000). *La desigualdad del mundo: economía del mundo contemporáneo*. México: FCE.
- Gómez, C. (1998). *Procesos sociales, población y familia*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso).
- Gómez, G. (1988). *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México: FCE.
- González de la Rocha, M. (1986). *Los recursos de la pobreza: Familias de bajos ingresos de Guadalajara*. México: CIESAS; El Colegio de Jalisco.
- . (1988). De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara. En Gabayet, L. García, P. et al (comps.). *Mujer y sociedad: salario, hogar y acción social en el Occidente de México*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco; CIESAS Occidente, pp. 205-227.
- . (1994). *The Resources of Poverty. Woman and Survival in a Mexican City*. Cambridge: Blackwell.
- . (1995). Reestructuración social en dos ciudades metropolitanas: un análisis de grupos domésticos en Guadalajara y Monterrey. En *Estudios sociológicos*, vol. XIII, núm. 38, mayo-agosto, México.
- . (1999a). *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*. México: CIESAS; Plaza y Valdés.



- (1999b). La reciprocidad amenazada: un costo más de la pobreza humana. En Enríquez, R. (coord.). *Hogar, pobreza y bienestar en México*. México: ITESO-UIA. Colección Avances.
- . (2006). *Procesos domésticos y vulnerabilidad: perspectivas antropológicas de los hogares con Oportunidades*. México: CIESAS.
- González de la Rocha, M.; Escobar, A. & Martínez, M. de la O. (1990). Estrategias *versus* conflicto: reflexiones para el estudio del grupo doméstico en época de crisis. En De la Peña, G., et al. (comps.). *Crisis, conflicto y sobrevivencia. Estudios sobre la sociedad urbana en México*. México: UdG; CIESAS.
- González Navarro, M. (1985). *La pobreza en México*. México: El Colmex.
- González, J. (1998). Políticas de vivienda para personas de escasos recursos en el área metropolitana de Monterrey: una visión gubernamental. En Ribeiro, M. & López, R. (ed.). *Políticas sociales sectoriales, tendencias actuales. T. I*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL).
- Graaff, J. (2003) *Poverty and Development*. Introductions to Sociology. Oxford University press.
- Griffin, K. (1984). *Desigualdad internacional y pobreza nacional*. México: FCE.
- Gutmann, M. (1994). Los hijos de Lewis: la sensibilidad antropológica y el caso de los pobres machos. En *Alteridades*. México, 1999, 4 (7), pp. 9-19.
- . (1999). A manera de conclusión: solteras y hombres. Cambio de historia. En González de la Rocha, M. *Divergencias del modelo tradicional: Hogares de jefatura femenina en América Latina*. México: CIESAS; Plaza y Valdés.



- Hall, S. et al. (1981). *Clases y estructura de clases*. México: Editorial Nuestro Tiempo.
- Harrington, M. (1962). *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos*. México: FCE.
- Heidegger, M. (1927 / 2000), *El ser y el tiempo*. México: FCE.
- Held, D.; Mc Grew, A. et al. (2000). *Global Transformations*. Stanford University Press.
- Herbert, M. (1992). *Psicología en trabajo social*. Madrid: pirámide.
- Hernández, E. (1990). Desigualdad socioeconómica en asentamientos humanos irregulares de Tijuana. En *Cuadernos de Economía, serie V, cuaderno núm. 2*, México: UABC.
- . (1994). Alternativas de largo plazo para erradicar la pobreza en México. México: *Frontera Norte*, vol. 6, núm. especial 1.
- . (1999). Condicionantes macroeconómicas de la evolución de la pobreza en México. En Boltvinik, J. & Hernández, E. *Pobreza y distribución del ingreso en México*. México: Siglo XXI Editores, pp. 119-153.
- Hiernaux, D. (1986). *Urbanización y autoconstrucción de vivienda en Tijuana*. México: Centro de Ecodesarrollo.
- Himmelfarb, G. (1984). *The Idea of Poverty*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Huntington, S. (1968). *El orden político de las sociedades en cambio*. Buenos Aires: Paidós.
- Ibáñez, E. (2006). La seguridad social en la frontera norte. En Ordóñez, G. & Reyes, M. *Los retos de la política social en la frontera norte de México*. México: El Colef; Plaza y Valdés.
- Ibarra, M. & Gendreau, M. (1998). De lo Local a lo global. Alternativas de desarrollo micro y mesosocial. En Gallardo, L. R Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO-UIA; Noriega editores.



- Iguíñiz, J. (1994). *Buscando salidas. Ensayos sobre la pobreza*. Perú: Instituto Bartolomé de las Casas.
- . (1999). *Desigualdad y pobreza en el mundo*. Perú: Instituto Bartolomé de las Casas, CEP.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (1998). *Las familias mexicanas*. México: Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática (INEGI).
- . (2000). *Baja California*, XII Censo General de Población y Vivienda, 2000; tabulados básicos. Instituto nacional de estadística, geográfica e informática. Aguascalientes, México.
- . (2002). *Cuaderno Estadístico Municipal*. Edición 2002. Tijuana, Baja California INEGI; Ayuntamiento Constitucional de Tijuana. Aguascalientes, México.
- . (2004). *El rezago educativo en la población mexicana*. Aguascalientes, México: INEGI.
- . (2010). *Censo General de Población y Vivienda, 2010*. México: INEGI.
- Jelin, E. & Feijoó, M. C. (1983). Presiones cruzadas: trabajo y familia en la vida de las mujeres. En Wainerman, C.; Jelin, E. & Feijoó, M. C. *Del deber ser y el hacer de las mujeres: dos estudios de caso en Argentina*. México: El Colmex; Pispal.
- Kajanoja, J. (2002). Theoretical Basis for the Measurement of Quality of Life. En Gullone, E. & Cummins, R. A. (eds.). *The Universality or Subjective Wellbeing Indicators: A Multi-Disciplinary and Aulti-National Perspective*. Londres: Kluwer Academic Publishers; Serie Social Indicators Research, vol. 16.
- Kaztman, R. (1999). *Activos y estructural de oportunidades. Estudios sobre las raíces sobre la vulnerabilidad social en Uruguay*. Montevideo: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo; CEPAL.



- . (1992). ¿Por qué los hombres son tan irresponsables? En *Revista de la CEPAL*, núm. 46, abril.
- Kemper, T. D. (1990). *Research Agendas in the Sociology of Emotions*. Nueva York: Estate University of New York Press.
- Khan, A. (1994). Estudios comparativos sobre la evolución de la pobreza. En *Frontera Norte*, vol. 6, núm. especial 1. México.
- Khusro, A. M. (1999). *The Poverty of Nations, United States of America*. ST: Marin's Press. INC.
- Kliksberg, B. (comp.) (1993). *Pobreza: un tema impostergable. Pobreza: un tema impostergable*. México, Venezuela, Estados Unidos: FCE; CLAD; Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD).
- . (2000). *La lucha contra la pobreza en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: FCE, Banco Interamericano de Desarrollo (BID); Congreso Judío Latinoamericano.
- Kusnir, L. (1997). Consideraciones para un estado del arte sobre las políticas públicas y la mujer. En Alatorre, J. (coord.). *Las mujeres en la pobreza*. México: GIMTRAP; El Colmex.
- Lenski, G. (1966). Enfoques sobre la desigualdad. En Stern, C. *La desigualdad social*. México: Secretaría de Educación (SEP); Diana.
- Levy, S. (2002). Crecimiento, pobreza y desigualdad. En *América Latina XXI: ¿Avanzará o retrocederá la pobreza?* México: Parlamento Latinoamericano; FCE.
- Lewis, O. (1959 / 1980). *Antropología de la pobreza*. México: FCE.
- . (1986a / 1966). Cultura de la pobreza. En *Ensayos antropológicos*. México: Grijalbo, pp. 107-123.
- . (1986b). *Ensayos antropológicos*. México: Grijalbo.
- Llorens, I. (2000). Prólogo, marco histórico. En Rousseau, J. J. *El contrato social*. México: Editores Mexicanos Unidos.



- Lomnitz, L. (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI Editores.
- López, M. P. (1995). *El perfil censal de los hogares y las familias en México*. México: INEGI; SSA; UNAM.
- López Paniagua, R. (2003). Concepciones sobre pobreza. En *Realidades económicas*, núm. 12, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de ciencias y Humanidades. México, UNAM; Facultad de Economía de la UMSNH.
- López Rangel, R. (1987). *Marginación y vivienda en Guadalajara*. México: Centro de Ecodesarrollo.
- López, S. & Ordóñez, G. (2006). *Pobreza, familia y políticas de género: el programa jefas de familia en Tijuana*. México: Consejo Nacional para la Ciencia y la Tecnología (Conacyt); El Colef; Instituto Nacional de las Mujeres.
- Mariñez, F. (1998). ¿Estrategias de supervivencia o reproducción de la pobreza? En Ribeiro, M. (coord.). *Estrategias de supervivencia de familias pobres en la región fronteriza de México y Estado Unidos*. México: Facultad de Trabajo Social, UANL; The School of Social Work; University of Texas at Austin.
- Lustig, N. (1995). *El desafío de la austeridad: pobreza y desigualdad en América Latina*. México: FCE.
- Martínez, G. (1997). *Pobreza y política social en México*. México: ITAM; *El Trimestre Económico* (FCE).
- Massolo, A. (1994). *Mujeres y ciudades: participación social, vivienda y vida cotidiana*. México: El Colmex.
- McKinley, T. (1994). Poverty Alleviation and Equitable Growth: The Experience of Chile, Indonesia, and Malaysia. En *Frontera Norte*, México, vol. 6, núm. especial 1.



- Mejía, R. (1998). La pobreza en las instituciones financieras internacionales y el enfoque alternativo y otros organismos multilaterales. En Gallardo, L. R. Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO-UIA; Noriega editores.
- Mier, M. & Rabell, C. (2004). Familia y quehaceres entre los jóvenes. En Ariza, M. & Oliveira, O. *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*. México: Instituto de Investigaciones Sociales; UNAM.
- Moctezuma, E. (2002). *Ciudades humanas: pobreza urbana y el futuro de las ciudades*. México: Gobierno del Estado de México.
- Morales, E.; Reboloso, F. et al. (1996). Las actitudes. En Morales, E. & Olza, M. *Psicología social y trabajo Social*. Madrid: McGraw-Hill.
- Montenegro, J. (1989). Niños, familia: actores principales de fracaso escolar. México: *Chemizal*, vol. 1, núm. 4, diciembre 1988-febrero 1989, pp. 29-43.
- Montes de Oca, V. (2004). Envejecimiento y protección familiar en México: límites y potencialidades del apoyo en el interior del hogar. En Ariza, M. & Oliveira, O. *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Mota, L. (2002). Globalización y pobreza. México. En *Espacio Abierto*, vol. 11, núm. 58, enero-abril.
- Mota, L. & Cattani, A. (coords.). *Desigualdad, pobreza, exclusión y vulnerabilidad en América Latina*. México: Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública. UAEM; Centro de Estudios sobre Marginación y Pobreza del Estado de México; Universidad Federal do Rio Grande do Sul; Asociación Latinoamericana de Sociología.



- Moya, M. (1996). Percepción de personas. En Morales, E. & Olza, M. *Psicología social y trabajo social*. Madrid: McGraw-Hill.
- Muñoz, M. & Reyes, C. (1997). *Una mirada al interior de la familia*. Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Narayan, D. (2000). *La voz de los pobres: ¿Hay alguien que nos escuche?* Madrid; Barcelona, España: Ediciones Mundi-Prenda.
- Narayan, D. et al. (2002). *Voices of The Poor from Many Lands*. Oxford University Press; The World Bank.
- Navarro, R. (1993). *Población y desigualdad social en México*. México: CRIM; UNAM.
- Neubert, S. (2000). *Social Impact Analysis of Poverty Alleviation Programmes and Projects: A Contribution to The Debate on The Methodology of Evaluation in Development Cooperation*. GDI Book, núm. 14. Londres: German Development Institute; Berlin. Nueva York: St. Martins Press; Macmillan Press LTD.
- Niembro Díaz, L. (1988). El papel de la mujer en la autoconstrucción de vivienda, zona metropolitana de Guadalajara. En Gabayet, L. et al. (comps.). *Mujer y sociedad: salario, hogar y acción social en el occidente de México*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco; CIESAS Occidente.
- Nivón, E. & Mantecón, A. (1994). Oscar Lewis revisado. En *Alteridades*, México, 4(7): pp. 5-7.
- Noyola, J. (2006). Desigualdad y pobreza en los estados fronterizos del norte de México. En Ordóñez, G. & Reyes, M. *Los retos de la política social en la frontera norte de México*. México: El Colef; Plaza y Valdés.
- Nun, J. (2001). *Marginalidad y exclusión social*. México: FCE.
- Nussbaum, M. & Sen, A. (2004). *La calidad de vida*. México: FCE; colección Economía Contemporánea.



- O'Donnell, G. (1999). Pobreza y desigualdad en América latina. En Tokman, V. & O'Donnell, G. (coords.). *Pobreza y desigualdad en América Latina*. Argentina: Paidós.
- Ojeda, N. (1987). *Reflexiones sobre la perspectiva de curso de vida en el análisis del ciclo vital familiar: una propuesta de estudio en el caso de México*. México: UAM, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias.
- . (1989). *El curso de vida familiar de las mujeres mexicanas; un análisis sociodemográfico*. México: UAM; Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- . (1999). *Género, familia y conceptualización de la salud reproductiva en México*. México: El Colef.
- Ojeda, N. & López, S. (1994). Familias transfronterizas en Tijuana: dos estudios complementarios. En *Cuadernos*, núm. 6, Departamento de Estudios de Población. México: El Colef.
- Oliveira, O. (1995). Experiencias matrimoniales en el México urbano: la importancia de la familia de origen. En *Estudios sociológicos*. vol. XIII, núm. 38. México.
- . (1998). Familias y relaciones de género en México. En Schmukler, B. (coord.). *Familias y relaciones de género en transformación*. México: Population Council; Edamex.
- . & Salles, V. (1989). Acerca del estudio de los grupos domésticos: un enfoque sociodemográfico. En Oliveira, O.; Pepin Lehalleur, M. & Salles, V. *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*. México: UNAM; El Colmex; Porrúa.
- Oliveira, O.; Eternot, M. & López, M. P. (1999). Familia y género en el análisis sociodemográfico. En García, B. *Mujer, género y población en México*. México: El Colmex; Sociedad Mexicana de Demografía.



- Oliveira, O.; Pepin, M. & Salles, V. (comps.). (1989). *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*. México: UNAM; El Colmex; Porrúa.
- Ordóñez, G. (2002). *La política social y el combate a la pobreza en México*. México: UNAM. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias Sociales; Sedesol, Programa Oportunidades.
- . (2003). La lucha contra la pobreza en el gobierno de Fox: continuidad en la alternancia. Ponencia presentada en el VI Seminario de Políticas Sociales, celebrado en 2003 en instalaciones de El Colegio de la Frontera Norte.
- Ordóñez, G. & Reyes, M. (2006). *Los retos de la política social en la frontera norte de México*. México: El Colef; Plaza y Valdés.
- Organización de las Naciones Unidas (ONU). (1996). *World Summit for Social Development*. Nueva York; Copenhage, Dinamarca: Organización de las Naciones Unidas (ONU). Report of the Word Summit for Social Development, 6-12 de marzo de 1995.
- Ortega, M. G. A. (2006). *El consumo en las estrategias de reproducción en hogares pobres de la ciudad de Mexicali*, B. C. Tesis para obtener el grado de doctor en Ciencias Sociales Aplicadas. México: El Colef.
- Ortiz, A. (1999). La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social. En Delgado, J. M. & Gutiérrez, J. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid: Síntesis Psicológica Editorial.
- Ortiz, F. (1982). *Salud en la pobreza: el proceso salud-enfermedad en el tercer mundo*. México: Centro de Estudios Socioeconómicos del Tercer Mundo; Editorial Nueva Imagen.



- Oster, S.; Lake, E. & Gene, C. (1978). The Definition and Measurement of Poverty. En *Westview Special Studies in Applied Social Research*. Estados Unidos; vol. 1: A Review.
- Padilla y Sotelo, L. S. (2002) *Aspectos sociales de la población en México: vivienda*. México: UNAM; Temas Selectos de Geografía de México.
- Padilla, C. & Lozano, D. (1988). La participación de la mujer en los movimientos urbanos populares. En Gabayet, L.; García, P. et al. (comps.). *Mujer y sociedad: salario, hogar y acción social en el occidente de México*. Guadalajara: El Colegio de Jalisco; CIESAS Occidente.
- Palomar, J. (1998). La pobreza y el bienestar subjetivo. En Gallardo, L. R Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO-UIA; Noriega editores.
- Palomares, H. (1996). *Pobreza urbana y movilidad ocupacional en Tijuana, Baja California*. México: Tesis de maestría en desarrollo regional; El Colef.
- Pardo Quiñonez, M. (1983). *Hacia una caracterización cultural de la pobreza; Principios estructurantes de la socialización primaria en sectores pobres*. Santiago de Chile, Centro de Estudios y Atención del Niño y la Mujer (CEANIM).
- Payá, M. (1997). *Educación en valores para una sociedad abierta y plural: Aproximación conceptual*. Bilbao, España: Editorial Desclée de Brouwer.
- Pérez, T. & Torres, V. (1999). Roles ocupacionales y malestar emocional femenino. En Enríquez, R. *Hogar, pobreza y bienestar en México*. México: ITESO-UIA. Colección Avances.
- Pezeu-Massabuau, J. (1998). *La vivienda como espacio social*. México: FCE.



- Pizarro, R. (2001). *La vulnerabilidad social y sus desafíos: una mirada desde América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL. Serie Estudios Estadísticos y Prospectivos.
- Polanyi, K. (1947). *La gran transformación: Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Claridad.
- Portes, A. & Hoffman, N. (2003). *Las estructuras de clase en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal*. Santiago de Chile: CEPAL, División de desarrollo social. Serie políticas sociales, núm. 68.
- Post, D. (2003). *El trabajo, la escuela y el bienestar en América Latina: Los casos de Chile, Perú y México*. México: FCE.
- Poulantzas, N. et al. (1981). *Clase y estructura de clases*. México: Editorial Nuestro Tiempo.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (1997). *Informe de Desarrollo Humano 1997*. Nueva York: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Quesnel, A. & Lerner, S. (1989). El espacio familiar en la reproducción social: grupos domésticos residenciales y grupos domésticos de interacción: algunas reflexiones a partir del estudio de la zona henequenera. En Oliveira, O.; Lehalleur, M. P. & Salles, V. *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*. México: UNAM; El Colmex; Porrúa.
- Quilodrán, J. (1989). Algunas implicaciones demográficas y sociales de la dinámica de las uniones. En Oliveira, O.; Lehalleur, M. P. & Salles, V. *Grupos domésticos y reproducción cotidiana*. México: UNAM; El Colmex; Porrúa.
- Raczynski, D. (1999). La crisis de los viejos modelos de protección social en América Latina. En Tokman, V. & O'Donnell, G. (coords.). *Pobreza y desigualdad en América Latina*. Argentina: Paidós.



- Ramírez, J. C. (1999). Violencia doméstica masculina contra la mujer: ¿un signo de pobreza? En Enríquez, R. (coord.). *Hogar, pobreza y bienestar en México*. México: ITESO-UIA. Colección Avances.
- Reboloso, E. & Olza, M. (1992) Teoría de la autopercepción. En Morales, E. & Olza, M. *Psicología social y trabajo social*. Madrid: McGraw-Hill.
- Rein, M. (1969). Problems in the Definition and Measurement of Poverty. En Townsend, P. *The Concept of Poverty*. Elsevier.
- Ribeiro, M. (1999). Hacia una política social de familia. En Ribeiro, M. & López, R. *Políticas sociales sectoriales: tendencias actuales*. Nuevo León, México: UANL. Facultad de Trabajo Social.
- . (2000). *Familia y política social*. México: Editorial Espacio. Colección Política, Servicios y Trabajo Social.
- & López, R. (1998). Estrategias de sobrevivencia de familias pobres en la región fronteriza de México y Estado Unidos. En Ribeiro, M. (coord.). *Estrategias de sobrevivencia de familias pobres en la región fronteriza de México y Estado Unidos*. México: UANL. Facultad de Trabajo Social; The School of Social Work, The University of Texas at Austin.
- Riquer, F. (1998). Mujer, género y pobreza: estado de la discusión en los noventa. En Gallardo, L. R. Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO-UIA; Noriega editores.
- Román, L. & Aguirre, R. (1998). Economía política y política social frente a la pobreza en México. En Gallardo Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO; UIA; Noriega Editores.
- Rousseau, J. J. (2000 [1762]). *El contrato social*. México: Editores Mexicanos Unidos.



- Rostow, W. W. (1971). *The Stages of Economic Growth*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Ruiz, B. & Aceves, M. (2000). Pobreza y desigualdad social en Tijuana. En *El Bordo, retos de frontera (reimpresión especial)*, núm. 2. México: UIA.
- Runciman, W. (1966). *Relative Deprivation and Social Justice; a Study of Attitudes to Social Inequality in Twentieth-Century*. University of California Press.
- Rutherford, S. (2002). *Los pobres y su dinero*. México: UIA.
- Safa, M. (1992). *¿Por qué enviamos a nuestros hijos a la escuela? Socialización infantil e identidad popular*. México: Grijalbo. Colección Pedagógica.
- . & Salles, V. (1996). Hogares de frontera. En *Nueva Antropología, Revista de Ciencias sociales, Poder y Género*, vol. XV, núm. 49. México.
- . (1997a). Pobreza, pobreza y más pobreza. En Alatorre, J., Careaga, G. et al. (coords.). *Las mujeres en la pobreza*. México: GIMTRAP/ El Colmex.
- Salles, V. & Tuirán, R. (1996). Vida familiar y democratización de los espacios privados. En *La familia: Investigación y política pública*. México: Unicef; DIF; El Colmex.
- . (1998). Cambios sociodemográficos y socioculturales: familias contemporáneas en México. En Schmukler, B. (coord.) *Familias y relaciones de género en transformación*. México: Population Council; Edamex.
- . (1999). ¿Cargan las mujeres con el peso de la pobreza?: puntos de vista de un debate. En García, B. *Mujer, género y población en México*. México: El Colmex; Sociedad Mexicana de Demografía.



- Sánchez, M. C.; Fernández, M. & Torres, M. T. (1994). Cotidianidad y modalidades de trabajo de las mujeres de la colonia popular. En Salles, V. & McPhail, E. *Textos y pretextos: once estudios sobre la mujer*. México: El Colmex.
- Scanlon, T. (2004). El valor, el deseo y la calidad de vida. En Nussbaum, M. & Sen, A. *La calidad de vida*. México: FCE.
- Schmukler, B. (coord.). (1998). *Familias y relaciones de género en transformación*. México: Population Council; Edamex.
- Schteingart, M. (1997). *Pobreza, condiciones de vida y salud en la Ciudad de México*. México: El Colmex. Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano.
- Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol). (2003a). Acuerdo por el que se emiten y publican las Reglas de Operación del Programa Hábitat, para el ejercicio fiscal 2003. En *Diario Oficial de la Federación (DOF)*, primera sección, publicado el 25 de marzo. México: Secretaría de Gobernación (Segob).
- . (2003b). *Medición del Desarrollo, México 2000-2003*. México: Sedesol.
- Sen, A. (1989 /2001). *Sobre ética y economía*. Madrid, España: Alianza, Editorial. Ciencias sociales.
- . (1992). Sobre conceptos y medidas de pobreza. En *Comercio exterior*, vol. 42-4.
- . (1998). *La calidad de vida*. México: FCE. Economía contemporánea.
- . (1997). *Bienestar, justicia y mercado*, I.C.E. 7 U.A.B. México: Paidós. Pensamiento contemporáneo 48.
- . (2001). Juicios sobre la globalización. En *Fractal*, núm. 22, julio-septiembre, año 6, vol. VI, pp. 37-50.
- Silva, A. (2003). *Perfiles de Tijuana: Historias de su gente*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta). Colección divulgación cultural; Centro Cultural Tijuana.



- Solana, F. (2002). Una reflexión crítica para enfrentar la pobreza y la desigualdad. En *América Latina XXI: ¿Avanzará o retrocederá la pobreza?* Parlamento Latinoamericano; FCE.
- Soria, V. (2000). *Crecimiento económico y evolución de la pobreza en México: Un enfoque regulacionista de largo plazo*. México: Plaza y Valdés.
- Stavenhagen, R. (1974). Estratificación y clases sociales. En Stern, C. *La desigualdad social*. México: SEP; Diana.
- Stiglitz, J. (2002). *Globalization and its Discontents*. Nueva York; Londres: ww Norton.
- Szasz, I. (1997a). La pobreza estudiada desde la perspectiva de género: estado del conocimiento. En Alatorre, J. et al. (coords.). *Las mujeres en la pobreza*. México: GIMTRAP; El Colmex.
- . (1997b). La pobreza desde la perspectiva de género: estado del conocimiento. En Alatorre, J., et al. (coords.). *Las mujeres en la pobreza*. México: GIMTRAP; El Colmex.
- . La perspectiva de género en el estudio de la migración femenina en México. En García, B. (coord.). *Mujer, género y población en México*. México: El Colmex; Sociedad Mexicana de Demografía.
- Talamantes, C. (1997). Es la cooperación para las mujeres. En Alatorre, J., et al. (coords.). *Las mujeres en la pobreza*. México: GIMTRAP; El Colmex.
- Tamames, R. (1977). Ecología y Desarrollo. En *Los límites del crecimiento: El primer Informe del club de Roma*. Madrid: Alianza.
- Taylor, S. J. & Bogdan, R. (1998). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona, España: Paidós.
- Tepichín, A. M. (1998). Genealogía teórica de los estudios de pobreza. En Gallardo, L. R Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO-UIA; Noriega editores.



- Tilly, C. (2000). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.
- Timio, M. (1980). *Clases sociales y enfermedad: Introducción a una epidemiología diferencial*. México: Nueva Imagen.
- Torres, F. & Delgadillo, J. (1990). *Bienestar social y metodología del espacio social*. México: UNAM; ENTS.
- Touraine, A. (2001). El fin de la ola liberal. En *Desigualdad y globalización, cinco conferencias*. Argentina: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales; Editorial Manantial.
- Townsend, P. (1974). The Meaning of Poverty. En Huber, J. & Chalfant, P. *The sociology of American Poverty*. Massachusetts: Schenkman; Publishing Company.
- . (1979). *The Concept of pPoverty: Working Paper on Methods of Investigation and Life-Styles of the Poor in Different Countries*. Nueva York: Elsevier.
- . & Gordon, D. (2002). *World Poverty: New Policies to Defeat an Old Enemy*. Reino Unido: Peter. Bristol; Policy Press.
- Tuirán, R. (1993). Estrategias familiares de vida en época de crisis: el caso de México. En *Cambios en el perfil de la familia: la experiencia regional*. Santiago de Chile: CEPAL; ONU.
- . (1996). Hogar, familia residencial y familia de interacción. En De la Paz López, M. *Hogares, familias: desigualdad, conflicto, redes solidarias y parentales*. México: Sociedad Mexicana de Demografía.
- . (2001). Lo doméstico como estructurante y estructurado. Identidad, prácticas y propiedades normativas. En Gómez, C. *Procesos sociales, población y familia*. México: Flacso; Miguel Ángel Porrúa.
- Urzúa, R. & Dooner, P. (1987). *La opción preferencial por los pobres: De la teoría a la práctica*. Santiago de Chile: Editorial Cisoc Bellarmino.



- Valencia Lomelí, E. & Aguirre Riveles, R. (1998). Discursos, acciones y controversias de la política gubernamental frente a la pobreza. En Gallardo, L. R. Gómez, L. R. & Osorio, J. (eds.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. México: ITESO-UIA; Noriega editores.
- Valenzuela, M. (1991). *Empapados de sereno: El movimiento Urbano Popular en Baja California (1928-1988)*. México: El Colef.
- Valles, M. (2000). *Técnicas cualitativas de investigación social*. España: Síntesis sociológica.
- Varley, A. & Blasco, M. (2001). ¿Cosechan lo que siembran? Mujeres ancianas, vivienda y relaciones familiares en el México urbano. En Gómez, C. (comp.). *Procesos sociales, población y familia*. México: Flacso; Miguel Ángel Porrúa.
- Vasilachis, I. (2003). *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. España: Gedisa.
- Vergara-Constela, C. D. (2013). Integración social en barrios vulnerables a través de procesos educativos no formales. En *Bitácora*, vol. 22, núm. 1; pp. 163-175. Colombia.
- Villasante, T. R. (1999). De los movimientos sociales a las metodologías participativas. En En Delgado, J. M. & Gutiérrez J. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid, España: Síntesis Psicológica Editorial.
- Villagómez, P. (2006). Punto de partida: Vulnerabilidad y potencialidades de los hogares en expansión. En González de la Rocha, M. (coord.). *Procesos domésticos y vulnerabilidad: perspectivas antropológicas de los hogares con Oportunidades*. México: CIESAS.
- Villarreal, D. (1986). *Urbanización y autoconstrucción de la vivienda en Monterrey*. México: Centro de Ecodesarrollo; Editorial Claves Latinoamericanas.



- Vinuesa, M. P. (2002). *Construir los valores*. Bilbao, España: Editorial Desclée de Brouwer.
- Wainerman, C. (2002). *Familia, trabajo y género: un mundo de nuevas relaciones*. Buenos Aires, Argentina: Unicef, FCE.
- ; Jelin, E. & Feijoó, M. C. (1983). *Del deber ser y el hacer de las mujeres: estudio de caso en Argentina*. México: El Colmex; PIPA.
- Wallerstein, I. (1990). Análisis de los sistemas mundiales. En Giddens, J. T. et al. *La teoría Social Hoy*. México: Alianza.
- Wartenberg, L. (1999). Vulnerabilidad y jefatura en los hogares urbanos colombianos. En González, M. (coord.). *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*. México: CIESAS; SEP; Conacyt; Plaza y Valdés.
- Weber, M. (1983 [1922]). *Economía y sociedad*. México: FCE.
- Wilber, G. (1975). *Poverty: A New Perspective*. Estados Unidos: The University of Kentucky.
- Winter, A. (1971). *The Poor: A Culture of Poverty or a Poverty of Culture*. Michigan: Grand Rapids; William B. Eermans Publisher.
- Wood, L. (1969). Behaviorismo. En Runes, D. *Diccionario de Filosofía*. México: Tratados y Manuales Grijalbo.
- Worsley, M. (1974). *El Tercer Mundo: La creación del mundo*. México: Siglo XXI Editores.
- Yin, R. K. (2003). *Case Study Research, Designs and Methods*. Oaks, Londres: Thousand: Sage Publications.





ÍNDICE

Introducción	7
Organización por capítulos	13
 Prefacio	 15
 Capítulo 1. Desigualdad, vulnerabilidad social y pobreza: reconstrucción del debate.....	 17
Desigualdad social y pobreza.....	19
Vulnerabilidad social y pobreza	20
Criterios recurrentes para el estudio de la pobreza	25
Paradigmas	29
Acercamiento conceptual	31
Tipología	32
Acercamiento metodológico	33
Categorías de análisis	34
Representación <i>versus</i> autoría	37
La dimensión sociocultural en el estudio de la pobreza ...	39
Vulnerabilidad social —pobreza y vida familiar—	47
Atributos familiares	47
Dinámica familiar	51
Recapitulación.....	51
 Capítulo 2. Antecedentes de los estudios de pobreza en Tijuana.....	 55
Contexto y condiciones de pobreza en Tijuana	55
Antecedentes de estudios de desigualdad social y pobreza en la región	 58



Capítulo 3. Vida familiar: caracterización de las familias

participantes	65
Familia Escalante	69
Familia García	70
Familia Pérez	71
Familia Santana	72
Familia Fernández	73
Familia Ramírez	74
Familia Osuna	76
Familia Espinosa	77
Familia Ríos	78
Familia Barraza	79
Familia González	80
Familia Andrade	81
Familia Estrada	82
Familia Gómez	84
Familia Morales	86
Familia Ramos	87
Familia Esquivel	88
Familia Díaz	90
Tipología de familia (residencia o interacción)	91
Recapitulación	95

Capítulo 4. Fuentes de recursos, consumo y precariedad

familiar	99
Capacidad de respuestas/estructura de oportunidades	101
Capacidad de respuesta (atributos familiares)	101
Fuentes de recursos	103
Movilización de la fuerza de trabajo	104



Ingresos y aportaciones económicas al presupuesto familiar	114
Estrategias de trabajo para procurar mayores recursos e ingresos	118
La cercanía con Estados Unidos como estructura de oportunidad	118
Estrategias de reproducción para mejorar la fuerza de trabajo	119
La contribución de la mujer en la economía del hogar ...	121
Trabajo familiar	122
Programas de asistencia social	123
Riesgos que afectan la capacidad de movilizar estrategias	124
Precarización del mercado de trabajo	124
Gastos y consumo familiar	125
Estrategia de reproducción para la administración de recursos familiares	126
Gastos (gastos de servicios públicos, educación y transporte público)	128
Estrategias de consumo de bienes domésticos y personales	130
Estrategias de consumo en la alimentación familiar	131
Lugares donde consiguen los alimentos	132
Asistencia social	134
Recortes en el consumo de alimentos	134
Percepciones y sentimientos ante situaciones de carencia económica	135
Las condiciones de frontera y vulnerabilidad social y pobreza	141



Recapitulación	143
Relaciones de género	143

Capítulo 5. Experiencias y significados en el proceso de

adquisición y uso de la vivienda	151
Condiciones generales de la vivienda.....	155
Hacinamiento	156
Obtención de la vivienda	159
Adquisición del terreno	160
La auto-construcción de la vivienda	164
La participación de la familia o contratación de mano de obra	169
Redes de apoyo social: grupos norteamericanos y programas de organizaciones de la sociedad civil	170
Material de construcción	175
Equipamiento	177
Acceso a los servicios públicos	179
Percepciones y sentimientos	182
Protección	183
Higiene	186
Privacidad	186
Comodidad y funcionamiento	190
Localización	191
Recapitulación	196
Vulnerabilidades	197
Exposición al riesgo	197
Capacidad de respuesta	199
Estructura de oportunidades	200
Solidaridades y conflictos	201



Capítulo 6. Vida familiar y los proceso de vulnerabilidad social en la educación	203
Escolaridad	205
Deserción escolar	209
Experiencias de deserción escolar de las mujeres en sus familias de origen	210
Dejaron de estudiar por motivos migratorios	210
La escuela solamente ofrecía hasta tercero o cuarto grado de primaria	212
Para empezar a trabajar y ayudar con los gastos familiares	212
Experiencias de deserción escolar de las mujeres en sus familias de formación	215
Los hijos se rehúsan a continuar sus estudios	215
Para empezar a trabajar y tener dinero propio	217
Falta de recursos económicos	218
Problemas emocionales y de conducta	218
Motivos familiares (casarse y tener hijos/ayudar a la pareja/falta de apoyo)	220
Percepciones	222
La educación como defensa ante problemas cotidianos	222
Aunque haya estudiado la calidad en la educación era baja	223
La falta de educación significa mayor esfuerzo en el trabajo	224
Relaciones intrafamiliares y sentimientos de esperanza	226
Esperanzas de las mujeres madres que sus hijos sigan estudiando	226



Esperanzas de los hijos de seguir estudiando	227
Esperanzas de las mujeres jefas de familias de mejorar su nivel escolar	228
Recapitulación	230
 Capítulo 7. Vida familiar y los proceso de vulnerabilidad en la salud	233
Acceso y utilización de los servicios de salud	234
Acceso y utilización de servicios de salud en familias que se ubican por debajo del umbral alimentario	236
Percepciones en el acceso a los servicios y autocuidado de la salud	238
Riesgos y significados	241
El enfermar como factor de riesgo para intensificar el nivel de pobreza	241
Alcoholismo, consumo de drogas, malestar emocional, conflictos y violencia doméstica	248
Consumo de alcohol y drogas	249
Malestar emocional	253
Violencia doméstica	255
Relaciones de pareja	255
Relaciones parentales	258
Conflictos	259
Recapitulación	261
 Conclusiones	265
Vida familiar y procesos de vulnerabilidad social	266
Exposición al riesgo	268
Estructura de oportunidades	269
Capacidad de respuesta	271



Significados: percepciones y sentimientos /relaciones intrafamiliares (conyugales y parentales)	274
Reflexiones finales	277
Consideraciones metodológicas	278
Selección del escenario	280
Familias participantes en la investigación (unidad de análisis)	281
Las técnicas e instrumentos para obtener datos	286
Entrevista inicial (filtro)	286
El cuestionario para los datos sociodemográficos de la familia	287
El cuestionario para ubicar la condición socioeconómica	287
Entrevista en profundidad	288
Definiciones conceptuales y operacionales	289
Entrada y trabajo de campo (gestión, ajuste y ejecución)	291
Algunas reflexiones del trabajo de campo	292
Archivo y manejo de la información	296
Bibliografía	299



Vulnerabilidad social y vida familiar. Cómo las familias experimentan, sienten y enfrentan la pobreza en la frontera se terminó de imprimir en diciembre de 2017 en Grupo H Impresores, Sabino 12, col. El Manto, del. Iztapalapa, C.P. 09830, México, D.F., tel 1272-1474. El cuidado de la edición estuvo a cargo del Departamento de Editorial de la Universidad Autónoma de Baja California. En la composición tipográfica se utilizó Times New Roman a 11 puntos. El tiraje consta de 300 ejemplares.